

PECADO Y PECADORES



JULIO E. ZAMBRANO

D.J.57

Julio E. Zambrano
Editorial Voces de Hoy

Blessed Projects Publishers
Pecado y pecadores Primera edición, 2018
Edición, diseño y composición: Josefina Ezpeleta Diseño de cubierta: Alfa y
Omega Designs
© Julio E. Zambrano, 2017
© Sobre la presente coedición,
Editorial Voces de Hoy y Blessed Projects Publishers, 2018
ISBN: 9781727855760

Agradezco a mi Padre Celestial, mi amado Dios por hacer posible este sueño. Con todo mi amor, dedico este libro a mi amada esposa, Ayelis; a mis padres, Julio y Rosario; así como también a Cristi, Mauro y Nelly, quienes están en un lugar muy especial.

Los amo a todos.

Unas palabras... antes de comenzar

En el principio... hay un punto de partida en todo esto. De acuerdo a mi padre, durante mis años juveniles yo solía mirar mucha televisión. Y no puedo entender como podía haber sido posible si pasaba la mitad del día en el colegio militar y la otra mitad haciendo deberes. Sin embargo, en su infinita sabiduría y para ampliar mi gusto literario, el señor Zambrano me enseñó algo del tamaño de una enciclopedia, se trataba de la colección novelas de Julio Verne.

El tiempo pasó, mi pubertad vino y se fue, y yo hice mi vida.

Después de mi graduación, me sentí como un ser renovado, o al menos eso pensé. Mientras tanto, la colección de Julio Verne comenzaba a acumular polvo en la repisa, donde la tenía como un trofeo precioso. Tiempo después me mudé a los Estados Unidos, más precisamente, a Miami. Traté de aprender inglés, aunque sea practicarlo, pero descubrí para mi mala fortuna que el idioma oficial en Miami era —y es todavía— el español.

Solamente tuve que mudarme 260 millas al norte, en el mismo estado, para poder formular una oración completa en inglés, aunque claro, con el condimento especial: mi gran acento. A pesar de este inconveniente pude hacerme entender y el idioma inglés y yo empezamos a conectarnos. Sin embargo, vivía prácticamente solo, en una ciudad extraña, pero la presencia de mi padre estuvo siempre conmigo a través de la gigantesca colección de Julio Verne, la cual había traído desde Ecuador. Por ese tiempo, el polvo se había asentado confortablemente en ella, mientras continuaba con mi sueño de convertirme en Ingeniero de Sonido, y algún día poner mis talentos en la grabación de álbumes para artistas famosos.

Tras la culminación de mis estudios en Orlando, Florida, tanto mi diploma, la colección de Julio Verne con todo su polvo como yo nos mudamos a Miami a buscar un trabajo. De inmediato, entré en el ambiente musical, comenzando a trabajar para un muy conocido estudio de grabación, haciendo el mejor café cubano en el mundo para nuestros renombrados clientes de América Latina. Sin querer queriendo me convertí en un experto de esa delicia cubana y, alrededor del sexto mes, tuve mi primera sesión. Los días de hacer café pasaron a la historia.

Los clientes empezaron a confiarme sus proyectos musicales y comencé a ganar algo de confianza en mis habilidades profesionales, así como también a

empaparme de la industria musical.

Solía trabajar largas horas, en ocasiones 30 o 48 horas seguidas en una sesión; sin embargo, en otros momentos no trabajaba más de una semana. Pero todo ese esfuerzo fue completamente inútil cuando el estudio cerró sus puertas y me dejó navegando en las aguas del desempleo. Con ese inconveniente encima, lo último en mi mente era leer, lo que significaba que el señor Verne y sus escritos seguían manteniendo una relación con las partículas de polvo que inevitablemente caían sobre ellos.

Pasaba mi tiempo sentado, viendo la televisión, o haciendo ciertas cosas que no puedo mencionar aquí... estoy solamente bromeando. Pero todo en la vida tiene un principio, y el día que me aburrí de usar el control remoto finalmente llegó. La otra alternativa era ir al cine durante las dobles funciones, porque eran las únicas que podía pagar. Igual, me cansé de eso. Y para ser honesto con ustedes, queridos lectores, no podía permitirme a mí mismo el lujo de desperdiciar mi cheque de desempleo en esto. Entonces, adivinen qué hice: comencé a trabajar en mis hábitos de lectura. ¡Oh!, sí, finalmente mi padre, a pesar de no estar físicamente conmigo, veía su sueño hacerse realidad. Escogí una novela de espionaje que un amigo me había regalado por mi cumpleaños. La historia me llevó lejos de mis problemas diarios, ayudando a decrecer la ansiedad de estar desempleado. Había descubierto una nueva manera de entretenerme, pero todavía sentía la mirada penetrante de los escritos del señor Verne, al mismo tiempo que podía escuchar la risa de mi viejo, que probaba una vez más que estaba en lo correcto.

De todos modos, al llegar a los 30 años, me di cuenta que no sabía nada acerca del mundo en que existía, y después de recibir mi último cheque de la oficina de desempleos, encontré algo que me definiría tanto en mi carrera, como en mi personalidad e incluso en 8 Pecado y pecadores mi vida en general. Hasta esa fecha, con excepción de los juegos de fútbol de la Copa Mundial, no me había sentado a ver la televisión hispana de las dos mayores cadenas en los Estados Unidos, pero definitivamente Dios actúa en forma misteriosa, y puso mi humanidad en el camino de la mayor cadena hispana en Norteamérica.

Para ese tiempo, había escrito una versión de treinta páginas de «Pecado y pecadores», la cual mostré a algunos compañeros de la cadena. Las críticas fueron excelentes, lo que alimentó mi deseo de seguir adelante con el proyecto. Así entonces, la novela que usted está a punto de leer, tomó forma. Pero después de tantas revisiones y antes de que sintiera que tenía lo que deseaba, dejé la historia por un tiempo para concentrarme en escribir «Epílogo de una vida». Esa narrativa se convirtió en mi primera publicación gracias a las personas de la revista literaria Baquiana. De pronto, era un escritor publicado. No les quiero

mentir, se siente increíble.

Sin embargo, pensaba que todavía no era tiempo de regresar a «Pecado y pecadores». Me dediqué a leer algunos libros que me mantenían lejos de las historias del señor Verne. Cuando llegó el momento de la revisión final de esta novela, me encerré en un monasterio en Georgia. Durante cuatro días, dejé atrás todos los lujos del modernismo, la única compañera para aquellas largas horas de trabajo fue mi laptop. Cuando terminé las últimas revisiones, el manuscrito tuvo buena aceptación entre las personas que se atrevieron a leerlo. Había logrado mi objetivo: era presentar una historia con personajes que lo mantendrían a ustedes, lectores, adivinando.

Entre mi trabajo en la cadena y la terminación de este libro, mi vida completa dio un giro de 180 grados. Puedo decir que descubrí el significado de mi existencia en este mundo, ampliando mis horizontes en maneras que no sabía fueran posibles. Después de todo, el viejo tenía razón. Debería haberlo escuchado en ese entonces, aunque creo que todo pasó por alguna razón, y su persistencia logró que mis sueños, mis ideales, sean ahora una realidad.

¡Gracias papá! Te prometo a ti y a mis lectores que algún día desempolvare las páginas de la colección de Julio Verne, pero por ahora no dejen que el polvo caiga en estas páginas. Disfrútenlas.

La presentación de la colección de lencería de Juliano en el salón de baile del hotel Hilton de París había sido el tema en la boca de todo el mundo de la moda desde que la anunciaron hace algunos meses atrás. El diseñador italiano era uno de los más respetados y admirados en el negocio. Su clientela incluía esposas de políticos, así como también mujeres de la alta sociedad alrededor del mundo, e incluso hasta integrantes de las realezas del Viejo Mundo. El modisto bautizó su colección: LENCERÍA PARA LA MUJER DEL NUEVO MILENIO. Juliano escogió personalmente a quiénes se invitaría y dichas personalidades rápidamente aceptaron asistir a tan importante fashion show.

—¡Chicas, chicas! —Juliano llamó su atención—. Me gustaría decir unas palabras antes de que el gran evento comience —pasó la vista por todas para estar seguro que lo estaban atendiendo y continuó—: Quiero agradecer a todos por honrarme con su presencia en este show. Ustedes saben que este evento es muy importante para mí y desde ahora el mundo entero mirará de una forma diferente mis diseños. Por favor, salgan a la pasarela de la forma como ustedes lo saben hacer, ¿OK? Una vez más les agradezco de todo corazón y... suerte para todas.

Acto seguido, los presentes aplaudieron al nervioso diseñador mientras este abandonaba el local. Las chicas se dirigieron a los vestidores y los guardias de seguridad cerraron sus puertas, solo permitirían el acceso a aquellos que tuvieran el brazalete del color que les indicaron: verde. Por otro lado, a los invitados que llegaban tarde al show no se les permitía ingresar al salón del desfile; los de seguridad habían recibido instrucciones específicas de llevarlos al octavo piso donde la fiesta subsecuente al show tendría lugar.

Las luces del salón redujeron su intensidad hasta apagarse por completo. El lugar quedó en total oscuridad mientras una voz femenina, primero en francés y luego en inglés, se dirigió a la audiencia.

—Damas y caballeros: el Hotel Hilton de París les da una cordial bienvenida al fashion show. Esta noche estamos muy orgullosos de presentar la nueva colección de uno de los más destacados diseñadores del mundo. Juliano presenta LENCERÍA PARA LA MUJER DEL NUEVO MILENIO.

Un breve silencio que invadió la sala sirvió de preámbulo a una pieza musical que iba in crescendo, al igual que la intensidad del reflector que iluminaba el escenario. La cortina de fondo se abrió abruptamente, mostró una pantalla grande con la silueta de una mujer que sostenía un collar alrededor del cuello de un hombre. La modelo en la figura estaba tratando de sacar al hombre hacia el escenario, pero él se resistía, insistiendo en quedarse. Finalmente, mientras él saltó hacia ella, la silueta del hombre se transformó en la de una pantera acompañado de un estruendoso rugido.

La pantalla quedó en negro, como simbolizando el color del animal, al mismo tiempo que en ella apareció el nombre del show.

Una música de ritmo hiphop acompañó a la primera modelo que apareció en la pasarela sosteniendo la correa...el felino la antecedía.

La audiencia aplaudía a medida que la modelo avanzaba. Entre tanto, algunas de las personas que estaban en la primera fila, cerca de la pasarela, se intimidaron con el gigante «gato negro». La primera modelo culminó su aparición y regresó al vestidor para dar paso al ramillete de esculturas humanas. Las chicas caminaban en pares, llegaban hasta la punta de la pasarela, daban una vuelta y regresaban desapareciendo tras la cortina.

Tras bambalinas, el entusiasmo brotaba por el rostro de Juliano; el modisto no podía ocultar su felicidad. El show... pero más, su nueva colección, todo era un éxito, y la audiencia lo demostraba con su imparable, y a veces ensordecedor aplauso.

Danielle Fontaine, una escultural mujer de ojos turquesa, con su metro ochenta y uno de estatura, adornada con una brillante piel canela, era su protegida. En un no muy lejano pasado el modisto vio a la chica por primera vez en un comercial para la televisión italiana, y había quedado hipnotizado por su exótica belleza. De inmediato agarró el teléfono y llamó a su asistente para pedirle que buscara a esa mujer tan pronto como fuera posible. Una vez que la encontró no quedó decepcionado; e inclusive su asistente se hizo merecedor de un aumento por su increíble eficiencia.

—Bueno mi amor, la mitad de la noche está completa. Ahora quiero que triunfes allá afuera. Ellos te van a amar. La noche es tuya —le susurró el modisto al oído de su protegida.

Danielle apareció en la pasarela utilizando un muy provocativo diseño que Juliano había hecho especialmente para su debut en el mundo de la moda en París. Desde el comienzo, ella se adueñó de la escena. La audiencia solo tenía ojos para Danielle, ignorando la presencia de otras esculturales modelos que adornaban la pasarela.

Ella pudo sentir la mirada penetrante de los invitados, lo que le decía que había conquistado París. Su caminar emulaba al de una diosa, haciendo que hasta las personas encargadas de la iluminación giraran las luces hacía ella, casi olvidando por completo a las otras modelos. Un entusiasmo público no se cansaba de aplaudir, especialmente a Danielle. Ella regresó a los vestidores, donde Juliano la esperaba. Ambos se abrazaron muy cálidamente como un padre y una hija que no se habían visto en muchos años.

—¡Felicitaciones, mi reina! ¡Estoy tan orgulloso de ti!

Él la besó tiernamente en los labios, para luego permitirle que se cambiara

para su siguiente aparición. El show continuó por otros diez minutos y al final Juliano salió a la pasarela agarrado de manos con Danielle. La audiencia lo ovacionó de pie. Era un triunfo para ambos, tal como Juliano lo había planeado.

Un verdadero ambiente de fiesta reinaba tras bastidores después del show. El local previo a los vestidores estaba lleno de fotógrafos, reporteros, agentes y personas, relacionados con el mundo del espectáculo; todos ellos congratulaban al diseñador por su trabajo, no sin antes preguntar acerca de esa bella modelo.

Los miembros de la prensa persuadieron a Juliano para que llamara a Danielle.

—Estimados representantes de la prensa, damas y caballeros: permítanme presentarles a la señorita Danielle Fontaine. Les garantizo, ella va a ser la próxima top model de este negocio.

Los fotógrafos dispararon sus obturadores captando imágenes de Danielle, la nueva diosa, quien posó para ellos por alrededor de un minuto sin formular una palabra, pero con una radiante sonrisa.

Fuera del salón del desfile, los invitados eran escoltados hacia el octavo piso, donde la fiesta ya había comenzado. Por otro lado, en los vestidores, los del cuerpo de seguridad anunciaban a los miembros de la prensa y a los otros invitados que iban a ser escoltados fuera del área. Los fotógrafos recogieron sus equipos y se entremezclaron con los invitados camino hacía el octavo piso.

Algunas de las modelos estaban listas para la fiesta, mientras tanto, otras arreglaban sus maletas para viajar al siguiente trabajo, no sin antes despedirse de Juliano. El área de los vestidores comenzó a quedar vacía, solamente el modisto y su equipo permanecían ahí.

Danielle era parte de ese equipo.

—Muchachas, las espero ver arriba, ¿OK? Especialmente a ti, Danielle — dijo Juliano.

De pronto, un mensajero con un hermoso y gigante bouquet de rosas preguntó a Juliano por el paradero de Danielle.

—¿Quién las envía?

—Un muy bien vestido caballero me pidió entregar esto a la señorita Fontaine —el muchacho respondió.

Juliano revisó el bouquet, cuidando de que no fuera una broma de mal gusto contra su musa.

—¿La señorita Fontaine está aquí? —preguntó el muchacho.

—Sí. Sigue recto, pero sé discreto, que podría estar vistiéndose.

Juliano quería manejar la situación, pero un guardia de seguridad insistió en escoltarlo a la fiesta. El pequeñín, mientras tanto, con su encomienda en mano, llamaba en voz alta el nombre de la modelo.

Danielle respondió al llamado desde detrás de una cortina. El muchacho le dijo que había sido enviado para entregarle las flores y preguntó también dónde las podía dejar. Ella contestó que las colocara encima del tocador, cerca del espejo y le pidió que esperara un minuto para darle la propina. La joven modelo francesa se vistió apresuradamente para no llegar tarde a la fiesta, ni tampoco hacer esperar al guardia de seguridad que estaba afuera para escoltarla al octavo piso.

—Ya salgo. Por favor, espera.

Finalmente, Danielle emergió de detrás de la cortina, pero el muchacho ya se había ido y solo el guardia de seguridad esperaba afuera por ella.

La modelo se encontró sola, tras bastidores, en frente de un espejo contemplando el hermoso bouquet. Ella sonrió, pero al mismo tiempo una curiosidad invadió su mente. La señorita Fontaine chequeó la tarjeta que acompañaba las flores y no halló nada escrito en ella. No había remitente, ni mensaje.

—¡No se me ocurrió nada que evitara que te lo dijera en persona! —Danielle escuchó la voz y miró en el espejo una imagen que la paralizó. A su lado, Roberto Rossi le habló a Danielle en un tono de voz delicado y suave. Ella giró conteniendo la respiración de la emoción, solo para comprobar que el hombre, de alrededor de un metro ochenta y cinco de estatura, con el cabello negro en una cola de caballo, era el mismo que había sido su amante. En efecto, su único y verdadero amor.

La joven modelo no sabía cómo reaccionar ni qué decir. Su corazón latía aceleradamente, tal como la primera vez que lo vio en la escuela de modelaje, donde ella solía ser una estudiante y él un fotógrafo que ayudaba a las jóvenes aspirantes a obtener la experiencia necesaria ante las cámaras.

El de ellos, fue amor a primera vista. Roberto nunca había amado a una mujer con la intensidad que amó a la señorita Fontaine. La joven modelo lo había cautivado con su exótica belleza y talento, sabiendo dentro de sí, que algún día ella lograría conquistar las pasarelas de París. Roberto entrelazó sus manos con las de su amada tratando de calmarla, mirándola fijamente con sus ojos color café que exponían sus sentimientos, mas no sus verdaderas intenciones.

—Danielle, mi amor. Es bueno verte. No tienes idea de lo orgulloso que me he sentido hoy de ti. Nunca dudé que lograrías tu objetivo.

Lágrimas de alegría rodaron por las mejillas de Danielle.

—Ha pasado tanto tiempo. ¿Por qué ahora Roberto?

—Sé que actué inapropiadamente. Y no voy a tratar de explicarlo —confesó Roberto.

—Yo sufrí mucho; estaba destruida. Pensé que nunca más te volvería a ver. Y

ahora te apareces así, de repente. No sé qué hacer...

Él la interrumpió.

—Danielle, quería pedirte que me perdones. No he podido amar a ninguna otra mujer como te amé a ti.

—¿Qué hice para que me dejaras, Roberto? Anda, dímelo.

Roberto dirigió su mirada hacia el cielo, implorando por una ayuda divina que le diera la fortaleza para decirle las razones de su comportamiento hace un par de años, cuando el amor reinaba en sus vidas.

—Fue mi culpa, Danielle. No tenía nada que ver contigo, es por eso que hoy estoy aquí pidiéndote que me perdones. ¡No he podido dejar de amarte!

Danielle se sumió en llanto, apoyando su cabeza en los hombros de su amado. No demoraron en exponer sus sentimientos, y se besaron apasionadamente, como en los viejos tiempos de romance.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el guardia de seguridad.

—Sí, estoy recogiendo mis cosas. Salgo enseguida —y dirigiéndose a su amante le dijo—: Ven conmigo a la fiesta. Me gustaría presentarte a Juliano y a otras personas.

—Juliano parece ser una persona muy especial en tu vida —comentó el fotógrafo.

—Todo lo que me ha pasado esta noche se lo debo a él. Jules confía en mí y no lo puedo defraudar.

—Prefiero esperarte en el lobby. Tú ve y diviértete. Nosotros tendremos toda la noche para nuestra celebración privada.

—Eso me gustaría muchísimo. Estaré en la fiesta quince o veinte minutos. ¿Te parece bien?

—¡Perfecto!

Roberto ayudó a Danielle con su equipaje para luego salir por la puerta que daba acceso directo al estacionamiento, mientras ella era escoltada al octavo piso por el guardia de seguridad.

A medida que el elevador se acercaba a su destino el sonido de la música se hacía más presente en los oídos de Danielle. Juliano, a quien el guardia le avisó que la modelo estaba en camino, decidió recibirla en la puerta del elevador y, al abrirse esta, el modisto tomó a su musa de la mano y la acompañó en su entrada triunfal a la fiesta. La banda interrumpió su pieza musical para que Danielle y Juliano subieran al escenario.

—Discúlpenme, damas y caballeros, por interrumpir esta velada, pero es por una razón muy especial. Quisiera darle una muy calurosa bienvenida a la nueva supermodelo: la señorita Danielle Fontaine.

El ambiente en el piso se llenó del aplauso de la audiencia. Muy emocionada

por la ovación, Danielle abrazó a Juliano. La joven modelo francesa quería formular unas cuantas palabras pero estaba tan nerviosa que lo único que pudo decir fue: —Gracias a todos y disfruten la fiesta.

La modelo agradeció al modisto, besándolo en ambas mejillas.

—Quiero presentarte a personas muy importantes —Juliano le dijo a Danielle.

—Tal vez en otro momento, Jules. Realmente lo que quiero ahora es ir a casa y descansar.

—Solo dame unos quince minutos y entonces puedes irte, por favor.

—OK. Solamente porque tú me lo estás pidiendo.

Danielle y Juliano comenzaron a caminar entre un grupo de personas en donde se hallaban muy renombrados miembros del mundo de la moda. Todos ellos estaban listos a ofrecerle muy buenos contratos de modelaje a Danielle. Sin embargo, lo único que rondaba en su mente era el encender la llama de la pasión con Roberto, igual que sucedía a diario en un no muy lejano pasado.

—Entonces dime, ¿cómo se siente ser el centro de atención? —preguntaba el modisto.

—Estoy sobrecogida por la recepción de las personas, no solamente conmigo, sino con tus diseños. No nos podemos quejar.

—Para serte sincero, Danielle, no esperaba esta acogida. Creo que estaré ocupadísimo y más billonario que el dueño de esa compañía de computadoras.

Ambos sonrieron, mientras caminaban por el salón cumpliendo con sus deberes de relaciones públicas.

—Ay niña, no has parado de ver la hora desde que saliste del elevador. ¿Sucede algo o tienes otros planes?

—Tú me conoces mejor que nadie. El único lugar donde quiero estar es en mi cama y dormir toda la noche.

—¿Estás segura que me estás diciendo la verdad, Danielle?

—Bueno, al menos la parte de estar en cama es verdad —ella contestó con una coqueta sonrisa.

—Pienso que debemos celebrar. Luego te podrás marchar.

—De acuerdo —contestó Danielle.

El modisto y su musa tomaron unas copas de champagne de un mesero que se aproximó e hicieron un brindis por el éxito que los arropó esa noche y por los que vendrían en el futuro.

—Donde sea que vayas, por favor sé cuidadosa y no te pierdas porque ahora estás en el umbral de la fama.

—Lo haré. Hasta luego, Jules. Te llamaré en un par de días para ver qué es lo que sigue, ¿OK?

Juliano y Danielle se despidieron mientras la fiesta aún estaba en su auge.

Danielle entró en el elevador con una sonrisa dibujada en su rostro, pensando en las agradables horas de amor que le esperaban con su reaparecido amante. Nunca, ni en el más remoto de sus sueños, ella pensó que el reencuentro con su ex amante podría ocurrir, sobre todo después de la abrupta manera en que Roberto había salido de su mundo.

El efecto de esa acción se veía reflejado en la actitud que la modelo tenía ante la vida y, de no haber sido por el amor y cuidado de sus padrinos, así como el apoyo de Juliano, tal vez hubiera terminado en una institución mental, o algo peor.

Hasta ese punto, Roberto Rossi había sido una gran influencia en la vida de Danielle. Su mundo cambió dramáticamente cuando lo conoció. Ciertamente, Danielle era una muchacha muy tímida, pero su sueño era convertirse en una top model y estaba determinada en alcanzar sus objetivos. Ella no era una chica de tener muchos amigos, especialmente cuando entró a la escuela de modelaje, un lugar donde cada niña tenía el mismo sueño que ella y todas estaban dispuestas a hacer todo para conseguirlo. Sin embargo, Roberto Rossi vio algo en Danielle, aparte de lo obvio (su figura), que las otras muchachas no tenían. Su timidez no impidió que cuando se paraba en la pasarela, fuese capaz de acaparar toda la atención hacia ella y hacer que las otras muchachas que estaban también modelando pasaran a segundo plano. Ella poseía un enigmático carisma.

Pero esa noche hizo que el futuro fuese prometedor para la joven modelo, más aun con la llegada de Roberto Rossi, el hombre que había hecho de la tímida Danielle, una mujer conquistadora.

El elevador llegó al lobby. La puerta se abrió. Una pareja caminaba delante de ella. La joven modelo aceleró su paso y luego se detuvo, recorrió con su vista el lugar en busca de Roberto. Cuando estaba a punto de preguntarle a un botones si lo había visto, el fotógrafo la sorprendió por detrás, cubriendo sus ojos con sus manos.

—Perdón señorita. ¿Le gustaría pasar esta bellísima noche a la luz de la luna, tal vez comer algo y luego ir de paseo al centro de la ciudad con un hombre apuesto como yo —le susurró en su oído.

—Me gustaría, pero solamente si ese hombre es el Roberto que yo siempre he amado. De ser así, entonces es su noche de suerte.

Él la besó suavemente detrás de su oreja izquierda, tratando de avivar la pasión que había estado adormecida desde que él se fue.

Agarrado de manos abandonaron el lobby camino hacia las elegantes calles de la Ciudad de la Luz.

El Arco del Triunfo servía de marco mientras se dirigían hacia la avenida de

los Campos Elíseos. Roberto la sorprendió llevándola al mejor de los restaurantes. Uno de los platos favoritos de Danielle era salmón ahumado, y El Mesón de los Embajadores, en el Hotel de Crillon, era el perfecto lugar para eso.

Caminaron por el lobby del hotel, a tan solo unos pasos de los elevadores estaba El Gran Salón, un lounge donde tanto los huéspedes como los clientes acostumbraban a tomar bebidas mientras esperaban una mesa disponible. Gracias a la reservación que Roberto había hecho, solamente tuvieron que esperar alrededor de cinco minutos en aquel lugar.

Danielle se sentía completamente feliz, y Roberto, el hombre más afortunado del mundo. Una alfombra roja servía de camino hasta el restaurante. Una vez allí, el anfitrión les dio la bienvenida y los llevó hasta su mesa.

El caballeroso anfitrión haló la silla para que Danielle tomara asiento y le entregó el menú a Roberto, quien de inmediato ordenó una botella del vino más fino para iniciar la celebración del encuentro.

En su mente Danielle deseaba que todas las noches fuesen así; juntos y llenos de dicha; mientras, Roberto acariciaba tiernamente sus manos e intercambiaban sonrisas.

—Entonces dime Danielle, ¿eres feliz? ¿Hay algo más que yo pueda hacer por ti esta noche?

—Sí, mucho más, pero despacio señor Rossi...

La noche continuaba su paso, mientras que ellos recordaban los inolvidables momentos, parte de un pasado color de rosa. Sin embargo, Danielle era consciente que todo lo bueno terminaba pronto, aunque su deseo secreto era que esa noche durara para siempre.

Mientras Roberto firmaba el recibo de la tarjeta de crédito, Danielle se excusó para ir al tocador. La bella modelo se paró frente al espejo, preguntándose a sí misma qué pasaría entre ella y su reaparecido amante después de esa noche. La idea que Roberto la volvería a dejar cruzó fugazmente por su mente. No quería sentir otra vez el vacío que hace un tiempo atrás existía en su corazón.

La joven modelo cerró sus ojos color turquesa, tratando de hacer desaparecer aquellas ideas negativas.

—Todo va a ser perfecto. No hay nada que pueda salir mal —se dijo a sí misma para calmarse. Dos mujeres entraron al lugar. Una de ellas reconoció a Danielle.

—¡Tú eres la nueva modelo!, ¿verdad?

—Sí, soy yo, Danielle.

—¡Estuviste increíble en el show de esta noche! —dijo una de ellas.

—Eres muy linda —agregó la otra.

Danielle recogió su cartera del mostrador, les agradeció a las señoras por el halago y se despidió rápidamente. La modelo radiaba de felicidad, nunca antes la habían reconocido de esa forma.

Por otro lado, Roberto estaba impacientándose en la mesa.

—¿Por qué se estará demorando tanto?

Por un momento, el fotógrafo llegó a pensar que su pareja se había arrepentido, dejándolo plantado.

—Discúlpame amor por la demora. Tú sabes que a las mujeres nos gusta tomarnos nuestro tiempo en el tocador —explicó ella con una inocente sonrisa.

La pareja regresó al Hilton de París para recoger el auto de Roberto. Un aire de ansiedad reinaba en el vehículo, tal como la primera cita, hace unos años atrás. Danielle esperaba que Roberto tomara la iniciativa; por otro lado, él podía leer la expresión de ternura en su rostro. Sus corazones comenzaban a latir tan rápido que no sabían cuál era el próximo paso a dar. Él se acercó suavemente hacia ella y con la yema de sus dedos acarició ligeramente sus labios.

Poco a poco, la pasión fue saliendo de su letargo y comenzó a extenderse por la figura de la sensual modelo. No tomó mucho tiempo para que la pasión ardiente tomara control del momento, convirtiéndose en algo bello.

—Lo siento mucho, Danielle... siento mucho el daño sentimental que te ocasioné. Tampoco fue fácil para mí.

Ella puso el dedo índice en sus labios y le dijo: —Vamos, no hablemos ni pensemos más de eso.

Roberto arrancó el auto y salió del estacionamiento en camino hacia una mansión en las afueras de París, donde el fotógrafo se había estado quedando en las últimas semanas. El viaje hasta la mansión se le hizo eterno a la joven modelo. Ella estaba ansiosa tanto o más que su pareja en llegar a su destino.

Muy dentro de sí ella presentía que sería una noche inolvidable.

Sin embargo, un silencio inusual reinó durante el trayecto, tal vez producto del nerviosismo del reencuentro mezclado con el éxito alcanzado por Danielle. Ninguno se atrevía a decir o hacer algo que estropeará toda la pasión que habían comenzado a revivir en el estacionamiento del hotel.

Roberto quería expresarle las verdaderas razones que lo llevaron a abandonarla, pero simplemente pensó que no era el momento adecuado; prefirió dejar al señor tiempo que se encargara de ese asunto.

Después de unos quince minutos, el vehículo dio un giro a la derecha y tomó un atajo que los condujo a la entrada principal, adornada por una hermosa fuente.

—¡Qué bello lugar, Roberto! ¿Cuánto tiempo has estado viviendo aquí?

—¡Ah!, desde el año pasado. No creas que es mío.

—¿Y de quién es?

—De un amigo, alguien con quien tengo una buena amistad —dijo el fotógrafo, mientras salía del carro para cumplir sus funciones de caballero y abrirle la puerta a su pareja.

—¿Por qué tiemblan tus manos?

—No sé... es que de pronto, la casa me da escalofríos.

—No tengas miedo, mi amor. Aquí estoy para protegerte.

Ambos se abrazaron fuertemente y lo complementaron con un apasionado beso, manteniendo viva la llama del deseo que estaba ansiosa por crecer.

Roberto abrió el maletero del carro, sacó las valijas de Danielle y se encaminó a la casa. El piso del vestíbulo era de madera con dos escalinatas, una a cada lado, y ambas convergían en la parte superior, para conducir a las cinco habitaciones del segundo piso y a un estudio. Cada recámara incluía su baño completo, a excepción del cuarto principal que lo complementaba un jacuzzi. Abajo, el lobby, estaba decorado con espejos en las paredes que iban hasta el techo y de este colgaba un majestuoso candelabro. Directamente debajo de la lámpara se hallaba una mesa redonda de cristal con flores y un portarretrato vacío, lo que llamó la atención de Danielle.

—¿Qué pasó con la foto?

—No tengo idea.

—¿Qué quieres decir?

—Te dije que esta casa es de un amigo mío.

—¿Lo conozco?

—No. Él es un importante hombre de negocios.

—Y por lo que veo gana muy bien —recalcó ella.

—Es muy bueno para los negocios, pero muy solitario, de pocos amigos, por lo que me considero afortunado de contar con su amistad —dijo Roberto mientras su pareja caminaba hacia la ventana que estaba cerca de las escaleras.

Desde ahí vio iluminado un hermoso jardín cubierto de rosas rojas, donde había también unos pocos escalones que conducían a la piscina. Al lado izquierdo se hallaba una pequeña casa que parecía una réplica a escala de la mansión principal. Danielle notó que la luz estaba encendida en el segundo piso de esa casa.

—¿Hay alguien más aquí?

—¿Por qué preguntas?

—Hay una luz encendida en la casa cerca de la piscina.

—¡Ah!, debe ser el mayordomo.

—Pensé que estaríamos a solas.

—El mayordomo es la mano derecha de mi amigo. Vive ahí en esa casa que

estás observando. Pero relájate, que no nos va a molestar. ¿Te gustaría beber algo? —le susurró al oído.

—Por supuesto, gracias —respondió ella tiernamente.

—Sigue por ese pasillo y ve hasta la segunda puerta a tu derecha... espérame allí. Puedes poner algo de música, si te apetece.

Danielle caminó por el pasillo hasta llegar a la habitación indicada, mientras Roberto se dirigía a la cocina en busca de una botella de champagne. El cuarto estaba a oscuras, por lo que ella entró cautelosamente y prendió la lámpara que descansaba sobre la mesa de noche. Danielle pensó que era suficiente luz para un momento romántico. Ni tan oscuro, ni tan iluminado. El potente y moderno sistema de sonido estaba empotrado en la pared, y desde ahí, la música se repartía a toda la casa. En la otra pared había una gran colección de libros en al menos cuatro idiomas, cuyos tópicos trataban de todo; desde filosofía oriental hasta bestsellers norteamericanos y latinoamericanos, lo que hizo pensar a la modelo que el amigo de Roberto debía de ser un hombre muy versátil e inteligente, con la mejor educación en su juventud.

Roberto entró en la habitación con una cubeta en la cual había dos botellas de champagne y traía también dos copas, y los colocó en la mesa ubicada al lado del sofá.

—Olvidé decirte dónde estaba la música.

Roberto tomó uno de los controles remotos que estaban en la mesa y presionó un botón. La estantería de los libros se abrió hacia un lado, dejando ver por dentro una variada colección de alrededor de unos mil discos compactos.

—Danielle, escoge uno que sea apropiado para el momento.

—No sé por dónde comenzar —respondió ella.

—Permíteme ayudarlo, mademoiselle.

Él tomó su mano, la acercó a la columna de discos compactos y le susurró al oído que lo hiciera pronto. La modelo eligió uno que reconoció por nombre y lo insertó en el equipo de sonido.

Mientras tanto, Roberto servía el champagne. Segundos después hicieron un brindis, dejaron sus copas sobre la mesa y comenzaron a bailar bien apretados uno al otro. Sus cuerpos se fundían en uno, al ritmo de la música. Ambos sintieron que el deseo y la pasión aumentaban, tal como antes. Roberto frotaba suavemente los labios de su pareja con los suyos. Danielle estaba extasiada. Sus manos se deslizaron dibujando el contorno de su cuerpo, que él lo conocía muy bien. Con una mano, la modelo desabotonaba su camisa, y con la otra, sus pantalones, en tanto que él hacía lo mismo a su blusa.

Ambos cedieron a su desenfrenado ardor.... Despacio, él se puso de rodillas frente a ella, apretó sus partes íntimas, cuyo sabor estaba aún después de todo

este tiempo impregnado en su paladar, y la llevó al mismo cielo... Danielle se hallaba en un maravilloso sueño, del cual Roberto era el protagonista. Caminaba ella por la arena de una bella playa tomada de la mano de su amante. Los rayos del astro rey enmarcaban toda esa bella figura. Él le había prometido que la iba a acompañar a lo largo de su carrera y que quería casarse, pero a ella no le agradaba mucho la idea, ya que pensaba que no necesitaban firmar ningún papel para reafirmar su amor mutuo. Sin embargo, Roberto insistió en que quería que un sacerdote bendijera su unión ante los ojos de Dios. Lo único que Danielle quería era complacer a su hombre en todo, así que aceptó aunque a regañadientes. Ambos se dirigieron al hogar de Danielle para obtener la venia de su madre. De pronto, cuando se acercaban a la casa, la joven modelo sintió una brisa muy fría que causaba un erizamiento inusual en su piel. Los dos entraron a la vivienda, donde el ambiente era casi tétrico. Ella miró alrededor y en la pared vio la sombra de una persona sentada en una mecedora.

Danielle comenzó a sentir mucho miedo, nuevos espasmos recorrieron su cuerpo cuando de repente se encontró que estaba sola, sin Roberto. Lo llamó, pero él no contestaba. La figura se puso de pie y se encaminó lentamente hacia donde estaba ella, que lo único que quería, en ese momento, era escapar. Danielle gritó el nombre de su amado, pero esta vez, con más desespero que antes. Estaba confundida, no sabía qué hacer; mientras, la silueta seguía aproximándose cada vez más... a medida que lo hacía, la intensidad de los escalofríos aumentaba. La modelo solo atinó a cubrirse la cara con sus manos, arrodillarse y pedirle al Todopoderoso que nada le sucediera.

De pronto, Danielle se despertó gritando a toda voz, completamente empapada en sudor. Inmediatamente se dio cuenta de que solo era un sueño. En ese mismo instante escuchó el chirriar de las llantas de un auto que salía a toda marcha. Al asomarse a la ventana, lo único que pudo ver fueron las luces rojas traseras que desaparecían rápidamente en la oscuridad. Sintió tranquilidad al percatarse que solo había sido una pesadilla. Regresó a la cama y se dio cuenta que Roberto no estaba con ella. Lo buscó por todas partes... y nada.

Se sirvió un vaso de agua y trató de recuperar el aliento. De pronto, hasta ella llegó una música a un volumen inusualmente alto. Decidió ver de dónde venía, envolvió su cuerpo desnudo en la sábana de seda y salió de la habitación. La melodía la condujo hasta el área de la piscina, donde vio a Roberto en una de las sillas de extensión que bordeaban la piscina, con una botella de champagne en una mano y algo que lucía a la distancia como un cuaderno en la otra.

Danielle trató de llamar su atención haciéndole señas, pero él parecía no hacerle caso. Cuando estuvo casi a su lado, le preguntó con firmeza:

—¿Podieras reducir el volumen de la música?

Roberto tomó un sorbo de la botella y levantó la mirada: —¡Ah!, disculpa — dijo el fotógrafo con el habla un poco afectada por los efectos del alcohol. Danielle conocía bien esa mirada, la recordaba de cuando la relación entre ellos comenzó a estropearse.

Él se levanto con dificultad, tomó el control remoto, apagó el equipo de música, y con sorna le dijo: —¿Acaso la desperté, Mademoiselle Fontaine?

—Me acabo de despertar de una terrible pesadilla y no te encontré a mi lado. Escuché que un carro se alejaba a toda prisa y ahora, la música a todo volumen. ¿Estás tratando de despertar al mayordomo también?

—Él es quien salió en el carro.

—¿Y qué hora es?

—¡Es la hora de afrontar la verdad! —le contestó Roberto.

—¿Qué estás tratando de decir? —inquirió Danielle.

—Tú sabes perfectamente a qué me refiero. Acabas de decirme que te despertaste de una pesadilla... —y apuntándole con el dedo índice continuó—: Te aconsejo que revises tu conciencia.

—No seas payaso y explícame de una vez qué es lo que quieres.

—Lo que quiero es me digas la verdad acerca de todo —expresó el fotógrafo alzando la voz.

—¡La verdad acerca de qué!

—No insultes mi inteligencia como lo hiciste antes, Danielle.

—No sé de qué hablas, pensé que estábamos aquí para reconciliarnos, me pediste te perdonara y lo hice... ¿qué más quieres de mí?

—Mira, mira esto —respondió Roberto, tirándole el álbum de fotos, que casi le da en plena cara, pero pudo esquivarlo gracias a un hábil movimiento—. Anda, ábrelo sin miedo y mira, mira los motivos por los que te dejé.

Con rabia, pero a la vez nerviosa, recogió el álbum del piso y miró a Roberto que sin decir palabra, la conminaba a abrir el álbum.

Danielle abrió el álbum de fotos con cautela, temía lo que podría encontrar en él. Las fotos eran de su pasado, un pasado que según ella estaba enterrado muy, pero muy lejos y no quería que regresara.

Nunca imaginó que podían ser esas fotos.

—Deberías ver la expresión de tu cara. ¿No te reconoces? Pues sí, eres tú, amor mío.

La furia y la vergüenza hicieron que el rostro de la joven modelo enrojeciera. Nada de esto le cayó bien.

—¿De dónde las obtuviste, Roberto?

—¡Eso no importa ahora! ¡El punto es que siempre me mentiste Danielle, siempre me mentiste!

—Yo te quería tanto que... no podía permitir que nada te hiriera. ¿Y... fue por esto que me dejaste?

Un silencio raro invadió el lugar. Ella cerró el álbum y lo apretó fuertemente contra su desnudo pecho.

—Ahora entiendo tu actitud, la manera como me trataste —dijo ella entre lágrimas.

—No, Danielle, no entiendes. Tú me jodiste, y muy bien. Aún así, no quería hacerte daño. Fue por eso que decidí marcharme lejos, para ver si así podía borrarte de mi mente. Pero no, no pude.

Todo lo contrario, casi termino con mi vida. Mas gracias a la ayuda de mi buen amigo pude recapacitar y darme cuenta de lo que era mejor para mí.

—¿Y para qué regresaste a París, para qué me buscaste?

—¡Para deshacerme de ti, zorra!

Roberto sacó en ese instante un revólver que tenía escondido y lo apuntó al desnudo cuerpo de Danielle, quien dio unos pasos hacia atrás, apretando aún más el álbum contra sí.

Ella tenía el álbum sujeto entre sus manos y le rogó que por favor pensara lo que iba hacer.

—Por favor, Roberto, piénsalo bien... nosotros nos amamos tanto, podemos resolver esto... nuestro amor es tan fuerte que puede sobreponerse a todo.

—¡Lo único que siento por ti, Danielle, es desprecio! No existe nada más entre tú y yo.

El fotógrafo disparó, pero falló, Daniel se había agachado, para pararse lo más rápido que pudo y lanzarse corriendo por las escaleras hacia la habitación. Roberto la persiguió mientras continuaba disparando, pero para suerte de la modelo, su puntería estaba afectada por los efectos del alcohol. Sin embargo, una de las balas alcanzó a rozar levemente el brazo de Danielle mientras corría por las escaleras, lo cual causó que tropezara y cayera. El álbum ya no estaba en sus manos. Sintió un dolor muy profundo, pero era mayor el emocional que el ocasionado por la bala... el amor de su vida jugaba una vez más con sus sentimientos.

Pensando que había matado a Danielle, Roberto se dejó caer al piso, estaba demasiado borracho. Danielle se levantó de nuevo, tapó con su mano la leve herida y se apresuró a entrar lo más rápido que pudo a la habitación, cerró la puerta con seguro y se dirigió a la ventana tratando de buscar una vía de escape. Pero la altura era muy grande para saltar de ahí a la grama.

Roberto comenzó a golpear la puerta; ella, en su desesperación; no encontraba qué hacer para detenerlo. Al percatarse de las botellas de champagne, agarró una de ellas, la envolvió en una toalla y la golpeó contra la pared.

Esparcíó entonces los punzantes pedazos de vidrio justo en la entrada de la habitación; se cortó la mano haciéndolo, pero tenía que salvar su vida.

El fotógrafo trataba de tumbar la puerta a patadas y, al no lograrlo, dio unos pasos hacia atrás para derrumbarla con su cuerpo... la puerta cedió y Roberto entró sin percatarse de los vidrios en el piso, por lo que se cortó la planta de los pies y cayó de inmediato al suelo, ensangrentado y quejándose de dolor. Danielle se hallaba sentada al borde de la cama, a unos metros de él, en medio de un constante sollozo y temblando de miedo. Parecía que Roberto había perdido el conocimiento. Con precaución, ella se acercó a gatas hasta donde estaba él tendido y tímidamente le tocó en el hombro, no obtuvo respuesta. Se alejó de él, pensando lo peor. Pero en ese instante, él la atrapó por el tobillo, haciendo que la modelo pegara un grito de desesperación mientras luchaba por zafarse, algo que le fue imposible debido a la fuerza física que aún él conservaba, en comparación con la fragilidad de ella.

Roberto trató de levantarse, su objetivo era estrangularla. En un último intento, logró caer encima de Daniella, pero ya ella había tomado uno de los pedazos de vidrio que estaba en el suelo y se lo clavó en el estómago. Danielle sintió en su cuerpo la sangre tibia de Roberto que emanaba de la herida. Horrorizada y con no poco trabajo, logró salir de debajo del cuerpo de Roberto y gateó hasta sentarse en el piso y apoyar su espalda en la pared; sus heridas seguían sangrando. Pensó que era el fin... y bien cerca estaba de la verdad.

La joven modelo sollozaba mientras observaba al inmóvil Roberto desangrarse. Era tanto el estrés del momento que el dolor de las heridas de su brazo y su mano pasó al olvido. Luego de tomar unos minutos de respiro, Danielle revisó el cuerpo, aún inmóvil, de Roberto, estaba frío y descansaba sobre un charco de su propia sangre.

Fue hasta el baño, se sentó en una banqueta y lloró con desesperación; pensó en las consecuencias que esta situación podría tener en su futuro. Todo el arduo trabajo de años pasados había desaparecido en un instante de violencia. No podía concebir cómo una noche tan bella y llena de amor, había terminado en una terrible y violenta tragedia. Final horrible para la noche en que se había convertido en una estrella del mundo de la moda.

Decidió tomar un baño, limpiarse las huellas —al menos físicas— del sangriento encuentro. Pensó que lo mejor era recoger sus pertenencias y regresar lo más pronto posible a su departamento de París.

Pasadas ya las cinco de la tarde ya Danielle se encontraba en su apartamento; el viaje de regreso le había parecido demasiado largo y extenuante. Se preparó un té caliente, eso la tranquilizaba... y se quedó profundamente dormida. En sueños, escuchaba la voz de Roberto sosteniendo el álbum de fotos,

maldiciéndola por arruinar su vida y jugar con su corazón. De pronto, la modelo despertó bañada en sudor y con lágrimas por rodando por sus mejillas. En su subconsciente, la voz de Roberto continuaba retumbando con fuerza. Sabía que tenía que poner en orden sus pensamientos y su vida, por lo que llegó a una conclusión: «Lo único que puedo hacer es escapar».

Decididamente, tenía que marcharse de París, dejando atrás su sueño de convertirse en una súper modelo. Danielle entró en el baño a buscar sus píldoras antidepresivas. Una vez que las encontró, se tomó un par. Pero la huída no iba a ser tan fácil. Primero tenía que comunicarse con Juliano, y lo peor, mentirle, decirle que había conseguido trabajar en un show fuera de París; era la única manera de justificar su partida. La joven modelo no perdió tiempo y llamó al modisto. Para beneficio de Danielle, Juliano no estaba en casa, por lo que dejó un mensaje, diciéndole que lo llamaría tan pronto como pudiera. Sin embargo, había otra llamada que hacer antes de partir; esta era un poco más difícil, ya que se trataba de sus padrinos, su única familia. Igualmente, Danielle les dio la misma excusa que a Juliano. Entre lágrimas, les hizo saber que los amaba mucho y que por favor no pensarán nada malo de ella por despedirse de esta forma tan inusitada.

Una vez finalizadas las llamadas de rigor agarró sus valijas y se dirigió, en un taxi, hacia el aeropuerto Charles de Gaulle. Sumida en un agravante estado nervioso, a la joven modelo —a quien con su hermosa figura atraía miradas por doquier— le daba la impresión que algunas de esas personas la observaban como si fuesen policías al acecho, a punto de aprenderla.

Después de comprar su boleto de avión para Miami, pasó a la sala de espera que le indicaron, en la parte de salidas internacionales. La sola idea de pasar el resto de sus días en la cárcel petrificaba a Danielle. Sus pensamientos la querían traicionar, incluso llegó a imaginar que de ser arrestada le diría al juez que todo lo que hizo fue en defensa propia. De pronto, escuchó por los altoparlantes que llamaban a los pasajeros de su vuelo para abordar el avión.

En ese instante, Danielle no podía creer lo afortunada que era, habían pasado casi ocho horas desde el violento reencuentro con su ex amante y no había escuchado nada en las noticias sobre lo sucedido en la mansión.

Desde el asiento A18 de la aeronave con bandera francesa podía ver con cierta dosis de nostalgia, quizás por última vez, la hermosa ciudad que le abrió las puertas a una nueva vida, aquella París a la que su corazón pertenecía, mientras se desaparecía en el horizonte.

La joven modelo era consciente de que un difícil porvenir le esperaba en el lugar de destino del vuelo: Miami. Comenzaría desde cero en una ciudad extraña, en un continente extraño. París tiene algo que lo hace mágico y

espectacular, pero eso estaría guardado en la bóveda de sus sentimientos por siempre.

—OK. Déjame ver... eres acuariano, ¿verdad? Por eso eres exitoso en la vida, y muy atractivo también —la hermosa dama le dijo a Edson Lasalle, presidente y dueño de la prestigiosa agencia de modelos Lasalle.

Ella estaba tratando de llamar su atención con el propósito de conseguir un posible contrato de modelaje, pero la ocasión no era la apropiada para ese tipo de asuntos. Edson se excusó, saliendo a la terraza para tomar un poco de aire fresco y alejarse por un rato del bullicio de la concurrida fiesta.

Desde el sensible fallecimiento de su esposa Nicole, Edson Lasalle había dejado de ser aquel jovial y agradable hombre que todos conocían y admiraban. Nicole Lasalle era el pilar y el alma de la agencia; pero más importante aún, el centro de su vida. Se habían conocido en su primer año de secundaria en Miami. Se puede argumentar que su amor fue amor a primera vista, y la radiante belleza de Nicole Ellas tuvo mucho que ver en ello. Los dos adolescentes provenían de familias muy religiosas por lo que asistían a un colegio católico, así como a la misma iglesia. Pero antes de convertirse en una persona muy importante y reconocida en el mundo de la moda, Edson Lasalle vino al mundo bajo el nombre de Edward Fontana Jr.

Edson y Nicole comenzaron a salir como pareja dos años antes de su graduación del colegio, formalizando la relación antes de marcharse a los estudios universitarios en Nueva York.

Edson había sido siempre un hombre muy atractivo, lo cual lo hacía muy popular entre las muchachas. Al señor Ellas no le hacía mucha gracia que su niña consentida, Nicole, estuviera frecuentando a un muchacho como ese, así que en una ocasión invitó a Edson a cenar, solos los dos. Él quería estar seguro de que Edson era un hombre lo suficientemente maduro y serio para cuidar de su princesa. Ambos conversaron durante un largo rato, recalcándole Edson que si bien él solamente tenía diecisiete años, estaba convencido que Nicole era la mujer con la que se casaría algún día y que siempre cuidaría de ella. El señor Ellas estaba sorprendido del grado de madurez que el joven tenía a pesar de su corta edad, así que se levantó de la mesa, lo abrazó y le dijo a Edson: — Bienvenido a la familia, hijo. Veo que mi Nicole va a ser una muchacha muy afortunada.

Edson tenía un hermano menor llamado Louis, al que todos llamaban cariñosamente Lou. Contrario a Edson, Lou era un muchacho hiperactivo, por lo que el señor y la señora Fontana corrían con la responsabilidad de siempre tener que disculparse por su conducta en la escuela. El joven hacía enloquecer a todos, pero amaba a su familia y especialmente a su hermano mayor, así como a su

futura cuñada, Nicole.

Unos meses antes de su cumpleaños número diecisiete, se le ofreció a Nicole una oportunidad en el mundo del modelaje, pero debido a la fuerte convicción de sus padres acerca de la industria de la moda, decidieron esperar a que terminara sus estudios secundarios. Aunque muy enojada por la determinación de sus familias, y sabiendo que con su belleza podría triunfar en el glamoroso mundo de la moda, la adolescente obedeció sin mucha resistencia, terminó primero su colegio para luego incursionar como modelo.

Desde sus años de inocencia, Edson siempre había mostrado un gran interés por las artes, especialmente lo relacionado con la fotografía. Sin embargo, los planes del joven Fontana no coincidían con los de su progenitor, quien siempre vio en su hijo a su sucesor en la firma de abogados. Edson nunca mostró interés alguno en ese tipo de carrera, por lo que su padre le puso como condición que si quería dedicarse a la fotografía, lo hiciera siempre y cuando tomara alguna otra materia en la universidad. Al igual que su pareja, Edson complació a sus padres y cuando llegó la hora de empezar en el Colegio de Artes de Nueva York en el otoño de 1973, se inscribió en clases de administración de negocios junto con las de fotografía.

A pocas semanas antes de que comenzaran las clases, los progenitores de ambos jóvenes les dieron su bendición. Días después, Edson y Nicole celebraron su boda civil, para así no vivir en el pecado de la unión libre, según los padres de Nicole, y para que también su hijita no estuviese sola en una ciudad extraña.

El señor Fontana les dio una sustancial cantidad de dinero para comenzar, con la condición de que obtuvieran trabajo mientras estudiaban y así pudieran ellos mismos solventar sus necesidades. Una vez en la Gran Manzana, los flamantes novios pondrían el dinero en una cuenta de ahorro por si ocurría alguna emergencia en el futuro.

Un par de semanas antes de que el semestre diera inicio, los Fontanas y los Ellas despidieron a sus respectivos retoños en el aeropuerto internacional de Miami. Aferrados a los sueños típicos de esa edad y con los nervios de rigor, Edson y Nicole partieron a Nueva York, agarrados fuertemente de las manos y ansiosos de comenzar su vida como cónyuges.

—Edson, Edson, ¿estás bien? —Lou preguntaba.

Edson respondió solo con un movimiento de su cabeza.

—Te recuerdo que estamos celebrando tu cumpleaños y tienes invitados esperando.

—Sí, lo sé. Gracias. Solo necesitaba tomar algo de aire fresco para poder pensar en mi futuro.

—¿A qué te refieres con lo de pensar en tu futuro?

—Bueno hermano, como sabes, Nicole no era solamente mi esposa, sino también mi mano derecha. Ella era la que tenía la última palabra en todo lo relacionado con la agencia. Los castings, los shows, las entrevistas, la escuela para las nuevas modelos; todo eso llevaba su sello y aprobación. Ahora, en este punto de mi vida, me doy cuenta que ella nació para esa clase de negocios. Tenía un magnetismo y carisma inaudito. Las chicas la adoraban y se sentían muy cómodas alrededor de Nicole. Yo era solamente el fotógrafo, el que ayudaba y daba su opinión en algún punto de toda esta larga cadena.

—Pero bueno, eso les trajo fama — agregó Lou.

—Tú lo dijiste hermanito, nos..., a los dos. Pero este hombre que está de pie frente a ti ahora es un inútil sin su mujer.

Lou abrazó fuertemente a su hermano, consolándolo de la misma forma que Edson lo hacía con él cuando eran pequeños.

Edson derramó lágrimas sobre los hombros de Lou, quien nunca pensó ver a su hermano, ese hombre de carácter fuerte, imbatible ante todo, llegar a este punto de debilidad.

—La extraño tanto... —dijo Edson con voz entrecortada.

Lou ayudó a su hermano a sentarse en una de las sillas que estaban en la terraza y le ofreció un vaso con agua para que se tranquilizara.

—Edson, tal vez tú no me vayas a creer, pero yo siempre te he admirado. Nadie más que tú sabes que fui un dolor de cabeza para papá y mamá. Aun cuando me marché de casa, siempre estabas en mis pensamientos. ¿Es que no lo ves? Tienes todo lo que un hombre desearía. Hasta en tu adolescencia sabías lo que querías de la vida. Encontraste la mujer de tus sueños, a muy temprana edad.

A la misma edad en que otros experimentan con drogas y cualquier cosa rara, tú ya estabas encaminando tu vida con pasos sólidos hacia el futuro, este presente que estás viviendo hoy. No voy a decirte que sé cómo se siente estar en tu situación, pero lo que sí sé es que a Nicole le gustaría que continúes la agencia, que es tu vida.

Edson estaba muy pensativo, con su mirada concentrada en el vaso de agua, mientras escuchaba a su hermano, quien trataba de animarlo. Al mismo tiempo, en el primer piso, la fiesta estaba en todo su apogeo. La reunión con motivo del cumpleaños de Edson era una de las más esperadas e importantes en el calendario social de South Beach.

Modelos, celebridades y personalidades del jet set y el mundo de la moda, adornaban con su belleza la fiesta en honor a uno de los ciudadanos más respetados de Miami y sus alrededores.

Clarissa, una de las modelos más cotizadas de la agencia, hizo su arribo, preguntando inmediatamente por Edson. Carmen, la mucama, le dijo que estaba

arriba, en la terraza con su hermano, y que ellos probablemente no querían ser molestados, algo que a la hermosa rubia le importó poco.

—¡Mira nada más quién está aquí! —expresó Lou.

—¡Feliz cumpleaños querido! —dijo la rubia, y le dio un sutil beso en los labios a su jefe—. Hola Lou.

—Veo que olvidaste de traer un regalo —Lou agregó.

—¡Oh! No, claro que no. Lo que sucede es que solamente el guapo cumpleañosero puede verlo.

—Mejor espéranos abajo, Clarissa. Nosotros nos reuniremos contigo y el resto de los invitados en pocos minutos, ¿OK?

—Te estaré esperando —dijo con una coqueta voz la hermosa rubia desde dentro del elevador.

—¿Y qué vas hacer al respecto? —inquirió Lou.

—¿Qué quieres decir?

—Mira Edson, como te dije antes, tú tienes que seguir con tu vida, y que creo que Clarissa podría darte la mano con eso y algo más; si entiendes lo que estoy diciendo.

—Olvidalo Lou. ¿No ves que sería muy incómodo para mí comenzar a salir con una de las modelos, sobre todo, una de las muchachas favoritas de Nicole? Es como si le fuera infiel a mi esposa.

—No lo pongas en esos términos por favor. Nicole se ha ido y no hay nada de malo en que te intereses en otras mujeres.

Un silencio sepulcral invadió la conversación. Edson y Lou intercambiaron miradas. Lou se dio cuenta que se sobrepasó con el comentario que hizo al referirse a su difunta cuñada de esa forma.

La charla le sirvió a Edson para confirmar que el Lou que tenía sentado al frente no era el mismo muchacho irresponsable e inmaduro que se marchó de casa, contrariando a toda la familia. Su hermano menor se había convertido en un hombre hecho y derecho, que tomaba su trabajo muy en serio.

Después de unos minutos, los hermanos Lasalle se levantaron de sus asientos para dirigirse al primer piso, donde sus amistades los esperaban.

—Por favor Edson, piensa en lo que hemos hablado esta noche.

—Gracias hermano por preocuparte, por estar aquí conmigo.

Más tarde hablaremos de una propuesta que tengo que hacerte.

—¿Y por qué no, ahora?

—Anda, espérame abajo.

Lou tomó el elevador desde la terraza hasta el lobby, mientras Edson bajó las escaleras hacia su habitación. El cuarto estaba a oscuras, con la ventana del balcón levemente abierta. Edson encendió la luz y, para su sorpresa, se encontró

a Clarissa acostada y completamente desnuda en su cama.

—¿Cómo entraste aquí?

—¿Acaso no te gusta? Yo soy tu regalo de cumpleaños. Vamos, ven acá.

—Vístete Clarissa, la fiesta es abajo y no aquí —le reclamó el jefe.

Decepcionada, la rubia Clarissa se levantó de la cama y, exhibiendo su escultural un metro setenta y nueve pasó por frente de Edson, mientras se colocaba su vestido de seda, color rojo.

—Pensé que lo que querías era un poco de diversión. Te veo abajo, jefe.

Sentado al borde de su cama, Edson observó en silencio a Clarissa caminar hacia la puerta de la habitación. Desde que Nicole murió, Clarissa y muchas otras mujeres se acercaron a Edson con la intención de convertirse en su nueva esposa o al menos andar de la mano del codiciado viudo. Las proposiciones y piropos no solamente venían de mujeres del mundo de la moda, para ellas y también para otras, Edson no era un viudo más, sino un hombre soltero y sin compromiso. La ironía más grande de todo esto es que todas esas mujeres habían sido amigas personales o conocidas de la difunta Nicole. Clarissa nunca le expresó a Nicole la atracción que sentía por su esposo, mas no era necesario. Nicole era una mujer muy perceptiva, siempre al tanto de lo que estaba pasando en su alrededor. Ella vio la manera como Clarissa miraba y hablaba con Edson desde el primer momento en que llegó a la agencia, mas el vínculo sentimental entre Edson y Nicole era demasiado fuerte para que una extraña lo quebrara fácilmente. Solamente la muerte lo podía hacer.

Edson tomó el elevador hacia el lobby. Cuando salió de este, se extrañó al ver que todo estaba en tinieblas. No se escuchaba la música, ni la algarabía... nada. Todo estaba tranquilo, como que si nunca hubiese habido gente en la casa. Lasalle caminó cautelosamente hacia el área de la piscina. Igual, estaba desierta, tampoco había un alma. Luego regresó al lobby, y fue en ese instante que las luces se encendieron y todos gritaron al unísono: «¡Feliz cumpleaños!»

—¡Gracias, muchas gracias amigos! Por un momento pensé que todos se habían ido —dijo Edson, conmovido.

Clarissa, Lou y la mucama aparecieron con el pastel de cumpleaños.

La rubia le susurró atrevidamente en el oído que pidiera un deseo que la involucrara a ella. Edson pretendió no prestar atención y sopló las velas, hecho que arrancó un fuerte aplauso de los invitados. De inmediato, prosiguió la música.

Aunque Edson y Nicole no se involucraban en la vida política de su ciudad, su círculo de amistades se extendía hasta esos sitios. Uno de esos amigos era el controversial alcalde del condado MiamiDade, Fiddle Kestrel. El alcalde se disculpó con su amigo por haber llegado tarde, diciéndole que eran asuntos

relacionados con el condado. El alcalde se hallaba en medio de un muy polémico y público divorcio, después de que fotos de su esposa, en actos sexuales con un par de mujeres, habían aparecido en uno de los periódicos de mayor circulación nacional. Los Lasalle le habían servido al alcalde de apoyo emocional durante esa terrible situación. Fiddle Kestrel era una de las figuras que había influido mucho en la renovación de la estética de South Beach, para que dejara de ser un asilo de ancianos y se transformara en una de las mayores atracciones turísticas, así como en centro del jet set internacional. El sur de la Florida, especialmente South Beach, se había convertido en el tercer mercado de la industria de modelaje a nivel internacional, creando con esto mayores fuentes de trabajo para los residentes y atrayendo inversionistas de todas partes.

El alcalde Kestrel tenía fama de mujeriego y le gustaba estar rodeado de hermosas damas, por lo que no se podía de ningún modo perder la fiesta de cumpleaños de su amigo Edson.

—Feliz cumpleaños, amigo —expresó el alcalde al abrazar a su amigo.

—Gracias por venir, señor alcalde.

—Por favor, deja de ser tan formal, Edson. Estamos entre amigos.

—¿Puedo ofrecerte un trago?

—Sí, claro. Necesito uno, ha sido un día estresante en la oficina.

Los dos caballeros caminaron hacia el hall, dejando que el resto de los invitados se entretuviera al ritmo del DJ. Finalmente llegaron hasta el área de la piscina, donde se hallaban unas cuantas modelos de la agencia y otros invitados que estaban pasando un buen rato, exhibiendo sus sexis y llamativas ropas interiores dentro en la piscina.

—Entonces, dime Kestrel; ¿cómo está el siempre emocionante mundo de la política?

—¡Ah!, tú sabes. La política es una cuestión de detalles menores, que si no los arreglas a tiempo, te pueden tumbar del pedestal fácilmente. Si no, pregúntale a nuestro querido presidente y su becaria.

—Realmente hablas como un verdadero político, mi amigo. Te hice solamente una simple pregunta y me das todo un discurso.

—¿Cuál es el nombre de esa muchacha que está saliendo de la piscina?

—Esa es Clarissa.

—Pues ha estado mirando todo este tiempo en esta dirección; más precisamente a ti, mi querido amigo.

—Ella es una de nuestras top models.

—Bueno, pienso que estás en los planes de ella para esta noche, Edson.

Edson sonrió e intercambió miradas con Clarissa. Ella lo saludó con la mano y regresó a su asiento al borde de la piscina.

—Mira Edson, tú sabes que tu vida ha cambiado luego de la trágica muerte de tu esposa. Sin embargo, ella era una mujer tan buena y quería lo mejor para ti que... donde quiera que se encuentre, no creo que le moleste si decides ponerte en circulación otra vez. Tú siempre estás rodeado de bellas mujeres todo el tiempo, ¿por qué no empezar a salir con un de ellas, ah?

En ese instante, el mesero interrumpió la conversación. Mientras el hombre servía las bebidas, Edson miró por sobre el hombro de Kestrel a Clarissa, tratando por un segundo de imaginar cómo sería su vida con ella. En ese momento, Lou se acercó a la mesa con una amiga.

—Buenas noches, alcalde.

—¿Qué tal Lou? Hola señorita.

—Vengan, tomen asiento —los invitó Edson.

—Gracias, pero solamente vine a saludar al alcalde y, de paso, presentarle a una admiradora que quería conocerlo.

—Mucho gusto en conocerte. ¿Están seguros que no quieren acompañarnos?

—Mejor los dejo a los dos hablando de política, tema que no es de mis favoritos. Los veo luego.

—Me cae bien tu hermano. Es un chamaco muy agradable.

—Estoy muy orgulloso de él —contestó y se percibió orgullo en su voz.

—Y veo que la fiesta está quedando como se esperaba.

—Hasta ahora, no me puedo quejar. Las muchachas y mi hermano saben cómo organizar una reunión bien amena. Y tu asunto, Kestrel, ¿cómo va? El caso es noticia todas las noches y no dicen nada agradable de tu situación.

—¡Ah!, mi amigo. ¿Tienes alguna idea de cuál es el político más grande de la historia?

—No sabría ni por dónde empezar.

—El político más grande fue Jesucristo. Sé que para ti es algo difícil de entender, teniendo en cuenta tu fe católica, pero piénsalo.

Él habló de la verdad divina, trajo un mensaje de amor y paz para todos; aún así, hubo algunos que no estuvieron complacidos ni convencidos con eso. Bueno mi amigo, ese detalle sigue ocurriendo en la actualidad, a más de dos mil años. En otras palabras, nadie estará completamente complacido con algún político, ni el mismo Jesús pudo hacerlo.

—Tú sí que eres realmente vanidoso. Tratar de compararte con Jesucristo, y ni así, me has respondido mi pregunta.

—Edson, me conoces bien, y sabes que la única verdad que dicen de mí en el noticiero es acerca de mi debilidad por el sexo opuesto.

En cuanto a lo otro que alegan, aquí frente a ti, lo niego tajantemente.

—Te deseo que salgas bien de esta, mi amigo —dijo Lasalle.

—Y hablando de mujeres, Edson, tú sabes lo importante que es para mí tener una mujer a mi lado.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Bueno, quiero ligarme a una de tus modelos.

—Nosotros no somos agencia para damas de compañía. Ahora, lo único que puedo hacer es presentarte a alguna de las chicas y el resto va por tu cuenta y obviamente, la de ella. Lo único que te pido es que no la distraigas del trabajo, ¿OK?

Los dos caballeros se levantaron de la mesa, y se dirigieron hacia dentro de la casa donde Edson le presentó a algunas de las muchachas que trabajaban en su agencia. La velada se extendió casi hasta el amanecer. Edson se las había arreglado para dejar a Lou a cargo de los invitados, y algunas de las muchachas decidieron salir de la casa directamente al aeropuerto para tomar el vuelo que las llevaba a su próximo trabajo.

Edson pasó buena parte de la noche pensando en el siguiente paso que tenía que ver con el resto de su vida. A los 44 años, estaba en un punto que necesitaba buscar el significado de su existencia sin su amada. Su mundo había cambiado cuando enviudó, 3 años antes; se había sumergido por completo en su trabajo para ayudarlo a distraerse de la ausencia de su esposa, pero simplemente fue peor.

Edson comenzó a darle a Lou más responsabilidades en el manejo de la agencia.

Para suerte de Edson, su hermano menor había sido un buen aprendiz de Nicole. Se podía decir que se metió lleno en todos los aspectos del negocio; sesión de fotos, de videos, e incluso llegó a aprender algo de fotografía de su hermano. De todos modos, al principio tuvo que pedirle a Nicole que tuviese un poco de paciencia con la actitud de Lou, sobre todo cuando el joven Lasalle trató de mezclar el trabajo con el placer, distraendo a algunas de las chicas, algo que su cuñada no toleraba.

Cada mañana, antes de ir a la agencia, Edson llevaba flores al mausoleo donde descansaban los restos de su esposa. Ese día en particular le había pedido a Lou que estuviese en la oficina a las once en punto, ya que tenía algo importante que comunicarle.

Edson se arrodilló frente a la cripta y dijo una oración; él siempre hablaba con Nicole como si estuviera viva, contándole todo lo relacionado con el diario trajín de la agencia, pero hoy le comentó sobre sus futuros planes y le pidió perdón por lo que estaba a punto de hacer. Se puso de pie y contempló el silencioso panorama lleno de tumbas y mausoleos, como si estuviese esperando una aparición de su amada Nicole. Cerró sus ojos para sumergirse en aquel bello

pasado, cuando el otoño de 1973 tocaba a las puertas de la ciudad de Nueva York.

La joven pareja pasaba su tiempo entre clases sentados a la sombra de un árbol. Ahí hablaban acerca de sus clases, así como de los compañeros que tenían y de lo difícil que eran alguno de los profesores. Los Lasalle no habían hecho muchos amigos al principio, ya que lo primordial para ellos era adaptarse al nuevo ambiente y al nuevo estilo de vida como marido y mujer.

El primer semestre pasó realmente rápido y ambos obtuvieron excelentes calificaciones en sus respectivas materias. Durante la semana del Día de Acción de Gracias sus familiares viajaron hacia Nueva York, pero debido al intenso frío, pasaron casi todo el jueves dentro de la casa. Para las festividades de Navidad y Año Nuevo, Edson y Nicole regresaron a Miami. Esa fue la única vez que ellos visitaron a sus familiares antes de la boda religiosa.

En la primavera del año siguiente, durante su segundo semestre, Edson obtuvo un trabajo en el periódico de la universidad y otro en una revista de moda independiente. No le pagaban mucho, pero lo ayudaban a sostenerse. La belleza de Nicole no pasó desapercibida, y uno de los profesores la persuadió para que se atreviera a probar suerte como modelo de pasarela, por lo cual ganaría más que una diseñadora de modas. La joven Nicole obtuvo una entrevista con el presidente de Prestigious, una de las agencias de modelaje más importantes de Nueva York en aquellos tiempos.

Al principio Edson estaba muy enojado porque ella había aceptado la propuesta sin habérselo consultado. Sin embargo, ella lo convenció de que le tomara algunas fotos para su portafolio y que la acompañara a la entrevista. Aquel día, la pareja llegó diez minutos antes a la entrevista con el señor Mandini, presidente y dueño de la agencia. Al entrar, notaron que la habitación estaba llena de muchachas tan bellas y jóvenes como ella. Nicole tomó asiento mientras que Edson se paró junto a ella sin soltarle su mano. La entrevista de Nicole fue alrededor de las once de la mañana. El señor Mandini estaba con el fotógrafo de la agencia y dos personas más que recibieron a Nicole en la oficina. Inmediatamente, la escultural belleza de la chica llamó la atención de todos. Tanto el fotógrafo como Mandini estaban muy impresionados por la calidad de las fotografías de su portafolio. Mandini le preguntó a Nicole quién había tomado las fotos, respondiendo muy orgullosa que eran un trabajo de su esposo.

—Es el mejor —agregó la chica denotando cierto nerviosismo en su voz.

El señor Mandini pidió que buscaran Edson, el cual estaba en la sala de espera, ansioso de saber lo que ocurría adentro. La recepcionista le hizo señas para que entrara, y de momento él quedó un poco sorprendido por la solicitud. Edson tocó la puerta y escuchó una voz que le autorizó la entrada. El joven vio a

su esposa sentada en una silla de madera y frente a ella, cuatro personas más. Caminó hacia Nicole y agarró sus manos. El señor Mandini le hizo saber su opinión por la calidad de fotos y le preguntó cuáles eran sus planes para un futuro cercano. Por unos segundos, la pareja intercambió miradas sin saber a ciencia cierta qué responder. Para romper el hielo y ayudarlos en su respuesta, el señor Mandini mencionó que Nicole tenía todas las cualidades para convertirse en una top model, y era justamente la persona que él estaba buscando para ser parte de su agencia. Además le aseguró que la agencia no presionaba a sus modelos de ninguna manera, les aconsejó que lo pensarán bien antes de dar cualquier respuesta y que regresaran en unos días, cuando hubieran tomado una decisión.

De igual manera le ofreció a Edson que hiciera un período de práctica en la agencia por seis semanas, sin paga. Sus deberes serían asistir al fotógrafo de la agencia en los trabajos dentro y fuera del local, aunque también tenía la opción de pasar por su oficina cuando no estuviera ocupado y aprender algo sobre el negocio del mundo de la moda. El señor Mandini le aclaró muy bien a Edson que esto era solamente una opción, que a largo plazo daría sus frutos, ya que así, podría expandir sus conocimientos en los negocios, sin tener que pagar por ello en la universidad. Edson tenía enfrente a la persona que se convertiría en su mentor, a quien le iba a estar eternamente agradecido por los conocimientos y los importantes consejos.

Nicole llamó a sus padres para darles las buenas nuevas y al mismo tiempo para consultarles sobre la propuesta del señor Mandini.

Sus padres estaban muy felices por su hijita y le aconsejaron que planificaran muy detenidamente las cosas, ya que estas tendrían repercusiones en el futuro, sobre todo cuando decidieran tener hijos.

Por otro lado, Edson estaba en una disyuntiva, ya que tenía que decidir entre sus dos trabajos. Él estaba muy contento con el periódico de la universidad porque no solamente le permitía desempeñarse como fotógrafo, sino que como en ocasiones tenía que escribir el texto de la historia que cubría, no le quedaba mucho tiempo para nada extra.

Como buena esposa, en muchas ocasiones Nicole le ayudaba con la redacción de los textos, mientras él se encargaba de que las fotos salieran lo mejor posible. Ya para ese tiempo y a pesar de la corta edad, se habían convertido en una pareja muy sólida y madura, sabían que cualquier decisión que tomaran en ese momento, en realidad afectaría el resto de sus vidas.

Como de costumbre, ese domingo, y antes de llamar al señor Mandini, la pareja fue a la iglesia para rogarle a Dios que los ayudara a tomar la decisión correcta. En horas de la tarde, Edson llamó a la agencia para concretar la cita al

día siguiente.

Los rayos de sol invadían la habitación y despertaron a Edson, quien regocijaba su vista viendo cómo estos se reflejaban en el desnudo torso de su mujer. En contraste, afuera la temperatura era fría y el servicio meteorológico había pronosticado un treinta por ciento de lluvia. Edson preparó el café mientras su esposa tomaba una ducha. La joven pareja estaba nerviosa acerca de la decisión que habían tomado y esperaban que fuese lo mejor para ambos.

Edson sintió como las lágrimas rodaban por su rostro, mezclándose con las gotas de lluvia que caían desde las cargadas nubes. Luego abrió sus ojos para encontrarse a sí mismo enfrente de la tumba de Nicole, lo que arrancó una sonrisa de alivio ya que era así como se sentía cada vez que visitaba a su difunta esposa y recordaba esos buenos momentos de un lejano pasado. Al despedirse, besó la lápida y se alejó lentamente.

Edson entró en su carro y se dio cuenta que tenía que apurarse para llegar a tiempo a su reunión con Lou. Después de estacionarlo en el aparcamiento del edificio que se ubicaba en el corazón de South Beach y saludar al guardia de la entrada, Edson tomó el elevador para llegar al tercer piso, lugar de las oficinas de la agencia. El cuarto piso estaba dedicado al estudio y a los asuntos relacionados con casting, videoclips y otros trabajos que se hacían en la agencia.

Salió del elevador y caminó lentamente por el hall hasta llegar a la puerta de cristal que tenía el logo de la agencia y lo contempló por unos segundos. El dueño mostró una leve nostalgia ante la posibilidad de que esta fuese la última vez que abriría esas puertas.

—Buenos días Edson —saludó la recepcionista.

—Hola Melanie. ¿Todo anda bien por aquí?

—Todo está de maravilla. Por cierto, muy buena la fiesta de anoche. La pasé muy bien.

—Eso escuché. Gracias por ir. Infórmele a mi hermano que ya llegó.

—Precisamente él me acaba de preguntar si ya habías llegado.

—Hazle saber que lo espero en mi oficina. Ah, y también, hazme el favor de buscar el número de teléfono de la agencia de viajes que usamos siempre.

Edson abrió su despacho, el cual estaba decorado con fotografías, enmarcadas tipo póster, de unas cuantas modelos que la agencia había formado y que se habían convertido en top models muy respetadas y solicitadas en el mundo, además de unas cuantas obras de conocidos artistas que él junto a su difunta esposa habían adquirido en los viajes que hicieron alrededor del mundo.

El señor Lasalle puso su maletín encima del escritorio y prendió la computadora. Ahí se encontró un email de un amigo desde París, en el que le mencionaba que el fashion show de Juliano había sido todo un éxito. Edson se

lamentó haber olvidado que el show se transmitiría vía Internet. Segundos después, el teléfono sonó, era Melanie con la información que él le había pedido acerca de la agencia de viaje; también le mencionó que su hermano estaba en camino a su oficina. Edson le agradeció a su asistente por su servicio y le pidió que nadie lo molestara y que tomara los mensajes mientras se reunía con su hermano. El señor Lasalle anotó el número de teléfono que le había pedido a Melanie e inmediatamente llamó a la agencia de viajes, le contestó una señorita que le pidió que esperara en la línea.

En ese instante, Lou entró en la oficina de su hermano. Edson reanudó su conversación telefónica, al mismo tiempo que le indicó con un gesto a su hermano que se sentara. Lou tomó asiento frente al escritorio de su hermano y abrió el periódico mientras esperaba que Edson terminara su llamada. Pero la sorpresa de Lou iba en aumento a medida que escuchaba las palabras de Edson, quien al darse cuenta de esto, le escribió en un papel: «Te lo explicaré todo en un momento».

Después de escuchar que le mandarían los folletos con la información hoy mismo, Edson colgó el teléfono y se dirigió al bar, de donde sacó un jugo de naranja para él y le preguntó a Lou si deseaba algo de tomar.

—Sí, por favor. Creo que ahora sí necesito beber algo..., jugo de naranja.

—Te noto un poco preocupado hermanito. ¿Qué pasa? —preguntó Edson.

—No lo sé. ¿Por qué no me lo dices tú?

—Bueno, tiene que ver algo con la charla de anoche y la conversación que acabas de escuchar. Y créeme Lou, que lo único que tengo son buenas noticias para ambos —Edson caminó alrededor de su mesa y se paró frente a la ventana con vista al océano y prosiguió—: He estado pensando y llegué a la conclusión de que es verdad, tengo que poner orden en mi vida y mi vida en orden. No necesito decirte que estos últimos tres años han sido los más difíciles. Llegué a pensar que mi existencia no tenía ningún sentido.

La ausencia de Nicole es como si me hubiesen arrancado el corazón —expresó mirando el retrato de la difunta mujer—. Y después de la charla que tuvimos anoche, me propuse salir de esta depresión antes de que termine consumiéndome.

Edson colocó el retrato sobre la mesa y tomó asiento frente a su hermano, que para estas alturas lo miraba con cierto escepticismo.

—Tú estas correcto en casi en todo, excepto en que necesito una mujer para compartir mi vida. Me sentiría como si estuviera traicionando la memoria de Nicole.

—Pero no lo estarías haciendo, Edson —Lou continuó—. Yo creo que Nicole preferiría que abrieras tu corazón a alguien nuevo en lugar de estar

viviendo como lo estás haciendo.

Nuevamente, un silencio incómodo se hizo presente en la habitación y Lou sintió que había sido un poco duro con su hermano mayor. Sin embargo, Edson sabía que los sentimientos de preocupación por parte de su hermano eran sinceros.

—Y bien Edson, ¿cuáles eran las buenas nuevas que me ibas a dar?

Edson tomó un hondo respiro como pretendiendo aunar las energías que necesitaba para comunicarle su decisión a Lou.

—Como escuchaste, estaba haciendo unos arreglos con la agencia de viaje.

—Ya me di cuenta.

—Un largo viaje. Mira Lou, necesito renovar mi espíritu, encontrarme a mí mismo y para eso necesito estar lejos de todo esto, de lo que tenga que ver con Nicole y lo que tenga que ver con este mundo.

—Y la agencia, ¿quién la va a manejar?

—Aquí viene la buena noticia para ti.

Lou comenzaba a entender hacia dónde iba su hermano. El joven Lasalle bebió un poco de jugo de naranja y miró fijamente a su hermano.

—Sí, Lou. Tú eres la persona que va a estar a cargo cuando me vaya. Vamos, no temas, que si por un momento pensara que no estuvieses capacitado para tomar las riendas de la agencia, simplemente no te dejaría en esa posición.

Lou parecía que estaba en shock. Nunca pensó que su hermano fuese capaz de tomar una decisión así, especialmente, bajo las circunstancias en la que esta se daba.

—¿Por cuánto tiempo te vas?

—Todavía no lo sé, Lou, ni siquiera tengo idea a dónde exactamente iré. Lo único que te puedo decir con certeza es que me quiero ir bien lejos de todo esto.

—OK, Edson, entiendo que necesitas algún tiempo de relajamiento, pero prácticamente abandonar todo por lo que has trabajado, lo que hiciste con tanto sacrificio y esfuerzo, no resuelve nada.

—Pero es que no siento que estoy abandonando nada. Lo que estoy haciendo es simplemente tomarme unas vacaciones un poco más largas de lo usual, pero eso no significa que no voy a regresar.

Lou comenzó a inquietarse a medida que escuchaba a su hermano. El joven Lasalle pensó que la salud mental de su hermano estaba afectada a causa del fallecimiento de su cuñada. De alguna forma, Lou creía que estando en ese estado, Edson podría cometer un acto irreversible contra sí mismo, algo como llegar a suicidarse.

Pero por otro lado, el joven Lasalle recapacitó, percatándose que Edson le estaba brindando la oportunidad de su vida, el chance de demostrarle a su

hermano que podía confiar plenamente en él, porque sacaría adelante la agencia y mantendría su prestigio.

—Te daré más detalles acerca de mis planes tan pronto como los tenga listos —dijo Edson. Lou miró la hora en su reloj y se dio cuenta que tenía que alistar todo para la sesión de fotos en la playa.

Se levantó de prisa del asiento y se dirigió a la puerta.

—Voy a la sesión de fotos en la playa, hasta luego —le dijo como despedida el joven Lasalle con un tono de nerviosismo en su voz.

—Relájate Lou. Todo va a salir muy bien.

Lou abandonó la oficina de Edson y, cuando Melanie comenzó a preguntar si todo estaba en orden, la dejó con las palabras en la boca.

Luego, Edson llamó por el intercomunicador a Melanie y le preguntó si había habido alguna llamada. La asistente le contestó que no. Su jefe entonces le pidió que lo comunicara con su abogado, lo que inquietó un poco a la asistente.

Edson se mantuvo en su oficina disfrutando de la espectacular vista que le ofrecía el despejado cielo de Miami y cuyo sol bañaba las aguas del Atlántico, transportándolo a esos bellos momentos que disfrutó junto a Nicole. Momentos como en 1974, cuando asistieron a su cita con el señor Mandini, en la sede de Prestigious.

Era una mañana fría de la ciudad de Nueva York, Edson y Nicole se hallaban sentados frente al escritorio del señor Mandini. Como de costumbre, la joven pareja se mantenía agarrada de manos, aunque esta vez era por el nerviosismo que sentían. El señor Mandini los miró expectante a la espera de la respuesta a su proposición, hasta que su desespero superó su paciencia.

—Bien muchachos, no tengo todo el día y si están aquí, debe ser porque me tienen buenas noticias.

Nicole se atrevió a hablar por los dos.

—Señor Mandini, nosotros hemos decidido aceptar su oferta pero con una condición; solamente puedo hacerlo cuando tenga mis horas libres de la universidad. Y en cuanto a mi esposo, él renunciará al periódico de la universidad y vendrá acá cuando cumpla con su horario en la revista. Es única manera en la que nosotros podemos acomodarnos a todo esto. Si está bien para usted, entonces está bien para nosotros.

El señor Mandini tenía fama de hombre de temperamento fuerte, pero en el fondo, le gustaba ayudar a jóvenes como Edson y Nicole, porque sabía que tenían madera para desarrollarse en este negocio. Mandini quedó muy impresionado con la forma en que Nicole manejó todo este asunto en la reunión, lo cual se lo hizo saber a Edson algún tiempo después.

—Sé que al principio va a ser muy duro, muchachos. Igual, nadie dijo que

iba a ser fácil. Realmente admiro en ustedes el esfuerzo que están haciendo para llegar a ser exitosos. Es difícil ver en estos tiempos gente joven como ustedes dos que sepan lo que tienen que hacer para salir adelante. Les deseo mucha suerte.

El señor Mandini se levantó e intercambiaron estrechones de mano.

—Nicole, tengo una sugerencia —dijo el señor Mandini.

—Sí, ¿cuál es señor?

—Pienso que tal vez deberías cambiar tu nombre. No sé, algo más comercial, provocativo para el público.

—¿Qué hay de malo con mi nombre? —preguntó la chica.

—Más bien me refería a tu apellido. Mira, Ellas Fontana es muy largo, quizás deberías reducirlo o escoger uno de ellos.

—Bueno, a mis padres no les va a gustar nada la idea de que cambie mi apellido.

—¿Qué tiene en mente? —preguntó Edson.

El señor Mandini miró hacia el techo, pensando en una forma más factible de proponerles el cambio. Entonces dijo: —En cierta forma, no tendrás que cambiar el apellido. ¿Qué tal si usas el mismo, Ellas, pero al revés; si lo lees va a decir Salle.

La pareja intercambió miradas, sin saber qué responder. De todos modos, ellos estaban al tanto que las personas en este negocio cambiaban o acortaban sus nombres o apellidos para propósitos publicitarios. Luego de pensarlo por unos minutos, llegaron a la conclusión de que el cambio de apellido era uno de los tantos sacrificios que tendrían que hacer en camino al éxito y por la realización de sus sueños.

—¿Qué les parece Lasalle? —dijo el señor Mandini—. Además, como ustedes dos ya están casados, pienso que Edson también debería cambiar su apellido a Lasalle —Edson y Nicole se miraron y sonrieron. Sonaba extraño, pero les empezaba a gustar.

—Sí, suena bastante bien, comercial y provocativo —dijo el señor Mandini.

—¿Cómo vamos a explicar esto?

—No se preocupen, muchachos. Con el paso del tiempo y cuando sean famosos, todo el mundo entenderá. De ahora en adelante serán conocidos como Edson y Nicole Lasalle.

El señor Mandini los escoltó hacia la puerta y le pidió a Nicole que viniera al día siguiente para poder firmar los papeles. Y en cuanto a Edson, que renunciara al periódico lo más pronto posible para que pudiera empezar en la agencia.

En las horas de la tarde llamaron a sus padres para comunicarles las buenas nuevas sobre la decisión que habían tomado. Edson también les dijo acerca del

cambio del apellido, lo que al principio no les cayó muy bien que se diga, sin embargo, la pareja les pidió que respetaran su decisión y, con el fin de poder calmarlos, les prometieron que sus hijos llevarían el apellido FontanaEllas.

El teléfono sonó dos veces, trayendo a Edson de regreso de su mundo de recuerdos. La voz de Melanie en el intercomunicador le informaba que el abogado estaba esperando por él en la línea.

Edson tomó el auricular y le preguntó a su amigo si podía reunirse con él a la hora del almuerzo. Luego, Edson le pidió a su asistente que no mencionara ninguna palabra acerca de la llamada que acababa de hacer.

La misa de las seis de la tarde en la iglesia católica de San Vicente había terminado. Esa era la última celebrada en inglés por ese día ya que la siguiente, media hora después, sería en castellano.

El padre Argonaut McHannen, quien desde corta edad había asistido a la misma iglesia, ofició también esa misa. Como parte de su educación, el siervo de Dios se preocupó de aprender dos idiomas más, francés e italiano, aparte de los dos en los cuales era muy versado.

Su padre, Nathaniel, un exitoso contador, así como su madre, Faith, fueron los responsables de inculcar la fe católica en su primogénito. Fue en esa misma iglesia donde conoció a Edward Fontana Jr. antes de que se convirtiera en Edson Lasalle. Ambos habían desarrollado una amistad muy cercana durante los años de la escuela primaria. Edson había defendido a Argonaut en unas cuantas peleas que tenía con los muchachos cuando se burlaban de su nombre. En una oportunidad, el joven Argonaut fue prácticamente rescatado por Edson, después de ver al pobre muchacho tendido en el suelo y sangrando luego de un encuentro con una pandilla. Edson siempre había sido un muchacho muy agradable, pero igual, tenía un temperamento volátil. Su desarrollada estatura sobresalía de entre el resto de los otros niños, lo que probablemente los intimidaba.

El joven Fontana Jr. extendió su mano para ayudar a Argonaut a levantarse del suelo; este último le rogó a su amigo que no lo llevara a su casa para que no lo vieran en ese estado, por lo que Edson lo llevó a la suya, no sin antes hacerle entender que tarde o temprano sus padres se darían cuenta de lo ocurrido y que mejor sería enfrentarlos con la verdad lo más pronto posible. Una vez en la residencia de los Fontana, Argonaut se cambió de ropa y curó levemente alguna de sus heridas, para luego almorzar unos sándwiches de queso y jamón que la empleada doméstica preparó.

Horas más tarde Argonaut llamó a sus padres y les dijo que estaba en la casa de Edward. Los McHannen y los Fontana no solo se conocían de la iglesia, sino también de las actividades relacionadas con la escuela y ocasionalmente tenían una charla luego de los servicios religiosos, pero siempre era algo muy breve, nada muy cercano.

Argonaut se convirtió en un monaguillo cuando tenía diez años, justo antes de ir a la escuela secundaria. En el colegio, las cosas empezaron a cambiar para Edson. Primero, nuevas amistades entraron en el mundo del joven Fontana Jr., se convirtió en un muchacho muy popular, especialmente entre las muchachas jóvenes.

Mientras tanto, Argonaut era considerado un muchacho tímido e introvertido, y además, su primer nombre no lo ayudaba mucho a ganar popularidad. Los primeros años de secundaria fueron una prueba de fuego para

la amistad entre ambos. Al mismo tiempo que su popularidad aumentaba, Edson se preocupaba por el bienestar de su frágil amigo, aconsejándole que debería ser paciente y que las cosas cambiarían con el tiempo. Y Edson no pudo haber estado más acertado, ya que todo cambió en el momento en que conocieron a Nicole.

Argonaut padeció un poco de envidia por su amigo, aunque trató de no prestarle mucha atención. Por otro lado, Edson sentía como si tuviese dos hermanos en lugar de uno. Nicole se dio cuenta de la apatía proveniente de Argonaut, y él sentía que ella le estaba robando la amistad de su amigo.

Argonaut no quería que se repitiera con Edson lo que sucedió con su hermano menor, quien falleció ahogado en la tina de su casa a temprana edad. El joven Fontana Jr. quería demostrarle a su amigo que la amistad duraría para siempre, por lo que él y Nicole habían arreglado una cita a ciegas para Argonaut.

Una de las amigas de Nicole era porrista del colegio y le pidió que saliera con ella y Edson en una cita doble para que conociera a un amigo de él. En principio la muchacha se negó ya que no había escuchado cosas muy agradables acerca de Argonaut. Nicole la persuadió para que aceptara, pidiéndole que le diera una oportunidad al muchacho, quien detrás de ese look de intelectual tenía una personalidad agradable. La noche de la cita Edson fue hasta la residencia de los McHannen para luego dirigirse al hogar de Nicole. Al arribar a donde las chicas, Argonaut se puso nervioso. Sus manos empezaron a sudar y tenían la frialdad de un cadáver. Edson le aconsejó que respirara profundamente y se relajara tomándose su tiempo en el auto.

Ambos muchachos, con sendos ramos de flores en mano, tocaron a la puerta; la mamá de Nicole los recibió y los hizo pasar a la sala. Minutos más tarde, las muchachas, luciendo radiantes, bajaron por las escaleras. Nicole tuvo el honor de presentar a Argonaut con su amiga Sheri, cuya belleza dejó casi sin habla al tímido muchacho.

Sheri tenía el cabello rubio liso y un par de ojos color esmeralda. La muchacha le sonrió, dándole un beso en la mejilla. Enseguida, ambas parejas salieron rumbo al cine. Después de disfrutar de una velada cinematográfica, los muchachos decidieron cenar una succulenta pizza. Mientras Nicole y Edson hacían la fila para ordenar la comida, Argonaut y Sheri escogieron la mesa. Sheri era menos tímida que Argonaut así que se sentó junto a él. Ella tenía mucha curiosidad por saber si todas las cosas que había escuchado en la escuela acerca de Argonaut eran ciertas. La muchacha rompió el hielo preguntándole acerca de la película. A medida que entraba más en la plática, Argonaut se sintió más a gusto con su cita, y como ella era una porrista, decidió llevar la

conversación por el camino de los deportes. Sin embargo, ella le confesó que no seguía el fútbol americano, y que en ocasiones, hasta le era muy difícil entender el desarrollo del juego.

Por otro lado, Argonaut era un ávido fan del fútbol americano, aunque le confesó que nunca se había puesto un casco para jugar y que lo único que hacía era seguirlo por televisión. Sheri le dijo que a ella no le gustaba socializar con los chicos del equipo porque siempre andaban tomando más de la cuenta, aparte de otros hábitos que no iban con ella. Ese comentario le dio cierto alivio a Argonaut ya que él pensó que ella solo salía con los chicos del equipo de fútbol. Sheri le preguntó acerca de las actividades de la iglesia, pero él le aclaró que no tenía ningún plan de convertirse en sacerdote, pero que encontraba muy divertido ser monaguillo.

Con el paso de los minutos, el monaguillo y la porrista llegaron a conocerse mejor y se dieron cuenta de que tenían varias cosas en común. Al final de la velada, Argonaut y Sheri intercambiaron números de teléfonos y, de regreso a casa, el joven McHannen le confió a su mejor amigo que estaba totalmente impresionado con Sheri, porque no era solamente una chica bonita, sino que también era muy inteligente y divertida. Por otro lado, Sheri le contó a Nicole que los comentarios sobre Argonaut que se escuchaban en el colegio estaban muy lejos de la realidad.

—El hecho que muestre intereses diferentes a los que la gente de nuestra edad, lo hace ver muy interesante —manifestó la porrista.

Sheri comenzó a asistir a misa para verlo con más frecuencia. En ocasiones, luego del servicio dominical, ambas parejas se reunían para pasar el tiempo y se convirtieron prácticamente en amigos inseparables. Por primera vez Argonaut se había enamorado y se lo debía toda a Edson y Nicole. En alguna ocasión, el joven McHannen les dijo que él siempre estaría ahí para ellos, así como ellos habían estado ahí para él.

La relación entre Sheri y Argonaut se hacía cada día más seria.

A principios del último año de secundaria, ellos empezaron a planear su futuro juntos. Estaban decididos a no separarse, por lo que Argonaut había solicitado ingresar en la Universidad de Miami; estaba interesado en cursar Psicología y tomar un curso de idiomas.

Por otro lado, su pareja hablaba español e inglés y algo de francés.

Los padres de Sheri, quienes pensaban en abandonar el estado de la Florida, querían que su hija se concentrara en buscar una universidad fuera de Miami, pero sin que ellos supieran, ella también había solicitado el ingreso a la misma universidad que Argonaut.

Sheri quería convertirse en una profesora de escuela primaria, ya que tanto

ella como Argonaut amaban a los niños y estaban planeando tener un par en unos años más, después de terminar la universidad.

Sin embargo, justo después de comenzar el último año lectivo, otro problema surgió en la relación de la joven pareja. Sheri había mantenido un secreto, algo muy personal. La bella porrista había sido víctima de acoso sexual por parte del quarterback del equipo de fútbol americano del colegio. Ella le dijo que tenía una relación, que estaba muy enamorada y que no estaba interesada en él, pero el futbolista hizo caso omiso al pedido de Sheri, e incluso hizo comentarios de contenido fuerte sobre su físico y lo que haría con ella una vez la chica cayera en sus manos.

Timmy Peterson no solamente era la estrella del equipo, sino que también era amado y respetado en todo el colegio. De haber hecho ella algún comentario sobre lo que estaba sucediendo con Timmy, nadie le hubiese creído. La actitud del muchacho seguía asfixiando el bienestar mental de la chica, y ella trataba de mantener la situación fuera del conocimiento de su familia, Nicole y del mismo Argonaut.

En el último año de bachillerato, Timmy no quería quedarse con las manos vacías, por lo que comenzó a frecuentar mucho más a Sheri, especialmente cuando estaba sola. Aunque sabía de la importancia de Argonaut en la vida de ella, eso no fue impedimento para que el futbolista empezara a acosarla con llamadas obscenas, en las cuales era muy explícito sobre sus fantasías sexuales.

Sheri no quería abandonar el equipo de porristas, porque de lo contrario, todo el mundo comenzaría a sospechar. Por otra parte, Timmy conocía de los planes de Sheri después de su graduación y, como él tenía una beca en una universidad fuera del estado, no quería abandonar Miami sin antes hacer a Sheri su mujer.

La semana previa a las vacaciones del Día de Acción de Gracias, Sheri le comentó a Nicole sobre la situación por la cual estaba atravesando, pidiéndole que no dijera nada tanto ni a Argonaut ni a Edson.

Timmy le pidió a Sheri verla después de clases antes de que se fueran de vacaciones. Esta vez, él le había prometido que iba a dejar de presionarla y molestarla, y que además deseaba pedirle perdón en persona. Ella accedió al encuentro a solas en la tarde del 25 de noviembre.

Sheri se dirigió lentamente hacia el vestidor de las muchachas, que había sido el lugar escogido para reunirse. El sitio estaba desolado y solamente un foco iluminaba toda la habitación. Ella puso sus libros sobre la repisa y abrió la llave para mojarse la cara. El futbolista entró muy despacio, sin hacer ruido y se detuvo a observar a la chica de sus fantasías. La miró de arriba a abajo, como si fuera un depredador y ella su presa; Sheri se empezó a sentir incómoda.

—¿Podrías por favor dejar de mirarme así? —le pidió sintiéndose nerviosa.

—Te dije por teléfono que de ahora en adelante no te voy a seguir molestando, e intento mantener mi promesa.

Timmy avanzó hacia ella sacando sus manos de la chaqueta.

Sheri tuvo un mal presentimiento acerca de este encuentro y buscó la manera de escapar de inmediato.

—¿Qué quieres de mi Timmy?

—Tú sabes exactamente lo que quiero Sheri. Te lo he dicho por teléfono. Eres la mujer de mis fantasías. Lo que no acabo de entender es cómo coño puedes tener a ese perdedor como novio.

Pero hoy Sheri, te voy a demostrar lo que es un hombre de verdad y al mismo tiempo haré que todas mis fantasías se vuelvan realidad.

Sheri corrió hacia la puerta tratando de huir, pero él agarró uno de los libros y, usándolo como proyectil, se lo tiró. El no tan liviano objeto alcanzó a golpearla en la cabeza, haciendo que se cayera al instante. Su frente se golpeó con la puerta, lo cual la dejó al borde de la inconsciencia.

Timmy la recogió del piso y le lavó el rostro con agua de la llave.

Luego cerró la puerta con seguro mientras ella estaba llorando del dolor, rogándole que no, que no la lastimara, pero el deseo de Timmy era mucho más intenso, a tal punto que lo tenía cegado. El deportista colocó a su frágil víctima encima del mostrador y comenzó a rasgar su ropa, a tocar sus partes privadas, hasta herirla de manera muy violenta.

La habitación estaba oscura, y una fría brisa se colaba por la pequeña hendidura de la ventana. Sheri se encontró a sí misma en el piso, la ropa rasgada... pero si bien sentía dolor, el mayor no era corporal, sino psicológico. La pobre chica no tenía la valentía para verse en el espejo sabiendo que no solamente había sido violada, sino también golpeada salvajemente por Timmy.

Sin preocuparse de que sus libros estuvieran esparcidos por todo el baño, Sheri se apresuró a salir hacia el campo de fútbol. Se hallaba perdida en sí misma, en su tragedia, y por un momento ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta ese lugar. A medida que caminaba hacia la calle, su mente revivía la pesadilla del encuentro con Timmy. La abusada muchacha no sabía a dónde dirigirse. Todo le parecía que estaba lejos, al igual que su dignidad perdida unas horas antes.

Los autos atravesaban la oscuridad de la ciudad de Miami sin que sus conductores se dieran cuenta de lo terriblemente adolorida y dañada que estaba esa muchacha que caminaba por el borde de la vía. Mientras tanto, la chica se preguntaba a sí misma cómo podría enfrentar a su familia, a su amado novio y al resto de sus amigos.

Luego de unos minutos deambulando sin rumbo, Sheri tocó la puerta en la

casa de Nicole. Al llegar, no había luces encendidas en la entrada, por lo que pensó que quizás no habría nadie en casa. De pronto, una luz se encendió, iluminando la puerta principal, lo que le provocó un leve susto que la obligó a esconderse en medio de unos arbustos. Nicole abrió la puerta muy cuidadosamente, pero cuando no vio a nadie, pensó que se trataba de los muchachos del barrio que estaban jugando alguna broma.

—¡Por favor, váyanse o llamaré a la policía! —dijo Nicole, con la puerta semiabierta. Lentamente, Sheri salió de entre los arbustos. Al percatarse de esto, Nicole abrió la puerta de par en par, sin poder 58

Pecado y pecadores creer lo que veían sus ojos. La joven Ellas cubrió su boca con sus manos para evitar que un despavorido grito alertara a sus padres y enseguida se apresuró a ayudar a su amiga a entrar a la casa.

—¡Ay! por Dios, Sheri, ¿qué te ha pasado? Dime, fue el bastardo de Timmy, ¿verdad? Llamaré a la policía inmediatamente para que ponga a esa basura tras las rejas.

Mientras Nicole se desahogaba verbalmente contra Timmy, Sheri también hacía lo propio, llorando desconsoladamente en los hombros de su amiga. Nicole la llevó a su habitación, donde se encerraron con llave. Segundos después, la señora Ellas tocó la puerta.

—Nicole, hija, ¿está todo bien?

Esto hizo que Sheri se pusiera mucho más nerviosa, y al paso de algunos segundos de silencio, la señora Ellas no obtuvo respuesta alguna; aunque lo único que podía escuchar eran los llantos provenientes de la habitación de su hija, por lo que su instinto de madre le decía que tenía que preocuparse.

—Sheri, ¿le puedo decir a mi mamá?

La señora Ellas continuaba tocando la puerta casi al punto del desespero.

—Nicole, amor, déjame entrar, abre la puerta por favor.

Finalmente, Nicole accedió al pedido de su progenitora. Su madre la abrazó angustiosamente.

—¿Qué pasa amor? ¿Por qué estas llorando?

—¡Ay! Mami, ¡Dios mío! —fueron las palabras que salieron de la boca de Nicole, al tiempo que lloraba en los hombros de su madre.

Madre e hija entraron en la habitación sostenidas de la mano. La señora Ellas quería sentarse en la cama, pero Nicole la llevó al baño.

Al abrir la puerta, la señora Ellas quedó en shock. Sheri estaba sentada en una esquina de la bañera, con la mirada perdida en el infinito, mientras las lágrimas de dolor seguían rodando por sus mejillas.

—¡Santa Madre! Pero, ¿qué te pasó niña?

—Por favor mamá, no le preguntes nada.

—Nicole, ¿es qué acaso tú sabes lo que le ocurrió a Sheri?

Nicole miró fijamente a su mamá y entonces a Sheri, no pudo contenerse más.

—Ese bastardo de Timmy Peterson la violó —Nicole contestó con rabia.

Diez minutos antes de las nueve de la noche, en la casa de los McHannen, Nathaniel estaba en su estudio, finalizando unos asuntos de negocios. La señora estaba en la cocina terminando de arreglarla y dejarla lista. Los muchachos, Edson y Argonaut, habían llegado de sus actividades de la iglesia y ya habían subido a la habitación de Argonaut en el segundo piso. Ambos conversaban acerca de sus planes después de la graduación. Argonaut no dejaba de profesar su inmenso amor por Sheri y una vez más le agradeció a Edson por haberle presentado a la mujer de su vida.

A pesar de esa alegría, Argonaut llevaba una pena por dentro porque faltaba poco tiempo para la graduación, lo que significaba que Edson y Nicole partirían a Nueva York, y él se quedaría sin sus dos grandes amigos.

Desde el cuarto se escuchó el timbre del teléfono. La señora McHannen contestó en la cocina, y al inicio solo escuchó a una persona sollozar en la otra línea.

—Buenas noches señora McHannen, necesito hablar con Argonaut, por favor.

—¿Eres tú, Nicole? ¿Está todo bien hija?

—Por favor señora McHannen, es urgente, necesito hablar con su hijo.

—OK, espera un momento mi amor, él está arriba, ya lo llamo.

La señora McHannen subió las escaleras llamando a su hijo. Ella le mencionó que Nicole estaba en la línea y que no sonaba nada bien. Al escuchar esas palabras, los muchachos salieron disparados de la habitación y bajaron las escaleras.

—¿Qué sucede, Nicole?

—Algo terrible ha pasado, Argonaut.

—¿Están tú y Sheri bien?

—Creo que es mejor que vengas a mi casa —¿Por qué? Ya dime de una vez qué está pasando.

—Por favor, solamente ven rápido —fueron las últimas palabras que escuchó antes de que la conversación terminara. Edson se dio cuenta de la tristeza que reflejaba el rostro de su amigo y le preguntó qué le había dicho Nicole.

—No sé, Edson, presiento que algo malo le ha pasado a Sheri.

El señor McHannen condujo a los muchachos hasta la casa de Nicole. Su padre, que los estaba esperando en el portal de la casa, les señaló para que fueran a la habitación de arriba. Dentro de esta, Sheri estaba descansando en la cama,

completamente en shock y sollozando. Argonaut y Edson se sorprendieron al ver la escena.

La señora Ellas agarró del brazo a Argonaut y lo apartó del grupo para ponerlo al tanto de la situación. Sin embargo en ese momento, la señora no podía encontrar las palabras ni la fortaleza para hablarle al muchacho.

—Por favor señora, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué está así?

Sheri tenía la vista baja, sin mirar a Argonaut, ni a Edson.

—Escúchame hijo, lo que tengo que decirte no es fácil, ni para mí, ni para nadie en esta casa —la señora Ellas agarró la mano de Argonaut, la sostuvo muy fuerte, lo miró directo a los ojos y le dijo: —Esta tarde Sheri fue a encontrarse con un miembro del equipo de fútbol americano. Ella dice que esta persona la había estado acosando desde el año pasado; que él estaba obsesionado con ella, a tal punto que hoy cometió un terrible acto: abusó de ella.

Argonaut y Edson quedaron en total shock con lo que acababan de escuchar. El joven monaguillo fue hacia el lado de la cama y miró a su novia. Ella cubrió su cara con sus manos y de los sollozos pasó al llanto incontenible. Argonaut se arrodilló y le tomó una mano a su novia. Ambos lloraron juntos, bajo la silenciosa presencia de los amigos que los habían presentado.

—¿Quién hizo esto? ¿Cuál fue el animal que cometió este acto?

—dijo Argonaut con toda la furia del mundo en su voz.

Nicole y su madre se miraron, pero ninguna de las dos tenía el coraje de revelar la identidad del victimario.

—Fue Timmy Peterson —respondió finalmente Sheri con una voz entrecortada.

Para sorpresa de todos, estas pocas palabras que salieron de su boca cambiaron por completo la dirección de la relación que tenían.

Timmy Peterson era el nombre que marcaría el resto de sus vidas.

Lou Lasalle manejaba de regreso desde Miami Beach, donde la sesión de fotos con las modelos había tenido lugar. El día en la playa había comenzado con retraso, debido a que el camión que transportaba el vestuario se perdió.

El clima en la playa tampoco cooperó con el trabajo. Fuertes ráfagas de viento hacían que todos corrieran a cubrirse en medio de la sesión, lo que ocasionó que algunas de las chicas sintieran un poco la resaca que traían de la fiesta de Edson.

Pero lo que realmente preocupaba a Lou era la conversación que había tenido con su hermano esa mañana. Estaba claro, al menos para él, que su hermano necesitaba desesperadamente algo de ayuda profesional o espiritual. El menor de los hermanos Lasalle siguió manejando por la autopista 836 cuando un carro que lo rebasó tenía en la parte posterior un sticker que decía: «Dios es mi salvador».

Esa frase le dio la idea a Lou de llamar inmediatamente a la iglesia de San Vicente, en Coral Gables. Una voz femenina le contestó y le dijo que en ese momento el padre McHannen no estaba.

Enojado, Lou colgó y decidió que lo mejor era directamente hacia la iglesia.

Alrededor de unos 20 minutos después, Lou hizo su entrada en el templo y caminó directamente hacia la oficina del sacerdote, o al menos eso pensó, ya que se perdió unos segundos mientras buscaba la entrada. Finalmente encontró una puerta semiabierta; allí se hallaba McHannen, sentado detrás de su escritorio hablando con dos mujeres feligreses. El sacerdote se percató de la presencia de Lou que pidió permiso para entrar, así que le hizo una señal para que lo hiciera. Luego de un par de minutos, la charla se dio por terminada y las dos mujeres, de alrededor de cincuenta años cada una, salieron de la oficina del sacerdote.

Lou le extendió la mano para saludarlo.

—¡Bueno, esto es ciertamente un milagro, Lou Fontana presente en la iglesia!

—Gusto de verlo, padre McHannen. Y por cierto, ahora el apellido es Lasalle, igual que mi hermano.

—¡Ah!, sí, lo siento. Había olvidado que Edson y Nicole cambiaron sus apellidos por amor al arte. Y hablando de tu hermano; ¿cómo le va?, últimamente no lo he visto en la iglesia.

—Esa es la razón por la cual estoy aquí, padre.

—¿Qué le sucede?

—No lo sé, no estoy seguro.

—Parece que estás un poco contrariado; ¿quieres un vaso de agua?

Lou le agradeció al sacerdote, pero prefirió ir directo al punto de su visita.

—Esta mañana tuve una conversación con mi hermano en la cual mencionó algunas cosas que me preocuparon.

—Como cuáles.

—Me dijo que estaba planeando tomar unas vacaciones extendidas porque las necesitaba y porque deseaba apartarse de todo. Además, no sabía cuándo iba a regresar. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Yo sé de personas que toman esa clase de vacaciones para poder salir del estrés o simplemente porque ellos piensan que se las merecen, pero lo que sí preocupa es lo que dijo acerca de no saber cuándo regresará.

—Y para colmo padre, prácticamente me está dando el control de toda la agencia y según sus palabras, es la mejor oportunidad para hacerme cargo de los negocios de la familia; ¿qué cree usted?

El sacerdote se quedó pensativo tratando de descifrar en su mente lo que estaba tratando de hacer su amigo del alma. De lo que sí estaba seguro era que

tenía que existir una fuerte razón para eso.

—¿Crees Lou que esto tenga algo que ver con la muerte de Nicole? — preguntó el sacerdote.

—Prefiero que eso se lo conteste mi hermano. Lo que sí pienso es que usted debería hablar con él. Después de todo, ustedes dos tienen una amistad muy sólida, de muchos años, y él siempre lo ha escuchado, padre.

Después de la conversación con su hermano, Edson estuvo nada más que medio día en la oficina. Era un hombre que se mantenía firme en sus decisiones, y la que acababa de tomar, probablemente era la más importante de su vida. Quizás Nicole se hubiera opuesto a la decisión de su esposo, pero ella preferiría dejar el negocio en las manos de un familiar, que en las de algún extraño.

Eran casi las siete y media de la noche. Edson había pasado en su estudio unas tres horas desde que llegó de la agencia. Una copa de vino rojo y unas notas de jazz latino eran los ingredientes del ambiente. Mientras revisaba los folletos, el señor Lasalle estaba tratando de ubicar su destino y aparentemente la decisión no era nada fácil. Durante su vida como profesional, él y su esposa habían visitado muchos lugares del planeta, por trabajo o solo por placer.

De repente, a Edson lo distrajo un golpe en la puerta. Era Clarissa, quien se había invitado a sí misma. El saludo para con su jefe fue un suave beso en los labios y le pidió a su anfitrión que le sirviera una copa de vino. La rubia modelo se dio cuenta de los folletos, lo cual despertó inmediatamente su curiosidad.

—¿Estás planeando un viaje?

—¿Por qué preguntas?

—No creo que te estuvieras tomando la molestia de revisar los folletos si no lo fueras a hacer.

Edson le entregó la copa de vino y ambos se sentaron en el sofá.

—Y bien, dime, ¿a quién piensas llevar al viaje?

—¡Clarissa, siempre tan curiosa!

—Es solo una inocente pregunta, aunque sí pienso que tendrás necesidad de alguna compañía, si no, te vas a aburrir muy rápido.

—¿Y tu carrera? ¿Y la agencia?

—No me preocupa eso. Lo único que quiero es que nos divirtamos, y la mejor manera de hacerlo es lejos de todo esto.

—Mira Clarissa, te agradezco tu interés acerca de mi bienestar, pero si estoy planeado unas vacaciones extendidas, es porque quiero estar solo. Tú eres unas de las modelos más cotizadas, y los clientes te necesitan, al igual que la agencia.

En ese momento, la empleada de servicio interrumpió la conversación. Clarissa se levantó a cambiar la música y Edson se encargó de atender a Carmen.

—Disculpe señor Lasalle.

—Sí, Carmen.

—El padre McHannen está aquí y desea verlo.

Edson reaccionó con sorpresa, ya que no esperaba que nadie más lo visitara, especialmente a esa hora de la noche.

—Buenas noches, Edson. ¿Me vas a atender? —le dijo el padre McHannen a manera de broma.

—Por supuesto, mi amigo. ¿Cómo has estado? —la mucama se excusó, mientras los viejos amigos se saludaban con fuerte abrazo.

La presencia del siervo de Dios arruinó los planes de Clarissa para convencer a Edson que la llevara a su viaje. De inmediato, Lasalle hizo las presentaciones de rigor entre sus invitados.

—Bueno, los dejo a ustedes por ahora, pero no te olvides que mi oferta esta todavía en pie, ¿OK?

Clarissa salió del estudio despidiéndose con un beso a cada uno.

—¡Una mujer muy preciosa! —dijo McHannen.

—¿Una copa de vino?

—No, gracias Edson. He tomado suficiente vino por hoy.

Edson apagó el equipo de música y se dirigió con su amigo hacia el área de la piscina.

—Siento mucho no haber podido venir a tu fiesta de cumpleaños, pero tú sabes, Dios no sigue un horario fijo. Y por cierto, has estado ausente de la parroquia, mi querido amigo. ¿Está todo normal en tu vida?

—Te prometo que iré mañana. Es solo que he estado muy ocupado en la agencia... tú entiendes cómo son este tipo de negocios, no respetan ni los fines de semana.

—Pero he escuchado que últimamente Lou está a cargo de las operaciones.

—Veo que todavía me conoces muy bien, mi entrañable amigo.

—Tu hermano fue a visitarme hoy en la tarde. Percibí mucha preocupación en él con la conversación que tuvieron esta mañana.

—Si fue a verte, entonces es porque de verdad lo está.

—Me comentó sobre tus planes vacacionales. Como acabas de decir, te conozco muy bien y te digo, Edson, que la respuesta a tus penas no la vas a encontrar alejándote del mundo de esa manera.

—Parece una ironía, cómo en ocasiones ciertas circunstancias de la vida se repiten una y otra vez. Yo recuerdo Argonaut, que hace unos años atrás, nosotros tuvimos esta misma conversación.

—No necesitas recordármelo.

—Y ahora, ambos nos encontramos en el mismo dilema. Perdimos a la persona que hemos amado toda nuestra vida y no sabemos cómo proceder sin

ella.

—Huir no es la solución, Edson.

—Eso fue exactamente lo que tú hiciste, Argonaut.

—Escúchame. Es verdad, perdimos al ser amado. Y aunque eso me sucedió hace tanto tiempo y lo tuyo está reciente, ahora es irrelevante. El escapar no soluciona nada. Yo solamente cambié el rumbo de mi vida; y no te voy a mentir querido amigo, porque tú estuviste ahí y sabes todo lo que pasó. Ahora, no te olvides, yo estaba dedicado a la parroquia, era un muchacho activo dentro de ella. Mi llamado no fue una manera de escapar de la situación, fue real.

Edson caminó alrededor del área de la piscina, sentía una leve disconformidad por las viejas heridas que había abierto el padre McHannen, las cuales ambos compartían, si se puede decir, por igual. Argonaut continuó:

—Por favor Edson, piensa con calma acerca de tus planes. Si quieres irte de vacaciones, bien, pero que no sean excusas ridículas para abandonar todo lo que les costó tanto trabajo construir. Recuerda que todavía hay gente que te quiere y que quiere lo mejor para ti.

Lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de Edson; Argonaut abrazó a su amigo para consolarlo, tal como en los viejos tiempos, al igual que Edson lo había hecho con él, en aquella fatídica noche, víspera del Día de Acción de Gracias de 1973, cuando Timmy Peterson cambió su vida y la de su novia Sheri.

Argonaut había entrado al Seminario con el propósito de convertirse en un siervo de Dios, pero los eventos de ese otoño estaban todavía impregnados en su memoria. Cada día él elevaba una plegaria a Dios por su amada Sheri, donde sea que ella esté, deseando que la paz y felicidad reinase en su vida como en aquellos tiempos antes de la graduación.

La misma noche que Sheri fue violada, la llevaron al hospital, mientras que sus padres, junto con Argonaut y Nicole, reportaron el incidente a la policía, demandado el arresto inmediato del agresor de su hija.

Las autoridades no querían esperar hasta el siguiente día y fueron inmediatamente a casa de Timmy Peterson. Minutos pasadas la media noche, el agresor fue conducido a la estación para una interrogación preliminar. El detective les explicó a los padres de Timmy, quienes eran miembros muy influyentes en la comunidad y que por ser menor de edad se hallaban en el cuarto con él, que su primogénito no estaba bajo arresto. El señor Peterson le aconsejó a su hijo que no dijera ni una sola palabra sin la presencia de su abogado, pero Timmy decidió hablar porque no tenía nada que esconder, según él. El joven Peterson negó que hubiera tenido algún tipo de relación sexual con Sheri, así como también que hubiese estado interesado en ella. Su coartada era que después de la práctica de fútbol pasó el resto de la tarde en casa de un

amigo. Sin embargo, la policía no pudo contactar a dicho amigo ni a su familia, quienes habían partido por el feriado.

El detective no tuvo otra alternativa que dejar ir al agresor, no sin antes advertirle que permaneciera en la ciudad hasta que concluyeran la investigación.

La siguiente semana, la policía interrogaría a los miembros del equipo de fútbol para confirmar la coartada de Peterson.

La mañana del Día de Acción de Gracias, el detective a cargo del caso hizo acto de presencia en el hospital para hablar con Sheri.

Tanto los doctores como sus padres, le explicaron al detective que a pesar de que ella todavía no estaba muy bien, tendría la fortaleza suficiente para entregarle detalles completos acerca de los trágicos sucesos del día anterior.

Argonaut se encontraba muy deprimido por todo lo que había sucedido, especialmente porque Sheri no quería verlo, ni tampoco hablar con él.

Luego de que le dieron el alta, Sheri pasó el resto de los días encerrada en su habitación bajo el cuidado de sus padres. Nicole era la única persona, aparte de ellos, autorizada a entrar allí. Días después, empezó la terapia con el psicólogo, al mismo tiempo que la policía seguía investigando, pero sin resultado alguno. Ellos nunca encontraron los libros en el cesto de basura cerca del campo de fútbol. Sin embargo, el doctor confirmó que los órganos de Sheri presentaban un trauma sexual. La policía tampoco pudo encontrar ningún testigo que corroborara sus alegatos. El caso se convirtió en un juego de acusaciones y palabras entre Sheri y la influyente familia de Timmy Peterson, en un clásico caso de «ella dijo, él dijo». Los padres de la chica querían algún tipo de acción legal contra Timmy, pero el abogado encargado del caso les aconsejó que a falta de pruebas sólidas, se preocuparan mejor del bienestar de su hija, a quien la terapia no la estaba ayudando como ellos esperaban.

Mientras Timmy continuaba normalmente en la escuela, Sheri nunca se recuperó y perdió el resto del año. Argonaut sentía una profunda depresión que era aliviada de cierto modo con las actividades de la iglesia.

Con el pasar de los días, la familia de Sheri tomó la decisión de marcharse de Miami, lo cual fue desastroso para el monaguillo. El decepcionado Argonaut escribió una carta para el amor de su vida y le pidió a Nicole que se la entregara, ya que era la única que estaba en contacto con Sheri. Luego, Nicole le comentó a Argonaut que su amada nunca había abierto la carta enfrente de ella y que simplemente no hizo ningún comentario.

Argonaut comenzó a asistir al Seminario cuando salía del colegio y poco a poco, se interesó en servirle a Dios como sacerdote.

Un mes después de la graduación de la secundaria y con la presencia del pastor de la iglesia, Argonaut les informó a sus padres la decisión de entrar de

lleno al Seminario y dedicarle la vida al catolicismo. Al principio, sus padres tenían ciertas dudas sobre el llamado espiritual de su hijo, llegando a preguntarle si su decisión estaba basada en lo que le había ocurrido a Sheri. Argonaut les contestó que él sentía en su corazón el llamado de servir al Todopoderoso y lo que le pasó a Sheri y a él mismo, había sido la voluntad de Dios, por consiguiente, viviría con eso. El pastor le hizo una última entrevista al monaguillo para asegurarse de sus verdaderas intenciones de entrar a la vida religiosa.

El día de la graduación fue la última ocasión en que Edson, Nicole y Argonaut estarían juntos por un muy buen tiempo, sin saber cuándo la vida les daría otra vez la oportunidad de encontrarse. Timmy Peterson también se graduó ese día, con un prometedor futuro en una de las universidades con más prestigio no solo en el aspecto académico, sino también deportivo. Nunca fue acusado formalmente por el ataque sexual a Sheri.

—La extraño mucho, Argonaut —dijo Edson confundido y deshecho en lágrimas.

—Ya hemos hablado de esto antes, amigo. Tienes que ser fuerte, además fue la voluntad de Dios. Recuerda que vendrá el momento cuando todos compartamos un bello lugar llamado paraíso; mientras tanto Edson, tienes que continuar con tu vida. Piensas que la respuesta es tomar unas vacaciones, sigue adelante, mantén a Nicole en tu corazón y no abandones todo lo bello que construyeron.

Las palabras de Argonaut siempre confortaban a Edson, se sentía muy afortunado de contar con su amistad. Le gustaba llamarlo «el hombre más sabio del ejército de Dios».

Argonaut terminó su visita, consternado por el estado emocional de su amigo. Parecía que Lou tenía razón sobre su hermano. Esa noche Argonaut oró a Dios por Edson, esperando que el Señor lo ilumine y guíe sus pensamientos ante cualquier decisión que tomase con respecto a su futuro.

—Perdón señorita, ¿se siente bien? —la aeromoza francesa preguntó.

Danielle levantó su cabeza de la almohada como si estuviese buscando a alguien en particular.

—Aterrizaremos en Miami en alrededor de media hora. ¿Desea algo de tomar?

—No, gracias.

La aeromoza retiraba las colchas y las almohadas de los pasajeros, mientras que la modelo buscaba en su cartera algo de maquillaje para retocarse en el baño. Un terrible dolor de cabeza afectó a Danielle haciéndola desistir por unos momentos del maquillaje.

Al cerrar los ojos, tratando de ganar compostura, las imágenes de Roberto, descansando sobre su propia sangre, invadían sus pensamientos.

Ella creyó que las largas horas de vuelo a Miami, le ayudarían a olvidar los sucesos en París, pero no fue así. Al contrario, el estar en un cuarto tan pequeño, no la amparaba para nada, llegando a sentirse desesperada.

Por un momento la modelo pensó que lo mejor sería regresar a París y entregarse a las autoridades, pero se retractó de inmediato.

Ella no iba permitir que nadie viera las fotos del álbum; después de todo, esas malditas fotos la incriminarían, convirtiéndose en el motivo por el cual ella hirió a Roberto, pudiendo terminar en la cárcel.

Ella no deseaba eso.

—Lo que yo hice con Roberto fue en defensa propia —se decía Danielle a sí misma tratando de calmarse.

La modelo concluyó que era muy tarde para arrepentirse y ahora lo que tenía que hacer era comenzar en un nuevo lugar, teniendo en cuenta lo difícil que iba a ser triunfar en la Unión Americana. Danielle no había traído mucho dinero consigo, por lo que esperaba poder costearse un lugar decente donde poder descansar. Sin embargo, una de sus prioridades era conseguir un trabajo en la industria del modelaje, la cual estaba en pleno desarrollo en el sur de Florida.

La aeromoza tocó la puerta del baño para pedirle que regresara a su asiento. Danielle recogió de inmediato todas sus cosas y salió apresuradamente del baño.

Mientras Danielle caminaba hacia su puesto, el capitán encendió el aviso de «abrocharse los cinturones»; ella sentía las miradas que le dirigían los pasajeros, como si trataran de reconocerla de algún lugar. Mas lo que todos ellos realmente admiraban era su exótica belleza.

La voz del piloto se hacía escuchar por los altos parlantes, primero en francés y luego en inglés, anunciando que el vuelo llegaría a Miami en los próximos veinte minutos. Asimismo, les solicitó a los pasajeros que permanecieran sentados y que tuvieran a mano todos sus documentos. Danielle revisó su bolso, queriendo asegurarse que todo estaba en orden. En medio de su ansiedad, llegó a pensar que las autoridades de los Estados Unidos la atraparían tarde o temprano, pero igual, tenía que correr el riesgo. La modelo se imaginó que una vez que estuviese en la línea de inmigración, sería una perfecta ocasión para que ellos la arrestaran y la deportaran rápidamente a Francia.

—Ellos no pueden ser tan eficientes. Además, nadie, salvo el mayordomo, supo que yo estaba con Roberto esa noche —Danielle se dijo a sí misma—. Él salió esa noche antes del problema con Roberto.

La joven modelo respiró profundamente, tratando de relajarse, mirando hacia el horizonte, donde un bello ocaso decoraba los cielos del sur de la Florida.

De repente, la ciudad de Miami Beach apareció en el panorama.

Para los ojos de Danielle, la vista era espectacular. Las luces de la ciudad daban un toque especial a su llegada al estado conocido como el «Estado del Sol Brillante». Esto ayudó a que Danielle se tranquilizara, al menos, por los próximos minutos, olvidándose de los problemas que había dejado atrás, así como de los que quizás le esperarían en Miami.

Aproximadamente, quince minutos después, el avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Miami. El piloto dio las últimas instrucciones al igual que los agradecimientos de rigor a los pasajeros, y anunció finalmente que la temperatura en la ciudad era de unos agradables 68 grados Fahrenheit y que desembarcarían en breve.

Luego de cinco minutos, las puertas se abrieron y dos agentes de policía entraron. Danielle se quedó pasmada del susto. Ella pensó que la estaban buscando, obligándola a hacer un intento por esconderse entre la muchedumbre. Los dos agentes hablaron con la azafata, quien los apuntó en dirección del pasajero que buscaban. Uno de ellos habló por su walkietalkie, mientras su compañero les agradecía a los pasajeros por la paciencia y colaboración que habían prestado y que se demorarían aproximadamente cinco minutos más para abandonar la nave.

Un paramédico, empujando una silla de ruedas, hizo su aparición para recoger a una anciana que estaba en primera clase y que aparentemente necesitaba asistencia médica. Al percatarse de que tanto los agentes como el paramédico abandonaron la aeronave, Danielle recuperó la calma, y recogió su equipaje de mano en el compartimiento encima de su asiento. Por un momento, la joven modelo se vio a sí misma, esposada, de regreso a Francia.

Danielle fue la última en abandonar el avión, siguiendo al resto de los pasajeros hacia su encuentro con inmigración.

El camino al control de inmigración se le hizo interminable.

Cuando finalmente llegó, se encontró con un amplio salón, completamente lleno de pasajeros, que como ella, procedían de todos los rincones del mundo, tratando de entrar en tierra americana; confirmando que Miami es uno de los puertos de entrada más activos y congestionados en los Estados Unidos.

El cansancio y la ansiedad empezaron a hacer presa de Danielle, quien lo que más deseaba en ese instante era llegar a un hotel y descansar. La joven modelo inspeccionó con su vista a su alrededor, tratando de ignorar las miradas de los policías y de otros curiosos que no despegaban los ojos de su exótica y escultural figura. La línea se movía muy despacio; su reloj de muñequera marcaba las 11:33 P.M., aún en horario francés, por lo que buscó un reloj de pared que le indicara la hora correcta. Con el propósito de confirmarla, decidió preguntarle a

la persona que estaba detrás de ella, quien no tuvo reparo en atender su requerimiento. Además de eso, el hombre también mencionó el hecho de que el piloto olvidó decirles a los pasajeros que ajustaran sus relojes.

El hombre trató de continuar la conversación, pero Danielle se excusó, diciéndole que tenía que poner en orden sus documentos antes de que llegara su turno.

Finalmente, a las 5:45 P.M., hora local, Danielle cruzó la línea amarilla que la separaba del resto de las personas que estaban esperando detrás de ella y entregó sus documentos al funcionario de inmigración.

—Srta. Danielle Fontaine —dijo el funcionario mientras verificaba la información de su pasaporte con lo que aparecía en el monitor de la computadora—. ¿Cuál es la razón de su visita, Srta. Fontaine?

—Simplemente de paseo y a la vez, tratar de visitar algunas agencias de modelaje para futuras referencias —ella contestó.

—¿Cuánto tiempo usted está planeando quedarse?

—Dos meses, probablemente.

—Según veo en el monitor, usted tiene un pasaporte americano.

¿Lo trajo con usted?

—No, lo siento. En el apuro se me olvidó, pero este es el que uso para viajar alrededor de Europa.

—¿Cuándo fue la última vez que usted estuvo en los Estados Unidos?

—Quizás algo más de catorce años.

—Bien Srta. Fontaine, como usted no ha traído su pasaporte americano, solo voy a darle a usted un permiso de entrada por seis meses. De haber entrado como ciudadana americana, usted podría tener la estancia que quisiera. Ahora, después de los seis meses usted puede solicitar una extensión o quizás pedir a alguna persona de confianza que le traiga su pasaporte americano.

El funcionario de Inmigración puso un sello y la fecha de entrada en su pasaporte y le anexó la tarjeta I94.

—Disfrute su estadía en América, Srta. Fontaine —dijo el oficial, devolviéndole los papeles.

Una sonrisa de alivio adornó el bello rostro de Danielle. La modelo había sorteado el primer obstáculo hacia una vida nueva sin ninguna complicación. El segundo paso era encontrar alguna manera de ganar dinero antes de que el poco cambio que trajo se acabara. Ella presentía que el proceso de adaptación sería duro y arduo, sobre todo tomando en cuenta que no conocía a nadie en Miami Beach.

Después de la trágica muerte de sus padres hace más de una década, sus padrinos se la llevaron a vivir a Francia. Sus difuntos progenitores no tenían más

familia otra que sus padres, pero los abuelos de Danielle, muy destrozados emocionalmente por la pérdida de sus respectivos vástagos, no estaban en capacidad de adoptar a la futura modelo, por lo que les dieron todo el poder a los padrinos de Danielle. Con el paso del tiempo, la joven modelo nunca se mantuvo en contacto con sus familiares que estaban en los Estados Unidos. Todo lo que ella sabía de ellos era que la vejez había cobrado sus vidas.

La exótica modelo francesa formaba parte del mar de pasajeros que ya habían recogido su equipaje y pasado por el control aduanal.

Por un instante llegó a desubicarse, por lo que optó por seguir a los otros pasajeros que abandonaban la terminal.

En el proceso de tratar de conseguir un taxi, Danielle se volvió a topar con el mismo hombre que estaba detrás de ella en la línea de inmigración, quien no reparó en tirarle otra mirada a su espectacular figura.

—Quizás podamos compartir el viaje —dijo el atractivo hombre con acento europeo.

—¡Oh, usted de nuevo! —Danielle contestó un poco perturbada.

—Perdóname, pero pareces un poco perdida. Solo estoy tratando de ayudarte.

—Gracias, pero puedo arreglármelas sola.

—Bien, al menos deja que te llame un taxi, ¿OK?

El hombre silbó e hizo una señal para que uno de los taxistas se acercara. El automóvil se aproximó muy despacio y estacionó al lado de ellos. El taxista, un gordo, que llevaba una camiseta blanca con la cara del dictador cubano encerrada en un círculo y cruzado por una línea roja, salió a atender a sus pasajeros. El atractivo europeo le instruyó al taxista que tomara el equipaje de la señorita y lo pusiera en el maletero. Inmediatamente, el taxista se aprestaba a tomar las maletas del europeo, pero el hombre insistió que él mismo se encargaría.

—Solamente lleve a la señorita a donde ella quiera ir —dijo el europeo mientras le daba unos cuantos dólares al taxista. Al percatarse de este gesto, Danielle lo interrumpió, diciéndole con tono de enojo en su voz:

—¡Yo le dije que podía cuidarme sola!

—Bien, supongo entonces que la volveré a ver otra vez —expresó el europeo, quien se quedó con las ganas de escuchar el nombre de la hermosa mujer, ya que el chofer arrancó inmediatamente después que su pasajera entró al carro.

El taxista, quien hablaba inglés, pero con un fuerte acento, le preguntó a su bella pasajera cuál era su destino.

Ella parecía estar confundida y agobiada, sin embargo, le dijo que la llevara a

la playa. El taxi tomó la autopista 112 desde el aeropuerto hacia Miami Beach, mientras que Danielle volteó a ver que el europeo no la estuviese siguiendo.

La modelo bajó la ventanilla para permitir que la brisa fresca entrara y acariciara su bella piel. Fue un momento de tranquilidad y paz que le hacía mucha falta, sobre todo, en las últimas horas.

El taxista no dejaba de chequear por el retrovisor a la hermosa mujer que tenía en el asiento de atrás, al mismo tiempo que ella disfrutaba de la hermosa vista de los edificios del centro de la ciudad que servían como imponentes decoraciones al pasar el puente que unía a Miami con Miami Beach.

—¿Es tu primera vez en Miami? —inquirió el chofer del taxi.

—Me imagino que la expresión de mi cara lo dice todo, ¿verdad?

—contestó la joven modelo.

—¿De dónde eres?

—De Francia.

—¡Coño! Tremendo cambio.

—Francia es un país de cultura, arte, y amor, y por lo que sé, aquí también hay algo de eso.

—Tú estás casi en lo cierto. Pero hay quienes se refieren a Miami como la ciudad del Tercer Mundo que los americanos tienen en su patio trasero y lo quieren ignorar, tú sabes chica, como una República Bananera.

El taxista acompañó esas palabras con una sonrisa sarcástica que su pasajera ignoró.

—Entonces, ¿a dónde te llevo?

—Simplemente, quiero un hotel donde pueda disfrutar de la playa.

—Ya sé. Conozco uno muy bueno para eso —dijo el taxista al mismo tiempo que manejaba hacia la Avenida Collins.

—Este es el centro de la acción. Aquí encontrarás cualquier clase de diversión que busques. Gente bella, maricones lindos, lesbianas y otro tipo de personajes raros.

Danielle sabía que su chofer no estaba exagerando. Hasta Francia llegaban las más famosas historias acerca de South Beach y sus alrededores; pero probablemente la más famosa era la que se relacionaba con la muerte de aquel famoso diseñador italiano de modas.

Sin embargo, no todo era una tragedia, pensó la joven modelo, ya que ese crimen pudo haber ocurrido en cualquier parte del mundo. La reputación de South Beach en el ambiente del modelaje crecía con cada día. Era considerada la nueva Meca del mundo de la moda, un lugar donde cada diseñador importante, al igual que fotógrafos y modelos, adoraban por su clima y la famosa vida

nocturna que ofrecía para el jet set.

Danielle entró al lobby del Ocean Vista & Resort Hotel, caminó como una diosa hasta la recepción, mientras que el botones la seguía completamente hipnotizado por su bella figura.

—Buenas noches, madame.

—Buenas noches, señor. Necesito una habitación, sencilla.

—Actualmente está todo ocupado y reservado, pero déjeme ver si hay alguna cancelación de último momento —dijo el hombre mientras revisaba los registros en la computadora.

Era temporada de invierno, época del año en que muchos turistas del Norte, como Canadá, así como de los otros estados del país, al igual que de Europa, prácticamente poblaban South Beach, en busca de un clima mucho más acogedor.

—Parece que hemos tenido una cancelación de último minuto.

—Si está disponible, la voy a tomar —dijo Danielle.

El gerente le pidió que llenara un formulario con sus datos personales para los archivos de registro del hotel.

—Su habitación es la 866, señorita Fontaine.

Danielle agradeció al gerente, quien le entregó la tarjeta que hace las funciones de llave y ordenó al botones que le llevara la valija y la escoltara a su cuarto.

La joven modelo le entregó su propina al botones y cerró, la puerta. La habitación tenía una vista impresionante con el océano de fondo. Aparte de todo, era muy espaciosa, con una cama king size, complementada por una mesa y dos sillas en el balcón. Desde ahí, se podía apreciar la piscina y el acceso a la playa para los huéspedes, todo lo cual Danielle estaba planeando visitar apenas pudiera descansar.

Danielle se acostó en la cama y fijó su vista en el cielo raso. Por un momento se sintió muy relajada y aliviada; lo único que quería era dormir por unas cuantas horas.

Es el cansancio más el cambio de hora vencieron al apetito de la modelo, haciendo que esta quedara rendida con el menú sobre su desnudo pecho.

El reloj marcaba la media noche cuando la alarma la despertó. Ella se levantó y trató de apagarlo, pero el aparato seguía sonando, por lo que en un acto de rabia lo lanzó al suelo e inmediatamente se silenció.

—¿Qué hora es? —preguntó una voz masculina.

—Probablemente es hora de levantarme —ella murmuró.

—Deberías conseguirte algo con horario normal. De 9 a 6, como todo el mundo.

—Amor, tú me conociste en el trabajo y sabes cómo es este negocio. O me quieres así, o no hay nada.

—Entonces, sal de la cama y vístete para llevarte, ¿OK? —dijo el hombre, al tiempo que comenzó a sacarla de la cama.

—¡Ay, ya! Está bien, pero solo si te metes a la ducha conmigo.

Ella siguió insistiendo, pero su hombre estaba muy cansado debido a la apasionada y maratónica noche de sexo; la mujer se le subió encima logrando que su sexo coincidiera con el de su pareja y, con la punta de la lengua, comenzó suavemente a acariciar sus labios tratando de despertar el deseo en su hombre. Él no tardó en responder agarrando sus senos y pellizcando sus pezones. Era suficiente para encender los motores de su pasión, que terminarían en la bañera.

Su nombre era Stephanie, una bailarina exótica de 24 años, procedente de Canadá. De recién nacida, la habían abandonado en las escaleras de una iglesia en Québec. A los pocos meses, un diplomático francés y su esposa la adoptaron.

De niña, el sueño de Stephanie era convertirse en una bailarina de ballet y entrar a la Premier Ballet Company de París, una vez que sus padres adoptivos hubieran cumplido su misión diplomática en Québec y regresasen a Francia.

Una grave lesión en la rodilla, mientras practicaba una actividad deportiva, desvaneció esos sueños. Luego del accidente, la adolescente Stephanie pasó la mayor parte del tiempo en estado de depresión, lo que culminó con su huida de casa antes de que cumpliera los 18 años. Stephanie se hallaba sola en el mundo; no tenía otra familia que sus padres adoptivos, de los cuales no guardaba gratos recuerdos, ya que el diplomático había tratado en algunas ocasiones de abusar sexualmente de ella, sin obtener el resultado que hubiese deseado.

La chica terminó abandonando el país y decidió mudarse lo más lejos posible de ellos, por lo que terminó en Miami. Al comienzo, la vida en el estado de la Florida la trató duramente. Quizá su belleza de un metro setenta y nueve, con sus ojos color café claro y cabello negro azabache, era el imán que atraía hombres que nada más querían aprovecharse y pasar una noche con ella, por lo que le fue difícil encontrar personas honestas. No fue sino hasta que obtuvo un trabajo como mesera en unos de los restaurantes más prestigiosos y concurridos de Miami, donde conoció a uno de los chefs, gay, quien se convirtió en su mejor amigo. Luego de unos meses, contrajeron matrimonio para que ella pudiera tener la tarjeta de residencia, divorciándose al poco tiempo, una vez que obtuvo su estatus de residente permanente. Ambos se mantuvieron como amigos entrañables, hasta que él murió de SIDA.

Su calamitosa situación financiera la obligó a mudarse con una amiga que se desempeñaba profesionalmente como bailarina exótica en uno de los afamados establecimientos de entretenimiento para adultos. Ella le había comentado

muchas veces a Stephanie sobre su trabajo y de la buena cantidad de dinero que se ganaba por semana, pero después del accidente, Stephanie no quería saber nada relacionado con volver a bailar. Pero después de tanta persistencia por parte de su amiga, Stephanie se atrevió a ir de visita al club.

Aquella noche, Stephanie dio unas cuantas vueltas alrededor del Body Language antes de decidirse a entrar. La bailarina canadiense se parqueó al cruzar la calle para caminar por el estacionamiento y revisar qué clase de clientela tenía. Ella notó hombres vestidos elegantemente, llegando en autos como BMW, Jaguares, Mercedes y toda clase de autos lujosos y de último modelo. Además, hermosas mujeres vestidas con sus mejores galas les servían de acompañantes, lo cual le ayudó a comprobar lo que su amiga previamente le había comentado sobre la exclusiva clientela con la que contaba el club.

Una de las noches más concurridas eran los sábados. El club no solamente era frecuentado por residentes de Miami, sino más bien por turistas de cualquier parte del mundo. Muy pocas eran las veces en que una mujer entraba sin acompañante al club, pero Stephanie estaba registrada en la entrada como invitada de honor de su amiga.

Una alfombra roja le daba el toque de glamour al corredor de acceso al primer piso, el cual recibía a la clientela general. El segundo piso estaba reservado para los miembros del club, quienes pagaban una tarifa anual para ello e igualmente se usaba para despedidas de solteros y otras clases de entretenimiento. El tercer piso era exclusivo para los socios VIP, quienes pagaban una tarifa anual más elevada que los demás o que también pertenecían a las altas esferas en sus respectivas compañías. Los socios VIP les llamaban suites de placer ya que cada habitación era exclusiva e incluía jacuzzi con un televisor de plasma; la tarjeta para acceso a estas no era transferible ya que también servía como llave de acceso para el elevador que iba directo al tercer piso.

Stephanie dio algunas vueltas dentro del club, explorando el ambiente. Luego, se aproximó al bar, que estaba diseñado en forma triangular; dentro de este había un escenario en forma circular, el cual era llamado MAIN AVENUE.

Stephanie escuchó por los altoparlantes la voz del discjockey llamando a su amiga para que hiciera su primera aparición en el escenario. Segundos después, la muchacha apareció, al tiempo que un suave y cautivador ritmo de jazz se escuchaba por todo el lugar.

Su amiga empezó a hacer su trabajo; caminando seductoramente, siguiendo las notas musicales con cada movimiento de su cuerpo.

Su penetrante mirada complementaba el proceso de seducción que todos los hombres y hasta alguna de sus propias compañeras, seguían sin despegar la vista

por un momento. Stephanie nunca había sido testigo de algo similar, llegándose a dar cuenta que hasta ella misma había sucumbido al hechizo que emanaba de la mujer en el escenario.

Al terminar su rutina, la muchacha se percató de la presencia de Stephanie, tirándole un beso, mientras que todo el mundo le dio una ovación de pie, incluyendo la misma Stephanie, muy impresionada con el desenvolvimiento, carisma y popularidad de su amiga.

Ella bajó del escenario y fue directo a saludar a su amiga. Ambas se dieron un beso en la mejilla y se abrazaron.

—¡Eres increíble, Pirouette! —le dijo Stephanie, y se notaba emoción en su voz.

—Me alegro que te gustara, chica.

Un hombre se acercó por detrás y acarició sensualmente el cuello de Pirouette. Este gesto la tomó por sorpresa, a tal punto que casi reacciona mal, pero de inmediato se dio cuenta de que era un cliente con quien había pasado momentos muy agradables. El hombre le dijo a la bailarina exótica que la esperaba en el lugar de siempre. Pirouette respondió que estaría con él en unos diez minutos, lo que hizo que el hombre respondiera con una sonrisa para ambas.

—¿Uno de tus clientes? —preguntó Stephanie.

—No solo eso, es un hombre muy bueno, me trata bien y se preocupa por mí —expresó Pirouette. Luego de tomar un sorbo de la bebida de su amiga dijo:

—¿Y qué, chica, te animas entonces a que todos estos hombres tengan fantasías con tu cuerpo, mientras te contemplan con la boca abierta como niños en una juguetería? ¡Ah!, y luego de eso te pagan.

Stephanie echó un vistazo alrededor del interior del club, pensando en una respuesta al ofrecimiento de su amiga. El barman se acercó a preguntarles si deseaban algo más de tomar. Pirouette aprovechó para presentarle a Stephanie, como la nueva chica que trabajaría para el club.

—Ciertamente posee las herramientas indicadas para hacerlo —dijo el muchacho, en referencia a la escultural figura de la canadiense, requisito primordial para trabajar en un club de la categoría del Body Language.

Si la mirada de Stephanie pudiera matar, el barman hubiese quedado fulminado instantáneamente, ya que no apreció su comentario en lo absoluto.

—Mejor vamos a ver al manager —le dijo Pirouette a su amiga y la agarró por el brazo.

—¡Ey!, espera un momento.

—¿Qué pasa? Mira chica, no lo pienses mucho o nunca lo harás.

Solo trata de imaginarte que vas a triplicar lo que haces por semana en el restaurante.

Stephanie se quedó muda y al mismo tiempo pensativa.

—Ay chica. Deberías ver la expresión que tienes en la cara. Ven, que te vas a llenar de dinero.

Sosteniendo la mano temblorosa de su amiga, ambas muchachas emprendieron camino a la oficina del manager. Stephanie entró temblorosa al cuarto y vio la figura intimidante de Elber Ghong, quien escondía su humanidad de casi 300 libras detrás de la mesa mientras revisaba unas cuentas.

—Hola, Elber.

—Hola, chama, ¿cómo estás?

—Elber, ella es mi amiguita Stephanie, la muchacha de la que te hablé, ¿te acuerdas? —Stephanie y Elber se saludaron de la mano, mirándose el uno al otro; él como analizando la mercancía, ella, simplemente un manojito de nervios.

—Relájate Stephanie, todo va a estar muy bien.

—Parece que has estado hablando de antemano, ¿eh?

—Óyeme chica, lo siento, pero es que si te decides a trabajar en el club, será lo mejor que puedes hacer, ¿verdad que sí, Elber?

—OK Stephanie, tengo entendido que nunca has bailado en un sitio como este —comentó Elber.

—Bueno, mi sueño era convertirme en una bailarina de ballet, pero de niña sufrí un accidente que terminó con mi ambición.

—Mira chama, no te voy a decir que este es el mejor trabajo que vas a tener, y ciertamente no es el lugar para que tus sueños se hagan realidad, pero la paga es realmente muy buena, y especialmente si eres popular con la clientela. Al menos, es un dinero que puede ayudarte a salir de algún apuro.

Stephanie escuchó muy atentamente las palabras de Elber. Muy dentro de sí, ella sabía que era lo correcto, este empleo era la única salvación inmediata para su caótica situación económica.

—Entonces chama, ¿piensas que tu amiga se atreva a bailar esta noche?

—Si ella quiere, le presto una muda de ropa extra que tengo en el vestidor y hasta le cedo mi próximo turno para que lo haga...

—Creí que la idea de todo esto es quitarse la ropa —interrumpió Stephanie.

—Antes de que tomes una decisión, déjame explicarte la manera como se trabaja en el club. Primero, nosotros no te pagamos por trabajar aquí. A lo que me refiero con eso es que el dinero se lo sacas al cliente cuando te pide que hagas un table top o algún friction dance, y por supuesto, también están las propinas que recoges después de cada turno en el Main Avenue o la otra pista. Pirouette te podrá explicar con más detalle todo eso. Puedes trabajar los días que quieras por semana, nada más déjame saber con anticipación, al igual que cuando decidas tomarte unas vacaciones, ¿OK? Ah, y antes de que me olvide, el

cinco por ciento de todo lo que hagas en la noche es para el DJ. Puedes escoger la música que quieras bailar a tu antojo, si no, él lo hará por ti. También tienes un descuento en las bebidas, pero es solamente para ti, no para tus amigos. Déjame ver, algo más... —dijo Elbere hizo una pausa, mientras las dos muchachas se miraban entre ellas, sosteniéndose de sus manos—. ¡Sí, vale!, una cosa más. Esto no es un centro de prostitución. Pero si algún cliente te ofrece dinero por irte con él, es tu problema, no nuestro. Te voy a dar un consejo Stephanie, este no es un lugar donde un hombre viene a levantarse una mujer, sinceramente no sé para qué viene. Lo que yo quiero de ellos es que gasten dinero en bebidas y aunque nuestra clientela, como habrás visto, es muy selecta, es mejor que no se impliquen románticamente con ninguno de ellos. Espero que me entiendas —dijo Elber.

Por unos segundos, el silencio invadió la oficina. Mientras tomaba un sorbo de su bebida, el manager observaba a Stephanie pensar seriamente en la propuesta de trabajo. Pirouette fijó la mirada en su amiga, como tratando de convencerla para que aceptara la oferta.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Elber.

—Ay chica, qué tanto piensas —agregó Pirouette.

Ese momento marcó para Stephanie el principio de una relación duradera con el club, y al paso de los días, su personalidad desenvuelta la volvió más y más popular, no solo entre los clientes, sino también, con las otras muchachas.

Una vez balanceada su situación económica, escogió trabajar tres días por semana (de jueves a sábado, principalmente), y un miércoles una vez al mes. Sus ingresos en una noche floja eran alrededor de los 600 dólares, cifra que llegaba a triplicarse cuando se trataba de una noche muy buena.

Esto permitía que tomara, de vez en cuando, vacaciones extendidas. Después de un tiempo, se mudó del apartamento que compartía con Pirouette y compró uno cerca de la playa, haciendo uno de sus sueños realidad.

Stephanie nunca había sido recatada acerca de sus preferencias sexuales. Le gustaban los hombres, pero de vez en cuando, también experimentaba con miembros de su mismo sexo. Probablemente esa era la razón por la que nunca había llegado a tener una relación seria con nadie.

—Es difícil encontrar alguien sin ninguna clase de prejuicios, que pueda entender la naturaleza de mis necesidades —le contó a Pirouette alguna vez luego de uno de esos momentos especiales.

Sin embargo, Stephanie parecía haber encontrado a ese alguien que entendía esas necesidades, y no hacía muchas preguntas acerca de ellas. Él la cuidaba y no interfería en sus decisiones ni criticaba su línea de trabajo. Ese hombre era Lou Lasalle. De hecho, se habían convertido en muy buenos amigos desde que

se conocieron en Canadá, uno de los lugares que Lou visitó después de fugarse de su casa.

A Stephanie y Lou nunca les interesó formalizar la relación, por lo que habían permanecido como muy buenos amigos, especialmente cuando de atender esas necesidades sexuales se trataba.

Stephanie jamás había pensado en involucrarse con ninguno de sus clientes, excepto un apuesto europeo, que no era socio activo del club, ni incluso un miembro VIP, pero igualmente tenía un trato especial.

Ella pensó que él era un buen amigo del dueño de club. Incluso en una ocasión, el apuesto europeo le comentó que Miami le inspiraba vacacionar y relajarse, no como un lugar para hablar de negocios. Stephanie y su amigo europeo habían salido en un par de ocasiones sin llegar a tener intimidad, aunque no era por falta de deseo pasional.

La bailarina exótica le mencionó a Lou que este hombre era un misterio para ella y que presentía que trataba de ocultar algo importante sobre su persona. Lou le aconsejó que tuviera cuidado de alguien como él, porque no importaba lo agradable que pudiera ser si al mismo tiempo era peligroso.

—Anda papi, entra un rato, yo insisto —Stephanie le pidió a Lou, quien la llevó al club.

—Mejor no amor. Tengo que revisar unas fotos de una sesión que hicimos esta mañana con las muchachas.

—OK, pero mañana es mi día libre. ¿Por qué no me llevas a bailar, eh?

—Me parece perfecto. Llámame si quieres que te recoja temprano.

La bailarina exótica bajó del automóvil y entró al club por la parte posterior, Lou aceleró su vehículo y desapareció en la oscuridad de la noche.

—¿Qué tal, Stephanie? —uno de los guardias la saludó. Ella le sonrió al hombre, quien la escoltó hasta los vestidores.

—Hola chicas. ¿Cómo andamos de business esta noche? —preguntó Stephanie a sus compañeras.

—Empezó lento, igual que siempre, pero tú ya sabes cómo son los fines de semana —acotó una de las bailarinas.

Una vez arregladas, con sus seductores atuendos puestos, y antes de su primer baile en el Main Avenue, las chicas iban a reportarse directamente con el DJ, conocido en el club como MC: EL MAESTRO DE LA NOCHE. Stephanie se acercó a saludarlo y le entregó la música, con cuyo ritmo planeaba hipnotizar a sus admiradores.

—Ey Stephanie, tu cliente, el europeo está rondando por el vecindario —le advirtió el DJ.

—¡Verdad! ¿Dónde está?

—Lo acabo de ver que subía. Creo que fue al segundo piso, hace unos cinco minutos.

Inmediatamente, Stephanie trató de ubicarlo con la vista alrededor del primer piso, por si acaso había bajado, sin obtener el resultado que esperaba.

—Gracias MC. Subiré un rato, ¿OK?

—Tú eres la próxima en el Main Avenue.

Segundos después, Stephanie empezaba su rutina con una suave melodía de una muy popular banda británica. Por los próximos cinco minutos, la canadiense cautivó a los señores que estaban sentados en el bar, así como en las mesas, provocando en sus mentes una infinidad de fantasías sexuales.

Como era de costumbre, al terminar su rutina, recibió una fuerte ronda de aplausos, no solo del público sino también de algunas de sus propias compañeras. El barman le dio una copa vino blanco y le ayudó a bajar del escenario.

—¡No te pedí eso! —dijo Stephanie.

—Cortesía de tu amigo, el europeo. Está arriba, en el cuarto Champagne, esperando por ti.

Stephanie se dirigió hacia ese cuarto y encontró a su amigo disfrutando de una copa de vino al igual que de la compañía de una de las chicas. La canadiense respondió con una sonrisa de alegría al ver al apuesto europeo. Stephanie puso su bebida sobre la mesa y le hizo saber al oído que regresaría luego de recoger sus propinas.

Después de aproximadamente quince minutos de deambular por el club, recibiendo propinas y haciendo algunos table dances, Stephanie se dirigió al cuarto donde se hallaba su cliente favorito.

—Pensé que no vendrías —expresó el apuesto europeo, con su acento francés.

Él se levantó del asiento para recibir a Stephanie con un beso en ambas mejillas, además de un afectuoso abrazo.

—¡Qué bueno es verte de nuevo! ¿Por qué te demoraste tanto?

—Tú sabes, negocios, como de costumbre. Toma asiento conmigo —el hombre le pidió—. Ah, te traje un regalo.

El hombre metió la mano en su bolsillo y extrajo una pequeña caja azul que se la entregó a Stephanie.

—Vamos. Ábrelo, que es para ti.

La canadiense no pudo contener su curiosidad. Dentro de la caja había un brazalete de oro que tenía su nombre insertado entre las cadenas que la conformaban, con un corazón en cada extremo. Stephanie se emocionó por el gesto de su amigo. Después de todo, entre los dos no existía una relación seria

que ameritara un regalo como ese.

—Me encanta, es bellissimo... muchas gracias.

—Hace un tiempo me comentaste que habías perdido uno así, que era muy especial para ti. Espero que cada vez que lo uses, pienses que en mí tienes un amigo especial, así como tú lo eres para mí.

Celebraron su amistad con un brindis.

—Te luce bien en el tobillo —mencionó el francés.

Stephanie descansó su extremidad sobre el muslo de su amigo, mientras él abrochaba el brazalete.

—¿Deseas que ordene más vino?

—Por supuesto, sería un complemento perfecto —respondió ella.

Minutos después, la camarera trajo una botella de vino para ellos. Él le dio un billete de cien dólares y le pidió que guardara el cambio.

—Y bien amor, ¿cómo están las cosas en tu vida?

—Igual que siempre —ella respondió.

—Entonces tienes a alguien por ahí.

—No, nada serio, tú sabes. Es simplemente una relación corporal con este amigo que estoy frecuentando.

—¿Y tu amiga?, aquella del nombre muy peculiar.

—Oh, Pirouette. Nos vemos de vez en cuando, pero fuera del club. Creo que está envuelta sentimentalmente con alguien, pero no me ha dicho nada en concreto.

—Quizás tú también deberías encontrar alguien para ti, si es que crees que Pirouette no va a ser la persona que va a estar siempre contigo.

—No sé. Es algo más complicado de lo que parece. Por lo pronto, creo que con el arreglo que hay entre mi amigo Lou y yo es suficiente —dijo con una coqueta sonrisa.

El apuesto europeo destapó la botella y sirvió en ambas copas.

—Y cambiando un poco de tema. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte esta vez?

—Es posible que sea más de lo usual.

—Qué bien, así nos vamos a ver un poco más seguido.

—Espero que así sea. Miami posee tantas distracciones que es casi imposible concentrarse en algo en particular, ¿no crees?

—Tienes razón. Gracias a Dios, mi trabajo no es nada estresante, al menos para mí, y hasta me doy tiempo para ir a pasear cuando quiera.

El llamado a Stephanie para que subiera al Main Avenue interrumpió la animada charla.

—Creo que escuché mi nombre para la pista principal. Bueno, tenemos cinco minutos más.

—Te observaré desde aquí cuando estés bailando —dijo él.

Mientras Stephanie disfrutaba de otro sorbo de su copa de vino, el teléfono celular del francés sonó.

—Estaré ahí en cinco minutos —respondió el europeo, para luego colgar la llamada.

—Parece una llamada importante.

—Tengo que decirte algo, Stephanie. En esta ocasión, el motivo de mi visita no solo es por tomarme unas vacaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Por el momento, prefiero no hablar de eso. Tú sabes lo que dicen al respecto de mezclar los negocios con el placer, ¿verdad?

—Discúlpame. Es que a veces me meto donde no me llaman.

—No te preocupes. Yo te diré de lo que se trata, cuando sea el momento apropiado, ¿OK?

—Bueno, voy a retocarme antes de subir al Main Avenue. Y supongo que tú irás a encontrarte con la persona que te llamó.

—¿Por qué no salimos a cenar mañana en la noche?

—Umm, déjame ver. Mañana no puedo, pero qué te parece si almorzamos el lunes.

—No se diga más. Entonces tenemos una cita para almorzar el lunes.

Stephanie caminó del brazo del apuesto europeo. Antes de despedirse, él sacó 500 dólares de su bolsillo y se los colocó a su acompañante en el escote del brasier. Luego, besó sutilmente sus manos y cada uno partió en dirección opuesta.

Danielle pensó que el timbre del teléfono era parte de alguna pesadilla, sin embargo, la trajo a la realidad. La modelo se arrimó hacia donde estaba el auricular para contestar.

—Aló.

Al otro lado de la línea, un silencio absoluto fue la respuesta que obtuvo la modelo. Danielle colgó y regresó a dormir. Cinco minutos después, el teléfono timbró otra vez. Danielle se restregó la cara usando sus manos para despertarse y poder atender, pero al mismo tiempo, le surgió un mal presagio en su mente. Ella pensó que la policía la había localizado y simplemente estaban llamando para ver si se encontraba en la habitación. Su reloj de muñeca marcaba las diez de la mañana... había dormido más de doce horas, pero aún sentía un poco de cansancio.

La modelo fijó su mirada en el blanco cielo raso, respiró profundo y el teléfono seguía timbrando, sembrando la impaciencia en ella. La joven Fontaine tenía que arriesgarse y tomar la decisión de contestar o no. Contribuyó a su

ansiedad el hecho de que ella no conocía a nadie en el sur de la Florida para que la estuviese llamando al hotel.

—Aló.

El silencio en la otra línea se hizo presente de nuevo, al mismo tiempo que su zozobra aumentaba.

—Aló, aló. ¿Quién es? Hable por favor —insistió la nerviosa modelo.

—¿Es esa la habitación 866? —preguntó la voz en la otra línea.

—Sí.

—¿Es usted la señorita Fontaine?

—¡Sí, ella es la que habla! ¿Qué quiere?

—Perdone la molestia, señorita Fontaine. La estoy llamando de la oficina de servicios al huésped para ofrecerle, como clienta nueva de nuestro hotel, el desayuno continental. Si usted....

Danielle interrumpió al hombre:

—¿No cree que es un poco tarde como para estar sirviendo desayuno!?

—Nosotros sabemos que algunos de nuestros huéspedes tienen problemas adaptándose al cambio de hora, por eso hemos decidido extenderlo.

—Ya veo.

—Si desea, le podemos mandar el desayuno a su habitación, así lo puede disfrutar en la comodidad del cuarto.

—No gracias. Prefiero bajar a la cafetería. Estaré ahí como en media hora, si es que todavía sirven el desayuno para ese entonces.

—Claro que sí, señorita Fontaine. Solo dígame al mesero que el manager de la oficina de servicios al huésped la mandó y que disfrute de su desayuno.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Danielle, pero el hombre la dejó con la palabra en la boca, ya que colgó rápidamente.

La joven modelo se sintió aliviada de que la llamada provino de alguien del hotel y no de la policía como ella llegó a pensar. Luego de unos segundos, la mujer envolvió su hermoso cuerpo en las blancas sábanas, se levantó de la cama y se dirigió al balcón. Cerrando los ojos, dejó que la fresca brisa mañanera acariciara los contornos de su suave cutis. Después de ese relajante momento, Danielle disfrutó de la despejada vista hacia el Atlántico, observando también la multitud en la playa, al igual que en el área de la piscina del hotel.

Luego de darse una ducha, la modelo bajó a la cafetería para tomar su desayuno. Danielle decidió igualmente que después tomaría una caminata por las famosas calles de South Beach, esperando encontrarse por accidente con alguna sesión de fotografía de modelos, de las tantas que había escuchado ocurrían en Miami Beach.

Alrededor de las diez y media de la mañana la joven modelo salió del

elevador camino a la cafetería. Al principio, dio unas vueltas en el lobby tratando de ubicar el restaurante, hasta que decidió aproximarse a la persona que se encontraba en la recepción.

Danielle llevaba puesto un overall jeans y debajo de este, una camiseta en cuello V de color blanco, atuendo que lucía espectacular en su metro ochenta y uno de estatura, complementado por un par de sandalias. Para andar más cómoda, se había recogido su cabello en un pony tail y no había aplicado nada de maquillaje a su rostro.

A pesar de ello, la modelo no dejaba de verse como una diosa, llamando la atención de todos lo que pasaban a su lado.

—Bueno días. ¿Me puede decir dónde está ubicada la cafetería?

—Es en el segundo piso. Tome el elevador y presione el botón L2 y la dejará directo ahí.

Danielle dio las gracias y regresó al elevador. Habían transcurrido casi veinte horas desde que la joven modelo probó un bocado de comida, por lo que quería encontrar la cafetería lo más pronto posible.

Tal como le indicó la persona de la recepción, la puerta del elevador se abrió directamente en el restaurante, donde la modelo fue recibida por la anfitriona de turno.

—Buenos días. Bienvenida al Ocean View Cafeteria —dijo la hermosa latina.

—Hola. Sí, este... yo soy huésped nueva del hotel y me llamaron para ofrecerme el desayuno continental.

—Sígueme por favor.

Con menú en mano, la anfitriona escoltó a su huésped a una mesa desde donde podía disfrutar de la fastuosa vista al infinito del océano, mientras se servía su desayuno.

Después de satisfacer su apetito, Danielle salió por la puerta principal hacia las calles de South Beach. Mucho había escuchado hablar a las otras modelos de la maravilla que es el estado de la Florida, y en especial de Miami Beach, no solo como uno de los mercados principales en el mundo de la moda, sino también, como un lugar para relajarse de las tensiones de la vida diaria, por todo el entretenimiento y distracciones que ofrecía. Cada diseñador famoso tenía al menos una, si no dos tiendas en el sur de la Florida; por supuesto, también a ellos les gustaba pasar mucho de su tiempo libre en Miami Beach. Esto le recordó a Danielle acerca del famoso diseñador que fue asesinado en las escaleras de su lujosa casa hace unos años atrás. La residencia del difunto diseñador se había convertido en uno de los atractivos turísticos de la playa, por lo que le preguntó al muchacho del Valet Parking la forma más rápida para llegar

ahí. El chico le preguntó a la modelo si ella era alguna celebridad o si a lo mejor la vio antes en algún programa de televisión.

Danielle pensó por un momento en la respuesta al muchacho, le dijo que era una modelo, pero no tan famosa como las otras que seguramente andan por la playa. El chico le sonrió, al tiempo que Danielle se despedía de él.

El ambiente que emanaba de las calles de South Beach con sus tiendas, hoteles y restaurantes hizo que la modelo se empezara a sentir a gusto, olvidándose por el momento de las verdaderas razones de su presencia en esa parte del mundo.

En la Avenida Washington encontró algunos almacenes que eran de su agrado. Incluso, en uno de ellos, una de las chicas que atendían le dio algunas indicaciones de dónde podría encontrar alguna sesión de fotos con modelos. Sin embargo, Danielle era consciente de su situación financiera, y que el dinero que trajo no le duraría mucho, especialmente si no cuidaba sus gastos. La joven modelo había dejado la mayor parte de su dinero en la habitación, había salido a pasear solamente con lo justo y necesario. Se estaba haciendo prioridad para Danielle encontrar esas sesiones de fotos en la playa, por lo que inmediatamente se dirigió a donde le dijeron; quizás así se podía topar con alguien del medio que la reconociera, sobre todo, de su debut en París.

Teniendo en cuenta que su cuerpo era su herramienta de trabajo, Stephanie ponía mucho interés en el mantenimiento de su físico. La bailarina seguía una estricta dieta de comidas bajas en grasas y carbohidratos, aunque de vez en cuando se daba sus escapadas a los restaurantes, especialmente, de comida cubana, algo típico en una ciudad como Miami. Stephanie visitaba regularmente el gimnasio, donde era también muy conocida, sobre todo por los musculosos clientes que admiraban su rutina de ejercicios y obviamente, su escultural y bien formada figura, que en el pasado sufrió los estragos de la bulimia. En el club ella moderaba la frecuencia de sus bebidas, ya que después de todo, estaba en un negocio donde tenía que estar con los cinco sentidos al máximo para evitar algún tipo de estafa por parte de algún cliente o por parte de sus propias compañeras de trabajo.

Como de costumbre, el mediodía marcaba el comienzo de un nuevo día en la vida de la canadiense. Después de refrescarse, pero antes de desayunar, salía a su habitual trote mañanero. Stephanie disfrutaba correr en la playa, con la brisa atlántica y la arena como parte de sus ejercicios.

Luego de su paseo por la playa, Danielle entró en su habitación del hotel y procedió a ponerse su traje de baño que había comprado hace solo unos minutos. El bikini color púrpura hacía un bello contraste con su piel canela. Por encima del string se puso unos shorts color blanco, agarró una toalla y se encaminó a la

playa. Los piropos y las miradas en el lobby del hotel no se hicieron esperar, mientras la joven modelo atravesaba este hacia el pasillo que conducía a la piscina que antecedió a la playa.

Danielle decidió mejor dar una caminata por la orilla, iría en dirección al norte. La joven modelo se quitó las sandalias para que así sus pies acariciaran la blanca arena que se fundía con las aguas del Atlántico.

South Beach era uno de los lugares más acogedores y populares para este tipo de actividades al aire libre, por lo que gente de prácticamente todos los rincones del mundo se aglomeraban a disfrutar del ambiente. Algunos simplemente patinaban, otros encontraban relajamiento dando un paseo en bicicleta o nada más caminando, y muchos, agarrados románticamente de la mano de sus respectivas parejas. Le llamó la atención a Danielle que la mayoría de las chicas que disfrutaban de la playa se habían despojado de su brasieres, y exponían sus pechos sin ningún reparo, algo que era costumbre en Europa. Según había escuchado, las autoridades de South Beach habían prohibido el topless, pero aparentemente, estaba mal informada.

Stephanie corrió por la orilla por alrededor diez minutos, se había percatado de la hermosa modelo que caminaba como si estuviese perdida en medio del gentío. Siendo esta su rutina de todos los días, Stephanie se dio cuenta de que la mujer no era una turista más que se hallaba extraviada en South Beach.

Luego de unos quince minutos, Danielle decidió instalarse frente al hotel; extendió su blanca toalla en la arena, se despojó de su short, y quedó expuesta su escultural figura al resto de la gente. La modelo tomó asiento y «sintió» las miradas que recibía por doquier.

Por los próximos cinco minutos trató de sumirse en sus pensamientos, mientras disfrutaba de los rayos de sol que bañaban su cuerpo. De pronto, sintió una leve brisa, como si el sol se hubiera escondido detrás de una nube o como que si algo lo estuviese bloqueando. Al abrir sus ojos se encontró con una mujer que la observaba, al mismo tiempo que bloqueaba el paso de los rayos solares. La chica simplemente atinó a sonreírle. Danielle, un poco incómoda por la situación se sentó y se quitó las gafas para ver mejor a la persona que estaba frente a ella. La chica vestía unos leggings de color negro, con un bikini top color azul acqua. En su mano derecha tenía sus sandalias y una toalla, y en la izquierda, un frasco de bronceador.

—Me temo que de seguir asoleándote así, vas a necesitar un poco de esto — expresó la mujer y extendió hacia Daniella su mano izquierda. La chica insistió —. Decídate pronto o tu bella piel se te arruinará.

Pero Danielle se levantó, recogió sus cosas apresuradamente y caminó en dirección hacia el hotel. Sin embargo la chica, se atrevió a agarrarla por el brazo.

—Discúlpame. No debería haberte molestado de esta forma. Déjame presentarme. Mi nombre es Stephanie —dijo la chica, soltando el brazo de la modelo.

Danielle no se inmutó y hasta alejó su vista de la chica. Debido a la situación que atravesaba, la joven francesa dudaba de cualquier extraño que se le aproximara. Segundos después decidió enfrentar a la mujer que había interrumpido su rato de relajamiento.

—¡Tienes una forma muy peculiar de presentarte! —dijo Danielle con un tono de molestia en su voz.

—Te estaba observando cuando caminabas por la orilla. No sé, pero me dio la impresión que estabas algo perdida.

—Espero que eso no te moleste.

—Al contrario. Lo que sí creo es que puedes decirme tu nombre, al menos, yo tuve esa cortesía contigo.

—Me llamo Danielle.

—¿Y de dónde eres, Danielle?

—De Francia. París, para ser más exacta.

—Pero, no te noto mucho acento; igual, qué importa. Quizás debo considerar esto como una coincidencia.

—¿Por qué lo dices?

—Mira, hace un poco de calor para seguir hablando bajo el sol.

O nos metemos al agua o buscamos sombra —dijo la canadiense.

—Prefiero el agua, por ahora.

Stephanie estaba cautivada con la belleza que exhibía la modelo y quería indagar más a fondo sobre su vida. La canadiense se quitó sus leggings y los colocó al lado de los shorts de Danielle, mientras la modelo se aplicaba el bronceador sobre su cuerpo. Entonces, las chicas se dirigieron al mar, eran un par de diosas de la mitología griega caminando por la arena bajo la mirada de los hombres que quedaron boquiabiertos con ellas.

—Ah, qué fresca está el agua, ¿no crees Danielle?

—Bueno, explícame lo que dijiste acerca de la coincidencia, cuando mencioné que era francesa.

—OK. Yo nací en Canadá. Mis padres... perdón, debería decir mis padres adoptivos eran gente de muy buena posición social en Francia. Ellos me adoptaron después que mi madre me abandonó en las escalinatas de una iglesia.

—¿Y qué haces por acá, tan al sur?

—Antes de cumplir los 18 años, me escapé de casa. A esas alturas, tenía muchas cosas en mi cabeza; no sabía lo que quería de la vida. La única cosa que se me ocurrió fue alejarme lo más posible de ellos. Dime, Danielle, ¿crees en el

destino?

—En este instante yo también tengo muchas cosas en mi cabeza, así que no sabría qué decirte al respecto. ¿Por qué me lo preguntas?

—Yo creo que el destino me trajo hasta Miami. Luego de eso, sentí como si me hubiesen quitado una venda de los ojos. Cómo te explico... dejé de sentir miedo a todo. Eso sí te digo, me siento protegida de algún modo, segura. Son esas cosas que no tienen manera de explicarse. ¿Y tú? ¿Cuál es tu historia, Danielle?

—Digamos que no soy un turista normal.

—Ahora que te veo bien, no sé, pudieras ser desde una modelo profesional hasta un matón a sueldo.

A Danielle no le agradó mucho el comentario de Stephanie, por lo que se sumergió por unos segundos, como si estuviera tratando de esconder algo de la chica que parecía haberle descubierto algo en ella. Stephanie empezó a preocuparse al ver que su nueva amiga no emergía, por lo que la llamó hasta que la modelo apareció.

—¿Estás bien, Danielle?

—Sí, gracias —dijo la joven modelo tratando de normalizar su respiración.

—Creo que es hora que salgamos.

—Te dije que estoy bien. Si quieres irte, puedes hacerlo.

—¿Acaso dije algo que te molestó?

—Creo que de alguna forma, me identifico contigo. Mira, soy modelo profesional, y tuve que escapar de una relación sentimental. Yo estaba con este hombre al que aún amo mucho. Él empezó a beber más de la cuenta, hasta que llegó a pegarme, casi todos los días.

Cuando no lo hacía, me ignoraba por completo. ¿Ves lo que te trato de decir? Yo también tuve que huir, igual que tú, aunque por diferentes motivos. ¿Sabes qué?, a lo mejor tienes razón, y sí existe algo llamado destino. Llegué a Miami porque pienso que este es el mejor lugar para poder seguir con mi carrera de modelo. El problema es que no traje mucho, casi nada. Salí de apuro, hasta se me olvidó el maldito portafolio. Y el dinero, bueno, eso se va a convertir en un serio problema si es que no encuentro algo que hacer, y pronto.

—El dinero... ¿qué me dices del abusador ese, del cual escapaste?

¿No crees que te estará buscando?

—No lo creo.

—¿Por qué estás tan segura, Danielle? ¿No lo...?

—Créemelo. Simplemente, lo sé.

—¿Vas a ser capaz de olvidarlo?

—No será fácil. La mente no controla al corazón. Pero como te dije, primero

necesito seguir con mi carrera y encontrar un trabajo.

—¿Qué clase de modelaje haces?

—He hecho algunos comerciales de televisión en Europa. No creo que los hayan visto por acá.

—Mejor salgamos y nos secamos un rato, ¿te parece?

Quizás no se atrevían a admitirlo, pero al parecer, tanto Danielle como Stephanie, habían encontrado algo en común, como si fuesen amigas desde hace un tiempo atrás. Para una chica joven y bella como Danielle era un poco difícil encontrar alguien en quien confiar, en medio de tanta envidia y avaricia que existía alrededor de ella. En una industria como la del modelaje, la persona siempre 98

Pecado y pecadores tenía que estar a la expectativa de quién estaba tanto detrás como delante de ella y encontrar así la fórmula para obtener el éxito deseado.

Las chicas salieron del agua hacia donde se hallaban sus pertenencias. El cambio de temperatura hizo que las muchachas llegaran prácticamente temblando a envolverse en las toallas. Luego de secarse, revisaron su campamento para ver si les faltaba algo.

—Siempre hay que chequear. Uno no sabe la clase de gente que se aparece en este lugar —expresó la canadiense.

—¿Te han robado antes?

—A mí, no. Pero una vez vine con una amiga. Cuando regresamos al carro, le habían hecho trizas el vidrio, así que lo que hago ahora es traer solo lo que necesito para pasarla bien.

—Ya veo. Bueno, creo que es hora de que regrese al hotel.

—Espera un segundo, Danielle. Creo que puedo ayudarte a encontrar un trabajo.

—¿Verdad? ¡Cómo así!

—¿Por qué no nos vemos esta noche en Arena? Supongo que has escuchado de ese club.

La joven modelo respondió que sí.

—A lo mejor en el hotel te pueden decir cómo llegar.

—¿Y para qué tenemos que vernos ahí? Mejor dímelo ahora.

—Para ser te sincera, quiero mostrarte la famosa vida nocturna de South Beach, pero como mencioné antes, también quiero ayudarte.

Así que entonces... ¿nos encontramos allá?

—Sí, claro —respondió la francesa con una tímida sonrisa.

—OK. Cuando llegues al club, olvídate de hacer la fila y ve directamente a la entrada principal. Dile al doorman que estás en la lista de invitados y te dejará

entrar inmediatamente.

—¿A nombre de quién está la lista?

—Confía en mí, Danielle. Nos vemos esta noche, después de las once.

Danielle y Stephanie se despidieron con un beso en la mejilla. La joven modelo agarró sus pertenencias, dirigiéndose al interior del hotel por el mismo camino que usó para salir. Una sonrisa de alegría engalanaba su rostro, mientras atravesaba el lobby hacia el elevador. No podía creer lo que acaba de ocurrir en los últimos minutos. Cuando abandonó su habitación, las expectativas de encontrar trabajo eran muy bajas; lo único que tenía era la esperanza de que las cosas mejorarían tarde o temprano. Sin embargo, Stephanie, alguien que hasta hace una hora era una extraña más, le había dado una luz al final del túnel, algo que a lo mejor le serviría como impulso a su carrera en South Beach.

La joven modelo quedó con ansias de saber lo que Stephanie le iba a proponer, pero lo único que podía hacer era esperar hasta la noche, y mientras, tratar de dormir un poco, dejando que el destino se encargue de poner las cosas en su lugar.

El elevador la llevó hasta el octavo piso y de ahí, a paso acelerado, como si la estuvieran persiguiendo, caminó por el pasillo hasta su habitación. Al llegar, antes de insertar la tarjeta, notó que la puerta estaba semiabierta. Danielle dio inmediatamente un paso atrás, tirando sus cosas en la alfombra; dudando de sí misma, al no acordarse si había o no cerrado la puerta al salir. La idea de que algo terrible había ocurrido dentro del cuarto empezó a invadir sus pensamientos.

Danielle no sabía qué hacer. Qué pasaría si entraba; o mejor aún, por qué no reportar al manager lo sucedido. Sin embargo, la modelo pensó que de hacer esto último, podría arriesgarse a que las autoridades descubrieran su paradero, para luego ser deportada de regreso a Francia.

La joven modelo cerró sus ojos y luego de tomar un respiro profundo recogió sus pertenencias del piso y entró al cuarto, despacio, sin hacer mucho ruido. A primera vista, todo en la habitación parecía que estaba en su sitio, pero su intuición femenina, le decía lo contrario. Danielle miró alrededor, tratando de encontrar un indicio de lo que había sucedido adentro. Luego, se dirigió al baño y lo encontró igual como lo dejó. Hasta ese momento, parecía que no faltaba nada. La modelo colocó sus cosas sobre la cama y se 100

Pecado y pecadores encaminó al balcón. Ahí encontró una botella de champaña descansando dentro de una hielera. Eso sí era algo que definitivamente no estaba ahí cuando ella salió a la playa. Danielle se percató de la nota que estaba pegada con scotch tape en el cuello de la botella. La nota, escrita en tinta roja decía: «Siempre estaré contigo. Serás mía hasta la

eternidad».

Producto del impacto al leer la nota, Danielle la tiró al piso, al mismo tiempo que empezó a sentir que le faltaba el aire. Rápidamente, la joven modelo corrió al baño, abrió la llave para echarse agua en la cara, tratando de calmarse.

—¿Por qué, por qué... siempre me pasa esto a mí? — fueron las palabras que soltó Danielle, anegada en llanto.

La francesa se escondió detrás de la puerta del baño, y desde ahí, miró de nuevo hacia el balcón, pero lo único que veía era la cortina moviéndose al ritmo de la brisa que soplaba en aquel momento.

Danielle salió despacio del baño al balcón, donde sus esfuerzos por encontrar la nota, fueron infructuosos. Nuevamente, la modelo entró en un estado de confusión, pánico y desesperación. Primero, pensó en tirar la botella por el balcón, pero desistió. Luego regresó a la habitación y se sentó en la cama con el auricular en la mano.

—¿A quién llamo? —se se preguntó ella misma sin encontrar respuesta.

Después de colgar el auricular se le ocurrió buscar la maleta que había dejado bajo la cama. La abrió y desesperadamente tiró las cosas sobre la cama. Todo estaba ahí, excepto el dinero que trajo.

Lo buscó por todos lados, pero no aparecía. Esta situación la condujo a un estado de alteración nerviosa. En su mente, la modelo se imaginó que solo alguien que la conocía demasiado bien tenía que haberse robado su dinero. Esa persona sabía perfectamente que ese dinero era lo único con lo que contaba para subsistir en los Estados Unidos. El intruso la conocía demasiado bien, como solo Roberto lo hubiese hecho.

—Pero, ¡cómo es posible que sea él! ¡Tiene que estar muerto!

—se cuestionaba la modelo, tratando de encontrar una explicación de lo sucedido. Una vez más, Danielle optó por cubrir su rostro con la almohada, buscaba una especie de refugio y escape, pero no iba a ser tan fácil como ella deseaba. Lo mejor sería bajar al lobby, y contarle lo ocurrido al manager—. Para eso mejor voy directo a la policía. O por qué no al aeropuerto de una vez, así compro un pasaje de regreso a Francia y me entrego a las autoridades apenas llegue —musitaba Danielle—. No, esto no puede ser. Quién sabe, quizás sea simplemente una broma de los botones que me vieron salir en la mañana.

La hora del reloj le recordó a Danielle que mejor sería que tomara una siesta antes de que anocheciera y llegara el momento de ir a Arena, donde Stephanie la esperaba. La joven modelo tomó un par de calmantes para que la ayudaran a dormir por unas cuantas horas más.

—Entra Danielle... no tengas miedo. Solo quieren conocerte —le decía la voz. La joven modelo parecía un poco confusa por la situación y el sonido de esa

VOZ.

—Pero está oscuro. No creo que haya nadie ahí dentro —expresó la modelo, tratando de buscar a su compañero, quien ya no se encontraba con ella. De pronto, la mecedora y la silueta reflejada en la pared aparecieron y empezaron a llamar a Danielle. La francesa cerró sus ojos y se cubrió el rostro con sus manos, como queriendo hacer desaparecer la silueta y la voz que la llamaba, pero sin resultado alguno. Luego se tapó los oídos para evitar que los sonidos entraran en su cabeza. No sucedió nada. La silueta avanzaba hacia Danielle, mientras la modelo no atinaba a otra cosa que apoyarse de espaldas contra una esquina en la pared, se encucilló en medio de sus propios gritos, los que se hacían más intensos con el avance hacia ella de la silueta. De repente, un sonido que parecía venir de un teléfono interrumpió el avance de la silueta, cuya imagen se desvanecía lentamente, a medida que el agudo timbre invadía los oídos de la modelo.

Danielle abrió los ojos, despertó, aunque con un leve mareo, en la habitación del hotel.

—Mi dinero... alguien se robó mi dinero —murmuraba la francesa.

Mientras, el teléfono timbraba y timbraba, hasta que Danielle decidió contestar.

—Aló.

—Buenas noches, señorita Fontaine. Le habla el manager, perdone que la moleste, pero hemos tenido quejas de las habitaciones adyacentes a la suya, en referencia a unos gritos provenientes de su cuarto. ¿Está todo bien por allá? ¿Necesita algo?

—¿Qué hora es?

—Son la diez y media de la noche.

—Ay. Tengo que colgar.

—¿Se encuentra bien señorita?

—No se preocupe. Era solamente una pesadilla. Ahora tengo que irme o llegaré tarde a la cita. Buenas noches.

Danielle no quiso entrar en detalles sobre su pesadilla, ya que el manager podría interpretar algo mal y llamar a las autoridades. Pensando en que de todos modos él subiría, la modelo se metió rápidamente a la ducha y dejó que las tibias gotas acariciaran su figura.

Esto sirvió de alivio para la tensión en Danielle, quien a partir de ese momento miraba con ojos de esperanza su encuentro en Arena con su amiga Stephanie.

La pugna política entre el alcalde de la ciudad de Miami, Alan Britto y el alcalde del condado MiamiDade, Fiddle Kestrel, llegó a su máximo punto

cuando en los primeros días del año, en un área en desarrollo de construcción en el centro de la ciudad, un grupo de trabajadores de la construcción desenterraron un objeto que captó la atención de todos, de costa a costa.

Los trabajadores encontraron algo que parecía ser un calendario ancestral, de la era de los mayas. El descubrimiento arqueológico activó una serie de protestas de muchos grupos de personas. Tanto políticos como sociedades arqueológicas, y hasta la comunidad indígena estaban en desacuerdo respecto a qué hacer con el objeto encontrado, conocido como «El círculo del sol».

En opinión del Sr. Kestrel, el círculo debería permanecer donde lo encontraron, porque moverlo de su lugar, sería un insulto para las personas que lo construyeron.

Por otro lado y según el alcalde de Miami, la ciudad perdería cerca de un millón de dólares al año en impuestos debido a la presencia del círculo en el lugar, lo cual no permitiría las construcciones en el área y por lo tanto, el desarrollo de esta.

En medio de toda esta situación estaba el dueño del terreno, el billonario Pietro Sassone, quien había comprado el terreno unos años antes, por menos de nueve millones de dólares.

Desde ese entonces, el valor del terreno se había disparado hasta alcanzar aproximadamente unos cien millones de dólares. El señor Sassone planeaba construir un complejo de apartamentos y oficinas, 104

Pecado y pecadores el cual había nombrado Vista del Sol. Luego del hallazgo, había dado a la ciudad de Miami dos semanas de plazo para que removieran el círculo del área de construcción.

Sin embargo, grupos de protesta comenzaron a acampar por lo alrededores del área de construcción, que tenían el apoyo del alcalde del condado MiamiDade. Para hacer las cosas un poco más fácil para todos, el Sr. Sassone ofreció pagar por todo el trabajo de excavación, remoción y transporte del círculo a un nuevo lugar. Ese nuevo destino sería el Centro de Convenciones de Coconut Grove, donde se mantendría hasta que pudiera ser transportado a un museo, ya sea en la ciudad o en otro lugar dentro o fuera del estado. El director de la División de Preservación Arqueológica del condado MiamiDade había aconsejado que se hiciera todo lo posible por retener el círculo en su lugar. Se estaba considerando incluso una propuesta para comprarle el terreno al Sr. Sassone con fondos públicos y privados; sin embargo, el Sr. Sassone les dijo que no estaba interesado en el dinero. Todo lo que él quería hacer era comenzar a construir su complejo, costara lo que costara.

La idea de usar fondos públicos no le sentó bien al alcalde Britto, quien culpó a los miembros de la comisión del condado creada al efecto, con quienes

mantenía desde hace un tiempo atrás, una rivalidad política muy acalorada.

El Sr. Sassone y el alcalde Britto tenían una relación de amistad desde sus tiempos como estudiantes universitarios. Por un lado, el Sr. Sassone se convirtió en un empresario muy respetado en la comunidad, era uno de los mayores contribuyentes a la campaña de Britto, y se caracterizaba por siempre apoyar a sus amigos, sobre todo en lo económico. Siendo así, Sassone esperaba que la misma cortesía fuese devuelta por Britto en su posición como alcalde de la ciudad.

Por muchos años se rumoraba que el Sr. Sassone tenía lazos con el hampa y el bajo mundo, sin embargo, estos argumentos nunca se habían comprobado. Sassone no prestaba atención a estos rumores, y en un par de ocasiones que fue cuestionado al respecto, respondió que una persona en su posición necesitaba tener amigos en todas partes.

Pietro Sassone no disfrutaba para nada el hecho de encontrarse en el medio de la rivalidad política entre su amigo Alan Britto y el alcalde Kestrel, situación que le estaba costando una buena cantidad de dinero, mientras el desarrollo de su construcción seguía posponiéndose. Después de pensar seriamente sobre este asunto, Sassone decidió que necesitaba actuar lo más pronto posible, si es que alguna vez pensaba ver su proyecto en pie, motivo por el cual se vio obligado a apelar a la rivalidad política del momento.

El billonario veía en Kestrel un obstáculo para poner en marcha su proyecto y sabía perfectamente que existía un grupo de personas que les gustaría ver a Kestrel fuera de sus vidas para siempre. Una de esas personas era precisamente Alan Britto.

Con ese propósito en mente, Sassone había hecho contacto con un viejo amigo, alguien que solía usar para resolver problemas mayores, pagando una alta tarifa por ello. El billonario había arreglado una reunión entre él, el alcalde Britto y el amigo que solucionaría de una vez y por todas el problema, para el domingo en la noche en un lugar muy privado.

—Pietro, espero que me hayas sacado de mi casa para algo importante —dijo el alcalde.

—Solo relájate, mi amigo. Vamos a reunirnos con alguien muy interesante.

—¡Me hiciste mentirle a mi esposa para esto! ¿Y quién es este tipo?

—Es la clase de persona que hace su trabajo, se desaparece y no lo ves jamás.

Alan Britto se sorprendió al ver que llegaban a la casa de su amigo a esa hora de la noche.

—¡Pensé que iríamos a otro lugar!

—Lo siento, pero tiene que ser de esta manera.

Los dos hombres descendieron del carro y se dirigieron a una oficina secreta que Sassone tenía para ocasiones especiales. Esta era como una especie de búnker, algo que Britto, que había estado muchas veces antes en la casa, no sabía que existía.

Sassone abrió la puerta, dejando pasar al alcalde. Dentro de la oficina secreta estaba un hombre, de aproximadamente cuarenta años y un metro noventa de estatura, sentado detrás de un escritorio, tecleando en una laptop.

—¿Está lista la conexión? —preguntó Sassone al hombre.

—Estará en un minutos, señor —contestó el empleado, sin levantar su mirada del monitor.

—¿Quién es él? —preguntó el alcalde, en voz baja y un tono muy confundido.

—Llámalo Tomás, lo considero mi mano derecha, especialmente en este tipo de asuntos.

En ese momento, el alcalde no quiso admitirlo, pero siempre se había preguntado acerca de esos rumores que corrían por ahí sobre su amigo y sus lazos con el hampa. Él nunca se había atrevido a preguntar, y menos lo iba a hacer en este momento; aunque tenía el presentimiento de que esa noche obtendría una respuesta, la cual confirmaría de alguna forma esos rumores.

—Tu mano derecha luce más como un jugador de fútbol americano que como un experto en computadoras —acotó el alcalde.

—En realidad, él jugó fue quarterback, pero eso fue en su vida anterior. Ah, igual, te vas a sorprender de lo que se puede hacer ahora.

—Ya estamos listos, Sr. Sassone.

El hombre se levantó y volteó la computadora para que su jefe y el alcalde pudieran ver lo que estaba en la pantalla. Pietro estaba muy orgulloso de tener los últimos adelantos en comunicaciones.

—Puede comenzar a hablar ahora, señor.

—Buenas noches, viejo amigo —saludó Sassone.

—Igualmente Pietro... ¿Cómo te va? —dijo una voz proveniente de un parlante conectado a la computadora.

—Nunca mejor que ahora. Por cierto, tengo al alcalde Britto aquí conmigo —expresó el billonario, mientras se volteó hacia Alan, que estaba intrigado por lo que estaba aconteciendo en el cuarto.

—Vamos alcalde, acércate y saluda a mi amigo.

Britto, calladamente se acercó al escritorio.

—Buenas noches señor....

—No importa el nombre ahora, alcalde. Sin embargo, es bueno de su parte que se una a este cyberchat.

—Bueno caballeros, hablemos del negocio pendiente —Sassone continuó—. Alan, tú y yo sabemos que desde que el alcalde Kestrel está contradiciendo e interviniendo en cada aspecto de tu administración, tus posibilidades de reelección se han reducido gravemente.

Kestrel se ha convertido en un obstáculo, tanto para ti, como para muchos, que queremos ver a esta gran metrópolis seguir en la senda del progreso. Y como habrás oído alguna vez en tu vida, Alan, los obstáculos están para ser eliminados y ahí es donde mi amigo entra en acción.

—Entiendo muy bien lo que tratas de decir Pietro, pero no creo que me gustaría estar involucrado en esto —dijo el alcalde.

—Alan, querido amigo, no tienes que preocuparte de nada. La persona cuya voz estás escuchando a través de la computadora es el mejor en su rama, y no va a decepcionarnos.

—Pienso que mi currículum habla por sí solo. En todo caso, Pietro le puede dar los detalles más tarde —mencionó la misteriosa voz.

—Mira Alan, hay personas que piensan que el hombre detrás de la voz que estamos escuchando no existe, y somos relativamente pocos quienes sabemos su verdadera identidad. Entonces, ¿qué dices?

—¿Y quién está pagando por esto?, asumo que no es gratis.

—Ya nos encargamos de ese asunto.

—¿Cuándo sucederá? —preguntó el intrigado alcalde.

—En unos cuantos días habrá un desfile de modas, el cual también servirá para recaudar fondos. El show será en el Ocean Vista & Resort Hotel. Hasta donde sé, la agencia Lasalle está a cargo de organizar el evento y, como sabemos, donde hay mujeres hermosas, ahí está Kestrel. Bueno, en realidad a él lo han invitado, al igual que a ti, Alan.

—Él es buen amigo de Edson Lasalle, sé que estará ahí. Pero creo que va a estar el lugar demasiado repleto como para lo que se está planeando aquí.

—El trabajo será realizado sin contratiempo alguno, alcalde Britto, como siempre lo hago —dijo la misteriosa voz.

—Dígame algo, señor. ¿Alguna vez ha llevado a cabo alguno de sus contratos en mi ciudad?

—A estas alturas es irrelevante si le respondo, alcalde. Miami es un paraíso adonde vengo a relajarme y a pasar un buen rato, considero su ciudad mi segundo hogar. Y por cierto, puede llamarme Sr. Butler.

—Bien caballeros, todo está listo —dijo Sassone—. Butler, y yo estaremos en contacto.

Sassone presionó una tecla en la laptop y canceló la conexión.

—Tomás, deshazte de todo este equipo —le ordenó Sassone, y acto seguido

invitó a Alan Britto a abandonar la habitación.

—Dime Pietro, este Sr. Butler ya está en la ciudad, ¿verdad?

Sassone afirmó con la cabeza, y le recordó al alcalde mantener todo en secreto.

Era pasada la media noche cuando el taxi dejó a Danielle en Arena.

La joven modelo francesa se acercó a la puerta principal, donde dos hombres vestidos de negro recibían a los invitados y otro, de traje y corbata igualmente de color negro, pero con camisa blanca, parecía ser el jefe de los primeros. En un momento u otro, casi todas las mujeres más hermosas de la Florida han desfilado por la entrada del muy popular club, pero estos porteros no podían dejar pasar por desapercibida la despampanante figura de Danielle.

—Buenas noches caballeros.

—Buenas noches —respondió el jefe, mientras que uno de los hombres abría la puerta.

—Mi nombre es Danielle. Estoy en la lista de invitados de...

—Sí, adelante. Ella está en el segundo piso.

Danielle caminó sobre la alfombra anaranjada, teniendo como escolta en el ambiente el sonido de la música, que se hacía más intenso a medida que se acercaba a la puerta. Y así de pronto, la modelo se encontraba en el corazón de la vida nocturna de South Beach.

Danielle miraba alrededor buscando el ascensor, cuando otro de los empleados vestido en traje negro le tocó en el hombro. Ella se volteó para ver quién era y él le mostró a Danielle el camino hacia el elevador.

El segundo piso del Club Arena era el punto de congregación, donde toda la acción tenía lugar. Había sofás de cuero, con mesas pequeñas frente a ellos, para poner las bebidas. No existía una pista oficial de baile. En realidad, el único lugar para bailar era el primer piso. En este segundo piso se hallaban localizados dos bares, en extremos opuestos. La mayoría de los clientes que no encontraban asiento en los sofás gustaban de apoyarse sobre el pasamano, al mismo tiempo que disfrutaban de su bebida y observaban a la gente del primer piso menear su cuerpo al ritmo de la contagiosa músicaailable.

Mientras la joven modelo recorría lentamente el segundo piso, reconoció algunas caras del jet set internacional, así como de la industria de la moda. Danielle se acercó al bar y le preguntó al barman dónde podía encontrar a Stephanie. Sin embargo, en medio de su diálogo con el hombre, la bailarina canadiense la sorprendió por la espalda, agarrándole el brazo; cuando Danielle volteó para ver de quién se trataba, Stephanie le robó un coqueto beso en los labios.

El gesto cogió desprevenida a Danielle, quien no quería arruinar el momento.

Ella necesitaba la ayuda de Stephanie, y eso era con lo que estaba contando.

—¡Hola Danielle, me alegra que hayas venido!

Danielle saludó a Stephanie, disculpándose por llegar tarde.

—Está bien amiga. Nunca nadie es puntual para este tipo de cosas. Sígueme, vamos a que conozcas gente.

Danielle mantuvo el paso detrás de su amiga atravesando la multitud, pero la principal preocupación de la joven modelo era hablar con Stephanie sobre la oferta de trabajo que supuestamente tenía para ella. Danielle alcanzó a Stephanie, pidiéndole que se detuviera.

—¿Qué pasa Danielle?

—Bueno...eh....

—¿Te sucede algo? —preguntó Stephanie.

En ese instante, lágrimas de angustia comenzaron a rodar por el rostro de Danielle. Stephanie la agarró de su mano y la llevó al tocador de mujeres. Allí dentro, la joven modelo rompió en llanto en el hombro de su amiga.

—Pobrecita. Shhh, está bien —dijo Stephanie— espera aquí, Danielle, trata de calmarte mientras voy por una bebida.

—No por favor, Stephanie, no te vayas. Necesito hablar contigo.

Es muy importante.

—OK, Danielle. Por qué mejor no te sientas, y me cuentas.

Las dos mujeres tomaron asiento en el sofá del tocador. Danielle agarró unos cuantos kleenex de la mesa adyacente para secarse las lágrimas de su rostro.

—A ver... ¿Qué es tan importante que no puede esperar?

—Bueno, tú me dijiste esta tarde en la playa, que tal vez tenías algo para mí. Algún tipo de trabajo.

—Sí, ¿por qué?

—Es que necesito comenzar a trabajar de inmediato, Stephanie.

Me estoy desesperando.

—OK, cálmate Danielle. Tengo el presentimiento de que algo terrible te pasó después de que nos despedimos en la playa.

—Cuando regresé a mi cuarto, en el hotel, me encontré con que alguien había irrumpido en la habitación y se había robado mi dinero.

—Dios mío, qué tragedia. ¿Y lo reportaste a la policía?

—No, no lo hice.

—¿Y por qué no?

—¿Recuerdas que te comenté que mi ex novio solía golpearme, y que tuve que huir de él?

—Sí, me acuerdo. Y también mencionaste que él no te molestaría más.

—Mira Stephanie, yo dije eso porque creo que... lo maté.

Nuevamente, después de esas palabras, la modelo rompió en llanto y luego de unos segundos, recuperó un poco su compostura y continuó...

—Yo lo hice en defensa propia, Stephanie. Él estaba ebrio y tratando de dispararme. Por eso es que vine a Estados Unidos. No quería terminar en la cárcel por algo que hice por protegerme. Y esa es la razón por la cual no he reportado el robo a las autoridades.

—Cuánto lo siento, mi amiga. Veo que el asunto es más serio de lo que me habías dicho, pero ya verás que al final todo saldrá bien.

Stephanie la consoló, abrazándola como si se tratara de un familiar.

—OK, ya sé lo que vamos a hacer. Primero, vas a salir de ese hotel y te mudas a mi departamento mañana mismo. Tengo un cuarto de huéspedes y además, bueno, me servirías de compañía.

—Acerca del trabajo, te dije que soy bailarina. Una bailarina exótica.

—Tú sabes qué es eso Danielle... ¿verdad?

—Creo que no tengo muy claro de qué se trata.

—Entonces, te llevaré al club el martes en la noche, para que el dueño te conozca. Y no te preocupes por nada. Tú tienes lo que se necesita para ese tipo de trabajo. Eres lo suficientemente hermosa.

Le vas a encantar a todos.

—Gracias por lo del cuarto, Stephanie, pero solo necesito el trabajo.

—No digas tonterías Danielle, que no estás en condiciones de gastar dinero en un hotel tan caro. Puedes vivir conmigo el tiempo que quieras sin pagarme un centavo.

No solo las palabras, sino también el gesto de bondad de Stephanie hacia ella, hicieron que las emociones de Danielle salieran a flor de piel. Ella abrazó a su amiga, llorando emotivamente apoyada en su hombro.

Luego de unos minutos, Stephanie trató de persuadir a la joven modelo francesa para que se quedara por lo menos un rato y así socializara con algunos de sus amigos. Danielle necesitaba un poco de distracción, pero dentro de sí misma, no estaba de humor para festejar ni conocer personas.

—Como te dije anteriormente, Danielle, no creo que tengas ningún problema en conseguir el trabajo en el club, pero también hay la posibilidad de que te presente a un buen amigo mío. Su hermano es dueño de una prestigiosa agencia de top models del mercado. No te prometo nada, OK, pero como te dije, lo único que puedo hacer es presentártelo y ver qué es lo que te ofrece.

Stephanie le hizo esa propuesta con tal de levantarle el ánimo a Danielle, y sí que lo consiguió. La expresión en el rostro de Danielle cambió rápidamente de tristeza a alegría. Esa era la mejor de noticias que había escuchado en la noche desde que arribó a South Beach.

—¡Ay, qué bien, Stephanie! ¿Cuándo me puedes llevar con él?

—Bueno, se suponía que estuviese aquí esta noche, pero aparentemente me dejó plantada. Es el tipo de hombre para el cual trabajar está primero y después, la diversión.

—Pero ¿cuándo crees que yo...?

—Cálmate Danielle. Una vez que te mudes conmigo, será más fácil que te lo presente, eso creo. De cualquier manera, lo llamaré y arreglaré una reunión entre los dos, ¿te parece?

—Estoy ansiosa porque llegue ese día —dijo Danielle con una gran sonrisa que le puso un toque diferente a aquella noche.

—Y bien, ¿cambiaste de opinión sobre quedarte y tomar una copa conmigo?

—Pero solo una copa y luego me voy para el hotel.

—Bueno, no perdamos tiempo.

Las chicas salieron al bar y con copas en mano se encaminaron al primer piso para relajarse mientras bailaban. Luego, cada una tomaría un diferente camino por el resto de la noche.

Al igual que todas las mañanas, luego de su rutina de ejercicios en su gimnasio privado, seguido por una ducha rápida y un saludable desayuno, Edson Lasalle, llegó a la oficina alrededor de las diez de la mañana.

Después de una breve charla con uno de sus asistentes, el señor Lasalle siguió camino por el corredor hasta su oficina y colocó su maletín sobre el escritorio. Como de costumbre, prendió la computadora para chequear si tenía algún mensaje de correo electrónico... no había entrado ninguno. Desde su escritorio, usando el control remoto, puso música apropiada para comenzar la mañana.

Con un vaso de agua en su mano, tomó asiento detrás de su mesa y examinó la gran vista que le regalaba el azulado mar. Posterior a ese momento de relajamiento sacó de su maletín toda la información pertinente a los lugares vacacionales que revisó durante el fin de semana. De pronto, su hermano Lou tocó la puerta y entró a la oficina.

—Buenos días.

—¿Qué tal, hermano? —el saludo fue un abrazo.

—¿Cómo estuvo tu fin de semana? —preguntó Edson.

—Ayer grabamos el comercial para la compañía de zapatos.

—Asumo que todo salió bien.

—Quedó mejor de lo que pensábamos. Aquí tengo el video.

—Lo veré más tarde. ¿Quieres algo de beber?

—Me serviré un vaso de agua, gracias.

Lou caminó hacia el mostrador y vertió un poco de agua de una jarra al vaso.

Volvió hasta el escritorio y se sentó frente a su hermano.

—Dime Edson. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta el show de modas?

—¿Qué show de modas?

—El show para recaudar fondos en el Ocean Vista & Resort Hotel.

—Ah sí, por supuesto, ese show. Déjame ver... —Edson miró en su agenda y contestó—: Veamos, es este jueves.

—Puedo ver que tu mente está centrada en ese viaje que quieres tomar.

—No, simplemente se me olvidó. Eso fue todo. ¿Ya sabes a quiénes llevaremos al show?

—A nuestras top models como siempre, y también un par de chicas nuevas.

—¿Qué diseñadores vendrán? —preguntó Edson.

—Algunos de los mejores, pero recuerda que uno de los objetivos del show, aparte de recaudar fondos para el Instituto, es dar oportunidad a los diseñadores locales, para que expongan su trabajo.

—Sí. Ya veo.

—Va a ser un gran evento. Estará repleto de celebridades, así como de algunos políticos, incluyendo a tu amigo Kestrel y otras personas influyentes en la comunidad.

—En otras palabras, gente que no le interesa la moda —contestó Edson.

—Como de costumbre. Ah, por cierto, hace un par de noches Juliano inauguró su colección de ropa interior en París. Lee esto —dijo Lou, mientras le pasaba a su hermano la última edición de Fashion Weekly, una de las revistas más prestigiosas en el mundo de la moda.

Edson chequeó por entre las páginas de la revista y le dio una ojeada a las fotos del show de Juliano.

—Su primera incursión el mundo de la lencería, ah... y por lo que veo, fue exitoso —comentó Edson a su hermano.

—Y mira, hablan sobre una nueva chica que podría llegar a ser una top model, pero no veo ninguna foto de ella. Ni siquiera mencionan su nombre.

—Déjame ver —expresó Lou mientras tomaba la revista para saciar su curiosidad—. Creo que a lo mejor es una de estas chicas.

Aunque, como sabemos, a veces las revistas confunden y asocian los nombres equivocados con la imágenes equivocadas.

—Sea como sea, Juliano nos sorprendió de nuevo —recalcó Edson.

—Tal vez pueda averiguar quién es la chica nueva y traerla para el show de modas.

—No tienes mucho tiempo. Mejor actúa rápido.... Yo también estoy ansioso por saber quién es la famosa nueva top model.

—Voy a tratar de contactar con un viejo amigo, Roberto. ¿Lo recuerdas?

—¿Quién, Rossi? ¡Cómo poder olvidarlo!

—Según escuché, creo que estaba en algún lugar de Europa. Quizás alguna de las chicas han trabajado con él últimamente, pero estoy casi seguro de que él estaba en ese show. No me lo imagino perdiéndose algo tan espectacular —acotó el menor de los Lasalle.

Lou se puso de pie y dejó la revista en el escritorio de Edson.

—Voy a chequear con las chicas sobre el show de Juliano.

—Ahora necesito hacer algunas llamadas. Ah, y regresa más tarde para que veamos el video juntos.

Mientras Lou salía de la oficina de su hermano, Edson tomaba la revista para chequear más detalladamente el artículo sobre el show de Juliano, revisando las fotos una y otra vez. Sin embargo, había una en particular, era de Juliano con una mujer muy hermosa que él nunca había visto antes en ningún show de modas o revista, y su nombre no aparecía por ningún lado. De todas formas, su radiante y exótica belleza lo dejó hipnotizado. Desde la muerte de Nicole, Edson había sentido cargo de consciencia de nada más apreciar la belleza de alguna otra mujer, sentía como si estuviese traicionando la memoria de su esposa; y ese era uno de los asuntos que tenía que resolver en su vida.

Eran aproximadamente las diez y cuarto de la mañana cuando el timbre del teléfono despertó a Danielle.

—Aló —contestó un poco dormida.

—Buenos días, Danielle. Es Stephanie. Despiértate y empaca tus cosas, pasaré recogtiéndote en unos quince minutos.

—Oh, hola Stephanie. Gracias por despertarme —dijo Danielle mientras miraba el reloj, dándose cuenta que faltaban apenas cuarenta y cinco minutos para la hora que debía entregar el cuarto.

—¿Te sientes bien por lo de anoche?

—Al menos pude dormir bien.

—Bueno, entonces prepara todo y te veré en un rato.

—Te esperaré en el lobby. Adiós.

Danielle colgó el teléfono e inmediatamente saltó de la cama para tomar una ducha rápida y después empacar su ropa. La modelo se puso un overol de algodón con una blusa blanca y un par de sandalias. Luego comenzó a recoger sus otras pertenencias, y antes de salir del cuarto decidió recorrerlo todo con la esperanza de encontrar el dinero robado, pero su búsqueda fue infructuosa.

Danielle abandonó la habitación y llegó al vestíbulo para cancelar su cuenta. En los cinco minutos que tomó ese proceso, Stephanie se apareció en el lobby. Luego, las dos chicas salieron del hotel y salieron rumbo al apartamento de Stephanie.

—Veo que no has traído mucho equipaje —comentó Stephanie.

—No se te olvide que prácticamente salí huyendo —respondió Danielle.

—Bueno amiga mía, hoy es el comienzo de algo nuevo y excitante para ti.

—¿Quieres algo de comer antes de ir a casa? Yo invito.

—Me encantaría, Danielle. Pero primero, tú no estás en condiciones de invitarme a comer. Mejor ahorra algo de dinero hasta que te establezcas. Además, después de que te deje en casa, iré a almorzar con un amigo.

—Ya veo. ¿Quién es? ¿Tu amigo de la agencia de modelos?

—Oh, no. En realidad, él es un hombre bastante misterioso, europeo también, bueno... eso creo. Lo que sé es que viaja mucho, y cuando está de paso en la ciudad dice que es porque anda de vacaciones. Me trata muy bien cuando va al club; es muy generoso.

—¿Generoso en qué sentido?

—Para empezar, me deja buenas propinas y me trata como una dama; con mucho respeto, no como otros pervertidos que a veces entran al club. Por cierto, les cae bien a las otras chicas. Es más, el otro día me regaló este brazalete, ¿te gusta? —expresó con orgullo Stephanie, señalando su tobillo derecho.

—Entonces, tú siempre sales con él cuando visita Miami.

—En realidad, esta va a ser la primera vez.

El camino a casa fue breve; Stephanie parqueó el carro en el espacio asignado con el número de su apartamento. Las dos chicas bajaron del auto con el equipaje y entraron al edificio para tomar el elevador.

—Por lo menos no te aburrirás. Como puedes ver, tenemos cancha de tenis, sauna y hasta puedes usar el gimnasio.

—Tal vez podríamos ejercitarnos juntas.

—Prefiero trotar en la playa. Recuerda que así fue como nos conocimos.

El elevador se detuvo en el cuarto piso; de ahí caminaron hasta el apartamento 466.

—Me gusta tu casa, Stephanie, se siente bien acogedora —expresó Danielle mientras caminaba por el apartamento.

—No sé como agradeceréte, Stephanie.

—No hay nada que agradecer, siempre y cuando no rompas en llanto otra vez.

—Te lo prometo. Pero sí lo haré cuando obtenga un contrato de modelaje, el que me vas a ayudar a conseguir, ¿verdad?

—Dale tiempo, Danielle. Recuerda que anoche no te prometí nada. Solo te voy a presentar a mi amigo, pero su hermano tendrá la última palabra.

—Lo siento, Stephanie. Tienes razón, creo que me estoy adelantando a los acontecimientos, pero es que me estoy desesperando.

—Te entiendo amiga, pero mira, primero probemos con el club, por lo menos, hasta que te consiga la reunión con mi amigo, ¿OK?

Stephanie le mostró sus aposentos a Danielle, quien colocó sus valijas en la cama al mismo tiempo que se sentaba en esta.

Por primera vez en mucho tiempo Danielle se daba el lujo de sentirse un poco relajada. Ahora era solo cuestión de tiempo para que se desarrollen otros eventos en su vida.

La bailarina canadiense procedió a entregarle las llaves a Danielle, así como decirle dónde se encontraban las cosas elementales en cualquier casa.

—Puedes servirte lo que quieras —le dijo Stephanie mientras abría la puerta del refrigerador—. Tal vez mañana podamos almorzar juntas. Ah, una cosa más; esta noche iremos al Body Language para que puedas conocer a Elber, el manager, y bueno, veremos qué pasa.

—¡Pensé que hoy era tu noche libre!

—Sí, lo es, pero mejor es que empieces lo más pronto posible.

Por qué esperar.

—¿A qué hora nos vamos?

—Como a eso las diez.

El teléfono en el apartamento timbró, y Stephanie, a sabiendas que se trataba de su apuesto amigo europeo, se apresuró a contestar. Entre tanto, Danielle salió al balcón para disfrutar la vista, e inhaló con todas sus fuerzas para llenar sus pulmones del aire que provenía del Atlántico, haciéndola sentir más segura al compartir el hogar con Stephanie.

—Me voy con mi amigo. Quedas en tu casa. Bye —se despidió apresuradamente la bailarina.

Desde el balcón observó a su amiga embarcarse en un BMW convertible de color negro. Stephanie le dio un sutil beso en los labios y lo abrazó. El europeo arrancó el motor, partiendo en dirección sur.

Danielle regresó a la cocina para prepararse algo de comer.

Siendo una persona que cuidaba de su figura, Stephanie solo tenía comida baja en grasa y calorías en su refrigerador. La joven modelo francesa también estaba en dieta debido a su carrera, pero en ese momento sintió ganas de romperla; había visto un lugar de hamburguesas en camino al apartamento y decidió salir a comer y de paso, comprar ciertas cosas que necesitaba para su cuidado personal.

Aunque necesitaba hacer dinero lo más pronto posible, Danielle se sentía un poco intranquila por la idea de ir a Body Language para su entrevista de trabajo. Todo lo que ella realmente quería era reunirse con el dueño de la agencia de modelos y convertirse en una top model de South Beach.

Stephanie y el apuesto europeo llegaron a Celebrities, uno de los restaurantes más concurridos de Collins Avenue, en el corazón de South Beach. La dueña les dio la bienvenida y los invitó a pasar a una mesa, pero ellos cambiaron de opinión y decidieron sentarse en las mesas al aire libre. El camarero les entregó el menú y procedió a tomar la orden de bebidas. Ella pidió un vaso de agua y un jugo de naranja natural; él, un jerez seco como aperitivo. Luego de un par de minutos, mientras trataban de decidir qué bocado probar, el mesero les trajo las bebidas.

Siguiendo su línea dietética, la bailarina se decidió por una ensalada César y con sopa de brócoli como entrante mientras que su acompañante se inclinó por un club sándwich con tomate y queso provolone extra.

—Entonces, hombre misterioso, ¿cómo van tus vacaciones? ¿Algo interesante de contar?

—Creo que se cerrará el contrato en estos días y luego me iré.

—¡Ay, qué pena!

—Pero volveré más pronto de lo que crees.

—¿Qué clase de negocios estás haciendo?, si se puede saber.

—Tiene que ver con el mundo de la fotografía. Mi trabajo es tomar algunas fotos para enseñárselas a mis clientes en Europa.

—Entonces eres un fotógrafo profesional. Con razón te la pasas viajando alrededor del mundo. Y dime, ¿Qué clase de fotografías estás tomando esta vez?

—Es un poco difícil de explicar. Mira, este cliente es el tipo de persona que es muy estricto en lo que quiere. De hecho necesito que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor?

El mesero interrumpió la conversación mientras les traía la orden. Preguntó si necesitaban algo más, a lo que sus clientes respondieron que todo estaba perfecto.

El apuesto europeo continuó:

—Tuve que encargar un equipo muy especial para este trabajo. Es muy sofisticado y delicado. Mi socio viene pasado mañana desde Europa con un par de estuches especiales para estas cosas, y el favor que te quiero pedir es que me guardes el equipo hasta que regrese.

No te preocupes por mi socio, él tendrá otras cosas que hacer. Es solo el equipo. ¿Puedes hacerlo?

—Tal vez... pero entonces, ¿dónde vas a estar?

—El otro asunto en el que estaré ocupado aquí en Miami, es un favor personal que le estoy haciendo a un amigo; me pidió que mantenga vigilada a su novia por él, ya que tiene sus dudas sobre ella, pero no me quiero meter en eso.

—En otras palabras, vas a estar espiando a su novia.

—Yo diría que más bien me estoy asegurando que vaya por buen camino, eso es todo... entonces, ¿me vas a ayudar?

Stephanie lo pensó un rato, mientras disfrutaba su ensalada.

—Antes de responderte, tengo que preguntarte algo personal.

El europeo, la miró un poco intrigado.

—¿Cuál es tu nombre?

El europeo tomó un respiro de alivio y soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? Nada más te pregunté tu nombre —replicó Stephanie.

—Disculpa. No me estoy riendo de ti, solo que me parece gracioso el hecho de que nos conocemos desde hace casi tres años y nunca te he dicho mi nombre. Supongo que cuando hay química entre dos personas, no hay necesidad de esas cosas.

—A pesar de eso, necesito saber a quién le estoy haciendo el favor —insistió la canadiense.

—Eres una mujer muy persistente, Stephanie. Mi nombre es Maurice Butler.

—Es un placer conocerte, Maurice. Me gusta el nombre, al igual que ese acento sexy que tienes —dijo Stephanie adornando su comentario con una sonrisa.

—Y yo tengo el presentimiento de que tu verdadero nombre no es Stephanie, pero me gusta. Es un nombre muy sensual. Va muy bien contigo... así que, ¿me vas a ayudar o no?

—Claro que sí, te cuidaré el equipo hasta que regreses. Solo que... no te demores. Y por cierto, mi verdadero nombre es Stephanie.

En ese momento, Maurice Butler dejó de ser un misterio para Stephanie, y ella tomó esto como un avance en su relación platónica.

—Háblame de tu compañera de cuarto... noté que se despedía de ti desde el balcón. ¿Cómo se conocieron?

—Su nombre es Danielle y nos conocimos en la playa hace unos días.

—¡Y te gusta llevar a tu casa a alguien que es prácticamente un extraño! Conmigo no has hecho eso aún.

—Bueno, por lo menos supe su nombre desde el principio.

—Ya veo. Y ¿qué hace Danielle? ¿De dónde es?

—Dios mío, parece tener más interés en mi compañera de cuarto que en mí.

—Nada más estoy velando por tu seguridad.

—No tienes nada que temer. Ella es una buena chica. Solo un poco confundida. Me cayó súper bien,; es más, quiero que la conozcas

—Bueno, no es para tanto.

—Mira, en realidad ella debe estar en casa cuando regresemos. Subes conmigo al apartamento y tomas un café con nosotras. ¿OK, Sr. Butler?

Ambos sonrieron y continuaron con su almuerzo.

Danielle satisfizo su apetito en el mundialmente famoso Burger Palace con una enorme hamburguesa doble con queso y todo lo demás. Luego dio una caminata por la avenida Washington dirigiéndose al norte. El sol estaba muy radiante, sin una nube en el cielo azul que lo cubriera, perfecto para pasarlo en la playa; pero para Danielle, su reciente recuerdo de lo sucedido la última vez que incursionó a la playa, estaba aún fresco en su mente. Más bien decidió ir a la piscina del condominio, no sin antes visitar una tienda de libros y revistas, lugar en el cual los clientes pueden leerlas mientras disfrutan de un café gourmet y música de fondo. Ella simplemente deseaba distraerse con una lectura, al mismo tiempo que bebía un café descafeinado con leche descremada. La modelo francesa se dirigió a la sección de revistas en busca de una de las tantas revistas que se especializan en modas. Una vez que encontró lo que buscaba se instaló en un cómodo sofá a leer. El ambiente, con aroma de café, y la música a ritmo de jazz, fueron algo que pusieron a gusto a Danielle, hasta que...

De repente su taza de café se le cayó de las manos al suelo, cuando al ojear la edición de la revista Fashion Weekly, se topó con una foto de ella junto a Juliano en la noche de su debut en París.

Danielle entró en pánico. No solo los recuerdos de aquella noche triunfal vinieron a su mente, lo que más la atormentaba era el hecho de que las autoridades usaran esa foto para capturarla. Rápidamente revisó el artículo para ver si decía algo de ella; sin embargo, para su sorpresa, no se mencionaba su nombre en ningún lugar. El artículo únicamente hacía referencia a una prometedora modelo que Juliano había descubierto. Danielle sabía que esa modelo era ella. La desesperación se hizo presa de la joven francesa, provocando que abandonara a toda prisa el establecimiento, como si alguien estuviera tras ella. Al llegar al apartamento se encerró en su cuarto. Stephanie aún no había llegado a casa. Eso alivió de cierta forma a Danielle, ya que no quería que su amiga la viese en esas condiciones. Luego de despojarse de su ropa, se refugió en la ducha. Ahí, una vez más, Danielle rompió en llanto. Lágrimas de angustia, de dolor, que nunca se irán.

Después del almuerzo, Stephanie y Maurice decidieron dar una caminata a lo largo de la playa. Esas pocas horas con él le habían enseñado algo diferente sobre la vida. Ella estaba fascinada por lo inteligente, gracioso, encantador y sofisticado que era este hombre.

Él se había abierto a ella sin arrepentimientos. Con Maurice, ella sentía el calor y el confort de estar con un hombre que le impresionaba.

Él la trató como una dama y no como una prostituta barata, como la mayoría de los clientes pensaba que era. Además de ser el caballero que era, Maurice era

un hombre muy culto. El francés hablaba cuatro idiomas, fluidamente, y tenía doctorados y maestrías en Matemáticas, Química y Filosofía, de las mejores universidades de Europa.

—¿Estás segura de que deseas que suba? —preguntó Maurice.

—Sr. Butler, usted no va a ninguna otra parte que no sea a mi apartamento —contestó Stephanie sosteniéndole la mano.

—En ese caso, me temo que no puedo rehusar una oferta tan encantadora y persistente... pero no quiero incomodar a tu compañera.

—No te preocupes por ella, se alegrará apenas vea su foto en la edición de Fashion Weekly. Mírala. ¿No es hermosa?

Stephanie le apretó la mano firmemente, sorprendiéndolo con un beso en los labios. La puerta del elevador se abrió, salía de este una canadiense que se veía muy radiante y feliz, y él no quería arruinarle ese momento.

—¡Bienvenido! —dijo Stephanie mientras que abría la puerta y entraban.

Stephanie llamó a su amiga, al mismo tiempo que Maurice se paseaba por el apartamento, como si estuviera inspeccionando el hogar.

—¿Qué te gustaría tomar? ¿Café, una bebida suave o algo con alcohol?

—Prefiero una taza de de café. Gracias.

—Bien... pero primero vamos a ver si Danielle está en su cuarto.

—No, no... Prefiero quedarme aquí —dijo el europeo, pero Stephanie insistió tomándolo del brazo.

Stephanie abrió la puerta del cuarto, despacio, para no sorprender a Danielle, quien yacía completamente dormida, con su desnudo cuerpo al aire.

—¿Está ahí? —preguntó Maurice.

—Acércate y echa una mirada.

Maurice asomó su cabeza por la puerta entreabierta y observó a la hermosa modelo lucir como una diosa en su cama.

—¿Acaso no se ve como un ángel? —comentó Stephanie.

—De hecho, sí, como un ángel —respondió Maurice en un susurro.

Stephanie caminó silenciosamente dentro del cuarto, colocó la revista sobre la mesa de noche y salió, tratando de no despertarla.

—Escúchame Stephanie, creo que es mejor que me vaya. El café lo tomamos en otra ocasión, te lo prometo. Ahora que me has abierto las puertas de tu casa, ya sé cómo llegar hasta acá.

Stephanie tomó la sugerencia de su amigo con un poco de tristeza reflejada en su rostro, pero al mismo tiempo se conformó con saber que a partir de ese día, el destello de un nuevo paso en la relación entra ella y Maurice se había asomado en el horizonte.

—Entonces, ¿cuándo te veré de nuevo?

—¿Qué tal si mañana en la noche te visito en el club?

—Te estaré esperando.

Stephanie le dio un beso de despedida en los labios.

—Ah... por cierto, ¿cómo se llama? —preguntó Stephanie.

—¿Quién?

—Tu socio, el que va a traer el equipo.

—Lo puedes llamar Stefan —dijo Maurice mientras caminaba hacia el elevador.

Después de atender algunas diligencias alrededor de la ciudad, Pietro Sassone manejó por los alrededores del ya famoso «Círculo de Miami». Aún había personas en vigilia alrededor de la cerca que los mantenía distanciados del sitio arqueológico. Sassone no estaba de buen humor porque la situación aún no se resolvía debido a la pugna de poderes entre los alcaldes del condado Miami Dade y el de la ciudad de Miami, lo cual se reflejaba en la enorme cantidad de dinero que perdía a diario por tener la obra paralizada. Después de unos minutos, el billonario decidió regresar a casa y esperar un reporte de su hombre de confianza, Tomás, sobre las actividades del francés.

Al llegar a casa, Sassone se dirigió inmediatamente a su estudio privado, prendió su computadora y revisó sus emails, para después programarla a fin de recibir una llamada que estaba esperando. Se trataba de una línea segura, que no podía ser intervenida por ningún equipo de espionaje o vigilancia. La computadora también servía como identificador para las llamadas que entraban a la casa. El programa también mantenía la línea en constante revisión contra cualquier intento de interferencia exterior. El teléfono timbró dos veces.

La computadora hizo su trabajo de reconocimiento y filtraje de la llamada para permitir que Sassone contestara.

—Aló Tomás, ¿cómo ha estado nuestro amigo hoy?

—Buenas noches, señor. Parece que la fama de mujeriego de nuestro amigo Butler no es en vano. Recogió a una chica de su apartamento en la playa. La reconocí del Body Language.

—¿De quién se trata?

—Era Stephanie.

—Ah, ignóralo Tomás. Ella será una stripper, pero debe tener suficiente inteligencia para no involucrarse en los asuntos del señor Butler.

—Señor, creo que vamos a tener un inconveniente con eso.

—¿A qué te refieres?

—Por lo que escuché, ellos han sido amigos por mucho tiempo, pero recién hoy, ella averiguó su verdadera identidad.

—Ya veo, hombre inteligente. ¿Qué le dijo?

—Que se dedica a la fotografía.

—¿Mencionó algo sobre sus doctorados?

—Sí lo hizo, señor.

—Típico de Butler.

—¡Así que lo que dijo era verdad! —exclamó Tomás.

—Solamente ciertas partes. Pero eso tú no necesitas saberlo. ¿Eso es todo?

—Hay más detalles. Tal vez el más importante. Usted dijo que ella no se involucraría, pero ya lo está señor. Butler le pidió a Stephanie que le guarde un equipo en su apartamento hasta que regrese.

—¡Hasta que regrese de dónde!

—Eso es lo que nunca mencionó.

—¿Y de dónde y con quién viene el equipo de fotografía? —preguntó Sassone.

—Alguien llamado Stefan lo traerá, de Francia. Estará llegando a la ciudad en un par de días.

—¿Cuándo se verán nuevamente?

—Quedaron en verse mañana en el club, señor.

—Bien Tomás, mantén la vigilancia, y averigua qué está pasando con Stephanie. Te sugiero que mañana visites a la chica en el club y trata de ser amigable con ella. Eso sí, ten mucho cuidado, Butler es un profesional muy inteligente, sabe lo que hace y no quiero que lo hagas enojar. Recuerda que prácticamente trabajan juntos. Te felicito por tu buena labor.

—Gracias señor.

Acto seguido, Sassone cortó la comunicación con su empleado, quedó consternado por la llegada de un tercer cómplice en sus planes de deshacerse del alcalde Kestrel.

Una fría brisa, en una noche llena de estrellas que decoraban el oscuro cielo de South Beach, había provocado que sus habitantes desempolvaban sus chaquetas. Stephanie llevaba despierta un buen rato, pero decidió quedarse en cama por unos minutos más, cubierta con una sábana y una colcha por encima de esta; con el televisor prendido, pero sin audio. Le extrañaba que Danielle no se hubiese despertado aún. Eran alrededor de las diez de la noche y se suponía que tenían que estar camino al club para presentarle a Elber. Los lunes en la noche eran usualmente lentos en cuanto al negocio del club se refería; no obstante, al final de la noche, las chicas no salían con las manos vacías.

Danielle abrió sus ojos, y se encontró en un cuarto diferente. Un lugar que no reconocía. Observó a su alrededor, buscando algún objeto familiar que la ayudase a enfocar sus pensamientos. La joven modelo creyó que estaba soñando nuevamente, solo que esta vez, no había ninguna silueta en los alrededores, ni

tampoco, la mecedora, y lo más importante, ninguna imagen de Roberto. Danielle sintió una brisa en su habitación que la hizo estremecerse, mientras veía sus maletas que descansaban en el piso. En los siguientes segundos recuperó su compostura, recordó que le habían robado su dinero en el hotel y que conoció a Stephanie, una mujer que era lo suficientemente amable y le tendió una mano hasta que pudiera establecerse. Luego, cayó en cuenta que se hallaba en la casa de Stephanie y se sintió así más relajada ya que el lugar le daba una sensación confortante de seguridad. Con su cuerpo envuelto en la sábana, la modelo se sentó en la cama y miró la hora en su reloj, lo que le hizo recordar su cita con el manager del Body Language. Ella no estaba deseosa de obtener el trabajo en el club, pero igual, era necesario.

Danielle puso su reloj de nuevo en la mesa de noche, y ahí mismo se percató de la edición de Fashion Weekly. Como era de esperarse, su reacción fue casi de histeria. «¿Qué clase de broma es esta?», pensó. Quizás la misma persona que había robado el dinero en el cuarto del hotel fue la que puso la revista en la mesa de noche para que reaccionara así. La modelo trató de contener las lágrimas.

Estaba desesperada y perturbada. Todavía envuelta en las sábanas, Danielle salió del cuarto llamando a Stephanie.

—¿Qué pasa, Danielle? ¿Estás bien?

—Stephanie, alguien dejó esta revista en mi dormitorio.

—Ah, la encontraste. Relájate Danielle, yo fui quien la puso ahí.

Es que vi tu foto y pensé que sería lindo que la tuvieras. Lo siento, no quise perturbarte.

Danielle caminó como una fiera enjaulada, tratando de encontrar un balance emocional que le permitiera arreglar la situación. Se sintió algo avergonzada por toda la conmoción que había causado, además, no quería herir los sentimientos de la persona que le había abierto las puertas de su casa. Danielle abrazó a Stephanie, echándose a llorar en su hombro.

—Está bien, amiga... ven, vamos a la cocina para tomar algo —le dijo Stephanie, tomándola del brazo.

Danielle tomó asiento, mientras que su compañera de cuarto le trajo un vaso de agua.

—Toma esto. Te va a calmar.

Danielle bebió, al mismo tiempo que secaba sus lágrimas....

—Te comprendo, Danielle. Yo sé que algunas heridas ni el tiempo las cura, al contrario, se vuelven muy dolorosas —exclamó la bailarina mientras la consolaba sobando tiernamente su mano—.

Tengo un par de ellas que me gustaría nunca se asomaran por mis pensamientos.

La bailarina canadiense se puso de pie para llegar hasta uno de los gabinetes, del cual extrajo una cajita musical de madera. Ni bien la abrió, la suave melodía comenzó a escucharse mientras ella sacaba un collar de oro con la imagen Jesucristo en la cruz y una foto en blanco y negro. Al reverso de la foto estaba escrito: «Para mi amada hija. Por favor perdóname. Te amaré por siempre».

Stephanie se sentó y por un momento contempló el retrato, haciendo que la nostalgia se reflejara en su rostro. Luego le pasó la foto a Danielle.

—Te conté que fui adoptada por una poderosa familia de diplomáticos franceses que residían en Canadá y que yo nunca llegué a conocer a mi madre, ni saber quién realmente era ella. Bueno, parte de eso es verdad, Danielle. La mujer que está en la fotografía era mi madre, la madre que hubiera deseado que me tuviera con ella. ¿Y sabes tú por qué no me pudo acoger en sus brazos, ni tampoco darme su amor que tanto necesité?, porque sus padres la forzaron a que me regalara. Esos hijos de puta no me querían en la familia, ya que según ellos, yo no era producto de un amor verdadero, pero sí del odio. Mira Danielle; mi madre fue violada en el colegio, justo unos meses antes de su graduación. Y la que está aquí, frente a mí, fue producto de ese repugnante acto. Luego se mudaron fuera de la ciudad... fuera del país en realidad; fueron a Canadá, donde nació. Si embargo, mi madre dejó al amor de su vida en este país. Ellos no volvieron a verse ni a hablarse de nuevo. Toda esta mierda conspiró para que mi madre se suicidara después de abandonarme en una iglesia.

Danielle se quedó perpleja al escuchar la historia de su amiga.

Sintió mucha lástima por su sufrido pasado. Ahora era el turno de Danielle para consolar a su amiga con un abrazo.

—Cuánto lo siento, Stephanie.

—No tengas pena, amiga. Así es la vida, ese misterio impredecible que el hombre está tratando de resolver. Bueno, basta ya de melancolía. Hemos compartido todas nuestras penas últimamente, ¿verdad? ¿Por qué mejor no hacemos lo que supuestamente teníamos que hacer esta noche?

—Tienes razón, creo que debemos irnos. Vamos a prepararnos.

Las sufridas mujeres se dirigieron a sus respectivas recámaras para ponerse hermosas y lucir como reinas en sus actividades nocturnas.

El trayecto al Body Language parecía hacerse eterno para Danielle. Permaneció callada, solo escuchando la música proveniente del equipo de sonido en el auto de Stephanie. Las dos chicas vestían atuendos provocativos que se ajustaban a su exquisito físico. En el horizonte, a unas cuantas cuadras, Danielle divisó un edificio iluminado en forma de una pirámide. Ella estaba anonadada por la imagen.

—¡Es inmensa!

—Pues, ahí es donde vamos —respondió Stephanie con una sonrisa.

La imponente imagen del edificio puso más ansiosa a Danielle.

La modelo se dio cuenta de que no era un club cualquiera.

—Stephanie... Creo que tienes que explicarme qué exactamente ocurre dentro de este club. Digo, antes de que entremos.

La bailarina canadiense se parqueó en el mismo espacio de todas las noches. Stephanie miró alrededor, para ver si el carro de Elber estaba por ahí. No lo vio, pero le aseguró a Danielle que llegaría pronto.

Stephanie entró por la puerta trasera como siempre lo hacía; esta vez tenía compañía. Las otras chicas en el vestidor se preguntaban quién era la atractiva mujer que la acompañaba. Después de presentar a Danielle como su prima que había llegado de Francia, Stephanie procedió a mostrarle el interior del club.

Ellas caminaron por el primer piso mientras Stephanie explicaba a Danielle cómo se llevaba el negocio de tratar con los clientes.

Luego, se acercaron al bar y ordenaron un par de bebidas para animar la conversación.

—Y dime, ¿cómo fue que terminaste haciendo este trabajo? — preguntó Danielle.

Stephanie le dio una versión corta de los hechos que la hicieron convertirse en una bailarina exótica. Sin embargo, mientras estaban sentadas en el bar, la modelo francesa notó cómo algunos de los clientes trataban de hacer contacto con las otras chicas, especialmente tocando sus partes íntimas. Estas acciones pusieron una sombra de dudas en Danielle respecto a si debía aceptar o no, la ayuda de Stephanie.

—¿Sabes qué? No creo que pueda hacerlo, Stephanie —dijo Danielle.

—No te dejes impresionar de lo que estás viendo ahora. La primera vez es la más difícil. Solo recuerda que lo estás haciendo por dinero y nada más. Después de eso, el resto va a estar bien.

—Es que no sé cómo me sentiría si uno de esos hombres trata de tocar mis pechos.

—Eso es algo con lo que tendrás que tratar con sutileza, en la mayoría de los casos. De todos modos, eso no es todo lo que quieren. Tú sabes a lo que me refiero —contestó Stephanie.

Las chicas caminaron hacia el elevador para dirigirse al segundo piso. Antes de subir, Stephanie le pidió a uno de los guardias que le hicieran saber el momento en que Elber arribara.

Las amigas llegaron al piso que era solo para socios del club y sus invitados. Stephanie y Danielle caminaron por el lugar; ahí, la canadiense se topó con unos clientes, quienes la invitaron a ella y a Danielle a sentarse, pero rechazaron

cordialmente la cortesía por el momento.

—Noto que eres algo popular en este lugar —comentó Danielle.

—Más que popularidad, me gusta llamarle respeto.

—¿Y por qué piensas que ellos te respetan?

—Por que no soy como la mayoría de las otras chicas, que hacen esto de por vida.

—Ya veo —contestó Danielle.

Las muchachas se encaminaron al tercer piso. Una vez allí, Stephanie le explicó cuál era el propósito de esa parte del edificio. Los lunes en la noche no eran muy concurridas las salas VIP, sin embargo, el piso siempre estaba abierto, con su respectivo barman y meseros. El tour fue rápido y las chicas llamaron el elevador para retornar al piso principal.

—¿Crees que el manager se va a aparecer pronto? —preguntó Danielle.

—Seguro que ya está por llegar.

Las chicas esperaban el elevador, y cuando este por fin llegó al tercer piso, dentro de este se encontraron a Elber...

—Hola guapo. Te estaba buscando —dijo Stephanie con coquetería.

—Eso es lo que he estado escuchando, chama —respondió Elber con la mirada fijada en Danielle—. Entran o qué.

Las chicas entraron al elevador, el manager presionó el botón para transportarlos al primer piso. Danielle se sintió incómoda, ya que Elber no le quitaba los ojos de encima. Parecía como si nunca antes hubiera visto a mujer con aspecto de diosa.

Stephanie también se dio cuenta de la notable mirada de Elber y la incomodidad de Danielle. Para romper el hielo, Stephanie los presentó adecuadamente, explicándole al manager la razón por la cual ella estaba en el club en su día libre.

Los tres salieron del elevador y se dirigieron a la oficina. Una vez ahí, Elber se sirvió una bebida, mientras que las chicas tomaron asiento.

—Así que la chama es tu prima de Francia —mencionó el manager.

Stephanie afirmó un poco nerviosa con la cabeza. Elber tenía amplia experiencia en este tipo de negocio, aprendiendo a conocer a las personas con solo hablar con ellas por unos minutos; por lo que en este punto de su vida, él sabía quién estaba diciendo la verdad y quién no. Este era el ejemplo perfecto de alguien que ocultaba algo acerca de sí mismo o no era lo suficientemente verídico; pero aún así, en su opinión, Stephanie era una chica agradable, aparte de bella. Simplemente, era muy buena para el negocio del club.

—Supongo que hablas inglés, ¿verdad? —preguntó Elber.

La situación se estaba haciendo algo tensa para Danielle. A medida que Elber

le estaba hablando, la modelo francesa se encerraba en sus pensamientos, tratando de decidir si quedarse o levantarse e irse. El problema era que no tenía idea de cuánto le tomaría encontrar un trabajo como modelo en South Beach, y tampoco tenía los contactos necesarios para trabajar en otra cosa. Además, el dinero que ganaban las chicas en el club era bueno, lo que convertía el trabajo en una tentación para cualquier mujer desesperada, como ella. La modelo necesitaba dinero y pronto. Stephanie estaba a punto de intervenir, cuando por fin Danielle se atrevió a responder.

—También francés y algo de español.

—Qué chévere. ¿Has bailado antes?

—La verdad que no. Esta sería mi primera vez.

—¡ Ah, vale!

—Pero no te vas a decepcionar —dijo Stephanie interrumpiendo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en el extranjero? —preguntó el jefe.

—Casi toda mi vida.

—Y dime chama, ¿qué clase de trabajo hacías antes?

Danielle y Stephanie se voltearon a mirarse. Elber detectó cierta clase de consulta por parte de Danielle a Stephanie, como si el pasado estuviera a punto de salir a la superficie, con la verdad.

—Bueno. Yo era... más bien, soy una modelo profesional.

—¡Y cómo has terminado por estos lugares! Tengo entendido que las modelos hacen toneladas de dinero.

—Eso es solo reservado a las top models. Para las chicas como yo, no es tan glamoroso como parece.

—Tengo que asumir que estás buscando oportunidades para trabajar como modelo aquí, en South Beach.

—Por supuesto. Esta ciudad proporciona un ambiente adecuado para alguien como yo, que está empezando su carrera.

—Tengo una foto de ella en un desfile de modas que hizo en Francia, si las quieres ver —dijo Stephanie.

—Está bien, Stephanie, te creo —contestó Elber, y dirigiéndose a Danielle le preguntó—: ¿Tú realmente quieres trabajar en esto?

—Pero no por el resto de mi vida.

—Te entiendo chama. Bueno, entonces ustedes dos, ¿viven juntas?

—Ella puede quedarse conmigo el tiempo que quiera —respondió Stephanie.

—¿Por qué no empiezas mañana por la noche? Subirás al escenario después de Stephanie y veremos cómo se desarrolla el asunto, ¿te parece?

En ese instante, Danielle se cuestionaba a sí misma la clase de situación en que se había metido. Pero su desgracia emocional y financiera le obligaba por el

momento a conformarse con esta clase de trabajo. La multitud para la cual se iba a presentar no la miraría de la misma forma que los que asistieron al desfile de modas; algo de lo que Danielle era muy consciente.

Eran alrededor de la una de la madrugada cuando las chicas regresaron al apartamento, y fueron de inmediato a sus respectivos dormitorios para ponerse ropas más cómodas. La luz roja de la máquina de mensajes localizada en la sala parpadeaba constantemente, pero Danielle no le prestó atención, ya que los mensajes no eran para ella. Después de unos minutos, las chicas se sentaron en la mesa de la cocina para tomar un café y conversar un poco más sobre su charla con Elber. La joven modelo le recordó a Stephanie sobre los mensajes en la contestadora, pero ella le dijo que ya era muy tarde como para escucharlos. Danielle insistió que podía ser alguien importante como el amigo europeo, o hasta quizás Lou Lasalle.

—Ah, él casi nunca llama a esta hora —dijo Stephanie.

—Y ¿cómo sabes la hora precisa de la llamada si hemos estado fuera por un buen rato?

—OK, vamos a ver quién llamó.

Stephanie se levantó de su silla y presionó el botón de la máquina. La contestadora le dio los datos de la única llamada que tenía registrada, seguida por la voz de la persona.

—Buenas noches, preciosura de mujer. Te habla Lou. ¿Dónde estás? Escucha, discúlpame por lo de anoche. Devuélveme la llamada cuando regreses. Estaré despierto hasta tarde. Cuídate.

Danielle y Stephanie intercambiaron miradas. La canadiense notó la expresión de felicidad en el rostro de Danielle, como si el mensaje hubiese sido para ella.

—Ah, ya sé lo que estás pensando, mademoiselle Fontaine.

—Por favor, devuélvele la llamada y háblale de mí. Por favor, Stephanie. Tú quieres verme como una top model, ¿verdad?

—OK, lo llamaré ahora.

Stephanie tomó el teléfono y marcó el número de Lou bajo la mirada de felicidad de Danielle. El teléfono timbró dos veces y luego respondieron.

—Aló

—Hola, mi amor. Soy yo.

—Ey, ¿cómo has estado? Te llamé a tu apartamento pero no estabas.

—Es que tuve que ir al club por razones personales, y me demoré más de lo que esperaba. Tú sabes.

—Entonces, ¿todo está bien por tu lado?

—Claro que sí. ¿Y qué estás haciendo ahora?

—Estoy en los preparativos y planificación para el show de modas que está por realizarse en unos días. ¿Y tú?

—Tomando café con mi compañera de cuarto. Pero, ¿qué show es ese?

—Es un show para recaudar fondos. De todos modos tendremos a los nombres más conocidos en la industria. Desde top models, pasando por los famosos diseñadores e incluso, algunos que no son tan conocidos. Por cierto, ¡no sabía que Pirouette había regresado!

—No, no es ella. En realidad, pienso que te interesaría conocer a mi compañera de cuarto.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Lou.

—Bueno, se trata de mi prima que llegó de Francia. Ella fue modelo profesional allá. Hasta tengo una foto para enseñarte.

—Bueno, se trata de mi prima que llegó de Francia. Ella fue modelo profesional allá. Hasta tengo una foto para enseñarte.

—No sabía que tenías una prima francesa, y menos aún que era modelo —dijo Lou en tono sarcástico.

—Tú sabes, amor. Uno de esos familiares que no sabes que existen hasta que se aparecen en la puerta de tu casa —comentó Stephanie mientras le sonreía a Danielle. Y ella también le sonrió.

—Y, ¿qué tiempo lleva como modelo?

—Ella es lo que ustedes le dicen, un rostro nuevo, pero es absolutamente preciosa. Ya verás.

—No hay nada pasando entre ustedes dos... digo, románticamente.

—¿Cómo puedes preguntar eso?

—Porque te conozco... OK, entonces, ¿cuándo podré conocer a tu prima?

—Estaremos en el club mañana en la noche. Cáenos ahí, y te la presentaré, ¿OK? No te voy a defraudar.

—Está bien. Las veré mañana en la noche. Ahora, mándame un beso.

Stephanie complació su deseo y colgó el teléfono.

—Y... ¿qué dijo?

—Vas a conocer a Lou Lasalle mañana por la noche, amiga... digo, prima —ambas rieron de buena gana.

Danielle saltó llena de felicidad y prácticamente se lanzó encima de su compañera para abrazarla. Acto seguido, le agradeció y le dio un beso en cada mejilla.

—Tengo el presentimiento de que mañana va a ser el mejor día de mi vida desde que llegué a este país —expresó Danielle con una gran sonrisa dibujada en sus labios—. Y bueno, no me has contado de tu amigo, el europeo. ¿Cómo les fue en el almuerzo?

Stephanie y Danielle caminaron hasta la sala con sus tazas de café en mano. La bailarina canadiense se sentó en el sillón y la joven modelo en el piso. Las chicas se quedaron hasta altas horas de la madrugada platicando sobre la cita con Maurice, al igual que de Lou, y hombres en general.

Muchas personas piensan que el ser sacerdote es un trabajo sin mayores complicaciones. Algunos creen que los siervos del Cielo son los únicos que escuchan los problemas de los fieles devotos, aconsejándolos, siempre en el nombre de Dios; por supuesto, eso es lo que las pobres almas que buscan redención quieren escuchar.

Para Argonault McHannen el sacerdocio no era solo eso. Incluía también, pararse en frente de una multitud de feligreses, especialmente sábados y domingos, por unas horas, observado por Jesús colgando en la cruz, mientras que celebraba la misa y daba el sermón, al cual, la mitad de los que asisten, no le prestaban atención.

Le parecía increíble al padre McHannen que algunas personas tomaban un acto tan sagrado, como una actividad social cualquiera.

Para los feligreses no era más que una excusa para verse, socializar y hasta contar chismes sobre otras personas. Pero, ¿qué podía hacer el padre McHannen al respecto? Nada, absolutamente nada más que seguir el juego de ser «políticamente correcto» y pararse a la salida de la iglesia después cada misa para estrechar la mano de todos los que salían de la casa de Dios.

Aparte del trabajo semanal en la parroquia de San Vicente, McHannen se desempeñaba como profesor de catecismo en un par de escuelas católicas en Miami. Y un día a la semana, daba sus clases en español para aquellos no afortunados en hablar el idioma de estas tierras.

El padre McHannen sentía más satisfacción, sobre todo en el aspecto espiritual, dedicando su tiempo a los niños, que estar dando el sermón a los adultos en la iglesia. El título en Psicología de McHannen lo ayudaba a dictar su materia en una forma especial, que se hacía entretenida, por así decirlo, para los pequeñines, lo cual lo veía reflejado en sus inocentes rostros. A él le contentaba ver cómo asimilaban la palabra de Dios, lo que era suficiente recompensa por su trabajo.

Todos los días, alrededor de las dos y treinta de la tarde, el padre McHannen retornaba de sus actividades lectivas. Antes de llegar a su oficina caminaba por dentro del templo, donde se hallaba siempre más de una persona en su conversación privada con el Todo Poderoso, al mismo tiempo que otras, esperaban su turno para confesarse. El padre McHannen era un fuerte creyente en el poder la oración. En todas las misas que celebraba recordaba a los creyentes que estar en contacto con Dios no significaba venir a misa todos los

fines las semanas, sino que incluso más importante aún era el acto de la oración.

«Orando todos los días alabamos al Señor más que con nuestra simple presencia en su casa todos los domingos, para después, olvidarnos de él hasta el siguiente domingo», predicó una vez. Le regocijaba al sacerdote ver a la gente haciendo contacto con el Señor, no solamente cuando se presentaba algún problema, sino más bien como un acto de purificación del alma.

Al llegar a su oficina, se sentaba con su asistente, Diane, a chequear su agenda, mientras ella le pasaba los mensajes. Le preguntó a Diane si era su turno en el confesionario. Ella le respondió que a las tres de la tarde tendría que estar ahí. Le tomó por sorpresa, pero luego se dio cuenta de que lo había olvidado. Diane también le pasó el recado acerca de una llamada desde Francia; le dijo que la persona en la otra línea sonaba desesperada y con urgencia de comunicarse con él. El padre le preguntó por el nombre, Diane respondió que la persona prefirió dejar su número de teléfono, y que él sabría de quién se trataba. La eficiente asistente le dio al padre el papel con el recado. Él lo miró cuidadosamente, sin embargo, no le pareció conocido.

—¿Era hombre o mujer?

Diane respondió que era una mujer. McHannen se sentó en la silla de su oficina intrigado por la llamada, tratando de encontrarle cierto sentido. Le pidió a su asistente que le pasara su organizador, con el propósito de chequear el número. La búsqueda fue infructuosa, ya que no encontró ningún apellido con ese número; de hecho, no había nadie de Francia en su organizador.

—¿Tienes idea, por casualidad, de qué hora es en Francia en este momento? —preguntó McHannen.

—Ay padre, no estoy segura, pero creo que hay seis horas de diferencia —respondió Diane.

El sacerdote miró su reloj y, haciendo cálculos, se percató de que por allá eran cerca de las nueve de la noche. El padre le pidió a su asistente que marcara el número y averiguara de una vez, quién era esa persona. Antes de cumplir con el requerimiento del cura, Diane le recordó que se acercaba la hora de ir al confesionario; por lo que le sugirió que hiciera la llamada después, cuando hubiera terminado sus actividades. La ansiedad por saber de quién procedía la llamada, había hecho presa del padre McHannen, por lo que esperaba que la hora en el confesionario pasase rápido.

Tomás era uno de los empleados con un sueldo muy elevado, pero había un detalle: su nombre no aparecía en ninguna de las nóminas de las empresas Sassone. Simplemente, Pietro le pagaba en efectivo.

La oficina del hombre se hallaba en un town house que Sassone había construido para esos propósitos. Normalmente Tomás no frecuentaba la oficina

principal, pero hoy era uno de esos días en que su fiel empleado tenía que dar la cara. El hombre, de contextura atlética, vestido como un modelo de GQ, pasó por la recepción, llevaba un portafolio y parecía todo un ejecutivo. La noticia de que Tomás estaba en el edificio se propagó rápidamente. El hombre siguió caminando por el pasillo hasta llegar a la oficina de Sassone.

Tocó la puerta y entró.

—Buenas tardes, señor.

—Bienvenido... es muy raro verte por aquí.

—Pensé que debería informarle en persona lo que tengo para usted con respecto a nuestro amigo francés.

Antes de entrar en detalles, Tomás colocó el portafolio sobre el escritorio del jefe y de este extrajo un aparato que emite una frecuencia para hacerle interferencia a cualquier micrófono escondido que pueda captar o mandar señal.

—¿Hay algo en particular que usted no me está diciendo, señor Sassone? —preguntó el leal empleado.

—¿Por qué lo dices?

—Señor Sassone, en las últimas dos reuniones, he estado tomando más precauciones que antes. ¿Piensa que estamos siendo intervenidos?

—No hay nada que indique que debemos temerles a las autoridades, pero siempre es bueno estar un paso adelante del enemigo —respondió Pietro.

Sassone tomó el teléfono y le dio la orden a su asistente para que no pasara ninguna llamada hasta nuevo aviso.

—Y bien Tomás, ¿qué novedad me tienes?

Ambos tomaron asiento frente a frente, separados por una mesa de centro.

—Descubrí que el señor Butler no planea viaje a ninguna parte.

En realidad, lo que está haciendo es tratar de acercarse más a Stephanie.

—No te entiendo —dijo Sassone todo confundido.

—Le explico, señor. Butler le hizo creer a su amiga que saldría de la ciudad, para así poder vigilarla, de lo contrario, ella querría estar con él la mayor parte del tiempo. Como usted bien sabe, Butler es un maestro para este tipo de trucos. Bueno, y con esto, podemos confirmar que ha estado usando algunos de estos para sus contratos.

—¿Qué otro contrato tendrá?

—No lo sé con exactitud, pero recuerde que mencionó que estaba en la ciudad haciéndole un favor a un amigo.

—Bueno, sí...

—Pienso, señor, que el objeto del favor es una mujer; es más, estoy casi convencido de que esa mujer es la compañera de cuarto de Stephanie.

—¿Tienes alguna información de ella?

Tomás sacó de su portafolio una carpeta con el currículum de la chica.

—Su nombre es Danielle Fontaine, modelo, de Francia que llegó al país hace unos días. Lo que aún no sé es para quién está trabajando. Me refiero, para cuál agencia.

—¡Es muy hermosa! —comentó Sassone mirando la fotografía— ¿Cuál es la relación entre estas dos chicas y nuestro amigo?

—Supongo que está vigilando a la modelo; haciéndolo por su amigo, y ese amigo quizás sea su socio, el que viene de Europa.

—El mismo que va a traer los equipos de fotografía.

—En este momento señor, los dos estamos especulando.

—En resumen, él está vigilando a la chica por su amigo, mientras trata de acostarse con la otra, y en medio de todo esto, tiene que ejecutar el contrato para nosotros.

Tomás afirmó con la cabeza.

—Me parece muy interesante. ¡Excelente trabajo Tomás! Por ahora, tienes algo más de qué preocuparte.

—Sé a lo que se refiere, señor.

Ambos se pusieron de pie. Tomás puso de nuevo la carpeta dentro del portafolio, así como el pequeño aparato, y lo cerró utilizando una combinación.

—Un asunto más antes de que partas.

—Dígame, señor.

—Será mejor que prepares un plan alternativo para el desfile de modas, solo en caso de que nuestro amigo pierda la perspectiva en medio de tantas mujeres hermosas... si es que sabes a lo que me refiero.

—Entiendo perfectamente, señor. Estaré listo. Entretanto, esta noche voy a ir al Body Language y ver qué puedo averiguar. Lo mantendré informado.

Después de una hora de estar escuchando pacientemente los pecados de los feligreses, el padre McHannen salió del confesionario a su oficina. En esta, se encontró una nota de parte de Diane comunicándole que regresaría para la misa de las siete de la noche.

Con la intriga de la llamada desde París aún rondando en su mente, el padre tomó el teléfono para marcar el número y se percató al instante que no lo había memorizado. El sacerdote buscó entre los papeles que estaban sobre el escritorio, pero no pudo hallar nada.

Luego notó que en el piso, debajo de la mesa de Diane, había un papel amarillo; era el número de teléfono que estaba buscando. Sin perder más tiempo, el Padre tomó el auricular y procedió a marcar.

La voz de la operadora le indicó que la llamada no se podía realizar debido a que la línea estaba ocupada. El sacerdote decidió esperar unos minutos sentado

en su cómoda silla, detrás del escritorio. McHannen bebió un poco de agua y miró a su alrededor tratando de encontrar un punto de distracción, su impaciencia se lo impidió.

Cuando procedía a alcanzar el teléfono, este empezó a timbrar.

—Aló —contestó el siervo de Dios.

—Sí, buenas noches. ¿Podría hablar con el padre McHannen?

Era la voz de una mujer. Le bastó con escucharla hablándole en castellano con un marcado acento francés para que supiese que se trataba de la persona que había llamado antes desde Europa.

—Sí, habla con él.

—Oh, gracias a Dios que lo encontré.

—¿Quién es?

—¿No se acuerda de mí, Padre? De esa noche, hace catorce años; la gran casa en la que mi esposo y yo trabajábamos. ¿Recuerda ahora, Padre?

Una tormenta de confusión invadió la mente de McHannen, tratando de localizar en los archivos de su memoria algo que había tenido lugar hace mucho tiempo. Mientras esto sucedía, un silencio se hizo presa de la conversación.

—Padre McHannen, ¿esta ahí? —dijo la mujer en la otra línea—, recuerde Padre, esa trágica noche que usted nos dio órdenes de llevarnos a la criatura fuera de la ciudad, por su bien. Usted también nos dijo que llamáramos si algo le llegara a pasar. Pues bien padre, creo que ha llegado ese momento.

McHannen no podía creer lo que estaba ocurriendo. Las palabras de la mujer repercutieron en su mente, trayendo al presente los recuerdos de esa trágica noche. Un suceso enterrado en el pasado había resucitado para cobrar venganza a los involucrados. En realidad, McHannen nunca esperó que ese asunto llegara a estos extremos, pensó que jamás sabría de nuevo de esa mujer y de su esposo... creyó que la criatura estaría a salvo en el extranjero, alejándola del desprecio al que hubiese estado expuesta de haber permanecido en su hogar. Sin embargo, ese no fue el único pensamiento que vino a su memoria. En su calidad de sacerdote, él tenía que hacer un voto a Dios y a la Iglesia de nunca torcer la verdad y aceptar las cosas como «la voluntad de Dios». McHannen había roto ese voto.

Le tomó mucho tiempo recuperar su alma y espíritu de semejante acto. El Padre se sentía indigno del amor de Dios y de ser su humilde servidor, pero había encontrado redención en el Dios amoroso y compasivo que lo había conducido por los caminos de la vida, así como a través del poder de la oración, que él siempre predicó.

Finalmente, McHannen pudo hilvanar sus pensamientos. Dentro de sí mismo sabía que esta llamada no traía buenas noticias.

—Sí, mademoiselle, ahora recuerdo.

—Creo que le gustaría saber que la criatura que usted nos entregó se ha convertido en una hermosa mujer.

—¡Quiere decir que...! —dijo McHannen todo perplejo.

—Exactamente lo que escuchó, Padre.

McHannen entró en estado de shock. Simplemente, no podía entender el desarrollo de los acontecimientos.

La mujer agregó:

—Debo informarle que hace unos días ella viajó a Estados Unidos.

—¿Qué...?! ¿A qué se refiere con que ella viajó para acá? ¿Qué sucedió, mademoiselle?

—Padre, ella se convirtió en una modelo, solía trabajar para este diseñador llamado Juliano y, antes de irse, me dejó un mensaje diciendo que había conseguido un trabajo allá, en Estados Unidos y que estaría en contacto conmigo pronto, pero no he sabido nada de ella desde que se fue. También le hablé al diseñador, y él me sugirió que quizá habría viajado a Nueva York o Miami.

—Ay Dios, pero por qué decidió de buenas a primeras venir para acá. ¿Cuándo fue que dijo que pasó todo esto?

—Hace como dos o tres días, Padre. Ella no es de las que se va así de repente, además, estaba muy entusiasmada con el show de modas, aquí en París. El diseñador me dijo que él no sabía que ella tuviese ofertas en el extranjero.... No sé que hacer....

—Primero, recemos porque esté bien, y que ella esté en buenas manos... mientras tanto déme toda la información sobre la chica —le pidió el sacerdote.

Después de unos minutos más en línea, McHannen colgó el teléfono, prometiendo llamar si surgía cualquier noticia. Sabía perfectamente que este incidente tenía la posibilidad de desencadenar una serie de eventos con nefastas consecuencias para todos los involucrados. El sacerdote se calmó tratando de ponerle sentido a sus pensamientos, que de por sí, estaban nublados, ya que no sabía por dónde comenzar a buscar a la joven modelo. Nueva York o Miami, para él era lo mismo. De repente, algo terrible vino a su mente.

—¡Oh Dios... Oh Dios! —exclamó. Edson debe saber.

McHannen halló la fortaleza interior para hacer la llamada a la oficina de Edson. Él era una de las pocas personas con acceso a su línea directa. Marcó el número, pero nadie contestó. Eran cerca de las cinco de la tarde, y el siervo de Dios decidió no dejar mensaje alguno en la contestadora.

El sacerdote comenzaba a sentir cierta ansiedad ante la situación, pero dio gracias a Dios que Edson no estaba en su oficina. Necesitaba tiempo para pensar cómo iba a confrontarlo con la noticia.

McHannen marcó el número de la oficina principal.

—Buenas tardes, Agencia Modas Lasalle, habla Melanie, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Sí, buenas tardes, Melanie. Habla el padre McHannen.

—Ah, qué tal padre. ¿Cómo está?

—Bien, gracias hija. Estoy tratando de comunicarme con Edson. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Él salió al ensayo del show de modas. Creo que va a estar allá todo el día. ¿Desea que lo comunique a su celular?

—No, no es necesario, pero voy a dejarle un mensaje contigo. Por favor dile que me llame tan pronto pueda.

—Muy bien Padre, yo se lo doy apenas lo localice.

—Gracias, Melanie. Buenas tardes y que Dios te bendiga.

McHannen colgó y enseguida llamó a la casa de Edson, donde Carmen, la mucama, contestó. Hablaron por corto tiempo y le dejó el mismo mensaje que había dejado con Melanie en la oficina.

El Instituto Mundial para Niños era una poderosa organización creada para ayudar a los pequeños más necesitados alrededor del planeta. La institución organizaba eventos benéficos como conciertos y shows de modas en todo el mundo. Este año, durante el mes de febrero, la ciudad de Miami Beach tuvo el honor de ser escogida como la anfitriona del desfile de modas benéfico, que se había convertido en un evento tradicional y de prestigio.

En los años previos, las actividades relacionadas con el Instituto, se habían llevado a cabo en Nueva York, pero el clima frío y otros factores, entre los que estaba el hecho de que el sur de la Florida había ganado auge como una meca para la industria de la moda; igual que la fuerte campaña por parte del alcalde de Miami Beach, hicieron que el evento se trasladara hasta esas latitudes sureñas. Las festividades eran complementadas con grandes conciertos que se llevaban a cabo durante el fin de semana.

Sobre todo en la última década, el show había logrado una gran reputación. Tanto políticos como celebridades del mundo de la literatura, arte, deportes, querían poner su grano de arena y formar parte del evento de una u otra manera. Los políticos veían esta ocasión para hacer algo bueno y positivo para los niños y la comunidad en general, y de esa forma, ganarse la confianza, pero más importante aún, los votos de la gente.

El evento se iba a llevar a cabo en unos días en el Ocean Vista & Resort Hotel. La semana pasada se decidió trasladar el show de modas del salón de baile al área de la piscina, la cual había sido decorada con globos de diferentes colores que simbolizaban las banderas de los países del mundo. Los globos

colgaban a unos veinte pies por encima del escenario y cubrían también la pasarela que llegaba hasta el medio de la piscina. Una de las condiciones que el Instituto había puesto para organizar el evento era mantener todo lo más sencillo posible, es decir, nada de decoraciones elegantes o diseños ultra modernos para el escenario. La imagen que el Instituto quería proyectar era que, para ellos, nada importaba más que el bienestar de los niños y por consecuencia, no había necesidad de gastar dinero en lujos innecesarios. En otras palabras, «Esto no es una producción de Hollywood», expresó hace algún tiempo la presidenta del Instituto. Estos requisitos tuvieron buena acogida por parte de los organizadores de todas las regiones del mundo.

Las preparaciones habían ido desarrollándose en los últimos días y empezaron a tomar auge con la llegada a la ciudad de las top models y los famosos diseñadores para los ensayos. Pero quizás, la principal atracción del show eran los niños de diferentes partes del mundo que el Instituto trajo para el evento. Justo antes del final del desfile, los chiquillos tendrían su turno en la pasarela junto con las top models, tomados de la mano y compartiendo las luces del escenario.

Edson Lasalle y su hermano Lou pasaron la mayor parte del día chequeando los detalles del show, entre ellos, asegurándose que las top models que arribaron del exterior, al igual que las de su agencia, tuvieran todo lo necesario para estar cómodas. Las top models estaban felices de encontrarse de regreso en South Beach, no solo por motivo del show, sino que, simplemente adoran el ambiente del sur de la Florida, especialmente la playa, al igual que la vida nocturna.

Otro asunto que les agradaba era el saber que las personas de la agencia Lasalle, especialmente Edson, estaban encargados del show.

El último ensayo del día se aproximaba. Las modelos estaban tras bastidores probándose algunos de los diseños que iban a usar.

Sin embargo, la mayoría de los diseñadores eran cuidadosos de sus vestidos y trataban de evitar a toda costa que las modelos arrugaran sus obras maestras.

Bajo la mirada de Edson, Lou, algunos de los diseñadores, así como los técnicos, personal del instituto y empleados del hotel, las modelos comenzaron a desfilan por la pasarela. Los esculturales cuerpos, asegurados en millonarias cifras, se adueñaron del escenario al ritmo de música tecnopop, proveniente del equipo de sonido.

Aunque era evidente que había ciertos detalles que debían perfeccionarse, el show comenzaba a tomar forma, y al final del día, todos terminaron agotados, pero también optimistas respecto al espectáculo.

Al caer la noche sobre South Beach, ya algunas de las chicas habían hecho planes para recorrer las discotecas e integrarse a la siempre agitada y fascinante

vida nocturna del lugar. Como es usual, Lou Lasalle ponía en práctica el arte de la seducción para presentarse con las pocas modelos que no había tenido la oportunidad de conocer en persona. Mientras, Edson fue tras bastidores para ver si todo estaba bien con las chicas antes de que partieran a sus actividades nocturnas.

—Chicas. Buenas noches —dijo Edson.

Las modelos respondieron el saludo casi al unísono.

—Nada más quería asegurarme de que todas sepan que la hora del llamado para mañana es a la diez de la mañana, por si acaso.

Las que llegaron hoy, por favor ajusten sus relojes en hora local, para que estén puntuales. Recuerden que mañana tenemos ensayo de vestuario y maquillaje completo.

Las chicas hicieron señas de OK a Edson, al mismo tiempo que comenzaban a abandonar el área de la piscina. Clarissa era una de las modelos locales que participaba en el evento y, como siempre era su costumbre, trató de persuadir a Edson para que saliera a divertirse con el resto de la tropa. Edson le agradeció, diciéndole que tenía que pasar por la oficina antes de llegar a casa, por lo que lamentaba no acompañarlos. Clarissa no quedó muy convencida con la excusa de Edson y le dijo que lo llamaría más tarde para ver si había cambiado de opinión. Ella se despidió con un suave beso en los labios y se marchó con el resto de sus colegas.

Edson y Lou revisaron detalles de último momento y luego se dirigieron al estacionamiento usando la entrada trasera. Lou estaba callado y mirando fijamente a su hermano, algo que Edson notó inmediatamente.

—¿Qué te molesta ahora? —preguntó Edson.

—Es que pienso que te estás torturando con la rutina de ir de la casa al trabajo y viceversa, sin tener ninguna distracción sana.

—Para ser sincero, no sé a qué te refieres.

—¿Por qué no sales con nosotros?, vamos a disfrutar, pasarla bien un rato.

—¿Te refieres a la oferta de Clarissa?

—No, me refiero con nosotros. Te prometo que mantendré a Clarissa lejos de ti.

—La presencia de Clarissa no me molesta en lo absoluto Lou, y me parece que ya hemos hablado de esto antes.

Edson abrió la puerta de su carro y cuando ya iba a entrar, Lou lo tomó por el brazo.

—Lo siento. No quise...

—Está bien Lou, ahora suelta mi brazo, por favor.

—¿Quieres que comamos juntos antes de irte a casa? —le preguntó Lou a su

hermano.

—Esta noche, no creo, pero, ¿qué tal mañana?

—Después del ensayo, perfecto.

—Bueno, ¿y cómo crees que está quedando el show?

—Va a quedar espectacular. Después de todo, nos tienen a nosotros haciéndonos cargo de todo —dijo Lou en tono de broma.

—Me gustaría poder contar con la nueva modelo del show de Juliano.

—Ah, la chica de la que no sabemos el nombre. Yo, en cambio, desearía que Juliano tomara parte del show.

—Podemos llamarlo... pero igual, es solo un nuevo rostro. Tal vez mañana descubramos uno aquí mismo.

Edson y Lou bromearon sobre este asunto por un rato, y luego de unos minutos, se dijeron adiós.

—No llegues tarde mañana, OK? —fue el recordatorio de Edson a su hermano mientras encendía su auto y se marchaba. Una vez en la autopista, marcó en su celular el número de la oficina. Cada vez que el señor Lasalle se ausentaba de su despacho por largos periodos, como ocurrió en este día, Melanie le dejaba una grabación con los mensajes del día. Edson marcó el número de su correo de voz, encontrando un par de mensajes. En el segundo mensaje, Melanie le hizo saber que el padre McHannen trató de localizarlo. Edson no le prestó mucha atención a la llamada, sin embargo era muy raro que el sacerdote llamase a la oficina. Pensó que McHannen probablemente necesitaba información con respecto al evento de caridad para el Instituto. Edson manejó a casa escuchando algo de música instrumental para relajarse. Una vez que llegó, Carmen también le informó acerca de la llamada del padre McHannen.

—¿Qué raro! ¿Dijo qué quería?

—No señor, solo que lo llamara en cuanto apenas llegara.

—¿Cómo lo escuchaste? ¿Lo notaste algo nervioso?

—La verdad que no noté nada raro, fue tan cordial como siempre.

Edson le pidió a Carmen que le sirviera la cena en la terraza, y se dirigió a su habitación para ponerse una muda de ropa más cómoda. Luego de refrescarse un poco, pensó en llamar al padre McHannen... lo haría al finalizar su comida.

Danielle y Stephanie pasaron la mayor parte de la tarde en la playa.

Primero se dedicaron a sus ejercicios físicos, y después, disfrutaron de las frescas aguas del Atlántico. Más tarde, Stephanie llevó de compras a su amiga. Danielle necesitaba un atuendo adecuado para vestir en la noche de su debut en el Body Language. La joven modelo escogió un short y un vestido satinado negro, sexy, que tenía tiras delgadas y cierre. Debajo usaría solo un bikini, estilo hilo dental, con capullos de rosa bordados.

—¡Te verás realmente provocativa esta noche! —expresó Stephanie muy emocionada.

Luego de regresar a casa, a eso de las siete, Stephanie preparó unas deliciosas pastas, mientras Danielle se encargó de la ensalada.

Después de la cena, platicaron hasta quedarse dormidas, con el televisor prendido.

Eran las nueve y cuarto cuando el teléfono timbró, despertando a ambas. La televisión estaba aún encendida y mostraban el reporte del clima. Stephanie contestó con la voz seca después de estar dormida.

—Aló.

—Bella durmiente. Despierta ya ricura, es hora de trabajar.

—Hola encanto, ¿Qué cuentas?

—No mucho, pero creo que vas a llegar tarde al trabajo.

—Sí... sí. Me quedé dormida mientras veía la televisión. Mi compañera de cuarto y yo fuimos a la playa esta tarde y también hicimos algunas diligencias. Estábamos muertas de cansancio. Ey... te veré esta noche, ¿verdad? Recuerda que quiero que conozcas a mi amiga de Francia.

—Pensé que era tu prima.

—Eso es lo que quise decir. De todos modos, nos vemos en el club. ¿OK?

—Estaré ahí, pero no por mucho tiempo. Voy a salir con algunas de las modelos a pasear por la ciudad.

—¿Cuáles modelos?

—Las que han venido para el desfile a beneficio del Instituto, ¿recuerdas?

—Ah sí, esas chicas. Bueno amor, tengo que dejarte. Me voy a preparar. Nos vemos más tarde.

Stephanie colgó el teléfono y despertó a Danielle.

—Oye, despierta. Esta es tu gran noche. No te hagas la dormida —dijo Stephanie bromeando con su compañera de cuarto.

—Estaba soñando que hablabas con Lou.

—Pues de hecho, sí. Estaba hablando con él. Recuerda que lo vas a conocer esta noche para un posible trabajo en la agencia de su hermano.

—Cómo lo voy a olvidar. Él irá a vernos esta noche, ¿verdad?

—Por supuesto, así que vamos a alistarnos para irnos. Toma una ducha y empaca tu ropa en la mochila. Todo va a estar bien, ya verás.

Edson Lasalle era el tipo de persona que usualmente se acostaba a dormir pasada la media noche. Después de una cena liviana tomaba una ducha para luego refugiarse en la habitación especial, diseñada acústica y estéticamente como un teatro, cuyos principales protagonistas eran el sistema de proyección digital, así como el equipo de sonido tipo surround 6.1. Siendo fanático de los

clubes deportivos locales, mayormente de baloncesto y fútbol americano, Edson disfrutaba sus ratos de ocio en aquel cuarto, fiel a su fanatismo deportivo, así como también disfrutando de alguna película proveniente de su amplia colección de DVD.

Mientras se deleitaba con la acción del baloncesto, atendió dos llamadas telefónicas. Una era del alcalde Kestrel, y la otra, del alcalde de Miami Beach, Bud Bauchman. Kestrel estaba más interesado en hablar del show de modas antes que tocar algún tema de política. El mujeriego alcalde le recordó a Edson que le garantizara tener asientos en primera fila, para apreciar más de cerca las bellezas que desfilaran por la pasarela. Edson le advirtió a Kestrel que midiera su comportamiento, tomando en cuenta que iban a estar niños presentes, al igual que muchas otras personalidades importantes. Kestrel era consciente de eso, aparte de que era un hombre muy listo como para cometer algún error que lo acabara políticamente. Después de todo, Kestrel era uno de los invitados VIP del evento, pero esto no implicaba que tendría buenos asientos. Por otro lado, el alcalde Martin y Edson, entre otras cosas, platicaron acerca de los preparativos del show y los efectos positivos que este evento tendría tanto para la comunidad como para la imagen de la ciudad de Miami Beach. El alcalde estaba muy interesado en proveer un ambiente agradable para los niños que venían de muchas partes del mundo para el evento. Miami Beach y sus alrededores no eran específicamente un lugar para eventos de familia. Por otro lado, los concejales estaban más interesados en mantener la imagen de la ciudad para el jet set, que un lugar acogedor para niños. La única distracción para los pequeñines era pasar el día en la playa, aunque existían ciertas partes donde estaba permitido practicar topless. No obstante, todos estaban trabajando unidos en este proyecto, una buena causa que le viene bien al pueblo, Edson le aseguró al alcalde Martín.

Después de atender las llamadas, Edson continuó su regocijo recreativo, sobre todo, cuando el partido se fue a tiempos extras, con victoria para el equipo local. Horas más tarde, el teléfono timbró, llamada que el mismo Edson contestó, ya que Carmen se había retirado por el resto de la noche.

—Qué tal, Edson. Gracias a Dios que te encuentro —dijo la voz en la otra línea.

—¡Argonaut!, ¿eres tú? ¿Estás bien?

—Edson, necesito hablar contigo.

—¿Qué ha sucedido? Suenas tenso, amigo.

—¿Vas a estar en la oficina mañana por la mañana?

—Creí que una vez que los niños llegasen, irías al ensayo del show.

—Ah, cierto. Tienes razón. Me había olvidado.

—Entonces, almorcemos mañana... durante el ensayo, ¿te parece?

Edson quedó un poco intrigado por la llamada. Le pareció algo extraño por parte de su viejo amigo llamarlo a esas horas de la noche. El solo esperaba que todo estuviese normal en la casa de Dios.

Quizás por la tensión, el camino al Body Language fue para la joven modelo como asistir a un sepelio. Danielle permaneció inmersa en su mundo, sin pronunciar ni una sola palabra. Stephanie trató un par de veces de romper el hielo, pero sus intentos no fueron exitosos, por lo que decidió cantar a dúo con la música que las acompañaba en el trayecto al trabajo.

Tal vez, la idea de conocer a Lou Lasalle era lo que la mantenía en con ansias de llegar al club. Era un como un tenue rayo de luz en medio de toda la oscuridad que reinaba en la vida de Danielle Fontaine.

Stephanie estacionó el auto en su sitio de costumbre, y luego ambas chicas se encaminaron a la puerta trasera del club. La bailarina canadiense y Danielle compartieron la misma taquilla. Luego de ponerse sus sexy atuendos, Stephanie tomó sus CD, saliendo junto con Danielle a la cabina del DJ, quien no dejó de tirarle piropos a la joven modelo francesa.

—¡Mama mía! ¡MC musicman, «El Amo de la Noche», a sus servicios, mademoiselle! —dijo el DJ.

La peculiar presentación por parte del DJ hizo que se dibujara una sonrisa en el rostro de Danielle, poniendo una gota de tranquilidad en ella.

—Danielle, te presento al siempre encantador, «El Amo de la Noche» —expresó Stephanie.

Ambos estrecharon las manos con el complemento de la sonrisa.

—¿Cómo sabías que era francesa? —preguntó intrigada Danielle.

—Tu belleza te delata —respondió el DJ.

—Danielle es una buena amiga mía y hoy es su debut, así que pórtate bien, ¿OK?

—Muy bien mi querida Stephanie, déjame ver qué puedo hacer.

Y ¿qué clase de música te gustaría para seducir a estos caballeros con los sensuales movimientos de ese magnífico cuerpo que Dios te ha dado?

Danielle solo miró a Stephanie, como preguntándole qué hacer.

—Mejor deja que te sorprenda, Danielle. Él tiene buen gusto, de otra manera no estuviera aquí.

Acto seguido, las chicas caminaron de vuelta al camerino para darse los últimos toques de maquillaje para el trabajo, no sin antes hacer una parada en el bar y ordenar sus bebidas. Una copa de Chardonay, antes de ir al escenario, era la «medicina» de Stephanie.

La canadiense le sugirió a Danielle que tomara algo que le relajase los nervios antes del show. La joven modelo francesa lo pensó un segundo y pidió

un Long Island ice tea con limón.

—¿Ves como te admiran? Ya eres todo un éxito —exclamó Stephanie para darle ánimo a su amiga.

Danielle era un manojito de nervios; tensa por su debut, además, la temperatura ambiente dentro del club estaba un poco más fría de lo normal.

—Desearía que tu amigo estuviese ya aquí —dijo Danielle con voz entrecortada.

—Él llegará. No te impacientes.

Con sus respectivas bebidas en mano, las chicas tomaron asiento en el bar, esperando su turno. De pronto, un hombre de contextura atlética, de aproximadamente 1.90 mts., se les acercó. El hombre se ubicó en medio de ambas, también portando una bebida en mano.

—Me siento afortunado de estar rodeado por dos de las chicas más bellas en el club.

—Hola guapo —respondió Stephanie.

—Te observé cuando caminaste por el bar hace unos minutos, y estoy totalmente seducido. Me gustaría que vayas a mi mesa para que bailes para mí.

—¿Te he visto antes por aquí? —Stephanie preguntó.

—Es posible. Usualmente estoy con mis socios en el tercer piso, pero esta noche soy todo tuyo, mi reina.

—Voy a subir al escenario en cualquier momento. ¿Podrías esperar?

—Ya me encargué de tu turno con el DJ.

El hombre sacó de su bolsillo un par de billetes de cien dólares y se los mostró a Stephanie, a manera de anzuelo. Ella miró a Danielle y le hizo señas con la cabeza para que se uniera a la oferta.

—OK, pero con la condición que venga mi amiga con nosotros.

—El dinero es solo para tí, pero pagaré por las bebidas de ella también.

—Me parece bien. ¿Qué dices amiga?

Las chicas, escoltadas por el cliente, caminaron hacia una de las privadas del club en el primer piso. Un sofá de cuero, con una mesa de centro, servía de escenario para que Stephanie deleitara los deseos de su cliente. Luego de instalarse cómodamente en medio de las chicas, el hombre ordenó una ronda de bebidas para sus acompañantes.

La bailarina canadiense entabló conversación con el hombre, mientras esperaba a la siguiente canción para comenzar a bailar. El mesero trajo la ronda de tragos que el hombre había pedido y los colocó en la mesa. El hombre pagó en efectivo y dejó una buena propina para el mesero, quien se marchó con una sonrisa de satisfacción. Los tres tomaron sus respectivas bebidas e hicieron un brindis por la amistad y el placer.

—Así que dime... ¿Tienes nombre? —preguntó Stephanie.

—Me llamo Tomás. ¿Y tú?

—Yo soy Stephanie. Y ella es Fontaine.

—Gusto en conocerlas.

—Entonces vienes seguido por aquí, solo que esta noche decidiste quedarte en el primer piso.

—Algo por el estilo. Sin embargo, he estado aquí antes y siempre te he visto ocupada.

—Gajes del oficio, tú sabes... ¿Y a qué te dedicas para que traigas a tus socios a este lugar?

—Estoy en el negocio de proveer seguridad y relaciones públicas.

—Entonces eres como un guardaespaldas —dijo Stephanie tocando sus bíceps.

En ese momento, el DJ anunció el nombre de otra chica para que subiera al escenario, en lugar de Stephanie.

—¿Quieres que comience ahora? —preguntó la bailarina a su cliente.

—¡Por favor! No me hagas esperar más.

Stephanie se puso de pie, tomó su lugar frente al hombre y le susurró al oído que mantenga chequeada a su amiga Fontaine. Ni corto ni perezoso, el hombre puso su brazo alrededor de la joven modelo. El gesto del extraño no fue del agrado de Danielle, quien empezó a incomodarse al estar sentada, de esa forma, junto a un hombre que había conocido hacía solo cinco minutos. Lo único que le quedó a la sufrida modelo fue fijar su mirada en Stephanie, quien comenzaba su rutina de seducción.

Su previa experiencia como bailarina de ballet, permitían a la canadiense improvisar algunos seductores movimientos que despertaban pasiones sexuales, en cierta forma, inéditas para algunos hombres. Cualquier pensamiento erótico posible desfilaba por sus mentes y Stephanie sabía cómo sacar ventaja de eso, disfrutándolo como muchos de sus clientes. Mientras Stephanie comenzaba a despojarse de su ropa, dejando su fastuosa figura al aire, Tomás se perdía por unos momentos en sus propios erotismos, olvidándose del verdadero motivo de su presencia en club. En ese instante, Tomás entendía la razón por la que el señor Butler mantenía una relación estrictamente platónica con Stephanie. De no ser así, cualquier hombre se perdería en el mar de sus encantos, embrujado por los sensuales movimientos. Ella lo había hipnotizado con su mirada, y las pocas palabras que cruzaron le mostraron a él que Stephanie era más que una bailarina exótica.

Pero Tomás no era el único cautivado por la sensual canadiense; por igual, Danielle, estaba impresionada con el seductor baile de Stephanie. Dentro de sí

misma, la joven modelo pensaba que nunca podría llegar a tener esa naturalidad que su amiga posee en el escenario, y que para llegar a ese nivel, le tomaría tiempo el perfeccionar una rutina como esa.

Mientras el erotismo de su danza seducía al cliente, Stephanie alcanzó a ver a la distancia que Lou entraba al club y que se había detenido por unos segundos para saludar a algunas de las chicas. En ese instante, DJ Musicman llamó a la joven modelo al escenario.

—Damas y caballeros, su atención por favor. Tengo el placer de presentarles a la nueva diosa que engalana el Body Language con su belleza y una cara de ángel; denle un fuerte aplauso a Fontaine.

El anuncio fue escuchado a través del sistema de sonido en todo el club. La mayoría de los clientes regulares, intrigados por el aviso, miraban alrededor tratando de identificar a la chica nueva. Danielle nerviosamente miró a Stephanie. Ella le hizo señas para que subiera. La joven modelo tomó un profundo respiro, al mismo tiempo que Stephanie le susurró al oído palabras de apoyo y la noticia de que Lou, el hombre de la agencia de modas, se encontraba entre la audiencia; inmediatamente se dibujó una sonrisa en el rostro de Danielle. Se levantó del sofá y prácticamente caminó a paso acelerado hasta el escenario. Stephanie le pidió a Tomás que pusiera atención a la presentación de su amiga.

Danielle subió al escenario ante la escrutinante mirada de los presentes, así como de las otras chicas. La melodiosa música comenzó a invadir la sala, mientras la joven modelo comenzaba a caminar de una forma muy seductora por el escenario, como si estuviera en una pasarela de París; sus ojos turquesa lanzaban una penetrante mirada a los hombres sentados en la barra. Danielle trató de sonreír, sin embargo, prefirió concentrarse en la melodía, dejando que esta fluyera a través de ella. En sus pensamientos estaba presente el hecho de que tarde o temprano tendría que despojarse de su minúscula vestimenta. Después de todo, para eso pagaban los clientes. En un pasado no muy lejano, el único hombre para el cual se había desnudado era Roberto; ahora tendría que hacerlo frente a un grupo de extraños, con eróticos y hasta perversos pensamientos sobre ella. Al terminar la primera canción, Danielle estuvo a punto de ceder al llanto, sin desear otra cosa que salir huyendo del Main Avenue. Y aunque aún no llegaba al punto que todos estaban esperando, Danielle fue ovacionada con una tremenda ronda de aplausos por parte de la audiencia, las chicas, y todo el que la había visto bailar por los últimos sesenta segundos.

Al otro extremo de la sala, Stephanie no podía contener la emoción de ver a su amiga convertida en todo un éxito, por lo que la desahogó abrazando a Tomás. Las notas de la segunda canción emergían sutilmente de los parlantes. La joven francesa caminaba a paso lento por el escenario, de un extremo a otro,

sintiendo la música fluir por las fibras de su cuerpo. Suavemente, con la yema de sus dedos, Danielle acarició su hombro y las tiras de su vestido resbalaron por sus brazos. De repente, el traje satinado negro descansaba sobre el piso del Main Avenue, dejando sus pechos al descubierto para el placer de todos los presentes. Queriendo terminar de una vez y por todas con su rutina, la joven modelo pensó en despojarse de la última prenda que le restaba, su hilo dental, para que su escultural cuerpo desnudo sirviera de decorado en el escenario. No obstante, no se pudo contener, y optó por bajar del Main Avenue con lágrimas en sus ojos y vestimenta en mano. La audiencia respondió nuevamente coreando su nombre y colmando la atmósfera de aplausos, tan fuerte, que se podía escuchar dentro de los vestidores y hasta en los contornos de la entrada al club.

Stephanie se excusó con Tomás y escapó a los vestidores para consolar a su amiga, quien lloraba en los hombros de una de las chicas. Como si se tratase de un familiar cercano, Stephanie la tomó entre sus brazos.

—Calma, calma dulzura... está bien... shh.

Danielle se desahogó con su amiga. Se sentía sucia, como si hubiese sido violada. Sin embargo, la joven debutante había pasado su prueba de fuego, y resultó en un completo éxito.

—¡Te pasaste! ¡Escucha todo el escándalo que has causado allá afuera!

Stephanie le cedió una silla a su amiga para que se sentara. Otra chica le trajo un vaso de agua y unas servilletas.

—Óyeme, es hora de que conozcas a mi amigo Lou. Te lo presento y después, es todo tuyo. ¿OK?

—Aprovecha, que los tienes en tus manos —acotó una de las chicas.

El apoyo de las otras bailarinas calmó a la joven modelo, quien luego de aplicarse una leve capa de maquillaje, se hallaba lista para enfrentar a la multitud otra vez.

—Ahora ve y colecta tu dinero. Cuando hayas terminado, me avisas para llevarte con Lou —le instruyó Stephanie.

Danielle simplemente afirmó con la cabeza. Mientras tanto, Stephanie salió del camerino a saludar a Lou, advirtiéndole que su amiga de Francia saldría en un momento. Él le contestó que gustosamente esperaría por ella. Luego de su corta charla con Lou, Stephanie regresó con su cliente.

—¿Cómo sigue tu amiga? —preguntó Tomás.

—Se repondrá en unos minutos.

—Parece ser que hay una buena amistad entre ustedes.

—Es que le he tomado mucho cariño. Hasta la considero como una hermana —comentó Stephanie con una sonrisa—. Nos cuidamos mutuamente.

—Aunque la noté un poco tímida, ah.

—Bueno. La primera vez siempre es la más difícil para cualquier chica. Después, te acostumbras.

Stephanie chequeaba desde su asiento la puerta de acceso a los vestidores hasta que vio salir a Danielle. La joven modelo cumplió con el ritual de caminar alrededor del bar para coleccionar sus propinas y mezclarse por unos minutos con los admiradores que abarrotaban las instalaciones del Body Language. Lou Lasalle se hallaba sentado en su mesa de costumbre disfrutando de la compañía de una de las chicas. Desde el sofá, Stephanie le hizo señas a Danielle, indicando que lo estaba haciendo bien. Danielle le respondió de igual modo.

—Y cuéntame, Tomás, ¿cuál es tu historia?

—Eso depende de qué historia quieras oír.

—Como por ejemplo... de dónde eres y....

—Una chica encantadora y curiosa a la vez... soy de aquí, de Miami. ¿Y tú?

—Yo, de muy al norte... Canadá para ser exacta.

—Veo que estás muy lejos de casa.

—Sí, pero casi no extraño nada. Todo lo que quiero y tengo está aquí en Miami.

—Quieres decir que tu familia vive aquí.

—No precisamente, pero he encontrado comodidad y amor sin ellos —dijo Stephanie mientras tomaba un poco más de vino, observando a Danielle confraternizar con los clientes—. Ahora déjame ver si estoy en lo correcto... tú eres divorciado.

—¡En serio! ¿Y qué te hace decir eso?

—En este trabajo, te sorprendería saber cómo llegas a conocer a la gente. Algunas veces pienso que debería tener un título en psicología. Tuviera a todos estos morbosos como pacientes. Lo que quiero decir es que....

—Los hombres se abren a ti por que eres preciosa y....

—Porque necesitan desahogar toda su mierda. Después de todo, por eso estamos aquí.

—Creo que entiendo tu punto de vista, Stephanie... Bueno, para satisfacer tu curiosidad... soy soltero. Así que te equivocaste. Sin embargo, pareces ser muy perceptiva.

—¿Nunca has estado comprometido, ni siquiera a punto de casarte?

—Para nada. Mira, mi vida usualmente está en riesgo, al igual que la de la persona para la que estoy trabajando. Aunque, de vez en cuando, conozco a una mujer hermosa, y siempre existe la tentación. Pero al fin, mejor solo que mal acompañado... ¿y qué hay de ti? Algún novio, esposo....

—Yo... no. Soy una mujer de mentalidad muy abierta. Tengo un «amiguito» y nos vemos frecuentemente, pero es solo para lo que llamo una saludable dosis

de diversión. Ese asunto, nosotros lo tenemos muy claro. Él es un buen hombre, sin embargo... últimamente... no sé.

—¿Qué pasa?

—Oh... no quiero atraer la mala suerte.

—Ahora es mi turno de adivinar... Tiene algo que ver con un hombre especial. Tal vez el que te regaló ese brazalete que llevas en el tobillo.

—Tú también, eres muy perceptivo... y observador para estos casos, especialmente, siendo hombre.

—En el mundo en que me desenvuelvo tienes que serlo, de lo contrario, tanto el cliente como uno mismo, puede encontrar la muerte.

Después de haber terminado su ronda con los clientes, Danielle se dirigió hacia la parte de los privados, donde estaba su compañera de cuarto. A estas alturas, la cantidad de dinero en propinas que había recogido hicieron que la joven modelo se sentiese más relajada.

—¡Mira Stephanie! —dijo, enseñándole su dinero.

Stephanie la agarró del brazo y la haló a su lado.

—Ven mujer, siéntate —le dio un abrazo para felicitarla—. ¿Ves?, te dije que todo iba a salir bien.

—¡Esto es más que suficiente, Stephanie! —exclamó Danielle.

—OK, Danielle. Deja de estar enseñando la plata por todos lados —le recriminó la canadiense, mientras Danielle lo contaba.

Tomás también felicitó a la modelo, proponiendo un brindis con una copa de vino.

—Bueno Stephanie, por qué no vamos a conocer a tu amigo Lou, ahora.

—Estaba esperando que me lo pidieras.

Stephanie se excusó con su cliente, diciéndole que volvería en un momento.

—Espero que sí, ya que me gustaría verte bailar un poco más —respondió Tomás.

Ambas chicas emprendieron camino hacia donde se hallaba Lou.

Danielle iba muy ansiosa, ya que el momento de conocerlo se acercaba. Ella sabía que tenía que dar una buena impresión a esta persona para aspirar a recuperar su carrera como modelo.

—Hola guapo —le dijo Stephanie tocándole el hombro.

Lou se paró de su asiento y le dio un beso en la mejilla a Stephanie.

—Ámbar, ¿nos podrías disculpar por un momento? Gracias.

La chica que estaba haciéndole compañía a Lou desapareció por entre las luces del club. Lou quedó instantáneamente impresionado con la presencia de la nueva bailarina exótica. Él no podía creer a quién tenía en frente.

—Danielle, te presento a Lou Lasalle. Él es un buen amigo, al que quiero

mucho. Ella es mi prima de Francia. Sé amable con ella, ¿OK?

Lou le dio un beso en cada mejilla. El hermano menor de Edson sintió una buena vibra acerca de la francesa. Sin embargo, algo le era familiar de ella. Y después recordó.

—¡Pero tú eres la modelo, la de la foto! La foto con Juliano, en la revista. ¡Caramba! Mi hermano no va a creer esto.

—¿Qué es lo que no va a creer? —preguntó Stephanie.

—El otro día estábamos hablando precisamente de ti, pero en la revista no mencionaron tu nombre para nada. Leímos que había algunos rostros nuevos que podían llegar a ser futuras top models; asumimos que eras una de ellas. Me alegra que estemos en lo correcto.

—Muy bien, entonces me retiro. Creo que ustedes dos tienen algo de que hablar. Ya sabes dónde encontrarme, Danielle —dijo Stephanie mientras regresaba hacia el privado para pasar más tiempo con Tomás.

Danielle y Lou tomaron asiento uno al lado del otro, mientras el mesero se acercó a tomar la orden.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó Lou.

—Aquí en el club uso mi apellido, Fontaine, y Stephanie acaba de llamarme por mi verdadero nombre, Danielle. Sin embargo, no tengo planeado quedarme por mucho tiempo en este lugar.

—Pero, ¿cómo fue qué terminaste haciendo esto?

—Es una larga historia.

—Ya entiendo. Y dime, ¿qué es de Juliano?

—Es un hombre fantástico. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—Me encontré una vez con él en un desfile de modas en Europa, pero no me lo han presentado oficialmente.

—Juliano me dio mi primera oportunidad en las pasarelas de París. Lo aprecio y lo extraño mucho.

—Estoy seguro de que lo volverás a ver... ¿Y tienes familia?

—Ellos viven en París. Me aman tanto como yo a ellos.

—¿Comprometida? Novio o esposo...

—Por ahora, el modelaje es mi prioridad. El resto vendrá por sí mismo, si me entiendes a lo que me refiero.

—Perfectamente... Sabes, cuando estabas en el escenario, creí te había reconocido, pero se me hizo raro que una modelo fuera de las pasarelas de París al escenario de un club de bailarinas exóticas.

—Sí, es un poco extraño, ¿verdad?

El mesero interrumpió la conversación entregando las bebidas.

Lou pagó en efectivo y le dio una buena propina.

—Por cierto, no te he dado tu propina aún, Danielle —dijo Lou.

—No creo que esté sentada aquí por tu dinero, Lou. Creo que lo sabes mejor que yo.

—Lo siento, eso fue muy estúpido de mi parte. No fue mi intención faltarte el respeto.

—No hay problema —dijo Danielle mientras tomaba su copa de vino y brindaba por una buena amistad.

—Así que, he oído que quieres continuar con tu carrera de modelaje.

—Por supuesto que sí.

—Mira, hay un desfile de modas que la agencia está ayudando a organizar. Va a haber top models, diseñadores importantes al igual que modelos locales y hasta niños. Mi agencia usualmente saca provecho de estos eventos para dar a conocer nuevas caras y hacerlas brillar. Cuando te vimos en la revista, pensamos que serías el rostro perfecto para esto. ¿Por qué no pasas mañana por la mañana al ensayo y conoces a mi hermano? Él tiene la última palabra en todo.

Estoy seguro de que se sorprenderá al verte ahí. ¿Quién sabe?, hasta podría pedirte que participes en el show.

Lou no tenía ni idea de lo dichosa que sus palabras habían hecho a Danielle.

—¡Dios mío! ¡No lo puedo creer!

—¿Y bueno Danielle?

—¡Pero por supuesto! —respondió emocionada.

La joven modelo le pidió a Lou que esperara un momento mientras buscaba a

Stephanie, a quien encontró en el instante que se vestía luego de terminar un table top para su cliente.

—Perdón señor, pero necesito que me la preste por un segundo.

Ella regresará —dijo Danielle mientras la tomaba por el brazo y la llevaba a paso acelerado hasta la mesa de Lou.

—¿Qué ocurre Danielle? —preguntó Stephanie.

—Es que, soy la mujer más feliz del mundo, gracias a ti —expresó la modelo—. Él quiere que desfile en un show pasado mañana.

—¡Ah, pero eso es genial! Ves, te dije que él te iba a ayudar.

Gracias Lou —acotó Stephanie.

—Aunque no hice promesas de ningún tipo. Ella tiene que ser aprobada por mi hermano, ¿OK? Bueno, más vale que duermas lo suficiente para mañana, Danielle. Ah, y otra cosa muy importante; el ensayo es en Ocean Vista & Resort Hotel. Sabes dónde queda, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Cuando llegues, pide que te indiquen el lugar del ensayo. Estaré ahí todo el día con mi hermano. Ahora tengo que ir a la playa.

Te veré mañana. Suerte —fueron las palabras de Lou mientras se despedía de Stephanie con un tierno beso en los labios. Stephanie y Danielle se abrazaron fuertemente, y la canadiense le deseó toda la suerte del mundo.

—Lou tiene razón, Danielle. Será mejor que te marches ahora mismo. Tienes que lucir bien para mañana. Regresa a los vestidores y cámbiate de ropa, que yo te llamo un taxi, ¿OK?

—¿Qué va a decir Elber si me voy temprano?

—No te preocupes de eso. Por la reacción de estos pervertidos, tiene que estar muy contento contigo. En todo caso, yo le explicaré todo.

Danielle corrió a los vestidores a prepararse para ir a casa y descansar lo más que pudiera antes del gran día que se aproximaba en pocas horas.

En camino de regreso al privado, donde su cliente la esperaba, Stephanie fue sorprendida por alguien que la tomó por el brazo.

—Bonsoir mademoiselle.

—Bonsoir monseieur —respondió la canadiense en francés, prácticamente lanzándose sobre la humanidad de Maurice Butler.

—¿Estás de apuro?

—Sí, estoy un poco ocupada con un cliente, pero si me esperas, te prometo que vendré en un momento, ¿OK?

Desde su privado, Tomás observaba el cordial intercambio de palabras y caricias entre Stephanie y Butler. Por esas cosas de la vida, ambos hombres terminaron trabajando para la misma persona, siendo Maurice alguien a quien

Tomás había admirado por lo eficiente de su trabajo.

Luego de unos minutos, Stephanie dejó instalado en una de las mesas a su amigo y regresó a entretener a su cliente.

—¿Está todo bien con tu amiga Fontaine?

—Ah sí, solo que tuvo su sueño hecho realidad... ¡y estoy muy feliz por ella!

—Y yo me alegro de que ambas estén felices —dijo Tomás mientras alzaba su bebida para brindar por el éxito de Fontaine—. ¿Qué tal otro baile, Stephanie?

—Sí, seguro —contestó la canadiense, mientras desviaba su mirada hacia el vestidor esperando a que Danielle saliera. Al mismo tiempo, Maurice observaba desde su mesa el baile que su amor plató

nico hacía para su cliente. Entretanto, Stephanie seducía a Tomás con sus eróticos movimientos; de alguna manera, el empleado de Sassone dirigía su vista en dirección de Maurice e intercambiaron miradas. Ellos, discretamente, se espiaban.

Al culminar su tarea, Tomás le pagó a Stephanie por sus bailes, prometiéndole regresar para verla otra vez. Tomás pretendió que se marchaba, pero tan pronto como Stephanie entró a los vestidores, regresó y le dijo a uno de los porteros que le avisaran cuando el señor Butler se fuera.

Dentro de los vestidores, Danielle se alistaba para marcharse, separó el dinero del DJ y del barman; el resto, se lo guardó.

—Esa es plata ganada; y bien ganada, Danielle —comentó Stephanie.

Segundos después, ambas chicas salieron de los vestidores; el taxi que había pedido Stephanie esperaba por su pasajera en las afueras del club. Antes de partir, la joven modelo le hizo entrega de sus respectivas propinas tanto al DJ como al barman.

Danielle abandonó el Body Language con cerca de cuatrocientos dólares en su bolsillo, lo que no era una cifra nada despreciable, para ser su primera vez en el escenario. Stephanie vio a su amiga abordar al taxi que la llevó hasta el apartamento en la playa. El llamado para las modelos era temprano en la mañana, por lo que Stephanie probablemente estaría dormida cuando se fuera a trabajar, pensó la joven modelo en camino a casa.

La bailarina canadiense entró de nuevo al club, ocupando su lugar al lado de Maurice.

—Perdón por hacerte esperar, pero estaba despidiendo a mi amiga.

—No hay problema. Lo importante es que ya estas aquí. Por cierto, me tomé la libertad de ordenarte esto para ti —dijo el francés mientras le daba una bebida.

—Te estás sonrojando —agregó Maurice.

—Ah, es que ha sido una de esas noches especiales. Todavía no lo puedo creer. ¿Recuerdas a Danielle, mi compañera de cuarto?

—Sí, ¿qué ocurrió con ella?

—Lo que pasa es que acaba de conseguir una buena oportunidad en su carrera como modelo.

De repente, el celular de Maurice timbró, interrumpiendo la conversación. En cuestión de segundos, luego de responder a la persona en la otra línea que estaba listo y estaría allá en unos diez minutos, colgó.

—¡No me digas que ya te vas! —dijo Stephanie un poco molesta por la interrupción.

—¿Recuerdas que te mencioné que tenía algo que hacer para un asociado?

—Ah, ya recuerdo. Esa novia infiel a la que estás chequeando.

Mejor llama a tu amigo y dile que se busque otra.

—Mi amor, en verdad tengo que hacer esto por él. Además, será un viaje de un día. Te llamaré mañana por la noche para recoger mi equipo de fotografía.

—¿A qué hora estará llegando tu amigo?

—Mañana en la tarde. Le dije que tocara fuerte, unas cuantas veces, en caso de que estés dormida. Oh, y por cierto, ten cuidado manipulando el equipo, es muy frágil.

Maurice y Stephanie se levantaron de la mesa y caminaron juntos hacia la salida del club. Se besaron en los labios para luego tomar diferente rumbos. Segundos después, Tomás fue tras Butler.

El alba encontró a Danielle completamente despierta, pensando en que a partir de esa hora comenzaba un nuevo capítulo en su vida.

Esta era la oportunidad que ella creyó que tardaría mucho tiempo en llegar, o quizás, nunca encontraría en los Estados Unidos. Afortunadamente para ella, el destino le puso en el camino a Stephanie, en un momento crucial, cuando necesitaba una mano amiga. La joven modelo pasó la noche sin la presencia de las pesadillas, ni de las siluetas que torturaban su paz interior. Sin embargo, aún estaba presente el hecho de que le robaron su dinero en el hotel y que era imposible que el autor del robo hubiese sido Roberto, como lo había sospechado inicialmente.

Los rayos solares brillaban en la recámara de Danielle, a manera de un prelude de las cosas buenas que estaban por venir a su vida.

Por lo menos, ella lo creía así. La alarma del reloj le indicaba que era hora de salir de la cama y prepararse para un largo día. Ella no dudaba que su experiencia en este tipo de situaciones, la ayudaría a conseguir un lugar entre las modelos para el show.

Minutos después, la joven modelo tomó su maletín, se puso sus gafas y, con su cabello negro azabache suelto, salió del cuarto vistiendo unos jean shorts, combinados con una camiseta blanca y zapatos deportivos, del mismo color. De

acuerdo a Lou Lasalle, el ensayo era completo, incluso con la vestimenta que usarían en el desfile.

Cerca de diez minutos después Danielle hizo acto de presencia en el lobby del Ocean Vista & Resort Hotel y se aproximó a la recepción, donde la recibió el manager del hotel. El hombre estaba sorprendido de ver a la damisela francesa nuevamente ahí.

—¡Bienvenida mademoiselle Fontaine! ¡Es un placer verla otra vez! ¿Está aquí para hospedarse con nosotros nuevamente?

—No precisamente, estoy aquí por el desfile de modas. Soy una de las modelos —dijo con un tono de orgullo en su voz la francesa.

—Ya veo. Bien, siga directamente por el pasillo. Buena suerte, y estamos para servirle.

—Cuídense. Adiós.

Danielle siguió en su camino al área de la piscina; allí, la joven modelo comenzó a ver algunos rostros familiares con los que había tenido la oportunidad de trabajar anteriormente en las pasarelas de Europa. Igualmente, ella fue reconocida por sus colegas. La escena que encontró Danielle al abrir la puerta era la usual en este tipo de ensayo; un mar de gente corriendo de un lado al otro, resolviendo asuntos de último momento. Danielle miró a su alrededor tratando de localizar los vestidores. El lugar estaba repleto de modelos, diseñadores con sus asistentes, maquillistas, estilistas y otras personas involucradas en organizar un evento de modas de esta magnitud. La joven modelo avanzó tímidamente, como si estuviese perdida. De repente, alguien tocó en su hombro y cuando se volteó, era Lou Lasalle, lo que la llenó de regocijo.

—Ey Danielle... Me alegro que hayas decidido venir —mencionó Lou.

—Gracias por darme la oportunidad.

—Por nada. Y bueno, estoy seguro que has visto esta locura anteriormente —dijo el menor de los Lasalle, refiriéndose al bullicio formado tras bambalinas.

—Por supuesto. Siempre es lo mismo, no importa dónde estés.

—Mira, por allá están las vestimentas que algunas de ustedes van a estar usando mañana. Del otro lado, alrededor de esa área, en unos cuantos minutos los estilistas y maquillistas traerán a todo su equipo, y todavía tenemos algunos detalles de que encargarnos, pero todo estará listo a tiempo... ah y por cierto, los niños llegarán en la tarde.

Lou y Danielle salieron de tras bastidores y siguieron con un improvisado tour por el lugar. Una vez que terminaron, Lou le preguntó a Danielle si estaba lista para conocer a su hermano, Edson.

Ella contestó muy emotivamente que sí. Lou procedió a llevarla a la cafetería, donde su hermano estaba desayunando con Clarissa y una persona del

Instituto. El lugar estaba colmado de huéspedes y otras personas que no tenían nada que ver con el show.

—Con permiso. Hola a todos —dijo Lou interrumpiendo la conversación en la mesa.

—Buenos días, Lou —saludó Clarissa.

Edson se volteó y vio a su hermano acompañado de la hermosa modelo francesa. Al principio, él pensó que se trataba de otra de las 168

Pecado y pecadores tantas «amigas» de Lou, pero luego comenzó a notar una semblanza... algo le era familiar de la chica.

—Edson —dijo Lou—. ¿No reconoces este rostro precioso? Mírala bien.

El señor Lasalle se levantó de la silla, observándola más de cerca por unos segundos antes de dar su respuesta.

—Un momento. Tú eres la chica en la foto, la que está junto a Juliano en la última edición de la revista Fashion Weekly. ¿Verdad?

—¡Sí, soy yo! ¡Danielle Fontaine! Mucho gusto —dijo ella mientras estrechaba la mano de Edson, intercambiando besos en las mejillas, al típico estilo europeo.

—Igualmente. Soy Edson Lasalle. Ella es Clarissa y ella es Lady Gerard, la presidenta del Instituto.

—¡Bueno Edson, creo que nuestro sueño se hizo realidad! —expresó Lou, al mismo tiempo que su hermano intercambiaba miradas con Danielle.

Al momento de saludarse de besos, mademoiselle Fontaine sintió de inmediato una conexión algo especial con Edson. Es el tipo de sensación que un ser humano tiene hacia otro cuando existe un lazo más allá que una simple amistad. Edson también lo sintió de la misma manera. Clarissa estuvo atenta a la manera que se estaban mirando y decidió meterse en la conversación.

—Así que tú eres la protegida de Juliano... ¿Cómo es que has terminado tan lejos de él?

Rápidamente, Danielle notó la hostilidad por parte de Clarissa y por un segundo desvió su vista de Edson.

—Él es un amigo muy querido, a quien aprecio mucho, pero no creo haberte visto por Europa antes.

Esa respuesta dibujó una sonrisa en los rostros de Lou y de Edson; Clarissa lo notó y se sintió algo incómoda. La modelo de la agencia Lasalle bebió el resto del jugo de naranja que tenía en el vaso y se excusó con Lou y Lady Gerard, pero no sin antes darle un beso en los labios a Edson. Danielle, haciendo gala de su educación europea, le dijo que había sido un placer haberla conocido. La presidenta del Instituto también decidió dirigirse a sus funciones, por lo que rápidamente se despidió y salió de la cafetería dejando casi todo el desayuno en

el plato.

Edson invitó a Danielle y Lou a que lo acompañaran, pero su hermano se disculpó, alegando que tenía algunas llamadas por hacer antes de empezar el ensayo. Edson, caballerosamente, haló una silla para su invitada y luego él se sentó también.

—La revista le dio una buena crítica a la nueva colección de Juliano —dijo Edson.

—Lo sé, pero ellos no mencionaron mi nombre. Curioso, ¿verdad?

—No puedo negar que es un poco extraño... Lo siento. ¿Ya has desayunado?

—No tuve tiempo. Pero te acepto un jugo de naranja, por favor —respondió ella.

Edson le sirvió de la jarra y continuó diciendo: —Van a ser dos días muy intensos. Más vale que te alimentes bien.

—Tienes razón. Te prometo que almorzaré adecuadamente más tarde.

—Bien, como estaba diciendo, nosotros primero nos enteramos de tu debut a través de la revista. En realidad, cuando vimos tu fotografía, tuvimos el presentimiento de que la protegida de Juliano eras tú.

—Aquí me tienes. Espero que les sirva.

—Estoy seguro que sí. Siempre estamos en busca de nuevos rostros... Ahora, por qué no vamos a los vestidores y te presento con las otras chicas.

—¡Eso quiere decir que me das el trabajo! —dijo Danielle emocionada, aunque en un tono de voz bajo para no llamar la atención de los demás que estaban en la cafetería.

Edson y Danielle abandonaron la cafetería y se dirigieron a los vestidores. Esta vez Danielle fue presentada al resto del equipo de la agencia, responsables del show. Algunos de los más famosos diseñadores estaban arribando con sus últimos trabajos para la industria de la moda. Tras bastidores, en presencia de las otras chicas, la joven modelo comenzó a sentirse como en casa nuevamente. El señor Lasalle dejó que su nuevo descubrimiento se mezclara con las modelos y, mientras se dirigía a hacer una llamada importante, Clarissa, quien estaba todavía molesta y celosa por la presencia de Danielle, se le acercó al jefe.

—¡Nunca te había visto actuar de esa forma con una modelo principiante, a la que recién conoces! —dijo en un tono celoso.

—No hables así de ella, Clarissa.

—No importa. Desearía que Nicole estuviera aquí, viendo este espectáculo.

—¡Te prohíbo que vuelvas a mencionar su nombre solo porque te sientes incómoda con la presencia de Danielle! —dijo él usando un tono muy enojado.

Clarissa quedó impactada al ver reaccionar a Edson de esa forma. Este incidente no hizo más que confirmar sus sospechas de que su jefe había visto en

Danielle algo especial que no había estado presente en su vida después de la muerte de su esposa.

—Perdóname Edson, pero te digo algo. Puedes contratar a cualquier modelito que se te antoje, pero a ninguna que tome mi lugar, en especial esa Danielle, como se llame.

Clarissa iba furiosa de vuelta a los vestidores. La mayoría de los que se hallaban alrededor del área de la piscina escucharon la discusión. Algunas de las chicas que estaban practicando su paso por la pasarela, también fueron testigos de las palabras entre Edson y Clarissa. Cuando ella fue tras bastidores, el lugar se enmudeció de repente. La top model de la agencia Lasalle entró como un fugaz torbellino en busca de Danielle, pero ella había salido del área por un momento.

—¿Qué miran ustedes? —Clarissa gritó a las otras chicas.

Lou Lasalle entró inmediatamente a tratar de poner orden en el área.

—¿Qué diablos pasa contigo, Clarissa? —le inquirió a su top model.

—Nada Lou. No es nada. Lo siento mucho, chicas. Por favor, discúlpame.

Lou se llevó a la enfurecida modelo a un rincón a parte, y le dio un vaso de agua para calmarla.

—Toma esto Clarissa... ahora escúchame. Lo que sea que no te guste de Danielle, te recomiendo que lo dejes a un lado y trates de al menos trabajar en paz con ella. Estos próximos días van a ser muy agitados y no podemos permitir este tipo de problemas. Además, probablemente terminarán trabajado muchas veces juntas.

—Te entiendo, Lou. Y como dije antes, por favor, discúlpame.

Trataré de alguna forma hacerme amiga de ella.

—Por favor, hazlo Clarissa —dijo Lou mientras se iba un poco molesto.

Luego de unos segundos, Clarissa entró a los vestidores y encontró a Danielle en medio de la prueba de un atuendo.

—Escúchame bien Danielle... Mantente alejada de mi camino y yo me mantendré alejada del tuyo. ¿Entendiste?

Danielle la miró estupefacta, sin saber qué decir. Sin embargo, la joven modelo entendía el motivo de la hostilidad de su colega, y no estaba dispuesta a dejarse intimidar por nadie, especialmente, después de lo que pasó con Roberto.

Las rivales fueron interrumpidas en ese momento por el jefe de piso, quien entró al vestidor, anunciando que listas o no, el ensayo comenzaba en cinco minutos. Para esta parte del show las modelos locales compartirían la pasarela con alguna de las más famosas, vistiendo los últimos diseños de ropa casual, obra de dos de los más reconocidos diseñadores en el mundo. Edson se hallaba deseoso de ver cómo se desenvolvería Danielle en su primera presentación y le

pidió que se preparara para esta.

Uno de los técnicos, quien tuvo que improvisar como maestro de ceremonias, dijo algunas palabras a manera de darle la bienvenida a la audiencia; después de eso, al ritmo de música hiphop, las modelos comenzaron a aparecer una por una en la pasarela. Algunas tenían una mirada seria en sus rostros mientras otras sonreían disfrutando el ensayo. La joven modelo francesa, quien con su presencia en el escenario, acaparó la mirada de los presentes, caminó justo delante de Clarissa. Edson estaba prácticamente hipnotizado con el dominio escénico de Danielle. Todos parecían estar bajo el mismo hechizo de la combinación de carisma y belleza de esta chica en la pasarela. La falta de atención por parte de Edson a Clarissa o a cualquiera de las otras chicas, perturbó a la top model de la agencia Lasalle. Lou se acercó a Edson para preguntarle qué pensaba de la joven modelo.

—Me tengo que sacar el sombrero ante Juliano... Mírala, es dueña absoluta de la pasarela.

El primer turno en el escenario concluyó, por lo que las chicas fueron tras bastidores para ponerse los nuevos atuendos. Clarissa, quien todavía estaba dolida por haber sido ignorada por su jefe, no pudo evitar echar una mirada cortante a Danielle. Ella sintió la furiosa mirada de Clarissa, y se hizo la desentendida. Antes de salir a la pasarela por segunda vez, Clarissa se le acercó a Danielle.

—Cuida tu paso, cariño. Estoy detrás de ti —le advirtió la top model.

Sin embargo, Danielle trató de no inmutarse, manteniéndose concentrada en su trabajo. Esta vez Edson no estaba cerca para darle apoyo a Danielle, pero esto no disminuyó su encantadora presencia en la pasarela.

Minutos después, el ensayo para el primer grupo de modelos culminó. Para entonces, los dueños de la agencia Lasalle estaban tan cautivados por la joven modelo, que Edson le pidió que participara en todo el show, a lo que Danielle respondió que sí con entusiasmo.

Esta noticia no le cayó nada bien a Clarissa, quien a pesar de ser la top model de la agencia, nadie le había pedido que participara en todo el show. Su otro turno para exhibirse en la pasarela era al final del show, con los niños. Muy molesta, decidió hablar con Edson, pero uno de los oficiales de seguridad se adelantó, llamando la atención del señor Lasalle desde fuera de los vestidores, para comunicarle que el padre McHannen lo estaba esperando en le área de la piscina. De todos modos, Clarissa fue tras él, tratando de poner las cosas en claro con su jefe antes de que fuera muy tarde.

Los dos amigos se dirigieron inmediatamente hacia la cafetería.

Edson ordenó café para su amigo y un vaso de agua para él.

El padre McHannen se había desvelado pidiéndole a Dios que le diera la fuerza necesaria para enfrentar este momento; como lo hizo años atrás, cuando se vio obligado a romper uno de los votos sagrados de su doctrina, y de esa forma encubrir los terribles pecados de otros, para que pudieran vivir una vida mejor bajo los ojos de la sociedad. Él le rezó al Todopoderoso para que les concediera el perdón, no solo a él, sino también, a los otros involucrados. Solo Dios tenía el poder de conceder misericordia por sus pecados y por ser pecadores.

La Arquidiócesis de la ciudad de Miami estaba a cargo del cuidado de los niños que vendrían para el evento. El Instituto y la Iglesia siempre colaboraban de la mejor forma en estos asuntos, en todos los shows que tenían lugar alrededor del mundo. Por su experiencia trabajando con niños, Argonaut McHannen estaba encargado de organizar el transporte, lugar de residencia y todos los aspectos relacionados con la estancia de los pequeñines en Miami.

—Te noto un poco tenso Argonaut, ¿viniste para chequearnos?

—Como sabrás, estoy a cargo de la estadía de los niños. Pero estoy seguro de con la ayuda del Señor, todo va a estar bien.

—Termina tu café, así te muestro lo que estamos haciendo.

Segundos más tarde, Edson y Argonaut salieron de la cafetería al área de la piscina. La escena en sí, de ver a un sacerdote en medio de un ensayo de un desfile de modas, lucía extraña. La moda y la religión no van de la mano, ni menos, tenían algo que ver el uno con el otro; pero esta vez, una buena causa hizo que el esfuerzo valiera la pena.

Mientras Edson le mostraba a su amigo todos los preparativos respecto al desfile, el sacerdote parecía estar inmerso en su propio mundo. El siervo de Dios estaba más preocupado en averiguar si la modelo de Francia estaba en Miami, Nueva York o Dios sabe dónde. Las convicciones y la fe del Padre estaban poniéndose a prueba otra vez. La llamada de la madrina de Danielle era algo que se suponía no debería haber sucedido, especialmente, después del paso de los años. Al concluir el tour por las instalaciones que albergarían el show, ambos amigos decidieron regresar a la cafetería para seguir con su charla.

—Noté que hay bastantes chicas del extranjero en este show, comentó el sacerdote.

—La mayoría lo son. El modelaje es algo con sabor internacional.

—¿Y qué tal de las nuevas modelos? Me refiero a las que no son tan famosas.

—Este es un evento benéfico; no es solo para las top models, sino también en cierta manera para darles oportunidad a algunas de las modelos locales. Uno de los objetivos es ayudar a promover talento nuevo... pero, ¿por qué haces estas

preguntas Argonaut?

—Ah, es pura curiosidad... ya que soy responsable por el bienestar de los niños que participan en el show, me gustaría saber quiénes van a estar con ellos en el escenario.

La charla se la llevó el tiempo, y McHannen no pudo encontrar las palabras para preguntarle a Edson lo que él realmente quería saber. El sacerdote miró la hora en su reloj, dándose cuenta que se le estaba haciendo tarde para ir a la iglesia y coordinar lo del transporte de los niños que arribaban más tarde al aeropuerto. Mientras tanto, Clarissa, quien se hallaba a unos metros detrás de ellos, escuchó gran parte de la conversación y estaba un poco intrigada por el cuestionamiento del sacerdote. La top model de Lasalle no pudo resistir la tentación de satisfacer su curiosidad, por lo que decidió unirse a la conversación.

—Hola, padre McHannen. La bendición por favor —dijo ella.

—Dios te bendiga hija. Buenas tardes.

—Gracias Padre... así que, ¿a qué debemos el placer de su visita?

Edson rápidamente decidió responder.

—Él está supervisando la estadía de los niños que trae el Instituto, mientras están en la ciudad.

—Ah, eso es bueno... ¿Ha dado un paseo por el área del show?

—Ya lo hice, Clarissa, gracias.

—Edson, ¿qué te parece si me llevo al Padre tras bastidores y así conoce algunas de las chicas?

—No creo que él esté aquí para eso, pero después de todo, depende de ti, Argonaut.

Por un segundo, el sacerdote pensó que esta era la oportunidad perfecta para averiguar si Danielle era parte del show; sin embargo, le faltó la fuerza necesaria para enfrentar un fantasma de su pasado.

Además, la carencia de referencias físicas de la joven modelo, haría casi imposible reconocerla. Después de todo, para él todas eran iguales: altas, delgadas y muy hermosas.

—Tal vez mañana, Clarissa. Los niños llegarán en cualquier momento —respondió el sacerdote.

—¡Pensé que regresarías más tarde, con los niños! —dijo Edson sorprendido.

—Me temo que no. La hermana Divine y el padre Cross se encargarán de eso. Estarán en buenas manos —respondió McHannen mientras se paraba para marcharse.

—Por cierto. No sé por qué, pero hoy te veo bien animando, mi amigo. Hay un cierto brillo en tus ojos que no he visto en mucho tiempo.

Edson solo sonrió. Él quería compartir con Argonaut la razón por la cual se

sentía diferente hoy, pero prefirió contárselo después del desfile.

—Creo que nuestro buen sacerdote aquí presente está en lo correcto, Edson —mencionó la top model.

—No le hagas caso, Argonaut. Bueno, no te detengo más, cuídate.

Mientras Edson y Clarissa observaban a McHannen marcharse, Lasalle agarró a la celosa modelo del brazo para decirle unas cuantas palabras.

—Tal vez yo veo en Danielle algo que ustedes no ven. Juliano también se dio cuenta de lo mismo. Creo que ya entiendo lo que es, aunque no lo pueda explicar.

Luego, Edson partió con Clarissa a los vestidores buscando a Danielle, pero se topó con Lou, quien le informó que ella y otras chicas salieron por una caminata en la playa mientras esperaban que otros diseñadores lleguen al ensayo. Era casi la hora del almuerzo y Lou le sugirió a su hermano que se desconectara del trabajo por un rato y saliera a almorzar hasta que las chicas regresaran. Edson dio algunas instrucciones al jefe de piso y luego se marchó con su hermano a un restaurante en la playa.

Antes acostarse a dormir, Stephanie ajustó el volumen de su teléfono para poderlo oír y estar alerta. A las dos de la tarde se despertó. Su siesta duró unas seis horas. Al levantarse de la cama, inmediatamente chequeó la contestadora, no había ningún mensaje.

Stephanie decidió tomar una ducha y arreglarse antes de que el socio de Maurice llegara.

Luego de poner algo de música, se quitó la bata y entró a la ducha. Las gotas de agua que acariciaban su agraciada figura le daban una dosis de relajamiento y confort a la bailarina, algo que hubiese deseado compartir en ese momento con Maurice. Tal vez en un futuro, pensó la canadiense. Su dulce momento duró hasta que escuchó el timbre. Acto seguido, cerró el grifo de la bañera y salió de ella a bajar el volumen del equipo de sonido. Se secó rápidamente, se puso una bata limpia y corrió a abrir la puerta.

A través de la mirilla de la puerta, se percató de la presencia de un hombre en el corredor al otro lado de su apartamento. El hombre de la cabeza rapada, un arete colgando de la oreja izquierda y gafas oscuras puso su dedo índice en el botón del timbre. Stephanie no respondía aún. En vez de hacerlo, fue a su cuarto para ponerse unos shorts y una camiseta negra, rápidamente se peinó el cabello y procedió a atender al hombre.

—¿En qué lo puedo ayudar? —preguntó Stephanie sin abrir la puerta.

—Qué tal... Estoy buscando a Stephanie... Soy el socio de Maurice Butler. Creo que él le habló de mí; que venía a dejarle un equipo de fotografía —dijo el hombre con un marcado acento europeo.

—¿Me puede enseñar alguna identificación, por favor?

—Un momento.

El hombre sacó su pasaporte y se lo mostró por la mirilla. El nombre Stefan Rossinatto estaba escrito en el documento. Al instante, Stephanie abrió la puerta y dejó entrar al visitante. El hombre agarró su bolso de mano, además de dos cajas rectangulares negras que tenían pintada la palabra «FRÁGIL».

—Soy Stephanie. Mucho gusto.

—El gusto es mío —dijo Stefan seguido del típico saludo a la europea, con un par de besos en las mejillas.

Stephanie lo dirigió a la sala, donde descansó el equipo en la baldosa, al igual que lo hizo su bolso. Stephanie notó que él caminaba cojeando, pero prefirió mantener discreción y no mencionar nada.

—Perdón por hacerte esperar. Estaba tomando una ducha. ¿Deseas algo de beber? —preguntó Stephanie.

—Sí, agua por favor.

—Seguro. Ya vengo... Mientras, toma asiento y hazte de cuenta que estás en tu casa. Cualquier amigo de Maurice, es amigo mío también.

Stephanie se dirigió a la cocina para atender el pedido de su huésped. Al mismo tiempo, Stefan daba una mirada alrededor del apartamento, como esperando encontrar algo familiar, mas el hombre estaba agotado física y mentalmente por el largo viaje, por lo que desistió de su verdadero propósito en el apartamento. Stephanie regresó a la sala con un vaso de agua para su invitado, quien estaba en el balcón, disfrutando de la vista.

—Aquí tienes, Stefan. Si quieres, puedo prepararte algo de comer.

—Te lo agradezco, pero no es necesario —respondió después de satisfacer su sed—. Tienes una linda vista desde aquí.

—Yo lo encuentro muy relajante... especialmente con un clima como este.

—Creo entender lo que dices.

—¿Has estado aquí en Miami anteriormente?

—Varias veces... A Maurice también le agrada mucho esta ciudad y ya veo por qué —dijo mientras la miraba a ella.

—Ay, gracias. El sentimiento es mutuo. Es un hombre maravilloso, además, me trata diferente a otros hombres que he conocido anteriormente... pero dime, ¿siempre está tan ocupado como dice?

—Él le pone mucha dedicación a su trabajo... y eso es de admirar en una persona... pero ahora que lo mencionas, pienso que se retirará pronto.

—De hecho, a mí también me mencionó algo de eso. Uy, espero que lo haga pronto y decida vivir aquí en Miami. Y qué hay de ti Stefan, ¿qué haces para ganarte la vida además de traer equipos del extranjero?

—Yo estaba involucrado en el mundo de la fotografía también, pero ahora estoy semiretirado, por el momento. No viajo tanto como Maurice. Por lo general permanezco en Europa, dándole una mano en su ausencia.

Ambos caminaron de vuelta a la sala y se sentaron en el sofá.

—Por cierto Stephanie, tengo entendido que tienes una compañera de cuarto muy bonita.

—¡Así que a Maurice le encanta el chisme!

—Lo que pasa es que las noticias vuelan, y especialmente, si tienen que ver con mujeres hermosas. Incluida la presente compañía, por supuesto.

—Ella es modelo. Una chica muy agradable también. Estoy muy contenta por ella. Ahora mismo debe estar muy ocupada.

—¿Y por qué dices eso?

—Ah, es que no hace mucho salió a su primera oportunidad de trabajo aquí en Miami. Espero que todo le salga bien.

—Pareces cuidar mucho del bienestar de tu amiga. Quisiera conocerla pronto —dijo Stefan mientras se levantaba del sofá, alistándose para marcharse.

—Entonces, ¿vas a dejar este equipo aquí afuera?

—Pienso que será mejor dejarlo dentro del clóset... ¿no crees?

Stephanie le pidió al visitante que la siguiera a su cuarto, donde el italiano colocó el equipo dentro del clóset. Luego lo acompañó hasta la puerta para despedirlo.

—Tal vez uno de estos días podemos salir en una cita doble...

quiero decir tú y Maurice, y tu amiga y yo —dijo Stefan antes de marcharse del apartamento.

Acto seguido, Stephanie se dirigió a su habitación. Maurice le había advertido que ni siquiera pensara en abrir el encargo, mas la curiosidad se hizo presente en los pensamientos de la canadiense.

Ella nada más estaba ansiosa por echar una miradita a lo que fuera que estuviera dentro de las cajas.... De pronto, el sonido del timbre del teléfono la desvió de su objetivo, no sin antes darle un leve susto, ya que se le había olvidado bajarle el volumen.

—Aló.

—Aló belleza... soy yo, Maurice.

—Ay, hola dulzura. ¿Ya llegaste de tu viaje?

—Todavía no, te llamo del celular.... ¿Y tú, cómo estás, cariño? ¿Me extrañas?

—Estoy un poco cansada, pero tengo fuerzas para extrañarte. Ah, antes que se me olvide, tu amigo Stefan estuvo aquí.

—¿Y trajo el equipo?

—Sí. Lo puso dentro del clóset de mi cuarto.

—Perfecto. Recuerda Stephanie, no lo toques ni lo trates de abrir, ¿OK?

—Lo sé, además tu amigo me dijo que necesita una combinación para abrirse.

—Bien. Entonces amor, estaré llegando en la noche, antes de que salgas para el club.

—OK. Te esperaré. Bye baby.

Stephanie colgó el teléfono y al mirar el reloj, se percató de la hora, era el momento de su trote diario por la playa. La mujer se puso su atuendo de hacer ejercicios y salió del apartamento para su rutina.

Mientras el apartamento de Stephanie estaba bajo la vigilancia personal de Tomás, uno de sus ayudantes le seguía el rastro a Maurice Butler. Tomás jugó en la posición de quarterback en una de las universidades más prestigiosas del estado de la Florida, hasta que una seria lesión en su rodilla derecha terminó con su carrera luego de solo dos juegos durante su año como novato. Al culminar su segundo año de estudios universitarios, dejó la institución y decidió viajar alrededor de los países árabes y a lo largo de Europa. Sus decepciones con la ideología del mundo occidental, que había dejado atrás, lo hicieron explorar otras culturas. En ellas descubrió su verdadera naturaleza interior, así como el propósito en la vida, decidiendo unirse a un grupo terrorista de reciente formación, cuya ideología contrastaba con los principios de democracia y libertad, los cuales habían sido impregnados por sus influyentes padres y el sistema en que se había desenvuelto toda su existencia. Mientras entrenaba con ellos, fue brevemente presentado con Butler, pero desde ese entonces cada uno tomó caminos separados, hasta la semana pasada, cuando Tomás preparó la reunión de su jefe con el multifacético asesino a sueldo.

Lo que el ex quarterback ignoraba era que el señor Butler estaba al tanto de la vigilancia al apartamento de Stephanie. Maurice había resuelto dejar la ciudad una vez cumplido el contrato, pero primero tendría que encargarse de Tomás, quien en realidad no era una amenaza para su misión, aunque sí le molestaba el hecho de que estaba entablando una amistad con Stephanie; Butler no quería que ella se involucrara en esta clase de negocios en lo absoluto. El plan de Maurice contemplaba retirarse una vez cumplido su contrato y pedirle de inmediato a Stephanie que se mudara con él lejos de Miami. Más precisamente, a Suiza.

Tomás se hallaba en su vehículo, estacionado al cruzar la calle del apartamento de Stephanie; un hombre de su confianza le informó acerca de la situación con el asociado de Butler. Otros de los subalternos siguieron a la bailarina en su rutina de ejercicios en la playa. Después de asegurarse que el

panorama en el apartamento estaba despejado, Tomás subió a este. Entretanto, Butler se estacionaba a una cuadra del auto de su adversario y seguía sus movimientos con un par de binoculares y un micrófono especial de largo alcance.

Lenta y silenciosamente, el leal empleado de Sassone abrió la puerta del apartamento. Miró alrededor percatándose que no hubiese sorpresas de última hora e inmediatamente se dirigió a donde sus hombres le habían informado que estaba localizado el equipo del francés. Una vez dentro del cuarto, abrió el clóset y encendió la luz.

Estaba casi vacío excepto por las dos maletas con el nombre de Danielle en la etiqueta de identificación. Su curiosidad le hizo abrir una de ellas. Estaba llena de ropa, un par de frascos con píldoras antidepresivas y algo parecido a un álbum de fotos envuelto en papel periódico escrito en francés. Tomás lo sacó de la maleta y se dio cuenta de una mancha de sangre en su tapa. El hombre lo abrió cuidadosamente y encontró fotos de Danielle y lo que él pensaba era su familia. Sin embargo, mientras revisaba las fotografías, vio algo que lo perturbó. Él no entendía lo que estaba pasando, estaba confundido y decidió poner las fotos de vuelta en su lugar para ir al otro dormitorio.

Mientras, el señor Butler continuaba en su auto, esperando que Tomás abandonara el apartamento antes de que Stephanie hiciera acto de presencia. Butler estaba enterado que por Danielle no tenía que preocuparse, ya que se hallaba en el ensayo todo el día. Sin embargo, le empezaba a intrigar el hecho de que Tomás se estaba tardando más de la cuenta. A medida que pasaban los minutos, la ansiedad en Butler crecía, por lo que decidió finalmente subir al apartamento, y chequear por sí mismo.

Tomás abrió un clóset, solo para encontrarlo lleno de ropa y muy pequeño como para esconder un par de cajas. Luego fue hasta el otro clóset y mientras lo abría, la cajita musical de madera donde Stephanie tenía enterrado su pasado, cayó al piso. Esto, aunque distrajo al hombre, encontró dentro del clóset lo que estaba buscando. Sacó las cajas y las puso sobre la cama. A sabiendas que requerían una combinación para abrirlas, vino preparado y extrajo de su bolsillo un dispositivo capaz de abrir cualquier seguro con combinación en el mundo.

Una de las cajas contenía cinco pequeños dardos de aproximadamente media pulgada de largo. Los dardos eran tan delgados como un alfiler y se hallaban preservados dentro de tubos de media pulgada de diámetro y cuatro de largo, especialmente diseñados como los usados en el laboratorio. La otra caja, de la misma forma que la primera, pero un poco más grande y pesada, contenía todo el equipo de fotografía que se necesitaba para un trabajo de ese tipo.

Tomás chequeó la cámara y sus componentes y descubrió que el aparato

estaba adaptado para ser utilizado junto con los dardos en el trabajo de Butler. El ex quarterback tenía conocimiento acerca de los diminutos dardos asesinos, pero nunca había tenido la oportunidad de verlos «en persona». Los dardos se insertaban dentro de la cámara como si fuera el rollo de película; el lente de la cámara se utilizaba como mira telescópica y, al presionar el botón para tomar fotos, se disparaban los dardos que eran instantáneamente letales.

Ellos tenían un compuesto químico que una vez dentro del cuerpo de la víctima se disolvía en menos de un minuto, causando la muerte instantánea. Luego, cuando se realizara la autopsia, no hallarían rastro de dicha sustancia y podría aparecer como si la víctima hubiese fallecido de un infarto o de alguna reacción a un medicamento ingerido por la persona, dependiendo del estado de salud de esta. En otras palabras. El señor Butler no dejaría rastro de su eficacia, como siempre lo hacía.

Una vez analizando el contenido de la caja, Tomás lo volvió a colocar en su sitio original, pensando por un momento en dejar un dispositivo rastreador en él, pero sabía que Maurice, con su experiencia, lo encontraría tarde o temprano. Antes de abandonar el dormitorio notó que la cajita musical estaba abierta en el piso con una foto a su lado. El hombre recogió el retrato que tenía escrito: «A mi hija amada». Tomás se quedó en shock al ver la imagen de la mujer en la foto, se sentó en un rincón de la cama y, observando detenidamente a la mujer del retrato, el ex jugador de fútbol americano se vio transportado a su no tan glorioso pasado... la persona de la foto era Sheri, la mujer a la que él había violado en su último año en la secundaria. El hombre leyó cuidadosamente las palabras escritas en el reverso de la foto, provocando que su impresión fuese aún mayor.

Tomás tenía información de que Sheri nunca pudo recuperarse por completo del salvaje acto infligido a ella y que el trauma psicológico le impidió haberse involucrado en relación sentimental alguna, por lo que llegó a una conclusión... y de sus labios escaparon las palabras: —¿Tengo una hija? ¡Stephanie es mi hija...! ¡Oh Dios...! ¡ella es mi hija...! Por eso es que se fueron de la ciudad... estaba embarazada de mi hija... ¿qué he hecho, qué he hecho!

Mientras Tomás Peterson confrontaba su dolorosa verdad, Butler entraba al apartamento tratando de averiguar el motivo de la demora del empleado de confianza de Sassone. Por un momento hasta llegó a pensar que Peterson había decidido tomar acción por cuenta propia, lo que hubiese puesto en peligro el contrato.

Maurice entró al apartamento y se acercó lenta y silenciosamente al dormitorio de Stephanie cuando de pronto escuchó a Tomás sollozar y hablar consigo mismo. Butler se detuvo en el pasillo y se apoyó contra la pared. El

francés estaba confundido al igual que lo estaba Peterson, cuyo llanto era muy evidente y le impedía percatarse de la presencia de Butler en el apartamento. En ese momento, el mundo que Tomás Peterson conocía dejó de existir abruptamente para despertar a una nueva realidad, a algo que él había ignorado todo este tiempo. Se sintió traicionado por la vida y por casi todo lo que lo rodeaba. Las lágrimas rodando por sus mejillas marcaban sencillamente el reflejo de lo que este hombre había estado escondiendo por dentro desde aquel terrible acto de violencia sexual. Su llanto era de repudio a sí mismo, ya que era consciente de que luego de haber arruinado la vida de una familia entera, él pudo escapar a la justicia humana gracias a las influencias de su padre. Pero ahora, había una hija, Stephanie, la stripper que realizó ese baile sensual para él la otra noche, la stripper a quien le compró tragos y sobre la cual tuvo pensamientos eróticos.

—¡Dios...! ¿Cómo me dejaste hacer esto? —gritó él.

Maurice Butler se escondió en el cuarto de Danielle. No podía creer lo que estaba escuchando salir de la boca de este hombre.

Tomás besó tiernamente la foto de Sheri y la puso de nuevo en la cajita musical. Pensó en llevarse todo con él y usarlo como excusa para reunirse con Stephanie y contarle su versión, pero todo esto le era emocionalmente difícil. Tenía que pensar de una forma más calmada la manera de proceder, sin hacerle daño a su recientemente hallada hija. Le urgía decirle quién era él para ella.

—Por favor Dios, al menos haz que ella encuentre la forma de perdonarme por lo que le hice a su madre —expresó el atormentado hombre.

Tomás Peterson abandonó el apartamento pensando que para obtener el perdón de Stephanie, primero, tenía que tener el perdón de Dios. La cosa menos importante en su mente en ese momento era llamar a su jefe y reportar lo que había encontrado. Le imperaba resolver su situación antes de que fuera muy tarde.

Una vez que Tomás se marchó, Butler entró a la habitación de Stephanie para revisar el equipo, halló todo en orden y cambió la combinación de ambas cajas, en caso de que alguien tratara de averiguar el contenido de estas. Maurice echó una mirada alrededor tratando de encontrar una pista acerca del desastre emocional de Peterson, pero su búsqueda fue infructuosa. Sin embargo, por lo que escuchó, Tomás Peterson había encontrado algo con respecto a una hija de la cual no sabía nada, y Butler tenía el presentimiento de que esta era Stephanie. Una vez concluida su tarea en el apartamento, Butler se dirigió directamente hasta su auto y trató de seguirle el paso a Tomás, pero su agenda le recordó que tenía que reunirse con su socio.

Unos minutos antes de las dos en punto, como estaba planeado, el padre

McHannen y un representante del Instituto, recogieron a los niños en el Aeropuerto Internacional de Miami; quienes arribaron en un avión charter desde Francia, mientras que los que procedían de América del Sur, lo hicieron desde Nueva York casi media hora después. Los chicos fueron transportados en dos buses de primera clase a la sucursal del Instituto para una ceremonia de bienvenida y un almuerzo. Ahí les presentaron a la hermana Divine y al padre Cross, escogidos como supervisores generales de los ilustres visitantes. Tarde en la noche, el padre McHannen estaría encargado de officiar la misa de las siete en honor a los distinguidos huéspedes.

Mientras tanto, después del almuerzo en el Instituto, los niños junto con sus supervisores se embarcaron en los buses hacia el hotel Ocean Vista para el ensayo. Al mismo tiempo, el padre McHannen se encargó de algunos asuntos de último momento relacionados con la estadía de los niños en Miami para luego encaminarse a San Vicente.

Como todos los días después de las tres de la tarde, el buen sacerdote estaba a cargo de escuchar las confesiones de los feligreses pecadores que visitaban la parroquia. Sabiendo que se retrasaría, se comunicó con el padre Sócrates, pidiéndole que lo reemplazara por unos minutos hasta que llegara. Al pasar un cuarto de hora después de la llamada, McHannen entró a su oficina en la iglesia, y después de chequear sus mensajes con Diane, se encomendó a Dios para luego dirigirse al confesionario.

Tomás Peterson conducía su auto hacia el oeste en la autopista Dolphin con la música a todo volumen y el celular apagado. Aunque una fría brisa arropaba el sur de la Florida, el hombre manejaba con el aire acondicionado en su punto máximo, y completamente bañado en sudor. Por un momento le pasó por su mente la idea de llamar a su jefe para desahogarse, pero este asunto era algo que él tenía que resolver por sí mismo. Si bien sus padres trataron de inculcar en el joven Timmy Peterson la fe católica llevándolo a misa todos los domingos, él no se consideraba una persona religiosa, especialmente después de haber tenido la oportunidad de estudiar otras culturas. Sin embargo, esta vez necesitaba alguien que lo escuchara sin ningún prejuicio y, apelando al catolicismo forzado, residuo de su adolescencia, recordó que los soldados de Dios podrían ayudar a sanar su herida emocional. En ese instante, Peterson decidió manejar hasta San Vicente, la única iglesia que él visitó durante su niñez.

Tomás estacionó el auto frente a la entrada de la iglesia, tomó su celular y marcó el número de la línea directa de su jefe. Nadie contestó, pero tampoco quiso dejar ningún mensaje. Nuevamente lo apagó, lo puso en su bolsillo y se dirigió al interior del templo.

Una atmósfera de silencio reinaba en la Casa de Dios. Excepto por algunas

personas en su rezo diario, la iglesia estaba casi vacía. Se le empezaba hacer extraño a Tomás el poner pie en el interior del templo sin saber cómo proceder. Miró fijamente a la imagen de Jesús en la cruz como tratando de buscar alguna guía en el Todopoderoso. Una pareja de feligreses se distrajeron por su presencia, lo que incomodó al ex futbolista, que estuvo apunto de abandonar el lugar llevándose su tortura emocional con él. Pero de repente, un siervo de Dios se acercó a su alma perdida.

—¿Te puedo ayudar hijo?

Tomás estaba prácticamente mudo mientras trataba de tomar las riendas de sus emociones.

—¿Es primera vez que vienes a San Vicente? —preguntó el sacerdote.

El señor Peterson quedó sin saber qué decir frente al bien intencionado religioso, quien notó la confusión que reinaba dentro del alma de este hombre. El siervo de Dios lo tomó por el brazo y lo llevó a uno de los bancos de la iglesia.

—Estás en la Casa de Dios. Todo lo que me digas en este lugar es confidencial. Es entre tú, yo y el Señor.

Le fue difícil a Tomás pronunciar algunas palabras, especialmente ante un extraño y en un lugar por igual de ajeno.

—Mire Padre... no sé qué decir. En este momento, necesito desahogarme, tengo muchas cosas dentro de mí... Es uno de esos asuntos personales que uno entierra en lo más profundo del pasado, hasta que un día sucede algo inesperado que lo hace reaparecer, como si nunca se hubiese ido —dijo el ex deportista al sacerdote.

—Si has tenido el valor de venir hasta acá, probablemente es porque Dios lo ha determinado así y es tiempo que enfrentes el miedo que has relegado en el fondo de tu conciencia. Hijo, el Señor te ha puesto en el camino de la verdad y debes cumplir con este. Es por tu propio bien.

Tomás escuchó las reconfortantes palabras del sacerdote, aceptándolas como una medicina para el sufrimiento de su conciencia.

—Observa a tu alrededor, amigo. Fíjate bien, todos ellos han sufrido de vez en cuando. Unos más que otros.... El Señor mandó a su hijo para liberar a la humanidad del pecado y sufrimiento, pero todo lo que él obtuvo fue precisamente eso. Dios nos da su amor... nos dice que nos amemos los unos a los otros, sin embargo, todo lo que hacemos es provocar el dolor en nuestros hermanos y hermanas. Está en nuestra naturaleza el sufrir y causar sufrimiento.

A pesar de todo, nuestro misericordioso Padre nos ha bendecido proporcionándonos una fuerte armazón para nuestra alma, tan fuerte que ningún sufrimiento la puede arrancar lejos de nosotros y siempre terminamos aquí, en su casa, buscando redención y perdón para nuestra pobre y torturada alma —

manifestó el sacerdote.

—Hace muchos años, Padre, me sentía atraído por una hermosa y joven chica. Tenía un novio, como casi todas, y estaba muy enamorada de él. En ese entonces, yo era un adolescente loco, igual que los otros... usted me entiende. Cuando uno está en esa edad y goza de popularidad en la escuela, uno piensa que nada le puede hacer daño. Yo... yo me obsesioné con ella, Padre. No podía contemplar ni aceptar el hecho de que ella estaba planeando pasar el resto de su vida con este otro chico.... Me llevó a un punto de locura extrema, realmente lo hizo.

Por un momento, Tomás detuvo su relato, dudando si seguía con el resto de la historia, confesándose ante el sacerdote.

—Mira amigo, sé que no es fácil, pero Dios te ha dado voluntad y fuerza para redimirte. No te detengas ahora. No temas. El Señor puede obrar milagros en nuestros corazones.

Luego de estas frases de aliento, Tomás continuó.

—Era nuestro último año en la secundaria. Me propuse en aquel momento que tenía que hacer algo para que me recordara. Comencé a acosarla por el teléfono, luego en el colegio. Hasta que un día, Padre, hice lo inconcebible. Destruí su vida y la de su familia.

Esa tarde, la cité en los vestidores de las chicas con la excusa de que sería la última vez que escucharía de mí. ¡Lucía tan hermosa, cargando sus libros entre sus brazos, apretados contra sus pechos! Se veía tan radiante como un ángel. ¿Ha tenido la suerte de ver un ángel, Padre? Sin embargo, nada importó, yo estaba enojado, muy enojado. El cigarrillo de marihuana que me había fumado no me ayudó a calmar el enojo, todo lo contrario, contribuyó a que mi enojo se convirtiera en violenta ira. Y ahí fue cuando sucedió, Padre. Ahí fue cuando la violé.

El corpulento señor Peterson rompió en llanto y bajó la cabeza ante la imagen de Jesús en la cruz, pero para ese momento él no era el único con lágrimas en los ojos. El sacerdote derramó las suyas también. Argonaut McHannen volteó por unos segundos, dando la espalda a la pobre alma que estaba a su lado. Mientras las lágrimas de Tomás eran de aflicción, las de McHannen las provocaba el dolor al escuchar el relato del feligrés sentado a su lado, ya que se identificaba plenamente con la historia. Como sacerdote, aceptó el hecho de que este hombre había hecho las paces con Dios y consigo mismo. Argonaut se arrodilló con su mirada ante el Salvador en la cruz y oró por el alma de Tomás y la que alguna vez fue su amada Sheri, a quien él aún tenía en su corazón. Se le hacía muy duro al sacerdote volver a recordar los agradables momentos que tuvo con el amor de su vida hace más de veinte años. Recuerdos

que se encontraron con un brusco final en la persona de Tomás Peterson. Quizás en ese entonces, Argonaut podía haber pensado en buscar alguna clase de represalia contra Tomás, pero el asunto se presentaba en una perspectiva muy diferente. Él era un siervo del Señor y como tal, estaba en la obligación de ayudar a buscar el perdón para la pobre alma de este hombre a través del poder de la oración. Argonaut se puso de pie y se sentó al lado del sufrido hombre quien todavía estaba inmerso en su llanto.

—Dios te ha perdonado Tomás... y yo también —dijo McHannen, dándole la bendición.

Con sus temblorosas manos, Tomás secó las lágrimas de su rostro. Por un momento, el señor Peterson se sintió aun más aturdido de lo que estaba. No podía saber de dónde y cómo el sacerdote supo su nombre.

—Ven Peterson, vamos a sentarnos —le pidió el sacerdote.

—¿Cómo es que usted sabe mi nombre? ¿Nos conocemos de antes? —inquirió el angustiado hombre.

—Hace algún tiempo yo estuve enamorado de una hermosa y joven mujer. Era la luz de mi vida, al igual que yo de la suya. Nos juramos el uno al otro que sin importar lo que llegara a pasar, nunca nos apartaríamos. Sin embargo, el destino se encarga de organizar nuestras vidas, siempre diferente a lo que nosotros pensamos. No hay nada que puedas hacer al respecto. Ella y yo encontramos nuestro destino, y a pesar de que era totalmente diferente al que habíamos pensado, lo aceptamos. Tal como tú has encontrado hoy el tuyo.

La confusión y la angustia habían hecho presa del señor Peterson, quien no entendía el punto de la historia del sacerdote. Hasta que escuchó un nombre familiar.

—Algunos lo llaman la voluntad de Dios, pero yo, lo llamo destino. Si el maldito azar que nos apartó a Sheri y a mí....

Tomás se quedó en shock. Hasta se alejó unos metros del lado del sacerdote, pensando en marcharse a la carrera. ¿Qué más podía suceder?, se preguntó a sí mismo. Al menos la fortuna y la voluntad de Dios los había puesto cara a cara por primera vez, para que pudieran desahogar el dolor que traían guardado por las últimas dos décadas.

—Entonces usted debe ser... Argonaut McHannen... pero, ¿cómo terminó aquí? Es decir de sacerdote.

—Mi vocación es genuina, Tomás —respondió el sacerdote—. No tienes nada de qué temer. Todos tenemos que aceptar la voluntad de Dios. Al final, es para nuestro propio bien. Acoge en tu corazón el perdón de Dios y sigue adelante con tu vida. No tengo resentimiento alguno hacia tu persona, Tomás. De hecho, siempre rezo por ella, al igual que por ti. Y ahora, bueno, el Señor nos ha

dado la oportunidad de hacer las paces y poner este asunto en las páginas de la historia de nuestras respectivas existencias. El próximo paso es rezar por el alma de Sheri y por la tuya. Vamos, abre tu corazón al Señor.

Peterson miraba perplejo al sacerdote, resolviendo en su mente decirle sobre la hija de su amada Sheri, Stephanie. Era demasiado para asimilar por ambos, pero pensó que no iba a haber otra oportunidad como esta.

—Antes de que continúe, Padre, tengo que mencionar algo muy importante —Tomás hizo una pausa por un momento y prosiguió—. La tortura de Sheri no terminó el día que se fue de la ciudad. De hecho, siguió...

—¿A qué te refieres? —preguntó McHannen.

—Sheri tuvo una hija... mi hija, de la cual no sabía nada hasta hoy. Dígame, Padre, ¿usted conocía de su existencia?

—¡No, por supuesto que no! —dijo el sorprendido siervo del cielo.

El sacerdote cerró sus ojos, pidiéndole a Dios que le diera la fuerza interior para comprender todo lo que estaba escuchando. El contenido de las noticias que el pobre discípulo de Dios había recibido en las últimas veinticuatro horas era demasiado fuerte. Primero, la llamada de Francia y ahora casi después de veinte años, el hombre que prácticamente se llevó al amor de su vida, de repente aparece. Parecía como si el pasado tuviera urgencia de resolver los asuntos pendientes.

—Dígame, Padre, ¿cómo me le acerco? ¿Usted cree que ella sepa de mí? ¿Querrá ella verme o hablar conmigo?

—Cálmate Tomás. ¿Cómo es que te enteraste de su existencia?

—Anoche fui a su trabajo. Pasamos un rato juntos, bebiendo y hablando.

—Un momento. ¿En qué clase de lugar trabaja?

—Ella es una bailarina exótica de un prestigioso club. De cualquier modo, Padre, tengo que decirle que pude percibir algo en esa chica. Usted sabe, una de esas cosas que uno ve en una persona, que la hacen parecer como si fuese conocida, ¿entiende?

—¿Y cómo te pareció?

—No lo puedo expresar bien, Padre. Por supuesto, puse las piezas juntas esta tarde cuando por accidente encontré una vieja foto de Sheri con una dedicatoria en el reverso escrita hace unos veinte años. ¿Entiende ahora, Padre?

—Creo que sí, Pero, ¿cómo pudiste ver esa foto?

—No puedo hablar de eso, Padre.

—Está bien.

—Lo que quiero hacer es hablar con ella. Me gustaría pedirle su perdón por no estar ahí cuando me necesitaba. Ya lo dijo, Padre, Dios me ha perdonado al igual que usted. Ahora necesito que ella haga lo mismo, pero no sé cómo puedo

hacerlo.

—Mira Tomás, hoy hemos sanado una herida que había estado abierta por casi dos décadas. No abramos otra. Mejor déjala descansar.

—No sé, Padre. ¿Por qué usted no habla con ella? Sería mejor si la noticia viene de usted.

—Te aconsejo que pensemos al respecto y procedamos con discreción y cautela; aunque como dije, es mejor que dejemos descansar ese problema, y dejar que el orden de las cosas sean dictadas por el Señor.

Peterson y Argonaut bajaron la cabeza y rezaron por el alma de la siempre recordada Sheri, dondequiera que estuviese. Luego de más de dos décadas, ambos caballeros habían hecho las paces, no solo entre ellos, sino con ellos mismos, para de esa forma seguir con sus vidas.

La visita de Tomás a San Vicente lo ayudó a sosegar el dolor que de repente había encontrado en esta etapa de su vida. Sin embargo, muchas ideas empezaron a rondar en su mente. Una de ellas era presentarle su renuncia a Pietro Sassone y retirarse para convertirse en entrenador de fútbol americano de alguna escuela. Nunca antes hubiese dudado el seguir trabajando para el señor Sassone, pero los recientes eventos lo llevaron a reconsiderar el rumbo que su vida debiera tomar. El señor Peterson se marchó de la iglesia prometiéndole al padre McHannen pensar un poco más acerca del asunto con Stephanie. Ambos estuvieron de acuerdo en reunirse en la semana para decidir cómo iban a manejar la situación con la hija de Sheri, aunque McHannen ya tenía una vaga idea sobre esto. Argonaut se retiró a sus aposentos para orar. El Señor hace su trabajo de una manera misteriosa, se dijo a sí mismo. Antes de celebrar la misa para los niños del Instituto, decidió tomar una pequeña siesta y quizás así, tener sus pensamientos un poco más claros.

Tomás prendió su celular mientras manejaba rumbo norte en la autopista I95. Había cuatro mensajes; todos eran de su jefe. El señor Peterson supo que una vez que le explicase la situación, Sassone entendería el porqué de su ausencia. Una vez escuchados los mensajes, Peterson procedió a llamar a su jefe.

—Buenas tardes señor Sassone.

—¡Tomás, ya era hora! ¿Dónde has estado?

—Me hallaba resolviendo una inesperada situación personal la cual le explicaré después, Pero con respecto a nuestro amigo, el señor Butler, todo está bajo control.

—Entonces todos mis problemas van a desaparecer mañana.

—Délo por hecho, señor.

Tomás le dijo a su jefe que lo vería en una hora para finalizar los planes de mañana.

Después de salir del apartamento de Stephanie, el socio del señor Butler tomó un paseo por South Beach. Todavía estaba tratando de acostumbrarse al nombre de Stefan. Maurice propuso la idea a Roberto de que usara su segundo nombre para mantener un perfil bajo mientras estuviera en Miami. Maurice se encargó de suministrarle el pasaporte falso así como otros documentos; pero la verdadera situación que ocupaba sus pensamientos tenía que ver con la modelo francesa cuya vida estaba determinado en acabar.

Pensó en montar guardia al apartamento de Stephanie hasta que llegara Danielle y poder confrontarla por última vez para atar los cabos sueltos de la sangrienta noche en París.

Los últimos años no habían sido fáciles para Roberto. Especialmente después de descubrir la mentira que Danielle le había hecho vivir. Fue un golpe devastador el descubrir las fotos que su amada había escondido de él. Roberto Rossi amaba tanto a Danielle que después de encontrar el álbum de fotos, su primer pensamiento fue simplemente callar, y tratar de seguir con una vida normal, con una relación basada en la confianza, el respeto y más que nada, el amor.

Hizo el intento para que sus sentimientos no cambiaran, pero las cosas ya no eran las mismas. El fotógrafo comenzó a apartarse poco a poco de la relación encontrando refugio en el alcohol. Con cada día que pasaba, bebía más y más, pasando el menor tiempo posible con su novia. La adicción cambió su comportamiento, haciéndolo más volátil y vulnerable a la violencia. Roberto no tenía nadie en quien desahogar su frustración. Se vio forzado a guardarse todo dentro de sí, hasta que un día, su extremo estado de embriaguez obligó al manager de un club que frecuentaba a echarlo luego de armar un escándalo donde terminó pegándole al barman al igual que a la linda chica que atendía la caja. Los oficiales de seguridad entraron y trataron de arrestar a Roberto para llevarlo a la estación de policía, pero gracias a uno de los clientes VIP del club, lo dejaron ir sin cargo alguno. El hombre se presentó como Maurice Butler, quien notó que Roberto no estaba en condiciones de manejar y menos de pedir un taxi hasta su casa, por lo que decidió llevar a su nuevo amigo hasta su propia casa. Una vez ahí, en la mansión de Butler cerca de la Ciudad Luz, Maurice llevó a su invitado a uno de los cuartos y lo dejó descansar.

A la mañana siguiente, Roberto se despertó con un gran dolor de cabeza producto de su noche de copas. Al principio no reconocía donde estaba. Por un momento, pensó que había muerto, pero se encontró con una nota que descansaba en la mesita de noche, al lado de la cama, que decía: «Relájate amigo. Estás en un lugar seguro. Toma las dos píldoras que están al lado de la jarra de agua.

Te aliviarán el dolor de cabeza. Cuando estés listo, toma una ducha y baja. Encontrarás todo lo que necesites en el clóset». La nota terminó así, sin nombre alguno que revelara la identidad de su anfitrión. Roberto abrió la puerta y con cautela procedió a echar una mirada fuera del cuarto. El pasillo estaba vacío, casi oscuro. La luz solar apenas se hacía presente. Rossi volvió al cuarto y tomó las píldoras. Abrió el clóset y, como decía la nota, encontró un buen juego de ropa de vestir con unas cuantas toallas, zapatos de marca y casi todo lo que necesitaba para su higiene personal.

La naturaleza de los negocios de Maurice Butler lo hacía un hombre muy privado y hasta a veces solitario. La otra persona en la casa era una empleada a medio tiempo, quien prácticamente se encargaba del cuidado estético de la mansión tres veces por semana.

Maurice no acostumbraba a tener invitados en su hogar, pero esta era una ocasión especial. El violento desahogo de su invitado no era nada nuevo para él. Cuando un hombre cae víctima del alcoholismo como en el caso de Roberto, la razón de esto debe ser la pérdida de un ser querido. Lo de Roberto se debía a eso precisamente; una mujer que fue muy querida para él. Algo en lo que Maurice Butler tenía conocimiento de primera mano.

Después de unos minutos, Roberto se dirigió al vestíbulo con su nuevo atuendo sobre su piel. La jaqueca había disminuido, mas lo que buscaba el italiano era satisfacer su hambre. Un portarretrato vacío como única compañía llamó la atención del fotógrafo. Lo tomó, lo inspeccionó, buscando la desaparecida foto.

—No te molestes, mi amigo —dijo la estrepitosa voz proveniente del pasillo.

Roberto inmediatamente puso el marco de vuelta a su lugar y esperó a ver de quién era la voz.

El anfitrión salió de entre las penumbras del pasillo y se presentó a su invitado.

—Buenos días. Mi nombre es Maurice Butler.

—Roberto Rossi, mucho gusto —dijo mientras se estrechaban las manos.

—Asumo que quieres saber cómo terminaste aquí.

—Claro que sí.

—Estabas muy ebrio para recordar. Pero te digo, amigo Rossi; el espectáculo de anoche no fue nada agradable. Estuviste muy cerca de terminar tras las rejas —explicó Maurice.

—Supongo que tengo que agradecerte por rescatarme.

—Te he visto anteriormente por el club. Una vez hasta con tu novia, una mujer muy hermosa, por cierto.

—¡No me menciones a esa hija de puta otra vez! —interrumpió abruptamente Roberto.

—Ya veo que estaba en lo correcto acerca de las circunstancias que te habían llevado refugiarte en el alcohol. Tiene que ver con una mujer. Esa mujer. Lo que sea que te haya hecho debió haberte lastimado mucho, ah.

—Ya dije que prefiero no hablar de eso. Solo quiero comer algo e irme de aquí.

—Para volver a tu hábitos de beber otra vez.

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

—Estás en lo correcto. No te he traído aquí para decirte qué hacer, pero odiaría ver la vida de un hombre joven desperdiciarse por una relación que terminó mal.

—¿Qué me sugieres?

—Yo pasé por una situación similar. Y hasta llegué a pensar que no podía vivir otro minuto más sin ella. En esos días, tuve que viajar mucho debido a los negocios en los que estoy involucrado, así que la muy puta, decidió buscar compañía más estable, si sabes a lo que me refiero.

—¿Qué hiciste cuando te enteraste de eso?

—Al principio, también busqué refugio en el alcohol, aún así, no la podía sacar de mis pensamientos. Por lo tanto, un día me di cuenta de que lo que me molestaba era verlos juntos, especialmente a él tomando mi lugar al lado de ella. Por esas cosas de la vida, amigo Rossi, la clase de negocios en la que estoy me ayudó a resolver el problema. ¿Recuerda no hace mucho el tren que explotó en vísperas de Año Nuevo? El tren que transportaba al Primer Ministro de Oriente Medio en camino a firmar un tratado de paz.

—Lo recuerdo vagamente. Fue una noticia importante, especialmente en un día como ese.

—Bien, sucedió que mi mujer iba en ese tren. Ella era una productora de noticias asignada a cubrir lo que se suponía iba a ser una ocasión histórica. Tenía arreglado llevar a su novio con ella ese día.

Él era un camarógrafo. Se suponía que ellos iban a recibir el año en una atmósfera muy romántica, pero les arruiné todo.

—¡Me estás diciendo que...!

—Digamos que maté dos pájaros de un tiro, y hasta me pagaron muy bien por hacerlo.

Roberto quedó petrificado. Entendió exactamente lo que su anfitrión estaba diciendo. Quiso pensar que se trataba de una broma de mal gusto, pero la expresión de frialdad en el rostro del francés le confirmaba lo contrario.

—Sí, mi amigo Rossi. Esa es la manera como me gano la vida, y como

puedes ver, la remuneración es de primer orden. Lo que más me gusta de mi profesión es el anonimato que el trabajo requiere. Solo muy pocas personas saben mi verdadera identidad.

Aparte de ellos, soy un desconocido para el resto del mundo, así como par el resto de mis colegas.

—¿Por qué tomaste el riesgo de traerme aquí, si prefieres vivir en ese anonimato?

—Como te dije, Rossi. Me gusta observar a la gente. Y en mi línea de trabajo, tienes que aprenderlo para poder sobrevivir. Uno tiene que conocer su objetivo por dentro y por fuera.

—¿Entonces me ayudaste para conocerme?

—No tienes nada que temer. Solo elimino lo que no sirve, cuando me lo piden y por supuesto, cuando me pagan. No me encargo de parranderos o alcohólicos. Tengo una reputación que mantener.

—Gracias por aclararme eso. Ahora me siento mejor —dijo Roberto.

Los dos hombres se dirigieron a la cocina para comer algo y seguir con la plática.

—¿Por qué conservas el portarretrato de esa forma?

—Solía haber una foto de ella y yo. El día que murió, la saqué de ahí y decidí que mantendría sus recuerdos en mi corazón, y quemé las otras. En cuanto al portarretrato, fue su idea y bien....

—Creo que ya voy entendiendo. Lo que no acabo de captar es cómo me sugieres que resuelva mi problema.

—Para comenzar, supongo que ya no quieres regresar con tu novia. Así que puedes permanecer aquí hasta que encuentres un lugar. Y por lo otro, si escuchaste mi historia, creo que ya sabes que....

—Espera. Me estás sugiriendo que mate a mi novia, como lo hiciste con la tuya... ¡no estoy de acuerdo, Butler!

—Por ahora tienes que relajarte. El resto depende de tí. Sin embargo recuerda, que algunas veces, EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS.

Con el paso del tiempo, la amistad entre estos dos hombres se iba estrechando. Butler ayudó a Rossi a salir de su depresión y de su adicción; también lo asistió con sus finanzas, pero los recuerdos de Danielle aún estaban impregnados en su mente, cobrando su precio.

Roberto pasó del alcoholismo a tomar pastillas para la depresión.

Butler pagó por el tratamiento y la rehabilitación de su amigo, pero al final, no fue suficiente para curar su pena. El fotógrafo italiano nunca dio detalles del verdadero problema con Danielle. Jamás habló de las fotos en el álbum, limitándose a mencionar que había sido traicionado por el amor de su vida.

Rossi estaba muy aturdido. Lo único que lo mantenía en sus cinco sentidos era el apoyo de su amigo Butler. Roberto llegó a la conclusión de que la forma más factible de acabar con su sufrimiento era de la misma manera que lo hizo Maurice. EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS. Butler preparó a Roberto mental y físicamente para lograr su cometido. Aquella tarea que no pudo terminar en París, pero que esperaba completar en Miami.

El frío en la playa se acentuaba. Roberto estaba cansado de su largo viaje. Sus condiciones físicas no eran las mejores. El dolor de las heridas que su ex amante le infligió aún se hallaban cicatrizando.

Danielle no llegaba a casa del ensayo y el descansar le urgía al italiano. Roberto manejó hasta el apartamento en una zona exclusiva del condado de Broward, donde Butler se estaba hospedando.

—Buenas noches, mi amigo. Bienvenido a la Florida —dijo Butler mientras se paraba detrás de su escritorio de trabajo. Los dos hombres se saludaron con un abrazo y luego siguieron con su conversación.

—Me siento demasiado cansado —expresó Roberto mientras se sentaba en el sofá. ¿Revisaste el equipo?

—Sí, muchas gracias por el favor. ¿Pudiste ver a Danielle?

—No. Como te dije, estoy muy cansado. Creo que necesito dormir. Por cierto, gracias por lo del pasaporte falso. Todo salió de maravilla.

—Me alegro que todo haya sido así. Además, tu nueva apariencia ayuda mucho. Ahora, antes de que descanses un poco, repasemos el plan que ejecutaremos mañana.

—Sí, ya sé. Lo de mañana es muy importante para mí como lo es para ti. Por cierto, ¿vas a recoger el equipo esta noche?

—Mañana en la mañana. El desfile de modas no comenzará sino en la tarde. Iré al apartamento mientras tú esperas en el carro. De todas maneras, Danielle estará en el hotel para los ensayos de última hora.

—Entonces no la veré sino hasta que lleguemos al hotel.

—Así es. Solo acuérdate de lo que hemos hablado anteriormente y todo saldrá bien. Ten paciencia amigo. Recuerda que el fin... justifica los medios.

—Sí... el fin justifica los medios.

Roberto se dirigió a su cuarto para descansar. Antes pensó en ir al hotel esa misma noche y observar el ensayo de Danielle, pero Butler lo persuadió de lo contrario a fin de que estuviera en óptimas condiciones de salud para cumplir con el objetivo.

El ensayo se había extendido por cerca de una hora. Todo parecía estar listo para el desfile de mañana. Lo más divertido era la prueba con los niños. Algunos de ellos estaban algo nerviosos por el alboroto de todo este asunto, y otro factor

que influía en el comportamiento de los pequeñines era el cambio de hora. De todos modos, ellos se habían convertido en el centro de atracción del show, haciendo que algunas de las modelos que no tenían nada que ver esa parte del show permanecieran en el hotel a disfrutar de la inocencia de los chiquillos. Clarissa fue una de las que optó por quedarse. En ese momento llegaba el turno de Danielle en la pasarela junto a un niño francés de seis años de edad. Clarissa permaneció al lado de Edson durante la mayor parte del ensayo de los niños, tratando de desviar la atención de su jefe hacia Danielle, sin éxito alguno. Clarissa sentía que su lugar había sido usurpado por una principiante de Francia, alguien que todavía no tenía un nombre en el negocio de la moda. Estaba completamente furiosa, pero no quería que Edson lo notara, por lo que se le acercó a Lou, tratando de averiguar más sobre su rival.

—Hey Lou, ¿De dónde sacaste a Danielle?

—Sucede ser que ella es compañera de cuarto de una amiga mía.

—A lo que me refiero es que cómo una chica que hizo su debut en las pasarelas de París hace solo unos días, de pronto aparece aquí. No me digas que no estás en contacto con su representante.

—¡Mira Clarissa, todo lo que sé es que Danielle está de vacaciones y durante su tiempo libre ha decidido gentilmente echarnos una mano con esta magnífica causa en la que estamos trabajando.

—¡No me digas! Bueno, a mí no me convence.

—De una forma u otra, vas a tener que lidiar con esto —dijo Lou mientras caminaba hacia los vestidores.

Luego de unos minutos, el ensayo se dio por culminado, no sin antes que la presidenta del Instituto diera a conocer algunas instrucciones de última hora tanto para las modelos como para los pequeñines. Lou también instruyó a sus chicas antes de que estas se esparcieran en la vida nocturna de South Beach. Edson se hallaba en la cafetería, coordinando detalles del desfile con los miembros del Instituto y el personal de seguridad. La hermana Divine y el padre Cross se encargaron de trasladar a los niños de regreso a San Vicente para la misa. Edson y Lou fueron invitados, pero tenían otros planes relacionados con el desfile. Clarissa aprovechó la ocasión para entrar a los vestidores y encontrarse a Danielle compartiendo con otras chicas.

—¿Qué te pareció el ensayo Danielle? —inquirió Clarissa.

—Para serte sincera, me divertí mucho —contestó Danielle.

—Qué bien. Dime Danielle... ¿cuánto tiempo planeas quedarte de vacaciones aquí en South Beach?

—¿De vacaciones...? ah sí... no lo sé. Creo que me está comenzando a gustar esta parte del mundo. Sin embargo, tú sabes, en nuestra profesión no te

puedes acostumbrar a un lugar. Siempre andas viajando.

—Me parece raro que hayas decidido tomar vacaciones justo después de completar tu primer show en París.

Danielle no quiso contestar el comentario. Ella notó que Clarissa quería provocarla de algún modo para que revelara algo acerca de su pasado.

—¿Cuánto tiempo tienes trabajando para la Agencia Lasalle?

—Lo suficiente para ser considerada la top model. ¿Verdad Edson? —dijo Clarissa mientras su jefe hacía entrada en el lugar.

Edson solo miró a Clarissa y le dirigió una sonrisa sarcástica.

—¿Qué haces todavía aquí, Clarissa? —preguntó Lasalle.

—Te estaba esperando. Pensé que podríamos ir a cenar.

—Me quedan algunas diligencias más aquí. Tal vez otro día —Edson se dirigió a Danielle y continuó—: ¿Necesitas que te lleve a casa?

—No es necesario. Gracias. No te quiero distraer de tu trabajo, Edson. Además, vivo cerca, puedo ir caminando.

—Espérame unos diez minutos y te doy un aventón. No te recomiendo andar sola a esta hora de la noche. Y además, ya has caminado lo suficiente por hoy. Ya regreso —dijo Edson mientras se marchaba y dejaba a las dos mujeres.

—Buenas noches para ti también, Edson —agregó Clarissa en tono sarcástico—. Así que vas a salir con el jefe, ¿ah?

—Edson no es mi jefe y no voy a salir con él. Solo me va a llevar a casa.

—¡Bueno, espero que se diviertan! —mencionó Clarissa mientras abandonaba los vestidores, invadida de celos.

Danielle y las otras chicas se despidieron entre sí, para luego buscar a Edson, a quien localizaron finalmente en el lobby. Él le hizo señas de que esperara un par de minutos más. Danielle tomó asiento en uno de los sofás del lobby, donde después de unos segundos, se le acercó Lou Lasalle.

—Hola, Danielle. ¿Está todo bien?

—Sí Lou, muchas gracias. Todo ha sido fantástico y me he divertido mucho.

—Qué bueno. Espero que a partir de mañana podamos seguir trabajando juntos.

—Yo también.

—¿Tienes quien te lleve a casa de Stephanie?

—Edson se ofreció a llevarme. Mira, ahí viene.

—¿Lista mademoiselle? —dijo Edson.

Danielle solo afirmó con una sonrisa. Lou acotó: —Supongo que están listos para el gran show de mañana.

—Sí que lo estamos. Va a ser un desfile digno de la reputación de South Beach.

—¿Y qué te pareció nuestra nueva modelo, Edson?

—Veo que tanto la revista al igual que Juliano estaban en lo correcto con respecto a ella.

—Estoy totalmente de acuerdo, hermano. Bueno, entonces, nos vemos mañana, bye —dijo Lou mientras se marchaba por el lobby hacia el parqueo.

Edson y Danielle también hicieron lo mismo. Ahí esperaron al muchacho del valet parking que les trajera el auto.

—¿Tienes apuro en llegar casa?

—Me siento un poco cansada. ¿Por qué?

—¿Te invito a comer algo?

—Seguro. Vamos.

Anfitrión e invitada se embarcaron en el lujoso vehículo y se dirigieron a uno de los lugares de comidas rápidas en la playa. Danielle colocó su bolso en el piso del carro y se recostó en el asiento.

—No te duermas, primero tienes que comer —dijo Lasalle.

La modelo afirmó con la cabeza y le dijo que no se preocupara, que podía aguantar hasta que llegaran al restaurante. Edson puso algo de música para ayudarla a relajarse.

El restaurante estaba repleto con gente tratando de satisfacer su apetito. La música que salía de los parlantes era suave y agradable, dándole al lugar la atmósfera correcta para disfrutar la comida. Danielle ordenó ensalada César con pollo y una botella de agua, mientras Edson se saciaría con un pan con bistec, plato típico cubano, acompañado de un refresco y tostones. Luego subieron al segundo piso y se sentaron en una mesa cerca con vista a la transitada avenida. Danielle disfrutaba de su ensalada bajo la mirada de Edson, quien observaba cómo la modelo parecía estar desconectada del mundo.

—Hmm... está delicioso —dijo Danielle.

—Me alegra que te haya gustado. Este es uno de mis lugares favoritos, aunque a veces uso el autoservicio para evitar la multitud.

—Gracias por traerme aquí. Tiene bonito ambiente.

—Dime una cosa, Danielle. ¿Cómo era trabajar con el famoso Juliano?

—Él es la persona más agradable en este negocio, bueno, igual que el aquí presente. Él ha hecho mucho por mí.

—¿Seguirás trabajando para él cuando regreses a Europa?

—Me encantaría, pero....

—Pero qué... a mí me gustaría tenerte como parte de mi agencia, pero no puedo ir en contra de Juliano o tus deseos, Danielle.

—¿Me estás haciendo una propuesta, Edson?

—Sería tonto de mi parte no aprovechar la oportunidad. Sobre todo si estoy

cenando con la próxima top model. ¿No crees?

—Gracias. Me siento halagada por la oferta. Sin embargo, no estoy segura de mi futuro, o cuánto tiempo más me quede aquí en Miami. Es que ni siquiera sé si continuaré con mi carrera.

—¿Y a qué se debe eso? Si es que puedo preguntar.

Danielle descansó el tenedor sobre la mesa para beber un sorbo de agua de la botella. Luego, fijó su mirada hacia la ventana, tratando de contener las emociones que la propuesta de Edson había despertado en ella. Todavía le resultaba difícil controlar ese miedo y los malos recuerdos de los hechos transcurridos después de su debut en París. Parecía como si de pronto, la modelo se hubiera trasladado a otra parte, lo que Edson percibió al instante.

—¿Qué ocurre, Danielle?

La única respuesta que obtuvo Edson fue una lágrima que descendía por la mejilla de su invitada. Él tomó su mano, suavemente, queriendo consolarla. Danielle intentó articular alguna palabra, pero fue en vano. De lo que sí estaba segura era de que se sentía a gusto con el hombre sentado frente a ella. No sabía por qué, pero percibía un tipo de conexión entre ambos.

Clarissa estaba en lo correcto, pensó Edson, cuando decía que había estado actuando diferente desde que llegó Danielle al ensayo.

En realidad, la modelo francesa le había fascinado desde el momento que la vio en la foto de la revista.

—Escúchame, Danielle, prácticamente nos conocimos esta mañana, pero por dentro siento como si hubiese un vínculo de muchos años entre nosotros. Lo que estoy tratando de decir es que si tienes algún problema o algo que te esté molestando, me gustaría oírlo para poderte ayudar. Sin ataduras, Danielle, puedes confiar en mí.

De repente esas palabras fueron como una luz de esperanza para la modelo. En su interior, presentía que podía confiar en Lasalle; ¿pero hasta qué punto?, ella misma se preguntó. La joven mujer estaba cerca de averiguarlo.

Danielle confesó su historia en suave tono de voz y sollozando: —Hace un tiempo me enamoré de un hombre, un hombre maravilloso; aunque me llevaba unos cuantos años de edad. Él me enseñó mucho sobre la vida. Me hizo crecer como mujer. Con él sentí cosas que nunca antes había experimentado. Estaba en el cielo; viviendo un sueño. Hasta que un día, Edson, la relación tomó un giro de 180 grados. Dejó de ser el hombre amoroso y detallista del que me enamoré; y en cambio, comenzó beber, cada día más. Todo esto se tradujo en abusar físicamente de mí. Traté de hablar con él y ver cuál era el problema. Lo único que repetía era que yo era la causante de todo y luego, sin anunciarlo, desapareció de mi vida. La semana pasada, el día del desfile de modas, él volvió.

Dijo que lamentaba todo lo que había pasado antes de que me dejara y prácticamente me suplicó que le diera una segunda oportunidad.

Para ese momento de la historia, su comida ya se había enfriado.

Danielle solo tomó un poco de agua y Edson se movió a su lado, para abrazarla y consolarla tiernamente entre sus brazos. Danielle encontró en este gesto la fuerza que necesitaba para continuar con la historia.

—Shh. Ya, calma Danielle. No necesito escuchar más. Perdón por haberte preguntado sobre eso —le dijo Edson.

—No, no es tu culpa, Edson. Duele, pero es bueno para mí desahogarme así, contigo.

Danielle le contó a Edson la historia completa de lo que pasó esa noche después del desfile. El hombre quedó estupefacto al escuchar el relato de lo acontecido en París.

—Te digo... él estaba herido gravemente de la puñalada que le infligí. Sangraba sin parar.

—Pero, y en el hotel, la noche en la que tu dinero fue robado... ¿Qué hay de la nota y la botella de champaña?

—No puedo decirte con certeza si fue él. Incluso si no estuviera muerto, es casi imposible que me haya podido seguir después de que me fui de esa casa. Pensé que lo había matado... ahora no sé —expresó la modelo en medio de lágrimas.

—Shh... cálmate.... Entonces ahora estás viviendo con...

—Stephanie.

—Ah, sí, la amiguita de mi hermano, en el club; y así fue como te contactaste con Lou, ¿verdad?

Danielle afirmó con un gesto de su cabeza. Le había revelado a Edson la realidad de su repentino viaje a Estados Unidos, y ya era muy tarde para arrepentirse de ello. Sin embargo, Lasalle le insistió a la modelo que podía confiar completamente en él.

—Creo que te conviene tomar aire fresco un rato. Ven, vámonos.

Edson y Danielle abandonaron el restaurante y se embarcaron en el Jaguar convertible. Edson tomó Ocean Drive, bordeaban la costa, en medio de la quietud de la noche. Danielle dejó que la fría brisa acariciase su larga cabellera azabache mientras trataba de controlar el flujo de emociones que corrían en su interior. Por otro lado, Edson trataba de encontrar una forma de ayudar a esta sufrida alma con la cual ya tenía un lazo especial.

—Mira Danielle. Si no estás segura de que tu ex novio está muerto, hay que considerar la posibilidad de que ande tras tus pasos. Quiero que sepas que las puertas de mi casa están abiertas para ti. Ahí tendrás más seguridad, al menos

hasta que este asunto se resuelva, ¿no crees?

—Ay Edson, realmente aprecio tu gesto, pero no quiero ser una carga para ti, ni tampoco quiero involucrarte en mis problemas sentimentales —dijo ella sosteniendo su mano.

—Déjame ayudarte, Danielle. Tienes un gran futuro por delante.

Sería una pena que lo echaras a perder por algo como esto. Piénsalo bien —le respondió Edson defendiendo sus argumentos.

Por unos momentos, Danielle no pronunció respuesta alguna; aunque tenía por dentro la corazonada de poder confiar en las buenas intenciones de Lasalle.

—¿Sabes Edson?, no quiero ser malagradecida con Stephanie.

Ella ha sido tan buena conmigo que...

—No te preocupes por eso, Danielle. Stephanie puede acompañarte y quedarse con nosotros. Ella ha estado anteriormente en la casa con Lou. Es más, creo que le va a agradar la idea.

—Déjame hablar primero con ella. Prometo llamarte esta noche con mi respuesta, ¿OK?

Edson le dio el número de su celular y el de la casa y acordaron que él esperaría por su llamada.

Tomás Peterson arribó a la residencia de Sassone cuando faltaban unos quince minutos para las nueve de la noche. Después de salir de la iglesia y comunicarse con su jefe, el despechado hombre manejó por casi toda la ciudad; aunque seguía igual de confundido y alterado. El señor Peterson había dedicado la mayor parte de su vida adulta trabajando para Pietro Sassone, pero jamás había sentido la presión de un problema personal de tal magnitud. Sassone tenía conocimiento del tumultuoso pasado de su protegido, y especialmente de la forma como había salido de la acusación de violación en contra de él.

El leal empleado entró en la oficina sin tener una clara idea de cómo le diría a su jefe lo del asunto relacionado con Stephanie. No obstante, era consciente que la prioridad para Sassone era el show de modas.

—Pasa adelante, Tomás. Necesitamos ultimar algunos detalles para mañana —expresó Sassone.

Pero Pietro, conociendo bien a su leal empleado, notó que la expresión en su rostro denotaba algo de desesperación, y su mirada era vaga, como si estuviese en otro lugar; sin embargo, decidió ignorarlo por el momento.

Peterson se preparó una bebida antes de sentarse frente a su jefe.

—Bueno señor, respecto a Butler, todo en orden —dijo Tomás.

—¿Qué te pareció el método que usará?

—Muy sofisticado. De la mejor clase, y de acuerdo con su reputación. Lo revisé y diría que está planeando entrar al show como un fotógrafo, así que esté

alerta si alguien trata de tomarle una foto, jefe.

—Y apuesto a que su apariencia será camaleónica bajo algún disfraz.

—Yo diría que es una apuesta segura, señor.

Tomás continuó explicándole a su jefe las particularidades del método de los dardos con los que Butler llevaría a cabo su contrato, así Sassone pudo tener más claro lo que pasaría en el transcurso del show. Peterson le mostró un plan detallado del diseño del escenario y las asignaciones de los asientos para los invitados así como los VIP. El programa indicaba que el espectáculo comenzaría a las seis de la tarde con un discurso de la presidenta del Instituto y de inmediato se pasaría al desfile. Luego, una cena auspiciada por la administración de la ciudad de Miami Beach, sería el punto final para la noche. Esto le daba suficiente tiempo a Butler para situar su punto de trabajo cerca de la pasarela.

—Todo marcha como se esperaba. Para mañana a esta hora, habremos removido un gran obstáculo —dijo Sassone.

—Entonces señor, ya que tenemos todo listo, me retiro a casa, para prepararme con tranquilidad.

—Seguro. Mantenme informado cuando llegues al hotel.

—Lo haré. Buenas noches, jefe.

—Ah... espera un segundo, Tomás... ¿hay algo que te molesta?

Te lo pregunto porque noto tu semblante un poco pálido.

—No señor, es solo que estoy estresado. He estado muy activo últimamente, como usted bien sabe.

—¿Estás seguro que es eso nada más?

—Positivo, señor Sassone —dijo Tomás forzando una sonrisa para su respuesta.

—Muy bien, pero quiero que sepas que me puedes confiar cualquier cosa. No solo te considero mi mano derecha, sino también mi amigo.

—Lo sé. Gracias.

Ambos estrecharon las manos para despedirse. Peterson se embarcó en su auto con la tentación de ir al club y ver a Stephanie una vez más. Pero no era el momento ni el lugar adecuado para hacerle saber la verdad sobre él. También, en ese instante le vino a la mente las palabras del padre McHannen sobre dejar las cosas como estaban, pero su ansia de verla nubló su razón... finalmente tomó rumbo al Body Language.

El padre McHannen se hallaba cumpliendo sus labores de relaciones públicas, estrechando manos y despidiéndose de los miembros del Instituto que asistieron a la misa de bienvenida para los niños.

Minutos después, los chicos se marchaban en el bus, camino al hotel donde pernoctarían bajo la supervisión de la hermana Divine y el padre Cross.

Luego de agradecer al personal de la iglesia por las horas extras de trabajo, el sacerdote se refugió a su recámara. Ahí oró por el alma de su querida Sheri y por su hija Stephanie. Le pidió al Señor que guiara sus pensamientos y aclarara su mente para que pudiera encontrar la fuerza espiritual requerida para algún día decirle a Stephanie la verdad sobre su padre. Su conversación con Tomás Peterson estaba todavía fresca en su memoria. Se sentía apenado de que el otrora futbolista se hubiera enterado de la existencia de Stephanie en este punto de su vida. Un hombre apuesto en los años de secundaria, con un gran futuro por delante. Pudo haberlo tenido todo, pero en su lugar, parecía un alma perdida, en búsqueda de lo que muchos seres humanos deseamos: AMOR.

McHannen se imaginó lo diferente que hubiese sido su vida si el trágico incidente con Sheri nunca hubiera sucedido. Sin embargo, tampoco podía quejarse sobre su vocación religiosa y haber cumplido hasta ahora con un destino que lo trajo al servicio del Señor.

Él hubiera deseado ayudar a Sheri en esos angustiosos momentos de su vida cuando ella decidió no verlo más. Le hubiera agradado no solo ayudarla a ella, sino también a su familia, y le hubiera encantado llamar hija propia a Stephanie, velando su camino a través de la vida. Verla crecer y convertirse de una adorable niña a una hermosa mujer hubiese sido una bendición. Sin embargo, la voluntad de Dios dictaminó algo muy diferente y había aprendido a aceptarla desde que se convirtió en sacerdote.

Eran alrededor de las nueve y cuarto de la noche cuando Stephanie despertó en el sofá, con el televisor encendido y la revista Fashion Weekly abierta sobre su desnudo pecho. No tenía idea de los visitantes que su morada había albergado horas antes de que llegara de su rutina de ejercicios. La bailarina canadiense encontró su cuarto intacto. Ni sospechaba lo peligroso y mortal del contenido del equipo que tenía dentro de su clóset. Stephanie bajó el audio del televisor para poner música algo relajante. Se dirigió inmediatamente a la cocina para beber un vaso de agua y luego procedió a chequear el cuarto de Danielle, percatándose que su amiga no había llegado aún a casa.

—Debe ser un ensayo bastante largo —se dijo a sí misma.

Stephanie acostumbraba a tener sus atuendos de trabajo separados de su ropa regular. Al abrir la puerta del clóset, la mochila azul cayó sobre la alfombra. Stephanie seleccionó tres atuendos muy sexy para esa noche y los puso dentro del maletín. La bailarina canadiense se dirigió al clóset principal para chequear las cajas que su amigo Butler le había confiado. Todo estaba en su lugar, tal como las había dejado. Sin embargo, la curiosidad por averiguar el contenido de estas se asomaba por su mente... el timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos. Rápidamente fue a contestar pensando en que quizás fuera

Danielle.

—Aló.

—Buenas noches princesa. ¿Cómo estás?

—¡Hola, bello...! Ya llegaste?

—Acabo de entrar por la puerta. Quiero descansar para mañana.

Ya sabes, va a ser un día muy ajetreado.

—Pobrecito bebé. Pero ¿vas a venir esta noche?

—Me temo que no. Iré mañana por la mañana; claro está, si puedes hacerme el favor por un día más.

—No hay problema... Ay, pero quiero verte, bebé... y supongo que eso significa que tampoco vas a ir al club, ¿eh?

—Es que estoy agotado, belleza, pero te prometo que cuando termine con este trabajo nos iremos en un largo viaje.

—Eso suena magnífico, Maurice. Ah, por cierto, ¿cómo está tu amigo Stefan? Le noté mucha ansiedad... y aparte, también estaba algo agotado... debe haber sido el trayecto largo del viaje. Por lo menos conversamos un rato y luego se fue.

—Precisamente ahora está durmiendo, además se está recuperando de un accidente que tuvo recientemente.

—Ahora que lo mencionas, también noté que cojeaba, pero se mi hizo vergonzoso preguntarle. Entonces ¿a qué hora vienes mañana?

—Pasadas las once..., Perdón si tengo que despertarte, pero...

—No te preocupes, cariño. Solo dame una llamada y te estaré esperando bañadita y perfumadita.

—Te lo agradezco de corazón, Stephanie. Te veré mañana. Cuídate, ¿OK?

Stephanie colgó la llamada sintiéndose un poco desilusionada porque no podría ver a su amigo. La bailarina exótica se fijó nuevamente en las cajas, pensando en saciar su curiosidad. Sin embargo, no había notado que estas tenían una combinación que solo Maurice podía abrir. De repente Stephanie se distrajo con el sonido de unas llaves mientras se dirigía al baño. Era Danielle, quien entraba al apartamento llamándola. Stephanie salió rápidamente del baño a recibirla.

Ambas se abrazaron y se dieron un beso en la mejilla.

—Ey, ¿cómo estás, amiga? Me tenías preocupada —dijo Stephanie.

—Es que el ensayo se extendió, pero todo salió muy bien.

—Me alegra escuchar eso... vamos a sentarnos y cuéntame más.

Danielle y Stephanie se instalaron en la sala. La joven modelo le contó a su amiga todo acerca del ensayo. Stephanie estaba muy feliz por el éxito de Danielle en el show. Por otro lado, la joven modelo le mencionó acerca de la

oferta de Edson.

—Veo que causaste una buena impresión en él —dijo Stephanie.

—Te digo, desde el primer instante hubo química entre nosotros.

Y sçe que él sintió lo mismo, fue por eso que le confié todo.

—¿Le contaste todo?

—Bueno, casi, en realidad no me dejó que le contara el resto. Tal vez porque vio que me estaba poniendo ansiosa... no sé, pero me sentí bien desahogándome con Edson.

—¿Entonces piensas que tu ex novio puede estar en la ciudad?

—No lo sé, Stephanie. Es que no... sin embargo algunas veces parece...

—Te entiendo, Danielle... cálmate. ¿Y qué vas a hacer con respecto a la oferta de Edson?

—¿Qué me aconsejas?

—Primero, que lo pienses bien.... Por mi parte, quiero que estés a salvo de ese maniático ex novio tuyo y si eso significa que tienes que irte, entonces hazlo.

Danielle secó las lágrimas de su mejilla mientras Stephanie fue por un vaso de agua para su amiga. Era algo que todavía no podía explicar, pero Danielle se sentía muy segura con Edson. En un momento de silencio, ambas se abrazaron con lágrimas en el rostro.

Stephanie podía anticipar la decisión de Danielle, estaba escrito en su rostro.

—Te voy a extrañar, Danielle Fontaine. Compartir estos últimos días contigo han sido las mejores horas de mi vida —dijo Stephanie mientras se tomaban las manos. Ambas se abrazaron y lloraron como si hubieran sido amigas desde siempre.

—Edson dijo que podías venir conmigo y quedarte el tiempo que quieras.

—Se lo agradezco, pero prefiero visitarte. No creas que te vas a deshacer de mí tan fácil, ¿eh?

—Yo también te voy a extrañar. No hay manera que te agradezca por todo lo que has hecho por mí. Para serte sincera, Stephanie, nunca he podido cultivar una amistad como esta. Me alegra que sea contigo.

Danielle tomó el teléfono y como había prometido, llamó a Edson para informarle de su decisión. Por otro lado Stephanie se fue a prepararse para su noche de trabajo en el Body Language.

Quizás era cerca de la media noche. No tenía idea, pero llevaba un buen rato esperando a que su hija hiciera su arribo al club. Tomás Peterson estaba sumido en la eternidad de un tiempo lejano; en su mundo de lleno de decepción.

Algunas de las chicas del turno de la noche comenzaban a llegar.

Para ellas, Tomás no era un cliente regular, más bien un VIP; por lo que les extrañaba verlo sentado en la barra. Se veía perplejo y acongojado. Una de las

chicas trató de entablar conversación con él, pero no mostró ningún interés en hablar con nadie. De hecho, ni siquiera se molestó en ver a la chica que bailaba en el escenario. No quería fijar su mirada nada más que en su bebida. Constantemente vigilaba la cortina de la entrada a los vestidores, esperando a que Stephanie apareciera en cualquier momento.

A esa hora, no le quedaban a Tomás ganas de pensar en el desfile de modas. En vez de estar allí, debía de estar en casa, ultimando detalles, preparándose física y mentalmente, tal como su entrenamiento en el Oriente Medio se lo indicaba. Sin embargo, le urgía ver a su hija, a pesar de lo que McHannen le había sugerido: dejar a Stephanie que viva su vida. Peterson no le encontraba sentido a la sugerencia del sacerdote, pero le había prometido que hablaría primero con él antes de confrontar Stephanie con la verdad. «La vida está llena de sorpresas», pensó. Nunca se hubiera imaginado que terminaría confesando su dolor interno a alguien que solía ver como su rival en la secundaria y más aún, que veinte años después estarían aliados por una misma causa. Tal vez el sacerdote lo hizo por el amor que todavía conservaba por Sheri. Probablemente, Peterson no tenía la misma clase de sentimientos por Sheri, pero su acto de redención lo hacía digno de alcanzar el perdón divino.

Tomás se levantó de su asiento y se dirigió a uno de los guardias en la puerta, tratando de averiguar por Stephanie. El guardia le dijo que de hecho, ella había llegado hace unos minutos, lo que apaciguó la ansiedad que se había apoderado del señor Peterson. Luego fue al baño para refrescarse. Se miró al espejo y comenzó a practicar en su mente cómo le diría la verdad sobre él y su madre. Pero sus pensamientos se hallaban muy nublados, la presión era mucha, especialmente después de algunos tragos. Tomás decidió retornar a su asiento en la barra. Sus manos sudorosas eran el reflejo del momento por el cual atravesaba. El sufrido hombre miró alrededor y notó que Stephanie estaba hablando con el DJ. Se ve tan hermosa, pensó el, pero esta vez, sus palabras eran de un padre que ve a su hija por primera vez. Tomás dejó su bebida en el bar y caminó hacia ella.

—¿Qué tal, Stephanie? —dijo amablemente, en tono nervioso.

—Hola.

—Soy Tomás... ¿recuerdas?, estuve aquí la otra noche.

—Lo siento... algunas veces me es difícil acordarme de tantos nombres.

—Está bien, entiendo... ¿te gustaría sentarte conmigo un rato?

—Seguro. Vamos.

A diferencia de la otra noche, decidieron ir a sentarse al bar.

Tomás ordenó una copa de vino blanco para su acompañante.

—Y bueno, ¿cómo estas esta noche? —preguntó ella.

—Un poco cansado y estresado, pero en general estoy bien... ¿y tú?

—Considerando que mi compañera de cuarto se va a mudar y para colmo, el hombre que quería ver esta noche, me dejó plantada... estoy bien.

—¿Te refieres a tu novio?

—Bueno, él no es exactamente mi novio, pero creo que está cerca de serlo.

—¿Y por qué te dejó plantada?

—Según dice, necesita descansar por un trabajo importante que tiene que hacer mañana.

—Ah, ya veo... ¿Y qué hay de tu compañera de cuarto?

—Se va a mudar con un amigo de ella. Bueno, más bien es como su jefe, tú sabes, pero no creo que haya algo entre ellos...

—Supongo que es libre de hacer lo que quiera... y ahora qué... ¿vas a estar sola?

—Me temo que sí.

—¿Y tu familia? —preguntó curiosamente.

—No tengo ningún pariente... pero ya me acostumbré.

—Te refieres a que no tienes parientes aquí en la Florida, ¿pero viven en otro lugar?

—Mi madre murió al poco tiempo de que me tuvo, y nunca conocí a mi padre. ¡Y no es que esté desesperada en encontrar a ese hijo de puta! —dijo ella con resentimiento.

Ese rencor atravesó el corazón de Tomás como un puñal. El odio de Stephanie a un padre que nunca conoció era evidente y Peterson sabía la razón. El hombre bebió un sorbo de su licor para aliviar la herida que Stephanie había abierto con sus palabras. Tomás la tomó de su mano tratando de consolar el odio de su hija.

—Mira, se acerca mi turno en el Main Avenue. ¿Quieres que te haga un baile antes de que me vaya?

El estado emocional y mental en que estaba Tomás lo desconectó prácticamente de lo que Stephanie estaba diciendo. Ella lo miró directamente a los ojos y notó una expresión rara en la cara de su cliente.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él no tenía respuesta. Tomás estaba perdido dentro de su propio mundo. Su mente estaba agobiada por toda clase de pensamientos negativos.

—Tomás... ¿te pasa algo? —insistió Stephanie.

El hombre recuperó su compostura a tiempo y le respondió a su acompañante.

—Creo que es mejor que me vaya, Stephanie.

—¡Pero por qué...! ¿Qué te sucede?

—No es nada... además tengo que levantarme temprano.

Peterson se despidió de Stephanie con un beso en la mejilla y abandonó el club rápidamente. Se veía pálido, e incluso mareado, confundido. Mientras trataba de abrir la puerta del auto no pudo resistir más hasta que vomitó. Se arrodilló en el suelo llorando. Los sentimientos de odio y rencor de Stephanie hacia el padre que nunca llegó a conocer eran muy dolorosos para Peterson. No tenía idea del daño que su ausencia le había causado a su hija cuando esta necesitaba la figura paterna que todos necesitamos. El leal empleado de señor Sassone estaba disgustado consigo mismo, como persona y como ser humano, llegando a pensar que tal vez el padre McHannen tenía razón después de todo, con su idea de dejar las cosas intactas, permitiendo a Stephanie seguir con su vida sin causarle más sufrimiento. Después de un rato, se las arregló para abrir la puerta de su carro y sentarse ahí por unos minutos tratando de recobrar su aliento. Buscó en vano un cigarrillo en la guantera, algo que no había hecho en seis meses. Le pidió uno a un hombre que pasaba y luego manejó a gran velocidad.

Condujo hasta la iglesia, esperando desesperadamente hablar con el padre McHannen, pero la noche estaba muy avanzada como para despertar al servidor del Señor. Siendo ese el caso, decidió marcharse a casa. Una vez ahí, se sentó en su oscura sala con una pieza de música clásica sirviendo como testigo de su depresión. En su mente podía ver a una Sheri joven, cuando todo era felicidad; aunque no con él de protagonista. No obstante, era más que suficiente para aliviar el dolor. Momentos después, lo rindió el cansancio, cerrando sus ojos para dormir. Una lágrima rodando por su mejilla marcó el fin de lo que había sido un día estresante para Tomás Peterson, una estrella de fútbol americano en la secundaria que se convirtió en violador, y luego, un entrenado mercenario y guardaespaldas. La mayoría de esas cosas nunca estuvo en sus planes.

Los rayos de Sol penetrando por la cortina semiabierta en el cuarto de Danielle marcaban la llegada del día del desfile de modas, algo que la modelo esperaba con ansias. La noche anterior, luego que Stephanie saliera al club, empacó sus maletas y puso la alarma del reloj a las nueve y treinta de la mañana, para así estar lista antes de que Edson la recogiera.

Danielle estaba muy entusiasmada con el show de esa noche.

Sería su debut en las pasarelas de South Beach, y por una noble causa. Ella disfrutaba de ayudar a los necesitados, especialmente cuando de niños se trataba. El show marcaría el inicio de algo nuevo y próspero en su vida, al menos ese era su sentir. El conocer a Edson le vino muy bien a su vida, a pesar de los trágicos sucesos con Roberto, que provocaron un cambio de ciento ochenta grados en el mundo de la modelo. ¿Qué hubiese pasado si él no aparecía de nuevo en mi

vida?, pensó. Pero de pronto, la oportunidad que le brindaba Edson de trabajar en una de las agencias con más prestigio en la moda vislumbraba un futuro brillante para la joven modelo francesa; quizás lo único negativo sería la situación con Roberto, dependiendo si estaba vivo o muerto, lo que le permitiría regresar a Francia. Por el momento, en Edson, ella había encontrado una mano amiga, no solo en su carrera sino también en su vida personal.

Danielle tomó sus valijas y salió de la habitación en la que había vivido en los últimos dos días en compañía y cuidada por Stephanie, quien la observaba desde la sala. Danielle puso sus cosas sobre el sofá y se abrazó fuertemente con su amiga hasta romper en llanto.

—OK, ya tuvimos suficientes lágrimas anoche —dijo Stephanie tratando de romper la tristeza del momento.

Luego, ambas se asomaron al balcón para disfrutar de sus últimos momentos como compañeras de casa.

—Sé que no bebes cerveza, pero dame gusto por hoy y toma un sorbo — Stephanie le pasó la botella de la cual tomaba y la modelo accedió a su pedido.

—Voy a pedirle a Edson que te incluya en la lista de invitados para el show y también para la fiesta, y no me digas que no vendrás —expresó Danielle.

—¡Estas bromeando amiga! ¿Piensas que me perderé tu debut en las pasarelas de South Beach? Además, ya hablé con Lou al respecto. Me recogerá más tarde —respondió Stephanie.

—De todas formas, se lo pediré a Edson, por si acaso... solamente espero que tu amigo, el europeo, no se ponga celoso porque sales con Lou.

—Relájate querida. Lou sabe dónde esta parado y Maurice también.

De pronto, el timbre de la puerta sonó interrumpiendo la charla en el balcón. Danielle se apresuró a abrir la puerta. Edson Lasalle saludó a su modelo con un beso en la mejilla, y procedió a hacer lo mismo con Stephanie.

—¿Qué es de tu vida, guapo? Hace tiempo que no te dejas ver —dijo Stephanie.

—Lo mismo tengo que decir de ti, belleza —respondió él.

Danielle inmediatamente se percató de que ellos habían tenido algún tipo de relación amistosa y que eran más que conocidos, lo que le agradó mucho.

Danielle le mencionó a Edson que ella había invitado a Stephanie al show, a lo que Lasalle respondió que Lou se había encargado ya de eso.

—De hecho, Stephanie, ¿por qué no vienes con nosotros ahora? —preguntó Edson.

—Sí, Stephanie, anda, ven con nosotros, tal vez también puedas acompañarme al ensayo —agregó Danielle.

A Stephanie le hubiese gustado ir con su amiga al hogar de Lasalle, pero

recordó que Maurice vendría por su equipo de trabajo y el deseo de ver a su francés pudo más que las ganas de estar con su amiga, al menos por ese momento. Con tristeza se negó a la petición de su amiga, no sin antes prometerle que la vería antes del show, tras de bastidores.

—Bien, entonces, ¿estás lista Danielle? —preguntó Edson.

Danielle asintió con la cabeza. Ella y Stephanie se abrazaron nuevamente mientras Edson tomaba las maletas. Se besaron suavemente en los labios, fijando miradas entre sí, invadidas por un toque de silencio. Edson únicamente observaba el tierno momento, mientras se daba cuenta del lazo especial que las dos mujeres habían formado. El señor Lasalle interrumpió la lagrimosa despedida tomando suavemente la mano de Danielle y apartándola de su amiga.

Danielle se apoyó en el hombro de Edson mientras esperaban por el ascensor. Luego de unos minutos, Stephanie miraba desde el balcón cómo aquel lujoso auto con sus dos amigos a bordo emprendía camino hacia el norte. La bailarina canadiense se refugió en su cama, tratando de descansar antes de que Maurice hiciera su esperado acto de presencia.

La última vez que Danielle había entrado a un lugar como la casa de Edson fue la noche del show en París, cuando Roberto primero pidió el perdón que gustosamente ella le otorgó, solo para ser traicionada una vez más por él.

Carmen, la mucama, le dio la bienvenida a Danielle. Se presentaron cordialmente entre ellas, mientras Lasalle le ordenaba que llevara las valijas a una de las habitaciones para huéspedes. Segundos después, Edson le mostraba el resto de la casa a Danielle. La joven modelo francesa estaba notablemente impresionada por el estilo de decoración del lugar, lo que ayudó a que se sintiera cómoda en este. Las habitaciones estaban pintadas con colores primarios, más bien ligeros. El cuarto de huéspedes estaba pintado en una gama de colores que iban del naranja al amarillo. Tenía un ventilador en el cielo raso, un televisor de treinta y siete pulgadas, así como un decente sistema de sonido tipo surround. El baño estaba complementado por un jacuzzi en mármol. El juego de luces dentro de la piscina fascinó a la modelo al igual que la cancha de tenis de grama. Una vez concluido el tour, volvieron a la sala, donde Carmen los aguardaba. Edson le dio a la mucama instrucciones con respecto a Danielle, a quien recogerían en un par de horas para el último ensayo antes del show.

—Espero que encuentres todo a la altura de tus exigencias —acotó Edson.

—No tengo palabras para agradecerte por lo que está haciendo por mí.

—No tienes que hacerlo, simplemente, me hace ayudarte. Solo espero que todo lo que hablamos la otra noche se te resuelva pronto, y para bien. Mientras tanto esta es tu casa por el tiempo que quieras.

Danielle le expresó su gratitud a Edson con una sonrisa en su rostro. Luego,

él salió para el hotel. Mientras tanto, Carmen le mostró a Danielle su habitación y le preguntó si le apetecía algo de comer antes de salir hacia el ensayo. Danielle le agradeció, diciéndole que todo estaba bien y que lo único que quería era descansar.

—Disculpe que me entrometa, señorita Fontaine, pero nunca antes he visto al señor Lasalle con un ánimo como este, no en mucho tiempo —dijo Carmen mientras salía de la habitación.

Danielle la llamó y le hizo una seña para que volviera a entrar.

—Puedes olvidar las formalidades conmigo, Carmen. Llámame Danielle, ¿OK?

La mucama asintió y se quedó parada, observando cómo la huésped exploraba los alrededores a través de la ventana.

—¿Puedo preguntarte algo sobre Edson?

—Mire, haré lo mejor por responderle, señorita... perdón, Danielle.

—¿Por qué dices eso de él...? Me refiero a que nunca lo habías visto tan animado como ahora.

—Es algo muy largo de contar... y preferiría no comentar al respecto... mejor dejo que el señor se lo cuente.

—Me temo que no te entiendo, Carmen.... ¿Tiene algo que ver con una mujer, su esposa quizás?

—Eso debería preguntárselo a él mismo, pero sinceramente le sugiero que mejor no lo haga —dijo Carmen mientras dejaba a Danielle sola en su habitación, pensando en qué fue lo que quiso decir la fiel mucama.

Danielle estaba un poco agotada de la noche anterior. Se desvistió y se acostó completamente desnuda, pensando sobre lo que estaba por acontecer más tarde en el día.

Tomás Peterson se hallaba sentado en el despacho de su casa en un exclusivo barrio del condado de Broward, con su laptop frente a él.

Se había levantado temprano en la mañana, primero hizo su rutina de ejercicios y luego revisó más a fondo los detalles finales del desfile de modas. El disco duro de su computadora era la portadora de todos planes a llevarse a cabo en el show. Peterson era una persona muy cuidadosa cuando debía planificar algún trabajo, sobre todo, de esta magnitud; tomaba todas las precauciones necesarias para no fallar, por lo que no aceptaba errores de ninguno de los tres hombres que trabajaban en su equipo. Antes, se había comunicado con Pietro Sassone para platicar sobre las últimas noticias del famoso Miami Circle, que era en sí la manzana de la discordia que había propinado a que Sassone buscara los servicios del señor Butler. El reciente boletín de noticias decía que debido a la erosión del terreno, se verían forzados a cubrir el círculo hasta tomar la decisión de si cavarían o no. El gobierno estatal tenía que decidir todavía si aplicaba la enmienda de Inminent Domain a la administración del condado de MiamiDade y así podrían reclamar la tierra donde estaba el círculo. Sassone explicó a Tomás que lo que el noticiero dijese era irrelevante. El plan seguiría en pie. Peterson entendió muy bien lo que dijo su jefe y las razones que convertían el complot en la playa en algo extremadamente importante.

Eran cerca de las 11:15 A.M., hora en que Tomás había terminado de revisar los planes y de salvar todo en dos memorias USB.

Por un par de minutos, su mirada permaneció fija en el monitor de la computadora, pensando en la posibilidad de escribirle una carta a su hija y a través de esta comunicarle lo que tan difícil se le hacía decirle en persona, pero tampoco pudo. Las palabras no llegaron fácilmente a su mente y no tenía mucho

tiempo como para encontrar la fuerza anímica que necesitaba. Uno de los miembros de su grupo lo contactó para reportar que Butler estaba en camino a buscar a Stephanie y recoger su equipo. El señor Peterson dio instrucciones específicas a su hombre de confianza para que permaneciera cerca de Butler y de su socio Stefan.

Acto seguido, Tomás regresó a bosquejar la carta. La imagen de Sheri en la foto que vio en el departamento de Stephanie quedó impregnada en su mente, ayudando, de cierta forma al ex futbolista a reunir la fuerza necesaria para expresar todo lo que llevaba dentro de su torturada alma. Casi cuatro páginas le sirvieron para contar lo sucedido entre él y Sheri, antes, durante, y después de la primavera de 1973. Imprimió la carta y la puso en un sobre donde escribió: «Para el padre McHannen». El reloj de pared le indicaba que aún tenía tiempo para manejar hasta San Vicente y visitar al sacerdote antes de ir al hotel y alistarse para el show.

El tráfico hacia la iglesia en Coral Gables estaba muy pesado, además, el día fresco y nublado con un poco de rocío no ayudaba a Tomás a llegar tan pronto como hubiera querido.

El gabán negro cubría su contextura de un metro noventa que atravesaba el estacionamiento a la entrada de la iglesia. Como siempre, tan solo había un pequeño grupo de pecadores católicos dispuestos para su rutina habitual de oraciones y confesiones. El padre McHannen estaba en el altar revisando que todo estuviera en su lugar para la misa de las doce en punto, que era la única que oficiaría en el día ya que debía estar en el hotel con los niños antes del show.

Argonaut escuchó pasos en las baldosas y sintió que alguien se acercaba al altar. Cuando volteó, se sorprendió al hallar a Tomás parado justo bajo el crucifijo como si fuera un retrato enviado del cielo.

—Buenos días Tomás, Dios te bendiga —dijo el sacerdote bajándose del altar, yendo a estrechar la mano del visitante.

—Buenos días para usted también Padre.... Mire, no tengo mucho tiempo ahora... pero debo decirle algo de vital importancia.

McHannen invitó a Peterson a sentarse en una de las bancas.

—Bueno, yo tampoco tengo mucho tiempo, la misa está por empezar y tengo un horario muy apretado... pero gustosamente te escucharé.

—Tengo que confesar que anoche fui a ver a Stephanie al club y las cosas no se dieron de la manera que hubiera querido.

—Pero tú prometiste que dejarías que las cosas siguieran su curso normal.

—Despreocúpese padre, no le dije nada sobre mí... es solo que cuando le pregunté sobre su familia, mencionó que Sheri había muerto horas después del parto y bien....

Tomás se detuvo y tomó un respiro que lo ayudara a repetir las duras palabras que su hija tuvo para el padre que nunca conoció.

Levantó la mirada al crucifijo como pidiendo ayuda divina para estos momentos difíciles. O quizá se sentía crucificado por los cuestionamientos de su propia hija. El terrible dolor y la pena interior lo hacían vulnerable hasta las lágrimas.

—¿Qué más ha dicho Stephanie? —preguntó McHannen.

—Que no está interesada en conocer a su padre... que me culpa por el sufrimiento que pasó Sheri, y después de todo, Padre... ella tiene todo el derecho del mundo para hacerlo... soy el único culpable... yo he causado todo este desastre.

A esas alturas, McHannen no sabía cómo proveer consuelo a esta alma pecadora. Pero al mismo tiempo el sacerdote era consciente de que el hombre sentado a su lado tenía razón. Solamente Tomás Peterson era el único culpable de la debacle emocional y física de Sheri que la llevó a su muerte.

—Antes de irme, tengo un pedido —dijo el sufrido Peterson.

—¿Cuál es?

—Le he escrito una carta a Stephanie. En ella le explico todo. Lo que quiero Padre, es que le entregue esta carta a mi hija y si es posible, que usted se la lea. Pienso que eso haría menos doloroso el momento.

—No sé, Tomás... cómo yo... —interrumpió al sacerdote.

—Por favor, Padre... se lo ruego.

—Entonces has cambiado de opinión con relación a una posible visita a Stephanie de nuestra parte.

—No voy a estar por aquí por mucho tiempo —dijo en tono suave.

—Perdón, pero no entiendo —dijo el sacerdote muy preocupado.

—Por favor, Padre, prométame que no dejaré de hacerlo... por favor —le imploró Tomás.

Mientras sostenía la carta entre sus manos, McHannen estaba perplejo ante las palabras de su otrora rival.

Tomás se puso de pie y lentamente comenzó a alejarse de la banca. McHannen fue detrás de él. La situación aún no estaba clara para él. Quería esclarecer lo que había querido decir con aquello de que no volvería a estar cerca por mucho tiempo, por lo que temía que Peterson cometiera alguna locura, incluso de carácter mortal.

—Espera Tomás... ¿qué quieres decir con...?

Peterson interrumpió al sacerdote: —Ya le dije que no tengo tiempo de explicarle, Padre, pero lo entenderá pronto.... Solo un favor más, quiero que me dé su bendición y me absuelva de todos mis pecados.

El sacerdote lo miró sorprendido.

—¿Qué es lo que estas a punto de hacer? Te pido que lo pienses tantas veces como puedas. Las cosas tienen solución, Tomás.

—Usted es un buen hombre, McHannen. Veo que Dios elige bien a sus soldados. Debería estar orgulloso de sus servicios.

McHannen aceptó el pedido, pero Tomás Peterson salió de la iglesia sin tener certeza de cuándo podría tener otra conversación con el sacerdote.

Por lo pronto estaba el cumplir con su deber, luego, ya había planeado abandonar a su jefe y quizá el país.

Maurice Butler estacionó el vehículo en el lugar acostumbrado, a una cuadra de distancia del departamento de su buena amiga. Esta vez llegó en una van que Roberto compró temprano en la mañana.

Esto, por supuesto, no distrajo al hombre del señor Peterson quien había estado tras la pista de Butler desde que este llegó a los Estados Unidos. A Maurice no le importaba estar bajo vigilancia mientras esta no interfiriera con el trabajo que le había sido encomendado.

Stephanie había dormido casi dos horas más después de que Danielle se fue. Sin embargo, su reposo fue interrumpido por el timbre del teléfono. Ocho veces tuvo que sonar hasta que Stephanie saliera de su letargo y contestara. La voz de Maurice en el otro lado de la línea le pedía que abriera la puerta. La mujer colgó el auricular, salió de la cama y corrió desenfrenadamente hacia la entrada.

—Ay, qué pena. Lo siento Maurice —dijo Stephanie dándole un beso en los labios y abrazándolo fuertemente.

—Está bien, belleza. Discúlpame a mí por despertarte, pero es urgente... pensé que Danielle me abriría la puerta —dijo él.

—Danielle se mudó esta mañana. Se fue a vivir con su jefe. Pero bueno, de todas formas, ¿te irás pronto?

—Me temo que sí querida... escucha, espero que no haya pasado nada malo entre tú y Danielle.

—Ah no, todo está perfecto —dijo ella—. Al menos desayunemos antes que te vayas.

—En este momento no puedo. Lo haremos a mi retorno. Te lo prometo. Ahora, ¿puedo recoger el equipo?

—Ven por aquí —dijo Stephanie guiándolo hacia su habitación.

Stephanie abrió el clóset para que Maurice sacara el equipo de allí. Entonces, regresaron a la sala.

—¿Estás seguro que no puedes quedarte por lo menos para tomar una taza de café? —insistió ella.

Maurice solo asintió y sostuvo a Stephanie entre sus brazos. Luego de ese

tierno momento, le dio un beso de despedida y recogió su equipo del suelo encaminándose hacia la puerta.

—¡Espera! ¿Vas a revisarlo? —inquirió ella.

—No es necesario. Todo está bajo control.

Maurice abandonó el departamento, no sin antes decirle a Stephanie nuevamente que la llamaría después de regresar del trabajo.

Solamente había pasado recién el medio día, y Stephanie había tenido una mañana llena de despedidas tristes. Por su tono de voz, ella presentía que Maurice estaría ausente de su vida por algún tiempo, tal como lo había hecho antes. Ella no sabía adónde iría o cuándo volvería, pero aún le quedaba la esperanza de que se volverían a ver nuevamente. Ella prefería que fuese más temprano que tarde.

Danielle Fontaine soñaba con una noche perfecta en la pasarela.

Era el momento que estaba esperando. Después de llegar a South Beach de la forma que lo hizo, nunca habría pensado que las cosas se tomarían en su favor, sobre todo con la rapidez que sucedió. El desfile de modas auspiciado por el Instituto en beneficio de los niños necesitados del planeta estaba por comenzar. El maestro de ceremonias había hecho las presentaciones de rigor, dando paso a la música que lentamente invadía el área de la piscina.

Ubicada detrás del escenario, Danielle podía ver la luz de los reflectores bañar la pasarela. Ella era la cuarta chica en turno en la fila de bellos cuerpos que ocuparían el escenario al recibir la señal del jefe de piso. La joven modelo francesa estaba muy entusiasmada. Ella estaba deseando que tanto Juliano como sus padrinos hubiesen estado presentes en el público, compartiendo ese triunfal momento con ella.

De pronto la línea de chicas empezó a moverse hacia la pasarela.

Danielle pudo escuchar la música copando toda el área de la piscina. Un pegajoso ritmo servía de invitación a las muchachas a dar lo mejor de sí en el desfile.

El esperado momento estaba a solo unos segundos de arribar. El jefe de piso le dio la señal y Danielle puso su humanidad en la pasarela.

Ella vio la multitud de VIP observándola detalladamente, pero de repente, las luces se apagaron y la oscuridad se apoderó del área.

La música se detuvo y Danielle quedó sola en el escenario. No podía ver nada y el sepulcral silencio hacía parecer como si la audiencia hubiese desaparecido. Un escalofrío invadió a Danielle. El pánico tomó posesión de su mente, y ella aún no entendía lo que estaba sucediendo. La joven modelo retrocedió un paso y se apoyó contra el logo del show.

—¿Qué esta pasando?

La joven francesa empezó a decir los nombres de Edson, Lou y Stephanie (que también estaba entre el público), pero ninguno de ellos reconoció su llamado desesperado. Abruptamente, al final de la pasarela, Danielle vio algo que le era muy familiar. La misteriosa silueta que había aparecido en sus sueños. El reflector regresó nuevamente con la voz que invitaba a la modelo a ir hacia delante. La voz provenía de la silueta que estaba sentada en la mecedora. El reflector iluminó el camino, invitando a Danielle a encarar su propio miedo. Primero, la joven modelo rompió en llanto, pero casi de inmediato, recobró su compostura y encontró el valor para enfrentar a sus temores.

Danielle siguió la luz del reflector, se movía cautelosamente hacia la silueta. Ella estaba dispuesta a terminar de una vez y por todas con esa horrible pesadilla.

Los latidos de su corazón se acentuaban a medida que ella avanzaba por la pasarela. La voz que la llamaba por su nombre se hacía más fuerte por igual, pero al mismo tiempo, adquiría un tono familiar en sus oídos. Danielle se aproximó a la silueta. Su respiración también se aceleraba y podía sentir los escalofríos. La mecedora que se balanceaba a un ritmo pasivo la esperaba al final de la pasarela. La joven modelo llegó a su destino y se paró nerviosamente detrás de la silla. El reflector brillaba tan fuertemente sobre la pasarela que no permitía ver quién o qué estaba llamándola por su nombre.

—No temas mi ángel. Ven y deja que la verdad te alumbre —se expresó la silueta con una voz de mujer.

La joven francesa cerró sus ojos deseando que todo desapareciera, pero fue peor. La voz insistía en que diera el paso y enfrentara la verdad. Mas la señorita Fontaine no sabía cuál era la verdad de la que la voz hablaba. Estaba confundida, enojada y al mismo tiempo asustada. Todo parecía una broma de mal gusto pero desafortunadamente, no lo era.

Entonces, sin aviso alguno, una mano se extendió desde la silla para guiar a Danielle.

—Ven ángel, toma mi mano. No temas —dijo la silueta con cierta ternura en su voz.

Danielle sintió el temor correr dentro de su cuerpo, pero estaba decidida a terminar este asunto, así que, respirando profundamente tomó la mano de la mujer. Cuando lo hizo, el fondo se iluminó, cambiando la escenografía de un desfile de modas al de una gran habitación llena de estantes con libros. Este inesperado y repentino cambio escénico perturbó a la modelo. La voz de la silueta comenzó a llevar a Danielle alrededor. Ella notó, sin embargo, que el lugar en donde se encontraba era una clase de oficina, o más bien, un estudio privado. Algo similar al que había en la casa donde Roberto la llevó aquella

noche sangrienta en París.

El apretón de manos por parte de la mujer hacia Danielle se volvía más fuerte, a tal punto que prácticamente la empujó. Finalmente, el momento de la verdad había llegado para la joven modelo francesa.

La mecedora estaba ocupada por una mujer vestida con una bata blanca. Tenía un hermoso cabello largo, el tono de su piel era parecido al suyo, pero un poco más claro. La mujer sostenía un bebé en sus brazos. La criatura parecía dormida, como inmutada a lo que estaba aconteciendo en ese momento.

—¿Quién eres? —preguntó la desconcertada Danielle, tratando de captar la atención de la mujer que tenía su vista fija en el bebé.

—¿No te parece que es precioso? —respondió la mujer.

—Apenas puedo ver su rostro —contestó Danielle.

—Ah, pero tú lo conoces muy bien, mi ángel.

—Lo siento, pero no entiendo qué es lo que quiere decir. No entiendo nada de lo que está pasando. ¿Por qué me sigues llamando tu ángel?

—Quizás debes bajar a su santuario. Es ahí donde descansa la verdad. Él tiene la llave. No temas a lo que vayas a encontrar.

Después de todo es para tu beneficio —dijo la mujer.

—¿Qué está pasando...? ¿Quién eres? —Danielle gritó desesperada.

La mujer levantó la mirada hacia la joven modelo. Danielle no podía creer lo que estaba viendo. Trató de gritar pero su voz se apagó. La mujer sentada en la mecedora era su propio reflejo cargando un bebé. Ella sonrió y extendió sus brazos tratando de entregar el bebé a Danielle.

—Ven, mira de cerca mi ángel —dijo la mujer.

Mas la angustia de Danielle la hizo alejarse lo más posible de la mujer, cuyo rostro era prácticamente su reflejo. No alcanzaba a entender lo que pasaba o quién era el bebé. En ese instante, nada tenía sentido para la joven francesa. Danielle tropezó al alejarse, pero pronto recuperó su paso. Mientras, la voz seguía hablándole.

—Recuerda ángel. Después de todo, esto es por tu bien.

Cuando abrió la puerta para salir corriendo de la inmensa habitación, Danielle notó que no había nada más a su alrededor.

Todo estaba oscuro. La joven francesa estaba tan desesperada que no le importó avanzar hacia el vacío de la profunda oscuridad.

Danielle pegó otro grito, mientras trataba de sostenerse de algo, solo para abrir sus ojos y darse cuenta de que había sido una pesadilla.

Esta vez, el encuentro con la mujer en la mecedora, pero más que nada, sus palabras, habían sembrado dudas en su mente sobre el significado de las pesadillas anteriores.

La joven modelo francesa miró la hora, se percató que tenía que alistarse para ir al show. Entró a la ducha toda confusa esperando que las gotas de agua ayudaran a aclarar su mente. El evento de esta noche era muy importante para Danielle y quería estar con todos sus sentidos a punto. La joven modelo no deseaba desilusionar a su jefe, sabiendo que su futuro en Estados Unidos dependía de su desempeño.

—«Baja a su santuario.» Pero, ¿qué quiso decir con eso? —se preguntaba Danielle.

La joven francesa salió de su dormitorio solamente con un bolso en la mano. Ahí cargaba todo lo que necesitaba hasta el fin del show. Vestía unos jeans, una camiseta blanca de tirantes y un par de sandalias. Ella bajó la escalera muy pendiente de la presencia de Carmen. La casa se sentía vacía y fría, como si ella fuera la única persona. Se detuvo en el vestíbulo, puso su bolso en el piso y miró alrededor, inspeccionando a través de la ventana para ver si había alguien afuera. Entonces, Danielle optó por caminar por el pasillo decorado con lo que parecían ser obras de arte muy caras. A su derecha estaba una puerta de madera que captó su atención. La señorita Fontaine la abrió cuidadosamente y entró. Las luces dentro del estudio estaban atenuadas, aún así, la joven modelo empezó a notar la similitud que la habitación tenía con la de su última pesadilla. Otro detalle era el estante lleno de libros de pared a pared. Danielle miraba con precaución a su alrededor mientras avanzaba hacia el escritorio, el cual ella asumía era de Edson. Ubicados casi frente al estante de libros, había dos gabanes de piel. Era como una pequeña sala dentro de la inmensa oficina. Danielle se acercó y notó que en el plato que estaba sobre la mesa de centro había una llave.

La señorita Fontaine la tomó en sus manos, cuando repentinamente recordó lo que la mujer había dicho en el sueño.

—«Él tiene la llave... la llave hacia la verdad...» Pero, ¿de cuál verdad hablaba ella? —se preguntó Danielle.

La joven modelo francesa empezó a buscar algo que le diera una pista sobre cómo proceder. La oficina de Edson estaba llena de cajones que podían ser abiertos por la llave y ella no sabía con certeza cuál sería el indicado. Pensó que su instinto la ayudaría a encontrar el cajón correcto. Con la llave en mano, Danielle empezó a temblar, pensando en que estaba entrometiéndose en el lugar de trabajo de su jefe. No quería traicionar la confianza de Edson invadiendo su privacidad; pero las voces de sus pesadillas resonaron nuevamente en su mente.

—La verdad reposa en su santuario.

Danielle prendió una lámpara sobre el escritorio y procedió a tratar de abrir uno de los cajones cuando de pronto sonó una voz.

—¿Señor Lasalle, es usted?

Danielle reconoció la voz y levantó la mirada, encontrando a la mucama parada a la entrada del estudio.

—Carmen, soy yo, Danielle —dijo la huésped con su voz entrecortada.

La fiel empleada doméstica se encaminó hacia dentro de la habitación, mientras Danielle salía de detrás del escritorio de Edson todavía con la llave en la mano.

—Vi la luz prendida y pensé que el señor Lasalle había regresado —explicó Carmen a la joven modelo.

—Bajé hace un rato, pero no vi a nadie... empecé a preocuparme, busqué por toda la casa y terminé en esta oficina.

—Ya veo... bien Danielle, la esperan afuera para llevarla al show.

—Perfecto. Vamos entonces.

Danielle rápidamente puso la llave de regreso en su lugar tan pronto como Carmen salió del estudio. La mucama la esperaba en el pasillo para escoltarla hacia la salida.

—¿Quiere que cierre la puerta? —preguntó la modelo.

La fiel mucama afirmó con la cabeza y continuó su camino hacia el vestíbulo. Le entregó el bolso a Danielle y vio cómo la joven francesa abandonaba los predios de la residencia en camino hacia su esperado show.

Inmediatamente, Carmen retornó a la oficina del Señor Lasalle.

La empleada de servicio encontró todo en su lugar, procedió a salir de la habitación y aseguró la puerta con llave.

En la limosina, Danielle tomó un respiro de alivio después de casi ser descubierta tratando de abrir uno de los cajones. Esperaba que Carmen no dijera nada a Edson acerca de la inesperada presencia en su oficina. Como sea, tanto la pesadilla, al igual que las palabras de la mujer en la mecedora, invadían sus pensamientos; pero era consciente también de la importancia de la función de esa noche y cuánto podría afectar esta a su futuro. Danielle necesitaba mostrarle a Edson que todo lo que había escuchado en los artículos de las revistas sobre ella tenía fundamento. Y esa noche era la mejor oportunidad de ganarse su respeto.

Tomás Peterson llevaba cerca de cuarenta y cinco minutos en el estacionamiento del Ocean Vista & Resort Hotel, observando en medio de un sepulcral silencio, la entrada que lleva directo al área de la piscina. Ahí pensó en alejarse de todo; dejar el hotel y por supuesto, el trabajo del que estaba a cargo, sabiendo que de hacerlo tendría que responderle al Señor Sassone, probablemente con su vida. El estado mental de Tomás lo decía todo; simplemente no estaba listo para llevar a cabo su misión. Esto era algo que nunca antes le había sucedido. Desde que trabajaba para Pietro Sassone, su vida

y su carrera nunca habían sido tan complicadas. De todos modos, el golpe al desfile de modas..., era la primera vez que su jefe le encargaba algo de tal magnitud. En comparación, los trabajos anteriores fueron de menor envergadura y siempre más factibles a ser completados con eficacia; quizás esa era la razón por la que debía confiar en Maurice Butler en lugar de emplear a alguien del ámbito local. A estas alturas, Peterson estaba muy agradecido de que su jefe hubiera buscado los servicios del francés Butler, y como se iban dando las cosas, a lo mejor era una señal de que debía tomarlo con más calma, antes de que fuese demasiado tarde.

Después de todo ese tiempo dentro de su vehículo, finalmente, Tomás logró salir de su letargo emocional y prepararse para decirle a su jefe que este sería su último trabajo. El hombre sabía que Sassone le cuestionaría su decisión e incluso lo persuadiría de cambiar de opinión; pero Tomás había decidido decirle todo sobre su hija Stephanie. Sin embargo, era hora de dejar que las cosas se desarrollaran por sí solas, ya que el trabajo de esa noche era la prioridad.

Peterson abrió su portafolio, sacó su laptop. Entonces procedió a insertar la memoria USB, que contenía todo lo relacionado al desfile de modas, incluyendo cada detalle sobre los invitados especiales que llegarían esa noche. De repente el sonido de su celular lo distrajo. Tomás rápidamente conectó el aparato al decodificador y procedió a contestar.

—Buenas tardes, jefe.

—¿Alguna novedad, Tomás? —preguntó Sassone.

—Me encuentro en el estacionamiento del hotel, revisando algunos detalles de última hora, pero todo está en orden.

—¿Y nuestro amigo? ¿Ya está ahí?

—Aún no, pero mi contacto me reportó que estaría por arribar en unos minutos.

—Síguele los pasos a Butler. Llegaré en pocas horas.

—Perfecto, señor. Por cierto, jefe, luego me gustaría tener una conversación privada con usted —dijo el sufrido empleado.

—¿Está todo bien contigo?

—Prefiero hablarlo luego señor, si no le importa.

—Por supuesto que no, ojalá que no sea nada grave.

—Gracias, señor Sassone. Lo veo luego —dijo Tomás para luego colgar la llamada.

La conversación telefónica le dio la confianza a Peterson para soñar con obtener su pasaporte a una independencia de las Empresas Sassone; así, estaría listo para empezar una nueva vida, quizás en algún otro lugar, y con el amor y el perdón de su hija.

Tan pronto como Tomás escondió su computadora en el compartimiento especial bajo el asiento del pasajero de su auto, observó una camioneta negra pugnando por entrar. Inmediatamente, sonó su teléfono celular. Era uno de sus hombres reportándole el arribo de Butler.

Tomás reubicó su vehículo para tener una mejor posición que le permitiera observar con cuidado cómo el francés y su asistente desembarcaban el equipo de la camioneta. Una vez concluido el transporte de las cajas, Roberto llevó el vehículo hacia un lugar asignado en el estacionamiento, mientras Butler lo esperaba para la instalación cerca de la pasarela.

Dentro del hotel ya estaba uno de los hombres de Peterson en su posición como botones, justamente a cargo del área de la piscina.

Los otros dos estaban dentro como oficiales de seguridad del hotel y del show. Con una llamada, Tomás hizo saber a sus hombres que «el cargamento entró a su lugar». Cinco minutos más tarde, Butler y su asistente, seguido muy cerca por Tomás, entraron al hotel, directo al área donde el show tendría lugar.

Una vez dentro, Peterson observó a su colega entrar al área de detrás de bambalinas, donde el alboroto con las modelos, diseñadores, estilistas y maquillistas sería la norma por el resto del día.

Siguiendo las órdenes de seguridad del hotel, los dos hombres que eran parte del equipo de Peterson, registraron de pies a cabeza tanto a Butler, su asistente, así como el equipo que introdujeron al área que había sido acondicionada para los fotógrafos. De todos modos, eso fue algo protocolar ya que ambos guardias de seguridad estaban advertidos de la misión del francés en el show, al igual que Butler lo estaba de la verdadera identidad de los oficiales de seguridad. Los falsos guardias le hicieron entrega al francés y Roberto de sus respectivos documentos de identificación que debían de tener visibles todo el tiempo. Siendo un veterano en este negocio, Butler supo que las identificaciones eran falsas, tanto como las que llevaban los hombres de Peterson.

Camarógrafos, fotógrafos y otros miembros de la prensa tenían que estar en el lugar casi treinta minutos antes de empezar el show, para hacer una que otra entrevista, y luego tendrían otros cuarenta y cinco minutos después de la presentación para hacer lo mismo.

Butler estaba al tanto de todas las reglas, lo cual no interfería con su trabajo.

Sabiendo que estaba siendo observado de cerca por el personal de Peterson, Maurice planeaba tomar ventaja de esta situación. En efecto, llamó a uno de ellos para averiguar la posición exacta de algunos colegas fotógrafos. Y aunque esto era algo que ya conocía de antemano, lo hizo solamente para seguirles el juego.

Los fotógrafos estaban ubicados a lo largo de la pasarela, mientras las

cámaras de televisión estaban al final de esta. El oficial de seguridad que trabajaba para Tomás convenientemente colocó a Butler casi en el lado opuesto de la pasarela, justo enfrente de la primera fila, que estaba reservada para los invitados especiales. Así, estaría listo para llevar a cabo su contrato, sin inconveniente alguno.

Acto seguido, el francés y su asistente comenzaron a instalar el equipo, tomando todas las precauciones necesarias, a fin de tener todo listo para llevar a cabo el objetivo del contrato. Una vez culminadas las tareas de preparación, los fotógrafos fueron tras el escenario para explorar la atmósfera, y después de todo hacer su parte como reporteros gráficos.

Gracias a las habilidades como maestro del disfraz, su amigo Roberto Rossi (Stefan), estaba prácticamente irreconocible para algunas modelos del show, con quienes él había trabajado antes. Pero la presencia de Roberto en el show no solo era para ayudar a su amigo Butler, sino ante todo para ver a su amada Danielle Fontaine una última vez antes de completar su venganza.

Tomás Peterson vigilaba a distancia cómo el asesino francés y el talentoso fotógrafo italiano paseaban alrededor de la piscina; cámara en mano, cuidadosamente observaban cada detalle relacionado con el espectáculo, así como la ubicación de las luces, la cabina musical desde donde el DJ haría su parte y tomaron fotografías desde todos los ángulos posibles. En este punto, Tomás asumía que solo estaban matando el tiempo. Pensó que era muy inteligente de parte de Butler traer a un fotógrafo profesional como lo era Roberto Rossi. De cualquier modo, la información que Tomás desconocía era el verdadero fin de la presencia del italiano en el show. Butler sin embargo, hizo un buen negocio manejando las dos situaciones, poniéndolos en diferentes perspectivas, dejando que Roberto se ocupara de resolver su propio problema con Danielle, sin interferir con su tarea.

Maurice y Roberto continuaban con su improvisado tour por las instalaciones, dirigiéndose a la cafetería, la cual estaba reservada para el Instituto y sus invitados. Una vez ahí, el asesino francés tomó unos bocaditos y bebidas, mientras practicaba sus galanterías y modales finos, fraternizando así con algunas modelos, diseñadores y otros que llegaron desde temprano en la mañana. Por otra parte, Roberto caminaba, como alma perdida, en busca de su amada.

Sabía que en cualquier momento Danielle entraría por la puerta; las emociones en él resurgirían nuevamente, poniendo a prueba ciertos sentimientos que no estaba en condiciones de controlar.

—Hola —dijo la mujer.

—Sí, qué tal —respondió a la bella modelo.

—Mi nombre es Clarissa. Soy la modelo estrella de la Agencia Lasalle.

—Yo soy Maurice. Gusto en conocerte —respondió y besó gentilmente su mano.

—No recuerdo haberte visto antes por aquí, Maurice.

—A lo mejor es porque no estoy acostumbrado a cubrir este tipo de espectáculo muy seguido. Mi socio es quien se ocupa de eso, principalmente — le explicó Maurice cuando Roberto, quien reconoció a Clarissa hablando con Butler, se integró a la conversación.

—¿Cómo te va? Soy Stefan.

—Clarissa. Mucho gusto. Asumo que tú debes ser su compañero.

—Supongo que eso es lo que soy.

—Bueno chicos, y ¿para qué revista o diario trabajan ustedes?

—Somos más bien independientes. Fotografiamos lo que nos gusta y luego lo vendemos al mejor postor, tan simple como eso, mi querida Clarissa — respondió Butler.

—Bien, si les gusta lo que tienen frente a ustedes... —dijo la mujer mientras Lou entraba en el salón, interrumpiendo la charla.

—¿Qué haces aquí, Clarissa? — inquirió Lou Lasalle.

—Relájate. Solo conversaba con mis dos amigos.... Te presento a Maurice y Stefan.

Lou estrechó las manos de ambos hombres.

—Los caballeros son fotógrafos independientes, y les pedí que me hicieran unas tomas antes de que comience el desfile.

—Solo asegúrate de estar fuera de los rayos solares y de no comer mucho, ¿OK?

—Gracias a Dios se despejó el cielo.... Ahora sí, de verdad, vamos a hacer unas buenas tomas —dijo el fotógrafo.

—Ah, Lou. ¿Has visto a Edson? —preguntó la rubia modelo.

—Sí, está en el vestíbulo, con Danielle y algunas personas del Instituto.

—¡Con Danielle! —exclamó Roberto.

—Ella es nada más otra modelito que quiere ser estrella. Creo que ya tiene algo con Edson —dijo Clarissa, regando su veneno.

—Creo que he escuchado su nombre anteriormente... quizá tengas oportunidad de sacarle algunas fotos, ¿verdad Stefan? —mencionó Butler.

—Bueno, yo voy a ver qué es lo que los está deteniendo. Los veo luego señores —dijo Lou alejándose del grupo.

Mientras, el fotógrafo italiano también se excusó, con el pretexto de buscar otra ronda de bebidas para él y Butler. La sola mención del nombre de la joven modelo francesa causó un fuerte estruendo en su mente, sacando la furia que llevaba reprimida dentro por tan largo tiempo, haciendo de él un hombre

extremadamente frío. Después de eso, Roberto no pudo obtener más comentarios de Clarissa sobre Danielle, como él hubiese querido. Él sabía que su amada modelo francesa tenía todo lo necesario para convertirse en una top model.

Al empezar su carrera, Roberto Rossi trabajó como fotógrafo independientemente para la Agencia Lasalle, donde conoció a Edson y Nicole. Siempre le llamó la atención en especial el amor que se profesaban los dueños de la agencia entre sí. Ella era una mujer muy atractiva e inteligente, admirada por muchos y deseada por todos. Edson Lasalle era considerado un hombre al que la suerte le había sonreído; no solo por tener a Nicole como esposa, sino por ser el cerebro real detrás de la agencia. Roberto siempre admiró la forma en que Edson se manejaba, resistiendo la tentación de estar rodeado por hermosas mujeres todo el tiempo. Había sido testigo de cómo algunas de ellas trataron de escalar en sus profesiones, buscando el éxito a través de involucrarse románticamente con él, pero su corazón y alma pertenecían a la hermosa Nicole.

Sin embargo, como en toda pareja, nada era perfecto y Roberto se percató de algo extraño acerca de ellos. Cuando el fotógrafo italiano comenzó a trabajar para la agencia, una persona cercana al matrimonio le advirtió que nunca tocara el asunto de tener hijos en presencia de Edson y Nicole. Rossi trató de hacer su propia indagación, para la cual siempre encontró muchos obstáculos. Meses después, Roberto dejó el país y la agencia para trabajar en Europa y olvidó el asunto, hasta que se enteró de la repentina muerte de Nicole.

El italiano sintió pesar por la mala noticia. Entre ambos hubo siempre una buena relación profesional, la cual Rossi trató de llevar a otro nivel, obviamente a espaldas de Edson. Sin embargo, Nicole inmediatamente lo rechazó y mantuvo el incidente sin que llegara a oídos de su esposo.

Roberto recogió las bebidas y se encaminó de regreso hacia donde Clarissa y Maurice estaban charlando, pero cuando avanzaba hacia ellos, Edson y Danielle hicieron acto de presencia en la cafetería.

Roberto se sorprendió de ver a su ex amante escoltada por Edson, haciendo su arribo como la reina que ella era. Roberto se quedó pasmado en medio de la cafetería, admirando la exuberante belleza de Danielle, al igual que lo hacía el resto de los presentes. El fotógrafo italiano recobró su compostura y trató de hacer contacto visual con Danielle. Desde el otro lado de la cafetería, Clarissa se percató de la presencia de la pareja, indicándoles que se acercaran, lo cual hicieron. Mientras tanto, Roberto solamente observaba el desarrollo de los hechos.

—Hola guapo —saludó la modelo a su jefe, seguido por un sutil beso en los labios—. Ah, hola Danielle.

—Buenas tardes Clarissa —respondió la francesa.

—Permíteme presentarles a Maurice. Él es un fotógrafo independiente de Europa —mencionó Clarissa.

—Es un placer conocerlo finalmente, señor Lasalle y a ti por igual, Danielle —exclamó Maurice estrechando la mano de Edson y besando a la joven francesa en ambas mejillas.

—El placer es mío —replicó Edson—. ¿Lo he visto antes?

—No lo creo, pero quizás ha visto a mi socio.

—Y por cierto, ¿donde está? —interrumpió la rubia modelo.

—Debe estar en algún lugar por aquí. Como le dije a Clarissa, él es quien usualmente hace este tipo de trabajo.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó Edson.

Mientras tanto, Roberto trataba de pasar inadvertido entre la muchedumbre, escondiéndose más de Edson que de Danielle. No esperaba ver a su ex amante tomada del brazo de otro hombre, y menos aún de Edson. Aunque estaba encubierto por su disfraz, Roberto temía que Danielle lo reconociera si se acercaba demasiado o si decidía compartir su charla. Por otro lado, Roberto simplemente no hubiese sabido qué decir o cómo reaccionar de haber tenido a Danielle frente a él en ese momento. Maurice Butler había hecho un gran trabajo entrenando a Roberto para su tan deseada venganza, tanto en el aspecto mental como físico. Nada interferiría en el plan que tenía para que la joven modelo francesa pagase por todo el dolor que le había infligido. Roberto no estaba dispuesto a arriesgar nada, no en el desfile de modas.

La presencia de Lou no podría haber sido más oportuna, interrumpió la charla para llevar a Danielle y Clarissa hacia los camerinos, donde el grupo de diseñadores estaban listos para el último ensayo.

Mientras tanto, Roberto se percató de ese detalle y aprovechó la oportunidad de acercarse a Maurice y Edson.

—¡Oh, ahí estás, mi amigo! —dijo Maurice.

—Señor Lasalle. Soy Stefan, es un verdadero honor conocerlo —expresó el fotógrafo italiano al estrechar su mano.

—Igualmente —respondió Edson—. Bien señores, déjenme saber si hay algo que yo pueda hacer por ustedes antes de empezar el show.

—Ya que lo menciona, señor Lasalle, sí hay algo que usted puede hacer por nosotros —dijo el fotógrafo italiano.

—Sí, dígame.

—La modelo con la que entró... ¿cuál es su nombre?

—Danielle Fontaine. Y no me cabe la menor duda que será la próxima top model —dijo Edson muy orgulloso.

—Estoy seguro que así será —afirmó el italiano.

—Quizás pueda hacerle unas fotos cuando termine el show.

—Por supuesto, me encantaría —dijo Roberto antes que Edson se alejara.

—Estoy orgulloso de ti, amigo. Has mostrado clase y compostura —mencionó Maurice.

—Pues espera hasta la noche. Será cuando verdaderamente te haré sentir orgulloso.

—Lastimosamente no estaré cerca para verlo.

—¡Espera un minuto, Maurice!

—¿Qué pasa?

—De acuerdo a Stephanie, Danielle está viviendo con Edson Lasalle.

—Aún no veo cuál es el punto.

—Él me pidió que le hiciera unas tomas a ella después del show... bien, lo haré, pero en su casa... ¿qué crees?

Maurice asintió, dando su aprobación a la idea de Roberto.

—Vamos Roberto, todavía queda mucho por hacer —dijo Maurice.

La atmósfera en los camerinos empezaba a tomar el aspecto normal previo al show. Famosos diseñadores, así como unos pocos del medio local invitados a participar en el evento, compartían la misma área, dando retoques de último minuto a su valioso trabajo.

Algunas de las modelos se probaban los trajes que debían lucir en la pasarela, a otras las peinaban y maquillaban. Cámaras de televisión y reporteros del mundo de la moda hacían entrevistas a las modelos y los diseñadores, concentrados en un mismo lugar para un evento de esta magnitud.

—Felicitaciones Danielle... debes sentirte la mujer más afortunada del mundo.

—Creo que no te entiendo, Clarissa.

—OK, veamos. Acabas de llegar a Miami hace pocos días, y repentinamente la joven modelo francesa pasa de ser la protegida de Juliano a ser la protegida de Edson —mencionó Clarissa con un tono de ira y sarcasmo en su voz.

—Me temo que te equivocas. Es más, lo que creo que sucede es que tienes un arranque de celos.

—¿Y por qué habría de estar celosa? Ciertamente no de ti, querida.

—Entonces, de qué te quejas... Si crees que me estoy acostando con Edson... bueno, siento desilusionarte. No pasa nada entre él y yo; y de ser así no sería de tu incumbencia. Respecto a lo de protegida, está bien si me quieres dar esa distinción. Siempre puedo regresar a Europa y trabajar para Juliano. Podría también ganar prestigio con eso.

—Así que lo admites, te gusta Edson. Lo encuentras atractivo.

—No puedo negarlo. Existe cierta química entre nosotros, y me ha tendido la

mano para ayudarme. Sea como fuere, no vine a Miami para encontrar un hombre. Solamente trato de dar un paso más en mi carrera, y hacerme de un nombre por mí misma, como todas las chicas en este negocio.

—¿Y por qué no te quedaste en Europa?

—Como ya sabes, vine de vacaciones; cuando Edson me pidió que tomara parte en este desfile, no puede resistir darle una mano a estos niños necesitados.

—¡No me trago ese cuento, Danielle Fontaine! Hay algo más en todo esto. Tengo el presentimiento de que escondes algo. ¿Por qué te mudaste con Edson? No me digas que no puedes pagar una habitación en un hotel.

A estas alturas, ya Danielle no sabía cómo disipar las sospechas de Clarissa. Muy en dentro de sí, la joven modelo francesa le daba la razón a su colega. Sí, por supuesto, existían muchas cosas pasando en el mundo de Danielle, pero eso era algo que Clarissa no tenía por qué saberlo.

Danielle permaneció callada. No quería darle más explicaciones a su rival. Desde el otro lado del salón, Maurice y Roberto, con la ayuda de un sofisticado micrófono, escuchaban el intercambio verbal entre las dos bellas mujeres. Butler tuvo que intervenir rápidamente antes que Roberto se acercara a poner en su sitio a la rubia top model de la Agencia Lasalle, ya que no le gustó para nada la forma en que Clarissa se dirigía a su ex amante.

Maurice apaciguó la ira de su amigo explicándole que de haberlo hecho, sus planes se hubiesen visto afectados. Roberto estaba desesperado, por lo que Maurice decidió enviarlo a dar un paseo por la playa, mientras él preparaba todo lo demás. Afortunadamente para Danielle, alguien se acercó a ellas, solicitando su presencia para empezar la prueba del vestuario.

Apenas habían transcurrido unas cuantas horas desde que McHannen tuvo aquella emotiva charla con Tomás Peterson en la iglesia. El tráfico era muy pesado en las autopistas de South Florida, lo que no ayudaba al sacerdote, quien se encontraba en camino al hotel donde se hospedaban los niños, a sacar de su mente las palabras de su otrora rival. Y el otro asunto que preocupaba a Argonaut era la llamada desde Francia que tuvo hace dos noches. Prácticamente apenas había hecho nada al respecto, solo aquella breve conversación con Edson. El sacerdote pensaba en lo complicado que se habían transformando estos últimos días luego de aquellas peculiares circunstancias. Dos inesperadas situaciones resucitaron repentinamente de sus cenizas. Dos situaciones en las que él desempeñaba un papel vital.

Y otro asunto, quizás igual de importante para el sacerdote era la carta que Tomás había escrito a Stephanie, la cual no tuvo el valor de abrir, había decidido dejarla en su caja de seguridad personal de la iglesia. Creía saber el contenido, pero no exactamente cómo el señor Peterson habría descrito todo lo sucedido.

Tenía la esperanza de que el ex futbolista hubiera omitido los detalles grotescos de sus actos, así como su obsesión por Sheri; eso era lo único que podría hacer, mantener la fe, y luego encontrar la forma de explicarle todo a Stephanie.

Argonault, junto a los niños, el padre Cross y la hermana Divine, arribaron con casi dos horas de anticipación al Ocean Vista & Resort Hotel. Un frenesí de reporteros estaba apostado fuera del vestíbulo del hotel, esperando la llegada de algunas personalidades como el alcalde Kestrel y el alcalde de Miami Beach. Toda esta locura obligó al bus que transportaba a los niños a parquear detrás del edificio. Pocos minutos después, y luego de un improvisado, pero efectivo despliegue de seguridad, los niños entraron por la puerta de la cocina hacia del salón especial en el primer piso, asignado para ellos por la administración del hotel y con la aprobación del Instituto.

Arriba en el salón, Edson Lasalle y unos pocos invitados especiales del Instituto, dieron la bienvenida a los chicos. El lugar no solo estaba lleno de comida, sino por igual de juguetes y ropa, como regalo para que los pequeños se llevaran de regreso a sus respectivos lugares de origen. Minutos más tarde, unas cuantas modelos y diseñadores se hicieron partícipes de la fiesta de bienvenida. A pesar de no estar acostumbrados al alboroto del jet set, los niños se divirtieron mucho. Un oficial de seguridad se acercó a Edson y la presidenta del Instituto para anunciar la llegada de los miembros del ámbito político local, quienes se dirigían al salón para ver a los niños.

El acceso estaba muy restringido, especialmente para la prensa.

Los directivos del Instituto querían hacer de este un evento muy especial para los niños y no permitían la presencia de la prensa, de ningún tipo, dentro del salón. Esa regulación molestó a los tres políticos quienes querían hacer su usual show de ser vistos besando y estrechando las manos de los niños, a fin de captar votos para la siguiente contienda electoral. De alguna forma, Roberto había logrado seguir a Danielle hasta el primer piso, pero el acceso al salón le fue negado, por lo que fue escoltado a la planta baja.

El padre McHannen ofreció el último de los tres discursos, agradeciendo a todos en el salón por su hospitalidad hacia los chicos; luego, oraron al Todopoderoso pidiendo su bendición por un excelente desfile.

Luego de este significativo acto, todos, con excepción de los niños, bajaron. Cuando faltaba cerca de una hora para iniciar el show, los pequeñines fueron llevados a un salón especial, donde se alistarían para el evento principal. Mientras, en el área de la piscina, la multitud comenzó a tomar asiento alrededor de la pasarela.

Dentro de los camerinos, algunas modelos, incluyendo Danielle, estaban siendo retocadas por los maquillistas, cuando Lou Lasalle entró para

chequearlas, pero con un invitado muy especial.

—Danielle, mira quién vino a verte —dijo Lou.

Stephanie y Danielle se abrazaron muy fuertemente, como viejas amigas que se reunían por primera vez en muchos años.

—¡Te dije que no me perdería este evento! —exclamó muy entusiasmada Stephanie.

—Te ves preciosa, amiga. Gracias por traerla hasta aquí, Lou —respondió Danielle, mientras Clarissa se unía al grupo.

—Hola Lou —dijo Clarissa.

—Creo que ya conoces a Stephanie, ¿cierto?

—Ah sí, la stripper.

—Es bueno volver a verte, bruja.

—OK chicas, calma. Danielle, ¿por qué no tomas cinco minutos y le das un tour a Stephanie por los alrededores? —dijo Lou tratando de enfriar los ánimos.

—Solo cinco minutos, Danielle —repitió Clarissa mientras las dos mujeres abandonaban los camerinos.

—¡Clarissa, hazte un favor a ti misma y deja a Danielle en paz! Te pongo algo muy en claro. Aquí nadie va a tomar tu lugar. Si lo pierdes, tú serás la única culpable. Ahora, alístate para el show! —expresó enfadado Lou. Clarissa también se enfureció con la reprimenda de Lou, especialmente por no mostrarle el respeto que ella pensaba se merecía.

Por otro lado, las buenas amigas dieron un corto paseo por el área de la piscina, lugar donde en pocos minutos más debía desarrollarse el esperado desfile.

—¿Qué pasa entre tú y Clarissa? —preguntó Danielle.

—Ah, no importa. Ella es siempre así de amable —bromeó Stephanie con su amiga.

—Creo que tienes razón... de cualquier forma, ¿qué te parece todo esto?

—¡Me encanta! ¿Y a ti qué tal te va?

—Como dicen los americanos: siento mariposas en mi estómago, pero todo estará bien.

—Me alegra que pienses así... pero dime, ¿cómo van las cosas con Edson?

—Hasta ahora. Todo parece ir muy bien. Veremos cómo se dan las cosas.

Las esculturales mujeres dieron un último paseo por el área, que se hallaba lista en espera del show. Maurice, quien se encontraba junto a Roberto en el lugar asignado a los fotógrafos, se sorprendió de ver a Stephanie en el desfile. Las chicas se toparon con Lou, quien de inmediato llevó a la bailarina canadiense a ocupar su asiento en la audiencia, mientras Danielle regresó a los camerinos para darse los últimos retoques previos a su turno en la pasarela.

Antes de despedirse, las amigas acordaron verse después del show.

Desde su posición, Maurice seguía, a través del lente, los movimientos de Stephanie, quien caminaba entre la multitud de la mano de Lou. Para su sorpresa, Lou había reservado un asiento para su amiga en la sección de invitados especiales, en la segunda fila, justo detrás del alcalde Kestrel y los directivos del Instituto.

—Mírala, se ve tan hermosa como cualquiera de las modelos, ¿verdad Roberto? —comentó Maurice con tristeza en su voz.

Sin embargo, Roberto apenas escuchó el comentario del francés.

Sus pensamientos estaban centrados en Danielle, y en cómo hacer para acercarse a ella y poder finalizar su venganza.

El padre McHannen, junto con otros dos sacerdotes, se encaminaron hacia los camerinos donde estaban los niños alistándose para compartir el escenario con las modelos al final del espectáculo.

Los sacerdotes compartían la tranquilidad que reflejaban los niños, a pesar de que nunca antes habían actuado en un evento semejante.

Mientras tanto, el sonido de la música de fondo acompañaba la llegada de los invitados especiales. Uno de ellos era Pietro Sassone, quien estaba acompañado de una joven y bella mujer. Tomás se encargó de escoltar a ambos hasta sus respectivos asientos.

—Ahí está —le dijo Peterson a su jefe señalando discretamente hacia donde se ubicaba Maurice Butler.

Sassone y su acompañante se sentaron en la primera fila, cerca del alcalde de Miami Beach, y tres asientos a la izquierda del alcalde Kestrel. Peterson se percató que Butler apuntaba el lente de su cámara en dirección a su jefe, lo que llamó la atención del fornido hombre sobre qué era exactamente lo que el asesino francés estaba espiando. El señor Peterson miró alrededor del área donde su jefe se mezclaba con los invitados, solo para sorprenderse al encontrar a Stephanie, sentada en la segunda fila, no muy lejos de su jefe.

Tomás Peterson reaccionó con una tímida sonrisa al ver a su bella hija sentada entre los invitados especiales; lucía tan radiante como todas las maniquíes que desfilarían en la pasarela. Ya con más calma, analizó la situación, dándose cuenta que su hija podría estar en peligro si Butler llegaba a fallar en su trabajo. Luego de las dolorosas verdades que escuchó la noche anterior en el club, le era muy difícil acercarse nuevamente a Stephanie. No hubiese sido capaz de encontrar las palabras apropiadas, pensó. Sin embargo, lo que le preocupaba era la urgencia de alejarla de ese asiento donde se encontraba. Tomás rápidamente pensó en enviar a uno de sus hombres que pasaban como oficiales de seguridad para invitarla a sentarse en otra fila; quizás en otra sección opuesta

a donde estaba. A través de su intercomunicador dio instrucciones al oficial de seguridad. Mientras tanto, Sassone notó el semblante de preocupación en el rostro de su leal empleado y le preguntó al respecto.

Peterson respondió que todo estaba bien, y que solo estaba revisando detalles de último minuto.

Justo cuando el hombre de seguridad se disponía a cumplir las órdenes de su jefe, Lou llegó a sentarse junto a Stephanie. Advirtiendo este hecho, Tomás inmediatamente le ordenó al oficial que se retirara. A través del lente de su cámara, Butler observaba la escena desde su puesto y le tomó una foto a su amor platónico; luego puso la cámara a un lado, y dio a Tomás una señal de que todo estaba bien con el pulgar hacia arriba. De cierto modo, esto le hizo saber a Peterson que Butler estaba listo para llevar a cabo la tarea encomendada, y que su hija estaba segura.

—Cinco minutos para el show —anunció el jefe de piso a todos los involucrados en el evento, mientras se hacían los últimos ajustes de vestuario a las modelos.

El mismo anuncio también se escuchó en el salón donde se encontraban los niños, por lo que el padre Cross y la hermana Divine se aseguraban de que todo estuviese listo. El lugar había sido acondicionado con un monitor de plasma LCD para que los chicos pudieran seguir el show, hasta la hora en que les tocara bajar hacia la piscina.

Las estrellas en el cielo servían como sutil decoración de la fría y tranquila noche de Miami Beach. La audiencia se acomodaba en sus asientos, mientras Edson daba un último vistazo alrededor de la piscina, antes de pasar a ocupar su puesto en la sección de VIP junto a los políticos y la presidenta del Instituto; se sentía orgulloso de llevar a cabo este espectáculo. Sus planes de viaje estaban bien avanzados, aunque luego de conocer a Danielle, quizás reconsideraría y pospondría las largas vacaciones que tanto deseaba tomar.

Mientras la música de fondo continuaba con su contagioso ritmo, Butler tomó su cámara especial y se volteó hacia su amigo Roberto.

El fotógrafo italiano se dio cuenta de que su socio tenía un semblante que nunca antes había notado.

—¿Qué te pasa Maurice?

Butler solo sonrió y luego respondió a la pregunta.

—Roberto, te aconsejo que si vas a llevar a cabo tu plan de venganza, debieras abandonar este lugar ahora mismo. Creo que sabes bien dónde encontrar a Danielle luego del espectáculo.

Por unos segundos, Roberto se quedó atónito por la respuesta de su amigo, pero muy dentro de sí él sabía que en el show sería poco lo que pudiese hacer

para completar su plan. Aunque sí le preocupó el tono de nerviosismo que notó en la voz de Maurice.

—Quizás tengas razón, mi amigo, pero aun así, no te dejaré solo.

—Se te olvida que ya he hecho esto antes... anda... toma esta cámara contigo para que la seguridad no sospeche. Hazme sentir orgulloso, Roberto. Has sido un buen alumno... ahora vete —dijo Maurice.

Roberto tomó la cámara y luego de despedirse con un fuerte apretón de manos, caminó a través del área de fotógrafos, perdiéndose en la multitud, hasta llegar al vestíbulo y finalmente salir del hotel. Mientras, las luces en la piscina se atenuaron hasta casi quedar en la oscuridad, a manera de un prelude del inicio del espectáculo.

La luz de la luna se hacía presente en la pasarela como una decoración enviada de las estrellas, invitando al público a disfrutar de una noche de glamoroso entretenimiento. Las cámaras de televisión comenzaron a rodar, capturando cada momento del show, mientras el anunciador daba la bienvenida al público.

En los camerinos, las modelos estaban alineadas esperando la señal del jefe de piso para acceder a su turno en la pasarela. Entretanto, el anunciador presentaba a unos invitados especiales del Instituto. Peterson observaba cada movimiento de Butler así como a Stephanie. Uno de los hombres de Tomás le informó por el auricular que el asistente de Maurice salió del hotel, pero él le ordenó ignorarlo; él sospechaba que en breve el asesino francés completaría su misión.

Una vez que se hicieron las presentaciones de rigor, el anunciador dio paso a la primera tanda de bellas mujeres vistiendo los diseños de uno de los afamados nombres en la moda de los Estados Unidos.

El tenue ritmo musical empezó a invadir el área de la piscina, al mismo tiempo que los reflectores iluminaban el escenario, permitiendo a las modelos lucir sus hipnotizantes cuerpos en la pasarela.

A Danielle le tocaba caminar frente a Clarissa y, tal como había sucedido en París, las cámaras, al igual que Edson, se concentraron en la joven modelo francesa. Ambos intercambiaron miradas y Danielle le regaló una sonrisa a su protector, quien le devolvió la cortesía con el mismo gesto. Dentro del improvisado camerino, Clarissa le dio una fría mirada a Danielle. Estaba celosa de la atención de Edson hacia la joven modelo francesa. Mientras tanto, el jefe de piso dio la señal a las chicas que debían apurarse para su próxima salida a la pasarela. Esta vez, Clarissa iría frente a Danielle en la línea.

—Prefiero ir enfrente tuyo, querida —dijo Clarissa.

Por otro lado, Peterson, quien se hallaba mezclado entre la multitud, se

mantenía vigilante, ya que el momento de apretar el gatillo se acercaba para Butler. El asesino francés había decidido ejecutar su tarea justo en el preciso momento en que los niños hicieran su aparición en la pasarela junto a las modelos, en el epílogo del show.

De esa forma, tendría la oportunidad de salir del lugar y pasar inadvertido, ya que el público definitivamente se pondría de pie ante la salida de los chicos hacia el escenario.

Los hermosos cuerpos se tomaron el escenario por segunda ocasión, vistiendo bellos y en ocasiones extravagantes diseños para una noche casual. El público disfrutaba de cada momento. Desde la segunda fila, Stephanie enviaba un beso volado a su amiga al pasar luciendo glamorosa y en total control de sí misma.

A través del lente de su cámara, Butler no despegaba la mirada de su futura víctima. Su blanco estaba al alcance. Todo lo que debía hacer era apretar el gatillo, pero aún no era el momento.

Un joven fotógrafo accidentalmente tropezó con Maurice, desviando por un minúsculo instante la atención de su objetivo. El hombre se disculpó con Butler y continuó con su trabajo. Pero el asesino francés notó algo raro en el hombre junto a él. Además de un acento extraño, tenía cierta entonación nerviosa en su voz y solo cargaba una cámara consigo, lo cual lo hacía lucir poco profesional.

Aun así, Butler decidió prestar atención a su trabajo.

Al mismo tiempo, dentro del salón, los niños se preparaban para bajar al escenario, luego de que el jefe de piso diera la orden. Entretanto, algunas de las modelos hacían su tercer recorrido por la pasarela. Todo parecía salir según lo planificado. El público disfrutaba del espectáculo, y el clima, no podía ser más perfecto.

El momento esperado por los presentes se aproximaba. Las modelos se apuraban en los camerinos para su último cambio de vestuario. Por otro lado, y bajo estrictas medidas de seguridad, los niños fueron desplazados al área donde debían esperar a las modelos que los acompañarían a la pasarela.

El señor Butler seguía cada momento del show preparándose para su acto de despedida. Las miradas de Tomás se concentraban en Stephanie, quien sostenía la mano de Lou mientras disfrutaba del espectáculo.

Stephanie estaba tan pendiente de la participación de su amiga, que no se percató de la cercana presencia de Tomás.

La música pausó para dar paso a la voz del maestro de ceremonias.

—¡Y ahora damas y caballeros... prepárense para algo muy especial!

El reflector iluminó la decoración de fondo, desde donde las modelos harían su aparición. El ritmo de las notas musicales invadió el área, al mismo tiempo

que una hermosa modelo aparecía para encontrarse con uno de los niños en la pasarela. El ritmo aumentaba a medida que los dos personajes se acercaban el uno al otro. Luego, la luz dentro de la piscina lentamente se atenuaba, mientras la combinación de inocencia y belleza, tomados de la mano, comenzaba su paseo por la pasarela. El rugido de los aplausos de la multitud retumbaba por todo el improvisado anfiteatro.

La expresión en el rostro del padre McHannen, al igual que de los directivos del Instituto, reflejaba la emoción que sentían al ver estas inocentes creaciones del Señor viviendo una inolvidable experiencia.

La multitud seguía aplaudiendo sin cesar a los niños en la pasarela, escoltados por algunas de las mujeres más hermosas del mundo. Los flashes de las cámaras destellaban la noche en el área de la piscina. Todos querían tener una fotografía como recuerdo de tan trascendental momento.

Tomás Peterson continuaba observando los movimientos de Butler, quien con cámara en mano, pacientemente esperaba por el momento preciso para hacer el disparo fatal. El asesino francés se movió ligeramente a su derecha, para poder tener un mejor ángulo del público en la primera fila.

Finalmente, la oportunidad de hacer su último acto llegó. Era ahora, se dijo a sí mismo, mientras observaba a través del visor, apuntando al alcalde Kestrel. De cualquier forma, antes del golpe, el asesino francés decidió echar un último vistazo a su Stephanie.

Apuntó su lente a unos pocos metros del alcalde y la encontró luciendo tan radiante como siempre, teniendo la oportunidad de su vida. Sabía que en el futuro inmediato, no la vería tan seguido como él hubiese querido, por lo que planeó todo de ante mano. Después de completar su tarea, saldría del país, regresando a su mansión en Francia. Ahí esperaría el tiempo necesario para traer a Stephanie y comenzar una nueva vida con ella. Más simple no podría ser.

Solamente debería salvar este último obstáculo, antes de comenzar una nueva vida junto a la mujer que amaba.

El desfile de la inocencia y la belleza, como se le había bautizado a esta parte final del show, seguía en todo su apogeo y Butler centraba su lente en el alcalde Kestrel, quien se recreaba la vista con las modelos. Con el agitar de sus palmas, la audiencia seguía el contagioso ritmo musical, mientras Butler contaba los segundos para cumplir con su objetivo, eso sí, tratando de evitar un desafortunado incidente con alguno de los niños. El francés tomó su cámara, apuntó al alcalde y entonces realizó el disparo mortal que atravesó el cuello del alcalde Kestrel. A través del lente, el asesino galo observó cómo su víctima colocó su mano en el lado derecho de su cuello, justo en el punto por donde el dardo había penetrado su anatomía. A unos pocos metros de distancia, uno de los

guardias de seguridad que había sido infiltrado por Peterson informó a su jefe lo sucedido. De inmediato, él le informó al señor Sassone, mientras el escenario era invadido con la presencia de los pequeños y las modelos. Sin embargo, en ese instante, Butler sintió un empujón proveniente de su derecha. Esto produjo un disparo accidental por parte del francés que hirió a la presidenta del Instituto en el antebrazo. Butler supo que algo salió mal y que había hecho otro disparo fatal. Los empujones continuaban en el área de fotógrafos, cuando de pronto el hombre con la sola cámara en mano que Butler había notado antes, sacó un arma y disparó dos veces contra el alcalde de Miami Beach, matándolo en el acto. Entonces explotó el pandemonium. Otros dos fotógrafos saltaron sobre el hombre para contenerlo, mientras él seguía disparando al azar. La multitud comenzó a saltar despavorida de sus asientos, buscando la salida más próxima. Algunos se tiraron a la piscina buscando refugio del caos y las balas que volaban por doquier. Butler vio en esto su oportunidad de escapar. Sin embargo, justo en ese momento, la multitud que trataba de contener al hombre armado, empujó a Butler hacia el piso. Mientras tanto, los instintos paternales de Tomás Peterson salieron a flote, y tan pronto como cubrió a su jefe de los disparos, fue en busca de Stephanie, quien era una de las pocas personas que aún continuaban de pie en medio del tiroteo. El hombre armado siguió apretando el gatillo al mismo tiempo que luchaba con los guardias de seguridad, quienes trataban de abatirlo.

Uno de esos disparos impactó en la espalda de Tomás mientras se lanzaba a cubrir a Stephanie en el piso, bajo los asientos. En el momento en que Butler trataba de recobrar su equilibrio, el hombre armado hizo un disparo que penetró el pecho de Maurice.

Butler trató de hacer presión en la herida mientras lentamente caía al piso cerca del escenario. Aún con la cámara en su mano, consiguió disparar un dardo al hombre armado. Habiendo sido impactado, el hombre se rindió a los guardias de seguridad quienes finalmente le arrebataron el arma de la mano. La sangre del asesino francés se esparcía por el piso. El dolor era terrible, pero aún así pensaba en su amada Stephanie, que él sabía se hallaba al otro lado de la pasarela. Butler levantó ligeramente su cabeza y vio la sangre emanar de la boca del hombre armado, lo que indicaba que el dardo había hecho su efecto y que en cuestión de segundos moriría.

Aunque estaba gravemente herido, Maurice pensó en ir hasta el otro lado de la piscina para estar cerca de Stephanie... lo que no sabía el francés era que ella se hallaba aún en el piso cubierta por el ensangrentado cuerpo de Tomás. Maurice trató de llamarla pero la hemorragia le restó fuerzas para pronunciar palabra alguna. Sin embargo, el herido asesino se las arregló para alcanzar el borde de la pasarela. Maurice sabía que el final estaba cerca y que su sueño de

retirarse a una vida normal se desvanecía lentamente en el abismo de su memoria. Una lágrima rodó por su mejilla mientras yacía boca abajo en el borde de la piscina. Butler hizo un último esfuerzo para ponerse en pie; tuvo tiempo para ver a su amada bailarina exótica, en medio de lágrimas y desesperada; trató de pronunciar su nombre, pero el escándalo y el caos reinaban en el lugar. Justo en ese momento, Maurice exhaló por última vez en la tierra, cayó a la piscina, no sin antes golpearse la cabeza con el borde de la pasarela. Todo estuvo en silencio para Butler, mientras su cuerpo ya insensible se dirigía al fondo de la piscina teñida de sangre por las otras víctimas que yacían en esta.

Los hombres de seguridad cubrieron con un manto el cuerpo del otro asesino, mientras los paramédicos, policías y forenses, harían su aparición en la caótica escena.

Danielle emergió en lágrimas de su improvisado escondite en el área de maquillaje en busca de sus amigos. Lo primero que vio fue el cuerpo de Clarissa flotando con un hoyo en su cabeza. Danielle se desesperó aún más y comenzó a llamar a cada una de las personas que conocía; Edson, Lou, Stephanie fueron los nombres que en su desespero salían de su boca.

Mientras la joven modelo francesa caminaba asustada por la sangrienta escena a lo largo del borde de la piscina, Edson Lasalle reaparecía desde debajo de la pasarela donde él y otros se habían ocultado durante el tiroteo. Danielle sintió alivio al verlo con vida, extendiendo inmediatamente su mano para ayudarlo a salir de su escondite. Ambos se abrazaron fuertemente. Danielle volvió a romper en llanto en el hombro de Edson mientras él trataba de calmarla.

—¡No encuentro a Stephanie ni a Lou, y Clarissa está muerta... estoy asustada Edson!

—Todo estará bien, Danielle —pronunció un igualmente asustado Edson.

Uno de los paramédicos se acercó a ellos con una frazada. Edson le pidió al hombre que cubriera a Danielle. Luego el paramédico examinó a ambos por si tenían alguna herida. Mientras el hombre revisaba a Danielle, la angustiada modelo escuchó la voz y los gemidos de su amiga en medio de toda la confusión. El sonido de la voz le sirvió como referencia hasta encontrar a su antigua compañera de habitación tendida en el piso, en un charco de sangre.

Danielle corrió hacia ella, mientras Stephanie trataba de salir de debajo del cuerpo de Tomás. La joven modelo se arrodilló para ayudar a su amiga. Ambas se abrazaron y lloraron juntas mientras el paramédico y Edson llegaban a su lado. El paramédico revisó primero a Stephanie, quien se veía sana, luego a Tomás.

—Lo siento señorita, pero este hombre está muerto. ¿Sabe usted quién es? Stephanie y Danielle miraron el cuerpo.

—No estoy segura, pero creo tener idea —respondió Stephanie aún nerviosa.

—¿Han visto a mi hermano Lou? —preguntó Edson.

—Hay algunos heridos que han sido acomodados dentro del hotel. A lo mejor podría estar ahí, señor.

—Vamos chicas —dijo Edson.

Ambas se levantaron del piso y junto a Edson, se dirigieron hacia el interior del hotel, dejando al paramédico con el cuerpo inerte de Tomás Peterson.

El área de la piscina, que pocos minutos antes fue el lugar donde se llevaba a cabo uno de los más reconocidos eventos de caridad, se había convertido en una zona de guerra. Heridos yacían por todo el piso e incluso en la piscina. Un grupo del equipo de rescate estaba muy ocupado ayudando a algunos a salir de la piscina para darles los primeros auxilios hasta llegar al hospital más cercano.

Edson, Danielle y Stephanie caminaron hacia el lobby del hotel que había sido habilitado para atender a quienes tenían heridas menores o que simplemente estaban en shock por los acontecimientos sucedidos. Los tres miraban a su alrededor contemplando la desolación en los rostros de todos. Edson le preguntó a uno de los oficiales sobre los niños, a quienes había perdido de vista. El hombre le dio la buena noticia de que a pesar de estar un poco asustados por lo sucedido, todos estaban bien de salud y habían sido llevados al piso superior junto con los sacerdotes y algunos directivos del Instituto. Luego de eso, el oficial de seguridad se excusó y prosiguió con su trabajo, mientras Edson trataba de encontrar a su hermano.

Algunas personas, entre ellas modelos y diseñadores, estaban tendidos en el piso mientras el equipo de paramédicos los atendían; otros, simplemente estaban sentados apoyados contra la pared, contentos por sobrevivir esta inesperada odisea. Uno de ellos era Lou Lasalle, quien se hallaba envuelto en una frazada, con un vendaje en su antebrazo, y otro alrededor de su cabeza. Edson, Danielle y Stephanie corrieron a su lado y se consolaron mutuamente.

—¡Qué bueno es verte vivo, hermano! —dijo Edson.

—¡Yo también estoy feliz de verte! —respondió Lou.

—Fue horrible... —dijo Danielle mientras Lou sostenía su mano.

—¿Estás mal herido? —preguntó Stephanie.

—Parece ser que una bala lastimó mi brazo al sumergirme en la piscina. Eso hizo que me golpeará la cabeza con el borde de la pasarela, y entonces, perdí el conocimiento por un momento. Solo veía gente cayendo como moscas dentro de la piscina tratando de escapar del peligro. Estoy contento de haber sobrevivido.

—Bien, ustedes tres, quédense aquí. Voy a ver qué puedo hacer.

Después de todo soy uno de los organizadores del evento —expresó Edson.

—De ninguna forma. Voy a ayudarte. Recuerda hermano que estamos juntos

en esto.

—Creo que no estás en condiciones de ayudarme. Es más, creo que deberías ir a casa con Danielle y Stephanie.

—Me parece una buena idea... pero debería quedarme a ver qué puedo hacer aquí. Ustedes dos, es mejor que vayan a casa —sugirió Danielle a Stephanie y Lou.

Dentro de sí, Lou reconoció que Danielle estaba en lo correcto.

Él se sentía muy débil, cansado, y hasta un poco angustiado por todo lo que acababa de ocurrir. Con la ayuda de su hermano, lentamente se incorporó y, apoyándose sobre el hombro de Stephanie, ambos se dirigieron hacia el estacionamiento.

—Te recomiendo que vayas a casa, Danielle —habló Edson.

—¡Dije que quiero quedarme y ayudar! Ahora, voy a chequear al resto de las chicas.

Edson se dio cuenta que por ahora sería imposible convencer a la joven modelo francesa de lo contrario; mientras ella se dirigía a lo que hasta hace unos minutos era el área de maquillaje, Edson fue al piso superior a inspeccionar a los niños y a su amigo McHannen.

Las puertas del ascensor se abrieron permitiendo a Edson caminar hacia el salón asignado a los chicos. El lugar se encontraba lleno de policías y oficiales de seguridad. A medida que se acercaba, Edson se percató de un pequeño alboroto. Era la policía tratando de contener a los reporteros en busca de entrevistas y reacciones, especialmente de alguno de los niños, quienes a pesar de la tragedia lucían calmados.

Edson pasó a través el enjambre de reporteros. Un par de ellos lo reconocieron e inmediatamente empezaron a preguntar al tiempo que saludaba a algunos directivos del Instituto. Lasalle no estaba con ánimo de contestar pregunta alguna y continuó su camino hacia el salón.

El padre McHannen se percató la presencia de su amigo, y rápidamente se levantó para encontrarlo.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —dijo el sacerdote.

—Lo mismo digo yo, amigo —respondió Edson—. ¿Cómo están los niños?

—Aparte de algunos raspones y otros en estado de shock, todos salieron prácticamente ilesos... pero en el momento de los disparos, 256

Pecado y pecadores pensé que sería una tragedia más terrible de lo que ha sido para todos. Gracias a Dios que cuando empezaron los disparos, solo uno de los niños estaba por salir al escenario. No habría podido soportar en mi conciencia la idea de que algunos de ellos hubiese sido lastimado, o algo peor —dijo el clérigo.

Edson miró a su alrededor, pensando en lo que acababa de decir su amigo. Notó también la expresión de miedo y susto reflejada en algunos de los chicos que quietamente estaban sentados en el fondo del salón, lejos de los reporteros. Paramédicos y miembros del Instituto estaban atendiéndolos. Mientras tanto, McHannen y Edson conversaban con las autoridades policiales y el administrador del hotel, planeando la salida de los niños hacia el bus.

Decidieron que primero la policía desalojara la zona de reporteros antes de comenzar a trasladar a los niños hacia la puerta de atrás, para que así pudieran llegar hasta el bus sin ser molestados.

Minutos más tarde, un dispositivo de policías y guardias de seguridad empezaron a escoltar a los fotógrafos fuera del pasillo y del vestíbulo. Una vez limpio el camino, el padre McHannen, la hermana Divine y el padre Cross junto a los niños empezaron a dirigirse hacia la primera planta usando las escaleras que llevaban directo al área detrás del hotel.

Luego de casi veinte minutos, los niños estaban sentados cómodamente dentro del bus. Bajo la supervisión de Edson Lasalle y directivos del Instituto, el bus con sus ocupantes partió hacia su destino. Considerando las circunstancias, fue un momento muy emocionante para todos los presentes, pero al mismo tiempo, estaban contentos de que los niños estaban a salvo. McHannen agradeció al personal del Instituto, esperando que las cosas se esclarecieran para todos los que estaban involucrados en esta tragedia. Antes de que todos partieran, oraron por el alma de la desaparecida presidenta del Instituto.

Edson Lasalle junto con un grupo de personas entró al vestíbulo del hotel, donde toda la prensa había sido reubicada mientras esperaban por algún boletín que diera información concreta y precisa sobre la tragedia.

La encargada de relaciones públicas del hotel y otra del Instituto se acercaron a Edson y el grupo de personas, incluido el administrador del hotel, el presidente interino del Instituto, el jefe de policía y el alcalde de la ciudad de Miami.

—Caballeros. ¿Pueden por favor ponerse de este lado? —señaló la relacionista pública a Edson y sus acompañantes, mientras entraban uno a uno al salón de conferencias.

—¿Qué novedad nos tiene? —preguntó el alcalde.

—Me temo que no son buenas noticias —respondió la mujer.

—No nos sorprende —comentó el jefe de policía.

—¿Cuántas víctimas? —inquirió Edson.

—Tenemos un total de seis muertos y alrededor de dieciocho heridos. Los demás tienen solo traumas menores y la mayoría están en estado de shock.

—¿Alguna identidad de los fallecidos? —preguntó el jefe de policía.

—Sé que una de ellas es de mi agencia. Su nombre es Clarissa — dijo

Edson.

—¿Qué hay del pistolero?

—Aparte de la modelo que mencionó el señor Lasalle, tenemos la identificación de tres de ellos: los dos alcaldes, Kestrel y Bauchman, así como la presidenta del Instituto. Sin embargo, uno de los cuerpos que fueron recuperados de la piscina no tenía identificación consigo. Podemos concluir, por la gente que estuvo a su alrededor en el momento de los disparos, que se trataba de un fotógrafo.

—Quizá el señor Lasalle pueda identificarlo.

Edson solo asintió, pero no muy a gusto luego de escuchar la sugerencia del alcalde Britto.

La relacionista pública continuó: —En cuanto al pistolero, todo lo que sabemos es el tipo de arma usada, y que....

Alguien golpeó la puerta, y uno de los oficiales de seguridad del hotel entró al salón. Era uno de los que trabajaban para Tomás Peterson.

—Perdón, señor —le dijo el hombre en el oído al administrador del hotel.

—Sí, ¿qué sucede?

—Encontramos la identificación perdida del pistolero junto con esta cámara —dijo el oficial al tiempo que se la mostraba al administrador.

Tomando ventaja del inesperado pistolero, Pietro Sassone había ordenado a sus hombres alterar la evidencia dejada por Maurice Butler.

El administrador del hotel leyó el nombre del pistolero en voz alta, mientras el jefe de policía estudiaba la cámara y comentaba: —No sé, pero parece ser un equipo altamente profesional.

El alcalde le pidió a Edson estudiar el objeto y, mientras lo revisaba, descubrió algo inusual en él.

—No creo que esta sea una cámara común —para la sorpresa de todos en el salón.

—¿Qué quiere decir, señor Lasalle?

—Que este artefacto luce como una cámara, pero en realidad no lo es. Mire, este es el compartimiento de la película, pero ciertamente no hay ninguna. Además, es muy pequeño para ese propósito. Nunca había visto algo así.

El jefe de policía tomó nuevamente el objeto y llamó a uno de sus hombres por radio. Ordenó que llevaran la cámara hacia el laboratorio para realizar los análisis correspondientes.

Luego de unos minutos dentro del salón de conferencias, todas las partes estaban listas con un pronunciamiento para la prensa, quienes esperaban ansiosos por detalles.

Mientras se daba la conferencia de prensa, Edson regresó a los camerinos, donde encontró a Danielle asistiendo a otras modelos que aún estaban un poco afectadas por todo lo sucedido. Las chicas se alegraron de ver a Edson a tal punto que prácticamente saltaron sobre él.

—Qué alivio ver que todas están bien —dijo Edson a las chicas.

—¿Qué está pasando allá afuera? —preguntó una de las modelos.

—Bueno, debo informarles que desafortunadamente Clarissa murió en el incidente. No he profundizado en más detalles al respecto.

Sin embargo, estoy seguro de que podremos leerlo mañana en los diarios. Por otro lado, los niños se han marchado a salvo del hotel.

Fuera de unos cuantos raspones, magulladuras y algunos aún en estado de pánico, ellos están bien. Mi hermano Lou fue a casa con algunas lesiones menores, pero pronto se recuperará.

—Todas aquí estamos bien, Edson. Aparte del susto del siglo....

—Escúchenme chicas, siento mucho que hayan tenido que pasar por todo esto.

—Oh no, no es tu culpa, Edson. Al menos estamos vivas y listas para seguir adelante con nuestras vidas —dijo otra de las muchachas.

La improvisada reunión se prolongó por otros diez minutos, hasta que Edson se aseguró de que las modelos estaban bien física y mentalmente para retirarse a sus respectivas habitaciones.

Ya avanzada la noche, los reporteros y cámaras de televisión aún hacían guardia fuera del hotel en espera de una información de último minuto para sus noticieros. La noticia de la muerte de los dos alcaldes se había filtrado. Sin embargo, la policía no quería dar más información sobre la identidad de las otras cuatro víctimas, incluido el asesino.

Mientras Danielle esperaba afuera, Edson se reunía con los funcionarios de la ciudad dentro del salón de conferencias por última vez, antes de dirigirse a casa. Al final del sangriento día, todos abandonaron el hotel por la puerta trasera, bajo estrictas medidas de seguridad, especialmente para el alcalde Britto. Edson y Danielle salieron con destino a casa, donde se encontrarían a Lou y Stephanie, y tratarían de tomar un muy merecido descanso.

Las últimas semanas habían sido muy estresantes para Pietro Sassone, especialmente después de los acontecimientos del Miami Circle. Finalmente, después de los trágicos eventos de esa noche, la pesadilla había terminado para él y así se dispondría a materializar los planes que tenía desde hace algún tiempo.

Aunque todo en esa noche salió tal como lo planeó, la muerte de su hombre de confianza y amigo Tomás Peterson, hacía que fuera difícil para Pietro

disfrutar de su victoria política.

Sentado en la oscuridad, acompañado del resplandor del televisor brillando en su rostro y bebiendo una copa de vino tinto, Sassone navegaba por todos los canales de televisión, poniéndose al tanto de los reportajes desde el Ocean Vista & Resort Hotel, la escena del crimen.

Minutos antes de abandonar el hotel, Pietro Sassone se reunió con el resto del equipo de Tomás. Afortunadamente para el señor Sassone, su hombre de confianza había previsto este escenario, preparando toda la documentación necesaria para que su gente escapara del país.

El señor Sassone sabía que la muerte del alcalde Kestrel marcaba el final de cualquier amenaza de la administración del condado así como de la gobernación del Estado para comprar las tierras donde el círculo descansaba. La muerte del alcalde sirvió también de escape para muchos de sus rivales, especialmente aquellos que tomaron parte en la conspiración.

Pietro echó un vistazo al reloj, dándose cuenta que ya era un poco más de la medianoche. La mañana siguiente sería algo emotiva para él, ya que tendría que recoger el cuerpo de Peterson para su funeral. El hombre colocó su copa de vino sobre la mesa y cuando se disponía a salir de la habitación, sonó el teléfono. La llamada venía por su línea privada, la cual pocas personas conocían. Por un momento, Sassone dudó en contestar, pero luego de varios timbres, levantó el auricular.

—¿Quién es?

—Pietro, soy yo, Alan. ¿Estás bien?

—Sí, gracias. ¿Hay algo que pueda hacer por usted a esta hora de la noche?

—Solamente llamaba para darle mis condolencias. Sé que debe ser como perder a un miembro de la familia.

—Gracias alcalde. Aprecio su preocupación. Quizá podamos hablar con mayor tranquilidad mañana en su oficina.

—Llámame, así podremos almorzar juntos, ¿OK?

Luego de colgar la llamada, Sassone notó cierto nerviosismo en la voz del alcalde, pero no le prestó atención. Britto nunca estuvo de acuerdo con la conspiración; sin embargo, su avaricia política era más fuerte que su ética, y decidió apoyar el complot.

Las siguientes semanas serían cruciales para Sassone, el alcalde Britto, y las otras partes involucradas en la conspiración, mientras se encargaban de componer el panorama político en el condado de MiamiDade para que trabajase a su favor.

—Dios mío, ella sí que es la mezcla perfecta de inocencia y belleza — pensaba Edson mientras manejaba hacia su hogar con Danielle, rendida por el

cansancio, en el asiento del pasajero.

Ni siquiera el sonido de la música proveniente del equipo de sonido podía perturbar el descanso de la joven modelo francesa.

Pero de pronto, la voz que había escuchado en sus sueños volvió a llamarla por su nombre. Esta vez, la oía más fuerte y clara; y todo lo que podía ver era una tenue luz en el fondo. La voz parecía provenir de ahí dentro, pero ella estaba muy asustada y cansada para avanzar hacia ese lugar.

—Danielle, la verdad espera por ti en su santuario... no tengas miedo... descubre quién eres realmente —le dijo la voz.

Luego, la luz ganó en intensidad mientras se acercaba a la joven modelo francesa. A medida que se acercaba, ella empezó a sentir escalofríos acompañados por un caudal de lágrimas que rodaban por su rostro. Los latidos de su corazón se aceleraban a cada segundo, así como también su respiración. La señorita Fontaine entró en estado de pánico y trató de pedir ayuda, pero ni ella misma podía escuchar su propia voz. No había adónde correr, ni dónde esconderse. Víctima de su propio miedo, la modelo se dio cuenta que no quedaba otra opción que afrontar el misterio. La intensa luz voló hacia ella, mientras yacía inmóvil, como si el mundo hubiese dejado de girar.

Danielle abrió los ojos, seguido por un fuerte grito. Edson no sabía qué le sucedía a su bella pasajera. Ambos se miraron fijamente al punto que Edson se olvidó del tráfico y por poco causa un accidente. El señor Lasalle decidió estacionarse a un lado del camino para consolar a su hermosa compañera.

—Shh, calma, calma... solo fue una pesadilla, todo está bien, estamos a salvo —dijo Edson a su pasajera sosteniéndola entre sus brazos.

Para Danielle, las palabras de Edson se perdieron en la oscuridad de la noche, al mismo tiempo que Lasalle gentilmente la besaba en la frente, como un padre a su hija. Después de todo, fue un momento de ternura que la joven modelo ansiaba por mucho tiempo. En Edson, ella había encontrado a la persona que le proveyese el cuidado y protección que necesitaba en ese punto de su vida, y eso llenaba su corazón de alegría. Danielle apoyó su cabeza en el hombro de Edson mientras él manejaba camino a casa.

Cuarenta y cinco minutos pasadas la medianoche entraron al hogar tomados de la mano. Sobre la mesa de centro en la sala, Danielle encontró dos notas. Una escrita por Lou, explicando por qué había decidido llevar a Stephanie a su departamento en lugar de lo que habían acordado. Después de leer la nota, Danielle pensó en llamar a su amiga y persuadirla de pasar un rato juntas en la mañana. Sin embargo, Edson la convenció de lo contrario, insistiendo en que lo mejor era que todos descansaran un poco, ya que lo necesitaban y dejase la llamada para mañana temprano. La segunda nota estaba escrita por Carmen. Esta

era acerca de la visita de un hombre alto con acento extranjero, quien vino temprano en la noche diciendo ser un viejo amigo de Edson. Carmen decía en la nota que no reconocía al hombre, pero que tenía algo en su mirada que la asustó. El hombre se había decepcionado cuando le dijo que no podría esperar dentro de la casa, así que regresó a su auto y se marchó. Lou también estaba informado al respecto, pero no le dio ninguna importancia al asunto.

Edson y Danielle subieron al cuarto de Lou. Abrieron cuidadosamente la puerta, encontrando al joven Lasalle completamente dormido. Luego, Edson acompañó a Danielle hasta su habitación.

Allí ambos se abrazaron y besaron tiernamente en los labios como confortándose uno a otro. Sin embargo, el señor Lasalle no quiso aprovecharse de la situación, pensando que no era el momento adecuado para expresar la misteriosa conexión que sentían el uno hacia el otro. Sabían que el tiempo apropiado para dar libertad a sus sentimientos llegaría sin previo anuncio; por lo pronto, era mejor mantener la relación lo más simple posible.

Mientras Danielle quedó sola en su habitación aún sintiéndose angustiada por la tragedia, Edson bajó hasta su oficina, tratando de poner en claro sus sentimientos hacia Danielle. Además, la idea de dejar la agencia para tomarse unas largas vacaciones continuaba en sus pensamientos. No quería romperle el corazón a la modelo marchándose de esa forma. Pero al mismo tiempo, tampoco deseaba dejar a la pobre y frágil Danielle a merced de su tragedia, especialmente luego de haberle hecho la promesa de ayudarla a salir adelante.

Minutos después, Danielle entró a ducharse. Estando ahí, escuchó un sonido extraño dentro de la habitación. Pensó que podría ser Edson, pero nadie le respondió. La señorita Fontaine cubrió su húmedo cuerpo con una bata y salió del baño. Subió la intensidad de las luces, mirando alrededor de la habitación y luego se asomó por la ventana. La joven modelo pensó que debido al desgaste mental y físico, su cerebro no se encontraba con la coherencia debida para analizar lo que ocurrió, concluyendo que lo que escuchó fue producto de su imaginación. Danielle se despojó de la bata y descansó su desnuda humanidad en la cama. Pero al acostarse, notó la presencia de dos sobres Manila debajo de una las almohadas. Primero, no supo qué hacer con ellos. El estrés le impedía recordar si los había visto antes en la cama. La joven modelo francesa cerró sus ojos buscando el descanso que necesitaba, pero apenas se quedó dormida, la voz de la mujer de la silueta comenzaba a resonar en su cabeza, retándola a encontrar la verdad de su vida.

Nuevamente, sucumbió a la confusión y el desespero, llegando a pensar que si lo permitía, la pesadilla pudiera apoderarse de su vida, llevándola a cometer una locura. Algo nefasto.

Cayendo presa de su propia curiosidad, Danielle abrió uno de los sobres y esparció el contenido sobre la cama. Repentinamente, se encontró con una fotografía que había mantenido secretamente escondida. Solamente una persona sabía al respecto y ese era Roberto, el amor de su vida, quien la había abandonado luego de descubrir la horrible verdad.

La sensación de la presencia de Roberto en Miami invadió la endeble salud mental de Danielle. De ser así, sería cuestión de tiempo antes de que la situación salga fuera de control, pensó ella. Sin embargo, había otro sobre esperando por Danielle. Lo abrió desesperadamente encontrando un recorte de papel periódico que servía de envoltura a un pequeño objeto. Al romper el pedazo de papel, una nota cayó al piso. Esta era portadora de un mensaje escrito con tinta roja que decía: «Estás sosteniendo la llave que te llevará a la verdad. Nos vemos, mi amor».

La llave era la misma que halló en la oficina de Edson la mañana del desfile.

Esta vez, Danielle no derramó ni una lágrima. Quizá estaba tan molesta, que la furia dentro de sí prevalecía como una fuerza mayor.

La joven modelo se puso nuevamente la bata, recogió las fotos y se encaminó a enfrentar a su viejo amor y también a la verdad, sea cual fuere.

Un destello de luz emanaba de la oficina de Edson mostrándole el camino hacia el estudio, de donde también se podía oír las melodías que el señor Lasalle escuchaba.

Danielle irrumpió en la oficina, pero para su sorpresa, a la única persona que encontró fue a Edson. Él quedó igual de sorprendido al ver a su nueva modelo estrella parada enfrente, sin poder emitir palabra alguna. Edson tomó el control remoto y detuvo la música, creándose un extraño momento de incómodo silencio. Sin embargo, justo cuando Edson se disponía a romper el hielo, el sonido de una singular voz invadió la habitación.

—Buenas noches a todos... ¿Cómo estás, amor? —fueron las palabras que se escucharon en el estudio.

Danielle se volteó lentamente, temerosa de confirmar la procedencia de la voz que acababa de escuchar, aunque ya lo presentía.

El hombre dio un par de pasos hacia la luz, y se detuvo cara a cara frente a su ex amante. Ambos se miraron fijamente uno a otro, estudiando el reflejo que emanaba de sus ojos; la de ella era una mirada de susto y decepción, la de él describía venganza y odio.

Edson había reconocido la voz y llamó al hombre por su nombre.

—¿Cómo te atreves a entrar a mi casa de esta forma? —preguntó un desconcertado Edson.

—Ah, ya veo. La muchacha de servicio no está esta noche, pero ella dejó un

mensaje con tu hermano, lástima que no tendrá oportunidad de decirte nada ya que dormirá por el resto de su vida.

—¿Qué le has hecho...? ¿Lo mataste...? ¿Está muerto? —inquirió angustiadamente Danielle.

—Es mejor que dejes a mi hermano fuera de este asunto, Roberto —dijo Edson.

—O qué Edson Lasalle... ¿qué harás? Ah, déjame adivinar.... Me enviarás al olvido, como hiciste con....

—No sé a que te refieres, Roberto.

—Ah, pero lo sabrás pronto, mi amigo. Es más, esta noche, te pondré al tanto de la situación... incluso terminarás agradeciéndomelo.

—Estuviste en el desfile de esta noche, pero tu nombre era Stefan —dijo Edson.

—Estuve allí todo el día.

—Tú y el otro fotógrafo que no reconocí... ¿cuál era su nombre?

—No importa su nombre... no creo que estemos aquí para discutir eso.

—Creo que deberías saber que tu amigo murió en el tiroteo —le dijo Edson.

—Elevaré una plegaria por él más tarde... ¿y tú, Danielle?, pensaste que había muerto, ¿verdad? Pensaste que habías realizado el más siniestro de los actos que puede cometer un ser humano. Bien mi amor, para tu información, lo hiciste, pero hace mucho tiempo; qué pena, de tal palo tal astilla... sabes exactamente de qué estoy hablando, Danielle. Quizá deberíamos ponernos al día de los acontecimientos.

—¿Qué estás hablando, Roberto? —preguntó Edson.

—Vamos mi amor, muéstrale las fotos. Refréscale la memoria, ya que en unos minutos él refrescará la tuya.... Vamos —dijo un furioso Roberto.

El fotógrafo italiano prácticamente arrancó las fotos de la mano de Danielle y las arrojó sobre el escritorio de Edson. Mientras, la joven modelo reflejaba su nerviosismo caminando de un lado al otro, apretando la llave que sostenía en su mano.

—¿De qué verdad es la que habla? —preguntó Danielle a su jefe.

Edson apenas pudo escucharla. Estaba tan concentrado observando detalladamente las fotografías, una a una, hasta volver en sí junto a su oscuro pasado.

Edson se sentó detrás de su escritorio, se frotó el rostro como queriendo despertar de un mal sueño, pero lo que estaba enfrentando era mucho más que eso. Su pasado tocaba las puertas del presente. Una historia que él pensaba navegaba en los mares del olvido. Cuando el tiempo no sana las heridas, ellas se reabren y llegan a ser aun más dolorosas que antes. Esa era la lección que debía

aprender el señor Lasalle.

Danielle estaba desecha, sentada en un rincón del piso, con su parietal derecho apoyado contra la pared, sumergida en lo más profundo de su sufrimiento, tratando de mantener en control las lágrimas de furia que comenzaban a rodar por su rostro. Aún sostenía la llave en su mano, mientras Edson, desde su escritorio, llevaba su mirada de su invitada a las fotografías y de nuevo a su invitada. Entretanto, Roberto abrió uno de los gabinetes para sacar una botella de whisky, de la cual bebió a manera de conmemoración del glorioso momento.

—Es sorprendente cómo alguien puede transformarse en una persona totalmente diferente. Dios nos da este caparazón, y entonces empezamos a moldearlo, hasta convertirnos en lo que queremos, pero nada puede cambiar lo que somos por dentro. Esa es la verdad —dijo Roberto bebiendo otro sorbo de la botella.

Edson abrió uno de los cajones de su escritorio. De ahí extrajo un portarretrato con la fotografía de Nicole y la observó con la nostalgia que ella se merecía.

—Era la mujer más hermosa que había visto —murmuró Roberto desde su asiento.

Edson se levantó y caminó hacia el lugar donde estaba la angustiada Danielle. Extendió su mano tratando de levantarla, pero ella estaba totalmente sumergida en sus emociones, ignorándolo por completo. Edson se arrodilló, puso el retrato de Nicole junto a Danielle, y se alejó de ella.

Acto seguido, Roberto se dirigió hacia Danielle y tomó el retrato.

Lo presionó dulcemente contra sus labios mientras Edson deambulaba de un lado a otro contemplando la escena, confundido y sin atinar qué hacer.

—¡Déjala sola, Roberto! —exclamó Edson.

—¿Quién te dio permiso para hablar, Edson? ¿Acaso eres el padre, o la madre, o...? —dijo Roberto con cierto sarcasmo.

Ese cinismo provocó que Edson tratara de reaccionar atacando a Roberto, pero el fotógrafo italiano desembolsó una pistola y apuntó a Edson, quien inmediatamente se detuvo en su intento de terminar con la situación.

—Piensa bien lo que vas a hacer —dijo Roberto.

Al mismo tiempo, Roberto ayudó a levantar a Danielle del piso y la llevó al sofá. El fotógrafo tomó la llave de la mano de su amada modelo y abrió una de las gavetas. De ahí extrajo una caja de seguridad y la colocó sobre la mesa de centro, junto al retrato.

—¿Qué es eso? —preguntó la modelo.

—Ábrelo y lo sabrás... es tiempo de que conozcas la verdad, mi amor —dijo

Roberto.

Esas perturbadoras palabras resonaron dentro de los oídos de Danielle, mientras Edson nada más observaba la escena, presintiendo lo que estaba por venir.

Roberto rompió el seguro y arrojó la caja frente a Danielle, para que la abriese por sí misma. La joven modelo francesa temía que el contenido estuviese relacionado con un pasado que propinó su ruptura con Roberto, pero igual, ya estaba decidida a enfrentar la verdad, cualquiera que esta fuese.

La modelo abrió la caja que estaba llena de recortes de periódicos. Tomó uno de ellos, se fijó en el año escrito al tope de la página: 1977. Cuidadosamente leyó el titular que decía: **ÁNGEL**

DANIEL FONTANA, HIJO DE EDSON Y NICOLE FONTANA, PRESUNTAMENTE AHOGADO EN UN ACCIDENTE AUTOMOVILÍSTICO.

De inmediato leyó el otro periódico. Era del mismo año, pero el titular le era más familiar. Decía: **EDSON Y NICOLE FONTANA ENCONTRADOS MUERTOS DESPUÉS DE UN CHOQUE DE AUTOS.**

Danielle levantó el retrato de Nicole y lo miró fijamente. Un incómodo silencio invadió la oficina. Roberto esperaba atento la reacción de su ex amante, listo para saborear su venganza.

—¿Cuándo murió ella? —preguntó Danielle.

—Fue hace algunos años —respondió Edson.

—¡Y todo este tiempo yo pensé que ustedes dos habían muerto en accidente, cuando el sacerdote me sacó de la casa!

—Ese fue el padre Argonaut McHannen. Él estuvo esta noche, en el desfile de modas. Él sabía que estabas aquí en Estados Unidos.

Tu madrina llamó para alertarlo. Pero creo que prefirió no abrir viejas heridas —agregó Roberto.

—¿Por qué...? ¿Por qué me engañaste así...? ¿Y qué es este titular, eh? —dijo Danielle parándose frente a Edson y arrojándole los recortes de periódico.

—¡Anda hijo de puta, dile la verdad! —dijo Roberto apuntando a Edson con la pistola.

El perturbado señor Lasalle estaba estático, observando silenciosamente la debacle de su existencia, así como la de una de las personas que hace algún tiempo amó profundamente.

—Lo siento, hijo.

—¡No me llames hijo! No soy tu hijo... y por lo que me hiciste... nunca lo fui. ¡Basta de mentiras! —exclamó Danielle.

En ese entonces, tu madre y yo teníamos una enorme presión de tus abuelos

de proveer a la familia de un hijo varón, que continuara la tradición del apellido Fontana. Cuando viniste al mundo, fue el momento más hermoso que tuvimos tu madre y yo. Tú lo eras todo tanto para nosotros, como para tus abuelos. Las cosas marchaban en la dirección correcta para la familia. Eras un niño sano y hermoso. Pasábamos contigo tanto tiempo como nos era posible. No obstante, un día empezamos a notar una situación extraña en tu comportamiento. Tenías casi seis años, y primero, pensamos que solo estabas jugando, pero conforme el tiempo avanzaba, se tornaba peor, no solamente para ti, sino también para todos en la familia.

Tu madre y yo empezamos a discutir constantemente sobre la situación. Creímos que nuestra reacción era probablemente la menos práctica, y que simplemente no sabíamos cómo manejar el problema. Nuestro último recurso fue llevarte a un experto en conducta infantil. Desafortunadamente para nosotros, él confirmó lo que más temíamos, que físicamente eras un varón, pero que dentro de ti actuabas y sentías como una hembra. Entonces vino lo peor, cuando nos dimos cuenta que no querías jugar con otros niños varones de tu edad, sino al contrario, observarlos fijamente como si te atrayeran. Era una circunstancia vergonzosa. Sabíamos que era el tipo de noticia que tus abuelos nunca aceptarían ni entenderían. Su primer y único nieto era un homosexual. Después que se enteraron, pasaste de ser su adoración a ser su vergüenza y disgusto. Ellos se aferraban a su creencia religiosa. Se referían a ti como el «pecado de la familia» y no te querían cerca cuando nos visitaban. Ese fue el día cuando te dijimos que se habían sentido muy enfermos para hacer el viaje desde Florida para vernos.

—¡Otra mentira! —dijo Roberto.

Edson continuó:

—Para ese año le pedí a mi padre que me ayudara con unos fondos para abrir mi propia agencia en Nueva York; pero hasta me amenazó con sacarme de su testamento si no hacía algo con respecto a tu situación. Fue entonces cuando tu madre y yo decidimos buscar ayuda con el padre McHannen. Primeramente, fue difícil convencer a Argonaut para cooperara, pero nos prometió que se encargaría de ti y de tus padrinos. Convinimos esa noche en que una vez que te hubieras ido, no saber de tu paradero, ya que sabíamos que estarías bien cuidado. Planeamos todo cuidadosamente y esa noche de lluvia cuando Nicole yo fuimos a la fiesta, fue la última vez que te vimos, así como tú a nosotros. Un amigo imprimió los titulares que acabas de leer, que decía que te ahogaste y que tu cuerpo nunca fue hallado. Recibimos condolencias por parte de nuestros amigos y el hecho de que Nicole pasó todo el día sin salir de su habitación lo hizo más real. Pasó mucho tiempo después de tu partida para recuperar el ánimo necesario

y poder seguir adelante con nuestras vidas. Mi padre me ayudó con el dinero para montar la agencia y nos mudamos a Miami para escapar de los malos recuerdos que teníamos. Sin embargo, créeme cuando te digo, Danielle, que el tiempo no curó las heridas que tu madre y yo abrimos dejándote ir de esa forma. Ella nunca se recuperó, y hasta su último aliento culpó y odió a mis padres y los suyos por llevarnos a cometer semejante barbarie contigo.

—Y tú Edson... ¿a quién culpas? —preguntó Roberto.

Mientras tanto, Danielle seguía confundida por toda esta situación, especialmente por la historia que Edson acababa de relatar.

En su mente, la sufrida modelo francesa empezaba a ser torturada por todas las voces que resucitaban del pasado; al mismo tiempo, se le aclaraba el panorama con respecto a los sueños que tuvo anteriormente, sobre todo luego del incidente con Roberto en la Ciudad Luz.

—¡Responde Edson, a quiénes culpas por esta atrocidad! —insistió Roberto.

El señor Lasalle se acercó de una manera desafiante al fotógrafo, mirándolo fijamente a los ojos por unos segundos, tratando de tomar fuerza para soportar el vendaval emocional.

—Dime una cosa, Roberto, ¿qué obtienes tú de todo esto? —preguntó Edson.

Roberto miró por sobre los hombros de Lasalle, tratando de no perder de vista a Danielle, quien estaba muy callada, sumergida en la angustia de su mundo de dolor. El italiano tomó un trago de scotch, y hasta le ofreció a Edson un sorbo, el cual no aceptó.

—Ella era una gatita, dulce y cariñosa el día en que la conocí. En ese momento caí rendido a sus pies. Nunca antes me sentí así por nadie. Qué ironía, pensé, la otra mujer por la que sentí algo parecido fue por su madre. No necesito contarte el resto de la historia, Edson, aunque sí debo decirte que en un punto de mi vida fui el hombre más feliz de este mundo; y al siguiente, ella —dijo apuntando a Danielle— me hizo el ser humano más miserable. Por supuesto, después de todo, creo que ahora el honor es todo tuyo, mi amigo.

—Por cualquier razón que tengas para justificar tu presencia aquí, Roberto, te suplico por favor no le hagas daño. Déjala ir —le imploró Edson. Sin embargo, lo único que esas palabras hicieron fue enfurecer más a Roberto al punto que reaccionó golpeando violentamente a Lasalle con la pistola en la parte izquierda de su cabeza.

Edson cayó inmediatamente, estrellándose fuertemente en el piso de madera; con sus manos se agarró la cabeza tratando de contener la hemorragia.

—¿Cómo me pides algo así, fligio di puttana, cuando tú y tu perturbada familia con sus estúpidos prejuicios religiosos la terminaron jodiendo, condenándola mucho antes que yo? —gritó Roberto a Edson.

—¡Cállate... cállate... por favor! —gritó en desespero Danielle desde detrás del escritorio de Edson.

La joven francesa se levantó y caminó hacia donde estaba su padre. Ella lo observó en silencio por un momento mientras yacía adolorido en el piso.

Danielle se arrodilló junto a Edson. Una reacción ciega, ocurrida en medio de una confusión de cuerpo y alma, sin tener claridad alguna sobre sus sentimientos acerca de Lasalle. Sin embargo, ese hombre que se hallaba en el piso con su cabeza partida, le había ofrecido hace solo un par de días el apoyo emocional que ella desesperadamente necesitaba. Todo sin pedirle nada a cambio. Su sed de cariño y cuidado despertó los sentimientos hacia Edson, de la misma forma que le había ocurrido a él. Ahora que la triste verdad tomaba las riendas de sus respectivas vidas, Danielle se veía forzada a replantearse este asunto.

—En la última hora, me has reclamado por la traición y mentiras de mi parte, pero, ¿qué hay de mi Roberto? —expresó Danielle sumergida en sollozos. Ahora te pregunto, ¿quién traicionó a quién, ah? Bien, para empezar, mi vida completa es una gran mentira. Sin embargo, de alguna forma logré hacer algo de ella, y hasta estaba lista a formalizar nuestra relación. ¿Por qué tenías que arruinarlo todo Roberto? ¿Por qué no pudiste simplemente aceptarme tal como soy?

Danielle arrancó un pedazo de la camisa de su padre para amarrárselo en la cabeza y tratar de detener la hemorragia. Mientras, Roberto observaba la tierna escena entre padre y vástago, dándose cuenta de que quizás después de todo este tiempo, los dos habían encontrado una conexión que iba más allá de los eventos de hace más de una década.

—Trata de ponerte en mi lugar, Danielle —dijo Roberto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sé que es imposible que te des cuenta de la magnitud del daño emocional que me has infligido. Sin embargo, solo trata Danielle, trata...

—Trata de ver cómo se siente ser traicionado por alguien a quien amas —dijo Danielle, interrumpiendo a Roberto—, prácticamente ser ignorado y abandonado por las personas asignadas por Dios para que supuestamente te protejan y te cuiden. ¿Todavía crees, Roberto, que yo no sé cómo se siente el daño emocional?

Luego de unos instantes, apoyado en el hombro de Danielle, Edson se levantó lentamente del piso. La joven francesa trató de llevarlo hasta el sofá, pero Roberto insistió en que se quedaran de pie justo frente a él, donde pudiera tener control de la situación.

—¿Aún necesitas respuesta a tu pregunta, Roberto? —preguntó Edson.

—¿Cuál sería esa pregunta?

—He puesto la culpa en todos ustedes... en un punto o en otro, todos somos parte de la misma hipocresía; de la misma atrocidad.

—¿Y ella?

La mirada en el rostro de Edson denotaba piedad por obtener el perdón de su vástago, pero muy dentro de sí, sabía que era muy tarde para eso.

Roberto colocó la botella de scotch en el piso y dio unos pasos para ponerse cara a cara con Edson y Danielle. El fotógrafo italiano frotó el cañón de su pistola en el rostro ensangrentado de su rival, quizás tratando de provocar una reacción violenta de su parte, pero Lasalle estaba muy adolorido y sin fortaleza física que le permitiera alguna acción de defensa contra su agresor.

—Es irónico y a veces divertido cómo la vida te pone en medio de situaciones que nunca soñaste, digamos, como esta —comentó el fotógrafo.

—Sigue Roberto, culpa de todo a la vida misma, y por qué no, a Dios... de cualquier forma, todo esto podría ser su obra y gracia —refutó Edson en tono sarcástico.

—Tu familia, con sus prejuicios sociales y religiosos... mira lo que ha causado... mira el daño y dolor que han infligido... no sé si Dios es culpable, pero estoy seguro que toda tu puta familia lo es —fueron las palabras llenas de furia de Roberto.

La conversación fue interrumpida repentinamente por la aparición de un débil y pálido Lou Lasalle. Edson, Danielle y especialmente Roberto no podían creer lo que sus ojos veían.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Está todo bien, Edson? —preguntó Lou con un frágil tono de voz mientras apoyaba su hombro derecho contra la puerta de madera.

Roberto había dado por muerto a Lou Lasalle, a quien dejó en una de las habitaciones del piso superior, muy cerca de la que ocupaba Danielle. El fotógrafo italiano había usado el mismo método letal que solo unas horas antes su mentor y amigo, Butler, había empleado en el desfile de modas. Sin embargo, y a pesar de las heridas en Lou, el veneno no causó el daño que Roberto esperaba.

Probablemente, la droga que le suministraron los paramédicos produjo una reacción que rechazó el veneno del dardo que Roberto usó en su víctima.

—¡Vete Lou! ¡Vete de aquí! —ordenó desesperadamente Edson a su hermano. Sin embargo, el estado de salud de Lou impedía que este entendiera lo que estaba diciendo.

—Entra y comparte esta reunión familiar — invitó Roberto a Lou mientras lo apuntaba con la pistola.

—Dios mío... no lo puedo creer... ¡Rossi! —pronunció Lou.

—Para servirte... bien, basta de formalidades. Insisto Lou; ven y comparte esta alegre reunión.

Pero Lou no se movía de la puerta, y en lugar de eso estaba más aturdido que nunca acerca de lo que estaba sucediendo en casa. Le preguntó a su hermano sobre las palabras que habían salido de la boca de Roberto, pero Edson seguía ordenando a su hermano menor salir del salón.

Para aliviar la tensión y recobrar el control de la situación, Roberto se acercó a Lou, lo tomó por el brazo y prácticamente lo empujó hacia donde estaba el centro de la acción.

Lou estaba parado al lado derecho de Roberto, mientras el señor Lasalle con su cabeza herida, continuaba apoyado en Danielle.

—Gracias por compartir con la familia —dijo el italiano en tono sarcástico mientras lo apuntaba con el arma.

—No debiste haber bajado de la habitación —le reclamó Edson a su hermano.

—Sentí algo como una picadura cuando descansaba, pero pensé que era un sueño. Es todo lo que recuerdo; luego desperté y escuché las voces acá abajo. Salí del cuarto a buscarlos, después bajé a la cocina y me di cuenta de que Carmen se había ido, hasta que terminé aquí —respondió el menor de los Lasalle.

Lou trató de enfocar su vista en la mesa de centro donde estaban todos los recortes de periódico, esforzándose por leer los titulares, pero el dolor de cabeza persistía, al igual que el mareo.

—¿Por qué los está apuntando con una arma a ti y Danielle?

—Siento mucho que tengas que enterarte de la verdad de esta manera Lou —respondió Roberto.

—No entiendo. ¿De qué verdad está hablando, Edson?

—Te pedí que te quedaras fuera hermano... ahora este hijo de la gran puta lo ha arruinado todo —replicó Edson, tratando de apoyarse en el brazo de Danielle para sorprender a Roberto. Sin embargo, el fotógrafo italiano rápidamente contuvo el ataque apuntando la pistola a la cabeza de Danielle y volteándose hacia Lou.

—Todavía no, Edson. Primero, debemos poner a tu hermanito al tanto de los asuntos concernientes a la familia.

Pero mientras Roberto le hablaba a su par de víctimas, Lou sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña navaja suiza, de lo cual Edson se percató mirando sobre el hombro de Roberto.

Con navaja en mano y luchando contra su propia debilidad, Lou avanzó hacia Roberto para apuñalarlo.

Pero el fotógrafo italiano notó en la mirada de Edson que este se distrajo con algo. Lou estaba parado justo detrás de Roberto, listo para asestar el golpe, cuando Roberto se volteó. Edson tuvo un mal presentimiento.

—¡No Lou... detente! —gritó Edson mientras su hermano alcanzaba a herir a Roberto en el hombro derecho.

El antiguo amante de Danielle sintió el dolor de la afilada arma penetrando y cortando profundamente su piel. Con su mano izquierda pudo arrebatarse la navaja y tirarla lejos. Acto seguido, tomó a Lou por la garganta, pero no estaba en condiciones de estrangularlo, así que decidió empujarlo fuertemente. Mientras Lou se estrellaba contra la pared, Roberto apretó el gatillo e hizo tres disparos mortales al cuerpo del joven Lasalle. El cadáver de Lou quedó tendido en el piso de madera de la oficina sobre un charco de sangre, emulando la escena que Danielle y su antiguo amante vivieron pocos días atrás en Francia.

Un silencio sepulcral invadió el ambiente. Los tres sobrevivientes estaban atónitos con lo que había sucedido. Pero solo tomó unos segundos para que Edson reaccionara con ira, saltando sobre Roberto, empujando a su presunto verdugo contra la pared. Al mismo tiempo, Danielle aún estaba asustada luego de ser testigo del violento final de la vida de Lou, hecho que puso en shock su sentido auditivo, impidiéndole escuchar la voz de Edson, quien a gritos le pedía que abandonara la habitación.

Sumidos en un profundo dolor físico a causa de sus heridas, los rivales se enfrascaron en la lucha por el control de la pistola hasta que un disparo escapó del arma, lo que sacó a Danielle del estado en que se encontraba. Edson le insistía en que abandonara la habitación, pero la joven francesa estaba confundida con la situación y se negaba a dejar a Edson a merced de lo que su ex amante pudiera hacer con él.

Danielle recogió los recortes de periódicos para ponerlos de vuelta en la caja que fielmente los había guardado durante todo estos años, pero al divisar la botella de scotch sobre la mesa, la modelo tuvo el mismo pensamiento que aquella fatídica noche en París. Tomó la botella y la estrelló violentamente contra el borde de la mesa, partiéndola en incontables pedazos. Con el pico de la botella en mano, esperaba por el momento preciso para terminar con esta pesadilla y apuñalar a Roberto nuevamente. Sin embargo, esta vez no sería como aquel entonces. Un segundo disparo salió de la pistola mientras los dos hombres luchaban por ella. Ese disparo terminó penetró en la frente de Danielle, haciendo un agujero en su cabeza, derrumbando su bella figura al piso, justo en el centro del salón.

Repentinamente, y dándose cuenta de la magnitud de lo que habían causado, los dos hombres frenaron su disputa y miraron perplejos al cuerpo sin vida de la

modelo francesa.

Roberto se deshizo del arma y se lanzó desesperado a su lado, mientras Edson, en shock, miraba desde la distancia.

—Realmente, esta vez lo hiciste, Edson... la mataste... de verdad...

gracias por librarme de cometer tremendo pecado. Parece ser que tienes la aptitud para ello —dijo el italiano al arrodillarse junto a ella.

—Ambos la matamos Roberto... ambos lo hicimos —respondió Lasalle.

Mientras tanto, Edson recogió la pistola con la idea de poner una bala en la espalda de su verdugo mientras este lamentaba la pérdida de su viejo amor. Edson contemplaba el arma como si se tratara de una valiosa pieza de joyería.

—¡Vamos Edson... dispárame...! ¿qué estás esperando? —exclamó Roberto.

Edson escuchó el tono tentador y desafiante del fotógrafo italiano retándolo a poner fin a su miserable vida. En lugar de eso, Lasalle tomó el retrato de su esposa que Danielle había dejado en el piso, clavó su mirada en él, acariciando suavemente el contorno de la fotografía con su mano izquierda. Luego de ese momento de intimidad, Edson colocó el retrato en su escritorio y encima de este, el arma. El fotógrafo italiano tenía apoyada su cabeza en la mejilla de la modelo muerta y sostenía fuerte a su difunta ex amante.

—Ahora, mi amigo, ya no me queda nada por hacer... empiezo a entender cómo te sentiste cuando perdiste a Nicole. La vida no tiene sentido sin las personas que amamos. No hay razón para seguir adelante cuando ya no están a nuestro lado. ¿No lo crees, Edson?

De cualquier forma, las palabras de Roberto se perdieron en el aire. Edson Lasalle estaba profundamente inmerso en su dolorosa realidad. El mundo que conoció había dejado de existir repentinamente. El éxito por el que trabajó tan duro y la fama alcanzada ya no tenían sentido. Después de todo, lo que ambos como marido y mujer lograron en el mundo de la moda lo obtuvieron a un alto precio. Un precio que tenía el nombre de Ángel Daniel Fontana, quien más tarde se convertiría en la despampanante belleza conocida como Danielle Fontaine. Irónicamente, su vida terminó bajo el techo de la misma persona que la traicionó cuando solo era un niño: su padre.

Repentinamente, a Edson lo distrajo el sonido proveniente de las bocinas. Roberto había prendido el sistema de sonido con una melodía suave.

—¿Sabes Edson?, todas las parejas tienen una canción especial que es como el himno de su relación. Pues bien, esta era su favorita, y la mía también. En nuestra primera cita... bailamos con esta canción. Ah, puedo sentir su cuerpo tembloroso junto al mío mientras lentamente nos deslizábamos al ritmo de la música por el salón del baile... fue hermoso —dijo el italiano suspirando, mientras Lasalle observaba la patética escena.

De nuevo, Roberto se arrodilló junto al cadáver de su ex amante y le quitó el afilado pedazo de vidrio de su mano.

—Bueno Edson, el círculo se ha cerrado. Para ambos.

Esas serían las últimas palabras que el fotógrafo italiano Roberto Rossi pronunciara en este mundo, ya que acto seguido se clavó el vidrio cual puñal en el corazón y cayó inerte junto a su único y verdadero amor.

Edson no sintió remordimiento alguno por lo que acababa de pasar con Roberto. El hombre permaneció congelado en su asiento.

Solamente observaba, sin pensar en tratar de salvar la vida de su otrora amigo.

—Pobre imbécil... bienvenido al infierno de la Familia Fontana —murmulló Edson.

La oscura noche había sido invadida por los sonidos de truenos y los resplandores de los relámpagos como preludio de la lluvia que estaba por caer.

Al pasar de unos cuantos minutos, Edson se puso de pie sosteniendo el retrato de su amada Nicole en su mano izquierda y se guardó el arma en un bolsillo de su pantalón. Caminó hacia donde estaba el cuerpo de su hermano Lou y besó su fría frente. El hombre elevó una plegaria por el alma de su hermano menor, y le pidió perdón por ocultar la verdad sobre Danielle y el horrible secreto de la familia.

Acto seguido, Edson se acercó al cuerpo de Danielle y lo cubrió con su chaqueta para acto seguido, levantar su cuerpo en sus brazos y encaminarse al garaje.

Lasalle abrió la puerta del pasajero de su convertible y acomodó el cadáver de la joven modelo francesa. Inmediatamente después, se sentó detrás del volante, abrió la puerta del garaje con el control remoto y salió a toda velocidad en medio de la intensa lluvia hasta alcanzar el destino final donde lo aguardaba la reunión familiar que, en el más profundo de sus deseos, había esperado por mucho tiempo.

La fría y húmeda noche era el escenario perfecto para que la familia Lasalle hiciera su entrada en el cementerio —Las Puertas del Cielo— donde se encontraba el mausoleo de la familia. Ahí, en criptas separadas, yacían los restos de la siempre recordada Nicole Lasalle y de los padres de Edson. Hasta en el más allá querían descansar separados de sus respectivas familias en repudio por el acto que les forzaron a cometer hacía dos décadas.

Estacionó el convertible europeo color negro a unos pocos metros de la entrada al mausoleo. Desde ahí, el único miembro vivo de la familia Lasalle tomó el cuerpo de su hijo, junto con el retrato y el arma, y entró al santuario de la muerte escoltado por la torrencial lluvia.

El lugar estaba frío y en tinieblas, como mismo se había convertido la mayor parte de su vida luego de la muerte de Nicole.

Un empapado Lasalle bajó el cuerpo de Danielle y lo apoyó sobre la cripta de Nicole. Luego tomó el retrato de la difunta madre colocándolo entre las manos de su hijo. Un trueno ensordeció la zona del cementerio, causó apagón que impidió que Edson pudiera encender la luz. A falta de corriente eléctrica, la otra opción para Lasalle era usar las dos velas de los candelabros que colgaban en la entrada, a cada lado de la puerta.

La tenue iluminación que emanaba de los candelabros dibujaba un ambiente tétrico, mas eso no presentaba excusa para detener a Edson, quien estaba decidido a seguir adelante con su plan. El desconsolado hombre sacó el arma del bolsillo y la sostuvo en su mano derecha mientras se arrodillaba frente a la cripta. El señor Lasalle tomó a su hija en sus brazos y la besó suavemente en la frente.

—Finalmente estamos juntos en familia otra vez —dijo el hombre mientras miraba sobre la cripta donde permanecían los restos de su familia política.

—¿Ves Nicole, cuán bello se tornó nuestro retoño?

Lágrimas de dolor rodaron por su mejilla al tiempo que sostenía fuertemente a su hijo, junto con el retrato de su esposa. Podía percibir que su final se acercaba. Edson Lasalle fue un hombre de éxito en su campo de trabajo. Sin embargo, ¿de qué felicidad se puede 280

Pecado y pecadores hablar cuando no hay familia, cuando no hay con quién compartir los buenos y malos momentos? ¿Cómo puede un ser humano vivir así?

Como dijo Roberto, el círculo se había cerrado y todo lo que Lasalle necesitaba hacer era unirse a ellos en el más allá. El hombre levantó lentamente su mano derecha, con el cadáver de Danielle descansando en su hombro izquierdo, puso la pistola en su cabeza y, sin dudarle, disparó un tiro cuyas ondas sonoras rebotaron en las paredes del mausoleo por unos minutos.

De pronto, una ráfaga de viento sopló a través de la puerta, apagando la llama de los candelabros y dando paso a las tinieblas. Ahí yacía el cuerpo de Edson Lasalle con un agujero en su cabeza, un río de sangre emanaba de ella y la vida se le escapaba navegando sobre aquel río. En ese instante sentía disminuir los latidos de su corazón como señal de que se aproximaba su muerte.

Sin embargo, en su agonía, pudo ver brillar una luz que invadió el lugar. El moribundo hombre apenas tuvo fuerza para tomar la mano de Danielle y sostenerla fuertemente. Entonces algo inesperado sucedió.

—Tienes razón mi amor... tenemos un bello retoño —dijo la voz que venía de la silueta.

Esa voz sonaba muy familiar para Edson. El hombre no podía creerlo.

Entonces el brillo se atenuó, la silueta empezó a transformarse justo frente a los ojos de Edson. La figura era una mujer, y tomó forma, él se dio cuenta de quién era.

—No temas mi amor... que ya estamos nuevamente en familia.

Juntos, como siempre debió ser.

Edson trató de responder, pero fue en vano. La muerte le había otorgado su sentencia. Su amada Nicole estaba justo frente a él, luciendo tan hermosa y radiante como la primera vez que la vio.

—No te resistas cariño... ahora vamos a un lugar hermoso. Ahí encontraremos la felicidad y el amor que tanto nos evadió en esta vida. Ven con nosotros... tu familia —dijo la bella Nicole extendiéndole la mano a su esposo.

Edson apenas pudo tomar la mano de su amada esposa mientras exhaló su último aliento. Su cuerpo y su corazón acababan de morir, pero su alma nunca se sintió tan aliviada como en el momento en que tomó la mano Nicole para unirse a ella y su hijo allá en el otro mundo.

Había transcurrido más de una semana desde que Argonaut McHannen tuvo la difícil tarea de officiar la misa en el funeral de su buen amigo Edson, Lou y Danielle. Fue el momento más difícil para el sacerdote quien era parte de toda esta confabulación creada por los padres de su difunto amigo casi diecisiete años atrás. El arrepentido clérigo pasó la semana encerrado en la habitación de su parroquia. Se había entregado un corto tiempo a las necesidades espirituales de los miembros de su iglesia y de las suyas propias.

—Fue como si se hubiese impuesto un castigo a sí mismo —decía uno de los ayudantes del sacerdote. No respondía las llamadas telefónicas, solamente las más importantes, incluso se excluyó del horario del confesionario. Nadie sabía a ciencia cierta lo que le sucedía al sacerdote, tan solo que guardaba duelo por la pérdida de su buen amigo.

El padre McHannen se sentó frente a la ventana por donde entraban tenues rayos solares a su habitación, mirando fijamente hacia un horizonte decorado con árboles; el canto de las aves y el sonido del océano convergiendo con la arena a la distancia llegaba hasta su parroquia.

—Si hubiese estado ahí para evitar toda esta tragedia —se repetía a sí mismo el sacerdote. Pedía a Dios por su perdón, sabiendo que pudo haber obrado de otra forma para salvar aquellas vidas. No fue fácil para él llamar a los padrinos de Danielle en Francia con la trágica noticia sobre la ahijada que con tanto amor cuidaron, pero el Todopoderoso le había provisto de la fortaleza espiritual necesaria para hacerlo. Sin embargo, necesitaba otra dosis de esa misma fortaleza para enfrentar a Stephanie y mostrarle el contenido de la carta que dejó Tomás Peterson para ella, tal como él lo deseaba.

En la carta, Tomás le contaba a su hija la verdad sobre su madre, y le pedía perdón por todo lo que ocasionó y por las vidas que arruinó, incluyendo la de ella misma. En ella también le decía a Stephanie el papel de Argonaut McHannen en la vida de su madre.

Argonaut jugaba con la carta en su mano. Una vez más, se encontraba en una situación difícil, tal como había sido toda su vida.

Era muy doloroso para el sacerdote revivir todos los momentos amargos de su adolescencia y especialmente lo relacionado con la hija de la única mujer que amó.

El alba sorprendió al padre McHannen manejando por South Beach, a tan solo pocos minutos antes de estacionar su vehículo cerca del departamento de Stephanie. El sacerdote extrajo su rosario y oró con toda fe para encontrar la fuerza espiritual y anímica que iba a necesitar. Luego cerró sus ojos pensando en los hermosos momentos que como una inocente pareja de adolescentes vivió junto a Sheri, descubriendo el verdadero y puro amor.

Argonaut bajó del carro y cruzó la congestionada calle entrando al edificio. Tomó el ascensor que lo llevó directamente hasta el piso donde vivía la bailarina canadiense. La puerta se abrió y se encaminó por el pasillo alfombrado buscando el número del departamento hasta que lo encontró. McHannen se paró frente a la puerta aún inseguro de todo este asunto. Abrió la carta otra vez tal como lo había hecho tantas otras veces desde que la tuvo en su poder. El sacerdote pecador la leyó una vez más, una lágrima rodó por su mejilla. Argonaut tomó un respiro y secó su lágrima con un pañuelo mientras ponía la carta de regreso en el bolsillo; así estuvo listo para tocar el timbre. La puerta del departamento se abrió repentinamente. Stephanie y Argonaut intercambiaron miradas por unos segundos. La expresión en su rostro la delataba, todavía se hallaba semidormida, pero en realidad, ella también había permanecido encerrada en casa desde algunos días guardando luto por sus amigos cercanos.

—¿Puedo ayudarlo, padre?

—Ah, sí. Buenos tardes. Mi nombre es Argonaut McHannen.

Fui un amigo cercano de la familia Lasalle. Quizás me recuerdes del servicio funeral.

—Sí, por supuesto que lo recuerdo... Lou siempre hablaba bien de usted... ¿en qué puedo ayudarlo?

—Me temo que debemos tener una charla, Stephanie.

—No entiendo. ¿Sobre qué?

—Bueno, es que tu madre y yo fuimos muy buenos amigos... puedo decir que la llegué a conocer muy bien.

—Así que entonces la conoció... por favor entre, Padre.

Ambos se dirigieron hacia la sala donde se sentaron para su charla.

—Usted dirá. ¿Qué es lo que necesita decirme sobre mi madre?

El sacerdote sacó la carta y se la entregó a la chica.

—Antes de que la leas... quiero que sepas que....

ÍNDICE

Unas palabras... antes de comenzar / 7
Capítulo 1 / 11
Capítulo 2 / 32
Capítulo 3 / 52
Capítulo 4 / 71
Capítulo 5 / 104
Capítulo 6 / 137
Capítulo 7 / 217
Epílogo / 283